

# MUNDIAL

## MAGAZINE



R.H. PEYLE 13

PUBLICACIONES  
ALFRED & ARMAND GUIDO  
6, Cite Paradis - Paris

En boga en París - los deliciosos perfumes de  
MONNA VANNA

*Monna Vanna!*  
*J'ai deviné  
ses parfums  
grisants!*

AMBREDOR  
BOUQUET CAVALIERI  
LA VIOLETTE CARUSO  
LA ROSE MONNA VANNA  
LE BAISER SUPRÊME  
MADAME etc. etc.

PARFUMERIE MONNA-VANNA  
PARIS - NEUILLY, 122, Rue Borghèse.

ROSA CARUSO  
MADAME  
BRISA ECUATORIAL  
MAGNATICO

VIOLETA CARUSO  
MADEMOISELLE  
BOUQUET CAVALIERI  
ADIVINADOR

REPRESENTANTE EN  
BUENOS-AIRES

Alex. R. ZOCCOLA. ■ ■ ■ Lima 486.

DEPOSITARIO EN  
MONTEVIDEO. (Casa TOGORES.)

Francisco L. Cabrera, Suc. ■ Sarandí 685/7.



Reumatismos  
Gota  
Mal de Piedra  
Cálculos  
Neuralgias  
Jaquecas  
Ciática  
Arterio-  
Esclerosis  
Obesidad



El artrítico hace cada mes, ó después de los excesos de mesa (animales de caza, vinos generosos), su cura de Urodonal, que, desecando al ácido úrico, le pone al abrigo, de una manera cierta, de los ataques de la gota, de reumatismos ó de cólicos nefríticos. Desde el momento en que los orines se vuelven rojos ó contienen arena, es necesario, sin perder tiempo, recurrir al Urodonal.

Envenenado por el ACIDO URICO,  
atenazado por el padecimiento, no puede salvarse sino con el

# URODONAL

pues el URODONAL disuelve el ácido úrico

El Urodonal ha adquirido una reputación mundial. Millares de médicos, en todos los países, han experimentado este producto, reconocido por ellos de una alta eficacia. Numerosos trabajos científicos y comunicaciones á las Sociedades de ciencias, atestan todo el valor de este remedio, clásico en el día de hoy. Los análisis de orines prueban que el Urodonal provoca una verdadera sangría úrica, siendo 37 veces más activo que la "litina"; ésta es la razón que induce á los médicos á prescribirlo con toda confianza, seguros de los resultados matemáticos que no puede faltar de darles en todas las afecciones uricémicas, donde este veneno de nuestro organismo, el ácido úrico, debe ser eliminado. Ningún otro disolvente puede serle comparado, y tiene la ventaja inapreciable de no presentar ninguna contra-indicación.

Ninguna toxicidad, ninguna fatiga de estómago, de los riñones, de lcorazón, ni del cerebro, aun tomado en dosis elevadas.

El Urodonal prepara admirablemente las curas de aguas minerales, desecando el ácido úrico en exceso: los reemplaza en caso necesario, y continúa sus efectos. El Urodonal constituye la mejor de las CURAS.

Exijase el nombre del preparador CHATELAIN

Autorizado en el mundo entero.

N.-B — El Urodonal se halla en los Establecimientos Chatelain, 207, boulevard Péreire, Paris, y en todas las buenas farmacias de Francia y del Extranjero. — El frasco, franco, 7 francos. Los tres frascos (para la cura completa) 20 francos.

LA CASA MAS IMPORTANTE PARA TRAJES A MEDIDA, DE PARIS

# RIBBY

Trajes para  
SEÑORAS y CABALLEROS

16, Boulevard Poissonnière, 16

- PARIS -



MODELO "CLAUDINE"

Sobre medida, forros seda, 250 francos.



MODELO "STELLA"

Sobre medida, forros seda, 300 francos.

**Sección especial de trajes sin probar.**

Ejecutamos de un modo perfecto los trajes sobre medida para **Provincias y Extranjero**, con el solo envío de una blusa y las medidas de la altura de una falda.

# EL MÉDICO EN CASA

MAS DE DOS MILLONES DE SUSCRIPTORES

Obra de gran vulgarización de Medicina é Higiene, al alcance de todas las inteligencias y de todas las fortunas

Uno de los mayores éxitos de librería es, sin duda alguna, la admirable publicación popular.

## Nuevo Sistema de Curación Natural

del Profesor F. E. BILZ

**DOS TOMOS VOLUMINOSOS**

LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS

1.600 páginas de texto, 60 grabados,

18 láminas en colores

7 **MODELOS** del cuerpo humano que se **DESARMAN** totalmente.

(VERDADERO MUSEO DE ANATOMIA)

Cuantos hombres piensan y se compadecen sinceramente de la suerte de los que les rodean, sienten verdadero desaliento al observar la miseria sin nombre que por doquiera se va extendiendo.

«No hay modo de remediarlo; necesidad, enfermedad y miseria son cosas inevitables!» tal es la frase que a cada paso solemos oír en boca de la multitud, acostumbrada como lo está a presenciar las consecuencias de tal sofisma.

Hay un hecho cierto, y es que, en cuanto se trata de preservarse de las enfermedades ó de curarlas, la humanidad actual parece presa de total ceguera.

El menor resfriado es motivo de apelar á médicos y drogas, olvidándonos de que

**¡la naturaleza nos brinda mejores remedios!**

No ha de confundirse la nueva medicina natural con la acentuación exclusiva de un extremo, ó con la esperanza de curación por un principio único.

Nuestro método no es de espíritu tan limitado, y cuando hayas tenido en tus manos la sensacional obra **Nueva curación Natural**, publicada en más de

## DOS MILLONES

de ejemplares, saben que en ella no domina punto de vista exclusivo, sino que, muy al contrario, ella representa el único principio razonable, es decir, «tomar el bien allí donde se encuentre».

Para cada caso particular hallaremos en ella un procedimiento individual.

Con verdadero ingenio, el autor ha sabido reunir todo cuanto le pareció bueno, para exponerlo bajo una forma completamente nueva. El masaje, la gimnástica medical, las plantas medicinales, la electricidad, las aplicaciones del agua en sus formas más diversas, el aire fresco y una dieta apropiada á cada caso, tales son los principios esenciales del nuevo método para curar las enfermedades.

**A cada obra va anexo un verdadero MUSEO de ANATOMIA, formado por 7 modelos de colores, desarmándose totalmente.**

Dichos modelos representan el cuerpo de la mujer, desarmándose todos sus órganos hasta en los detalles más ínfimos: los pulmones, el corazón, la laringe, la cabeza, la nariz, los ojos, los órganos genitales, etc., permiten á cualquiera persona el estudiar con toda precisión el cuerpo humano, y darse cuenta, como en un mismo sujeto anatómico, del sitio de tal ó cual órgano. Estos modelos son, pues, la reproducción fidedigna del interior del cuerpo humano.

Esta obra es el manual perfecto de la salud, y se publica en español, francés, alemán, inglés, italiano, ruso, portugués, etc. La «CURACION NATURAL» no es la recomendación de un producto farmacéutico; muy al contrario, es una verdadera enciclopedia de salud, en la que cada cual puede encontrar consejos para su propio bienestar y el de su familia.

**La obra se remite á quien la pida por correo, franco de porte.**

### Algunas opiniones y testimonios.

La obra está en posesión de S. M. el Rey de España.

Entre las numerosas cartas de felicitaciones que hemos recido, citaremos las siguientes:

He leído con verdadero interés su obra...  
Conde de MEMORADA.—Madrid.  
Autorizo á V. para que agregue mi nombre á la lista de suscriptores tan honorables...

Doctor F. LANOUX de Miremont—Francia.

Está en mi poder el envío de V., y me apresuro á informarle de que juzgo su obra como de verdadero interés y de utilidad incontestable. Los modelos del cuerpo humano, con su admirabile disposición para el desarme y las láminas en colores han causado mi admiración, y me encanta el haber adquirido tal libro.

Fresbitero PROUVENCE de St-Cannal, Bouches-du-Rhône.—Francia.



Muestra de la encuadernación.

Peso de cada volumen, 2 kilos aproximadamente.

### BOLETIN DE SUSCRIPCION

Sierva Vd. manda me un ejemplar de la obra

#### "NUEVO SISTEMA DE CURACION NATURAL"

que consta de dos tomos, encuadernados, 1600 páginas de texto, numerosos grabados y láminas y 7 modelos que se desarmen, en colores, del precio de 35 francos. Págame el importe por dos entregas de 17 fr. 50: la primera acompañando al boletín de compra; y la segunda tres meses más tarde.

Nombre y apellido \_\_\_\_\_

Profesión \_\_\_\_\_ Dirección \_\_\_\_\_

Dirección del empleo \_\_\_\_\_ FIRMA \_\_\_\_\_

Ciudad \_\_\_\_\_ Provincia \_\_\_\_\_

Se suscriba cortando este boletín y enviándolo bajo sobre franqueado á

**Librería QUILLET, 278, Boul. St-Germain, Paris**

Prospectos gratis á quien los pida



Porta-Pluma Reservoir

**"SWAN"**

Modelo regular para Hombres.  
Modelo de seguridad para Señoras.

DESDE : 15 FRANCOs

SENCILLO-GARANTIZADO  
Con Pluma de Oro y punta de Iridio.

MABIE TODD & Co

79-80, High Holborn — LONDON — W. C.

Agente en Francia :

A. K. WATTS, 106, rue de Richelieu, PARIS



últimos PERFUMES de Paris

.. *La Dugazon* ..

.. *Zaim* ..

*La Rose Fay*

de CH. FAY  
9, Rue de la Paix · PARIS

**Lincrusta-Walton F<sup>ce</sup>**

10, Rue de la Pépinière, PARIS Tel.: 591-35  
Exposition - S. Av<sup>t</sup> de l'Opéra - Tel.: 237-86



**TENTURES LAVABLES**

Demander l'Album C.

**LINOLÉUMS**

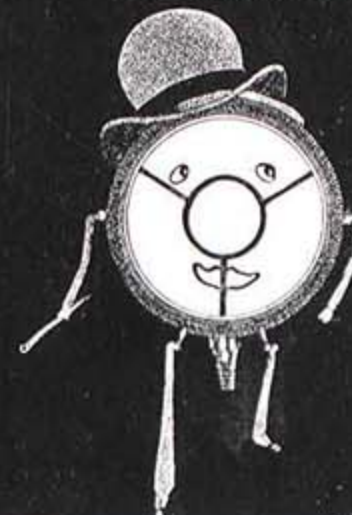
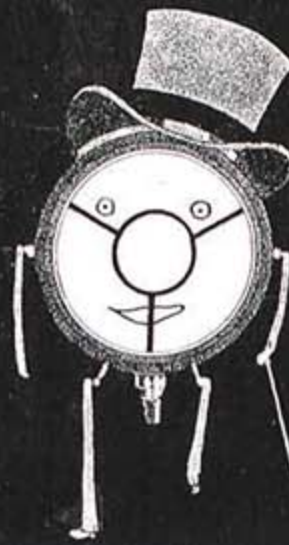
AGENTE EN RIO DE JANEIRO  
(BRASIL)

**Ed. SCHMIDT**

117, Avenida Central



*Los Faros Blériot  
andan solos*



CATÁLOGO FRANCO — 16, rue Duret, PARIS

**GANT NEYRET**  
 MARQUE  DÉPOSÉE  
 17 Rue d'Uzès  
 PARIS

FABRICACIÓN FRANCESA  
 DE GUANTES DE PUNTO  
*Especialidad en guantes de seda pura*

*De venta en todos los almacenes importantes.*

**PARIS**  
**GRAND HOTEL**

*Plaza de la Opera. - Boulevard des Capucines.*

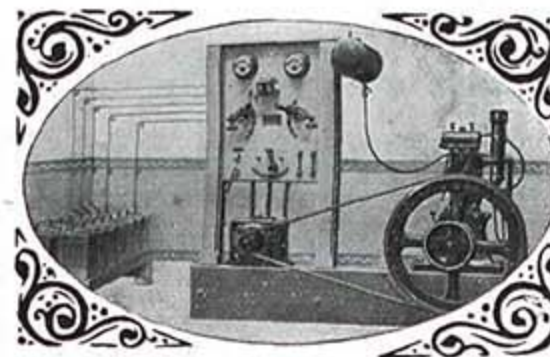


800 CUARTOS - 500 BAÑOS

Completamente reformado.

Confort moderno.

Espléndido jardín de Invierno.



GRUPOS ELÉCTROGENOS

EL  
**ALUMBRADO**  
**ELECTRICO**

*ECONOMICO y PRACTICO*  
 en la campiña

POR LOS

**GRUPOS ELECTROGENOS**

**L. HAMM & C<sup>ie</sup>**

23, RUE DE PONTHEIU, 23  
 PARIS

60 á 70 0/0 de *Economía*  
*sobre los otros sistemas*

**DISTRIBUCION AUTOMATICA**  
**DEL AGUA BAJO PRESION**

POR LA POLEA-BOMBA  
 (Sist. DISPOT.)

POLEA BOMBA

SUPRESION DE DEPOSITOS  
 EN ELEVACION

TRASVASAMIENTOS Y RIEGOS

*Pedir el catálogo especial*  
 N° 19.



*i sereis bellas!*  
*J. F. Rimerin*

Los productos de Belleza **EPIDERMIA** hermocean sin pintar

**Bozongles** en un minuto da a las uñas el brillo esplendido de la ágata; quita las envidias, se emplea sin pulidor, resiste 8 días al lavarse, al jabón y al alcohol.

**El Secreto de J.-F. RIMERIN**  
 Os quita las PECAS  
**RESULTADO GARANTIZADO**

**KISS-ME**, colorete natural para los labios. Permanece un día completo.

**BELPO** ⇒ Polvos de arroz líquidos, insuperables ← **DUVET D'AMOUR**

← **MOUSSE - PRINTEMPS** ⇒

Nieve imponderable y divinamente perfumada. Fija los polvos sin formar parches.

De venta en los buenos almacenes de novedades, perfumerías, droguerías, farmacias de España y del Extranjero, en los cuales se hacen aplicaciones y pruebas gratuitas.

Pedid nuestro folleto gratuito: "Sereis bellas", por **J.-F. RIMERIN**

Depositarario en España: Eug. **SARRA**, 7, Ronda de San Pedro, **BARCELONA**  
 Depósito general: **EPIDERMIA**, sección E, 134, Rue Saint-Maur, **PARIS**

SOCIEDAD FRANCESA DE ESCULTURA  
 :: :: DE ARTE EN MARMOL :: :: ::

**Galerie Félix Cavaroc**  
 10, Rue de la Paix. Paris

TRABAJOS DE MARMOLERIA  
 ARTISTICA PARA CONSTRUCCIONES, COLUMNAS, BALCONES, SALAS DE BAÑOS ..

FUENTES, GRUPOS, ESTATUAS  
 PARA DECORACION DE SALONES, VESTIBULOS Y JARDINES.  
 :: RETRATOS Y MAUSOLEOS ::

PREFERIDO POR LO MEJOR DE LA COLONIA SUD-AMERICANA

Envío del catálogo general ilustrado  
 :: contra remesa de 2 francos. ::



# B.R.C

LUZ PARA  
 AUTOMOVILES  
**FAROS**

GENERADOR ALPHA  
**DYNAMO**

DEPOSITOS Y CONCESIONARIOS

ARGENTINA { *BANQUE AUTOMOBILE*, 731 Maipú **BUENOS AYRES**  
*A & G. CAHEN* 1135, Carlos Pellegrini, ..  
*LABORDE & C<sup>o</sup>* 368, San Martín ..  
*RECHT & LEHMANN* 815, Cancallo ..

ESPAÑA { *BLANC FRÈRES*, 57, Calle de Alcalá **MADRID**  
 PORTUGAL }  
 MEJICO *DE LOS RIOS*, 153, Av. Hombres Ilustres, **MEJICO**

# B.R.C

**RODRIGUES, GAUTHIER & C<sup>o</sup>**  
 67, Boul<sup>d</sup> de Charonne, **PARIS**.

# POUDRE GERMANDRÉE

Secret  
 de beauté



Pour embellir, soigner  
 la peau adhérence absolue  
 et discrète Parfum idéal

MIGNOT-BOUCHER Parfumeur 19, rue Vivienne **PARIS**

Exclusivo para todo el Brasil:  
**PERIANDROS, Sté Anme, PARIS**  
 Agente en Río de Janeiro:  
**J. H. SEABRA, rua de S. Pedro, 84-Sob<sup>o</sup>**

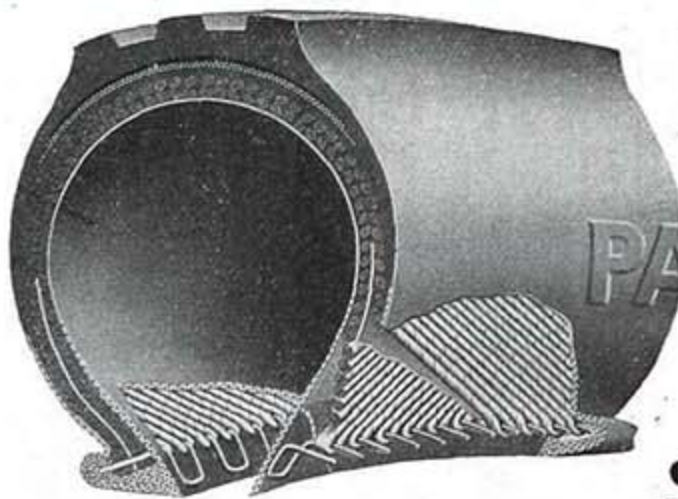
## LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS,  
 :: FUNDADA EN 1864, EN PARIS, ::  
 :: RUE DE L'ARCADE, 59 ::

CAPITAL: 12.000.000 COMPLETAMENTE  
 :: :: VERTIDOS :: ::  
 CONJUNTO DE GARANTIA: 80.000.000  
 La compañía ha pagado desde su  
 fundación más de doscientos mi-  
 :: :: llones de siniestros :: ::

Seguros contra accidentes de todas  
 naturalezas: Automóviles — Do-  
 mésticos — Individuales — Respon-  
 :: :: sabilidades — Civiles :: ::

Condiciones especiales para seguros tempo-  
 rales a los extranjeros que residen en Francia.



De construcción diferente é incomparable resistencia son los neumáticos

**con cuerdas**

# PALMER

152, avenue Malakoff, Paris



78 bis, Avenue Henri-Martin, PARIS  
DEPOSITARIOS PARA :  
ARGENTINA : CABEZAS, PAZOS & Cia. Suipacha. 14 y 26. Buenos-Aires.  
URUGUAY : B. & N. SOI-ARI, Salto.

## Este Traje de Schweizer

no confeccionado, lavable, con verdadero bordado suizo, se envía franco de porte (y de derechos para España) á domicilio, al precio increíble de **Ptas 17.90**

Se compone de :  
4,20 tretos de bordado suizo, de 48 c/m de ancho, sobre 4,20 metros de la famosa batista suiza, de 116 c/m ancho.

- Disponible en :
- — Blanco bordado blanco
  - — — azul viejo
  - — — rosa viejo
  - — — reseda
  - — — lila
  - — — oro
  - — — negro

Pedid hoy mismo nuestro nuevo catálogo con muestras, franco. Especialidad en : Trajes para señora y para niñas, y blusas sobre tejidos novedad.

Nuestros bordados se venden sin confeccionar, pero enviamos los patrones cortados en todas las medidas á quien los pida.

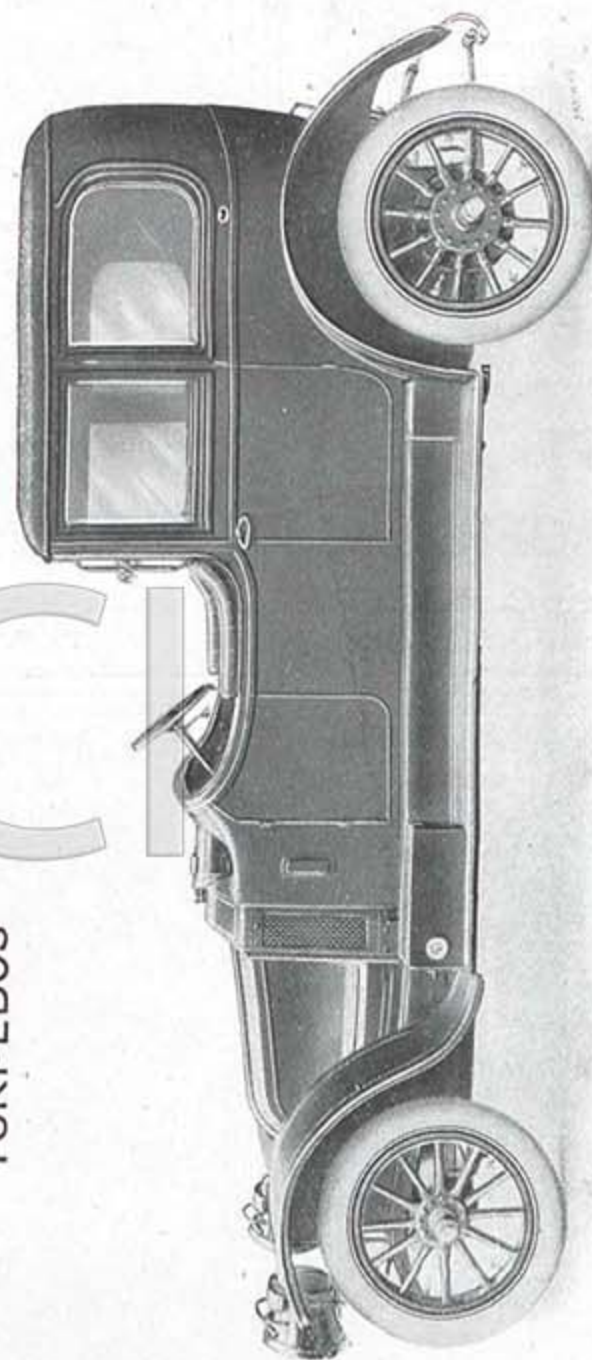


**SCHWEIZER & Co**  
Lucerna A 78 (Suiza).

# CARRROCERIAS DE LUJO

CARRUAJES PARA LA CIUDAD ✦ CARRUAJES PARA TURISMO

COUPÉS LIMUSINAS LANDAULETS TORPEDOS



COUPÉ REDONDO, TIPO 520

**LAMPLUGH & CIE** PARIS  
RUE ERNEST-COGNACQ  
LEVALLOIS-PERRET

Muebles Higiénicos  
**JUNCO ESMALTADO ROTEN**  
Fabrica sin Sucursal  
Manufacture Parisienne




Paseo de Gracia, 115, BARCELONA  
Proveedores de la Comp<sup>a</sup> Trasatlántica

Los Maravillosos  
**PERFUMES**  
GODET  
Telefono 582-33  
PARIS-NEUILLY  
*Los concentrados de flores - Los sales que no manchan*  
**SOUS-BOIS**  
*El perfume de moda, fresco, persistente, inimitable*  
**EXQUISITÉ**  
**ENVOI de FLEURS**  
*Las dos mejores creaciones de la perfumeria francesa*



!!! EL MEJOR BAÑO !!!  
**MUSGO - ESPONJA PERFUMADO**  
HIGIENICO-FORTIFICANTE-CALMANTE-ANTISEPTICO  
*El Musgo-Esponja es una verdadera necesidad de la vida moderna. Reemplaza á la esponja y al jabón. — PROBARLO ES ADOPTARLO —*  
PREPARADO POR  
**RENAUD GERMAIN** *Perfumistas proveedores de la Real Casa de España*  
Calle de Cortes, 574, BARCELONA (España)  
PIDASE EN LAS PERFUMERIAS, DROGUERIAS Y ESTABLECIMIENTOS DE BAÑOS

**ALUMBRADO ELECTRICO DE AUTOMOVILES**



**DYNAMO FARO EYQUEM**  
191 & 195 BOULEVARD PÉREIRE, PARIS.



**EL ESPEJO LUMINOSO ELECTRICO**  
**EYQUEM**  
191 & 195  
Boulevard Péreire  
PARIS  
Enviase Catalogo Franco à Quien lo Solicite.

*M<sup>lle</sup> Cleo de Mérode de l'Opera.*

Foto Manuel.

**SUBLIME-SENSAT**  
El non - plus - ultra de los aceites de olivo - G. Sensat, hijos - Barcelona

**LICOR DEL POLO DE ORIVE**



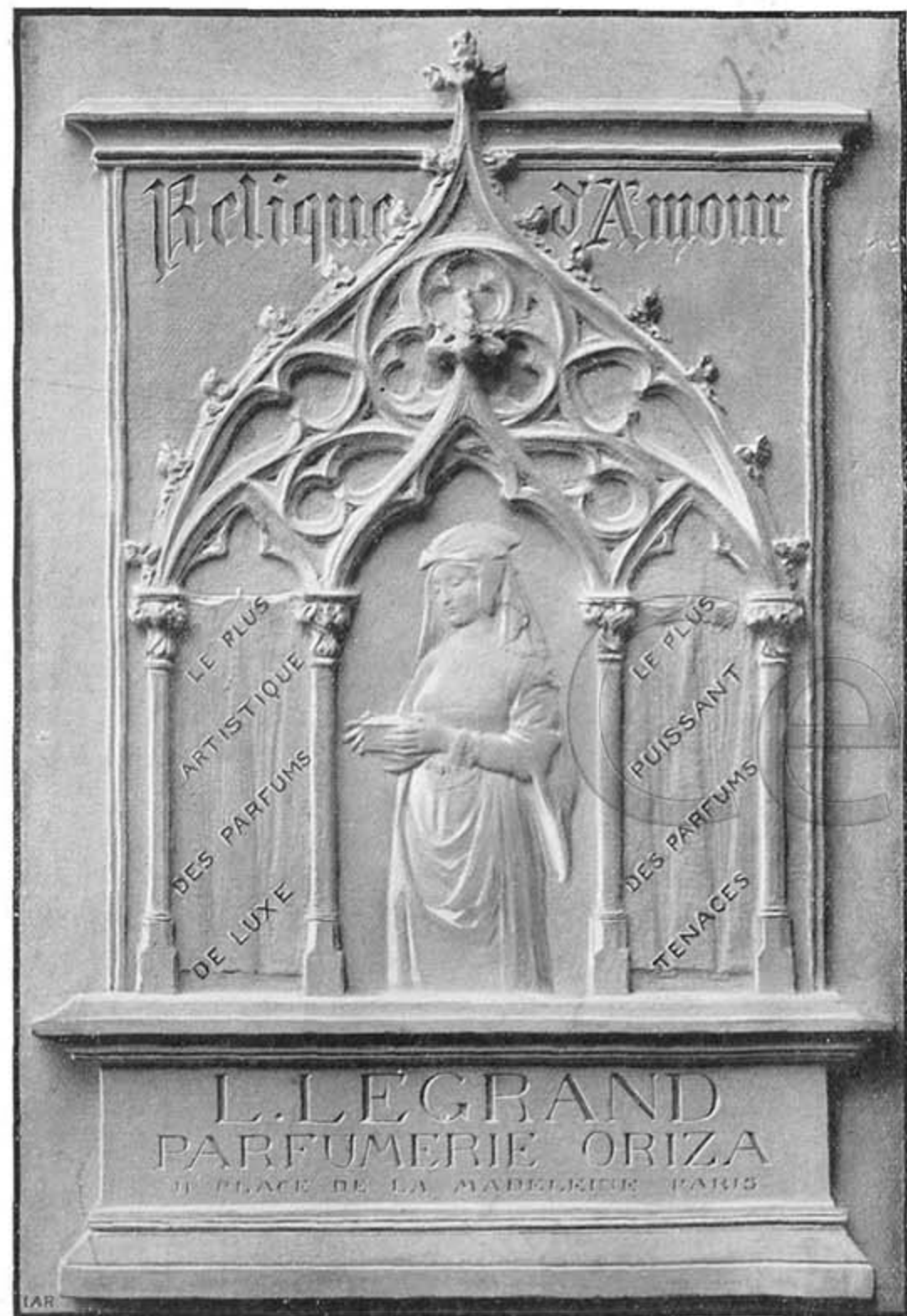
No contiene Sacarina, Fenol, Salol ni Timol (ácidos fénico, salicílico y tímico), ni ningún otro ácido que, lenta pero indefectiblemente, atacan el esmalte dentario. De composición puramente vegetal.  
Premiado en varias exposiciones Nacionales y Extranjeras y en Corporaciones y Sociedades Científicas. — Gran Medalla de Oro de 1<sup>a</sup> clase por la Sociedad Científica Europea de Paris en 1881, después de proclamado como inmejorable antiséptico y superior dentífico entre todos los Europeos. — Primer premio en la Exposición del IX Congreso de Higiene Internacional, después de reconocidas sus imponderables virtudes antisépticas.  
Para dar una idea del consumo y progresivo éxito del LICOR DEL POLO, basta decir que el primer año (1870) vendiéronse en junto 560 frascos; hoy véndese por una sola casa de Madrid (la de los Sres. P. Martin V. y Ca., Alcalá, 7), 30.000 frascos por mes.

Para los pedidos dirigirse á S. de Orive, Logroño (Españal)  
MEJICO : Doctor E. Fernández Pola .. Para la América del Sur, D. Francisco López, Entre Ríos, 262 - BUENOS AIRES  
Véndese en todas las Farmacias, Perfumerías y Droguerías del Mundo.



El autor del Licor del Polo á los 67 años.





## ¡ CUIDADO, SEÑORA !

*Vd. empieza a engordar y engordar es envejecer. Tome pues, todas las mañanas en ayunas, dos grajeas de THYROIDINE BOUTY y su talle se conservará esbelto ó volverá a serlo.*

MEDICAMENTO EFICAZ É INOFENSIVO exigiendo: Thyroidine Bouty.  
Para recibir gratis el Folleto explicativo, dirigirse:  
Laboratorios BOUTY, 3<sup>MA</sup>, Rue de Dunkerque, PARIS.

## LOS SAQUITOS PARA EL TOCADOR DEL Doctor DYS

Dan á la piel un frescor delicioso. Protegen la piel del aire vivo de los primeros dias de primavera, y conservan la belleza y la dulzura de la juventud. Envio franco del librito explicativo, dando toda clase de detalles sobre los productos del Doctor Dys. Se suplica mencionar el nombre de "Mundial".

**V. DARSY**  
54, Faubourg Saint-Honoré  
PARIS

NEW YORK, 14, West 47 th Street.  
S. PESSL. — VIENNE, 28, Kärntnerstrasse.  
BUDAPEST, 19, Váci utca.  
G. LOHSE. — BERLIN W., Jägerstrasse.

*Evitar las imitaciones.*



VERTIGE D'AMOUR

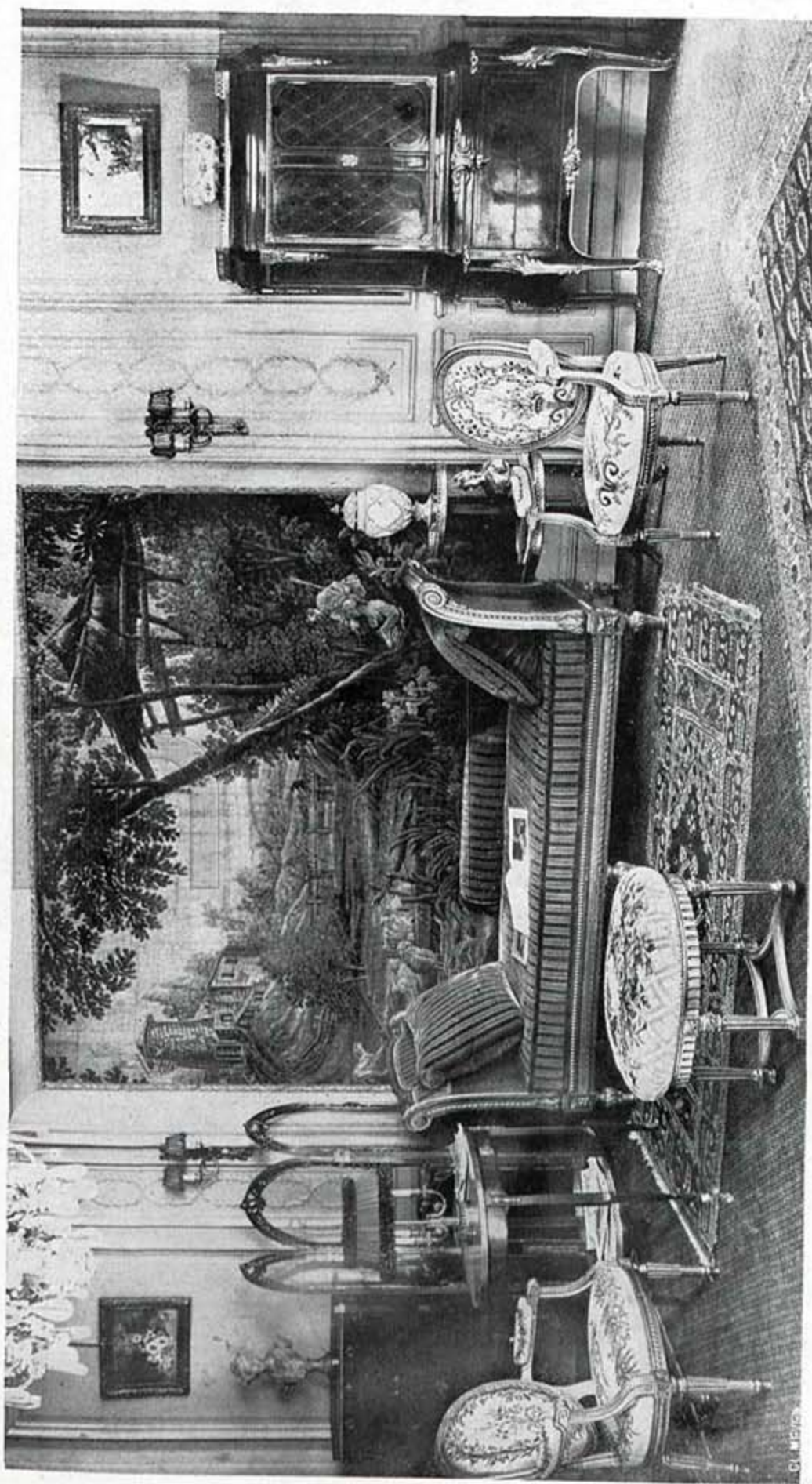
PARFUMERIE D'ESTRÉE  
16 Rue S' Croix de la Bretonnerie  
PARIS

A. Ehrmann,

*Vertige d'amour! Parfum exquis!  
offense, en l'absence de tout, l'air est plus  
Wagston*

*Arlette Puygès  
de Paris*

*Il est tout allé, un peu, et on seiffe  
de l'air le vertige d'amour pour  
l'attraction de l'air de son d'une douce  
clarté, l'absence de tout, l'air est plus  
parque tout en un  
Marthe Deloy*



Una Sala de Exposición de la Casa.

100, Faubourg Saint-Antoine, Paris.

**MERCIER FRÈRES**

MUEBLES, DECORACIONES

SUCURSAL EN LILLE

Proyectos sobre pedido.

179, Rue Nationale.

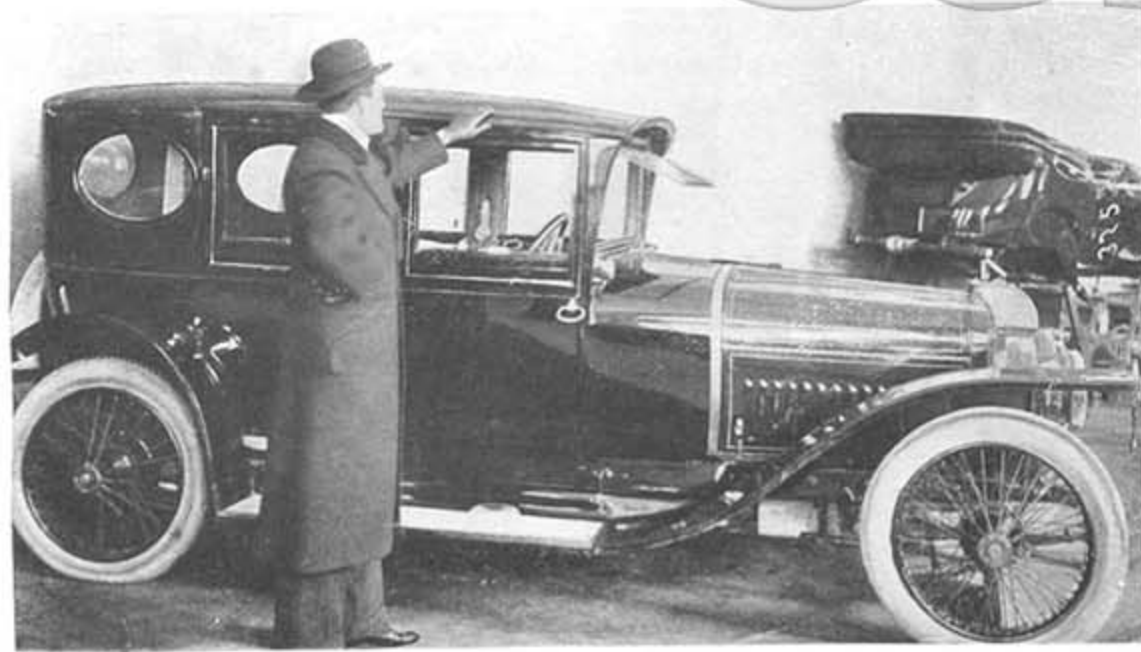
¶ Para tener una **CARROCERIA A VUESTRO GUSTO** que responda á vuestras necesidades, y que no sea el carruaje de la serie que todo el mundo tiene, es necesario ir á la



**CARROCERIA**

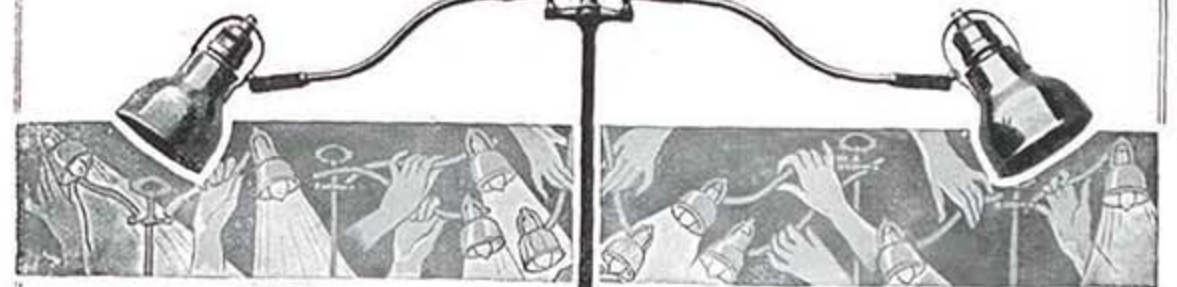
**VINET**

La sola que crea nuevos modelos, y estudia un modelo especial para cada cliente.



VINET=Carroceria y Aeroplanos - 43, Quai de Seine, COURBEVOIE-PARIS

**APARATOS ELECTRICOS  
VICE O VERSA**



Articulación automática universal

Indispensables para todo trabajo

Adaptables á toda clase de mesas



Para despachos talleres almacenes máquinas de escribir dibujantes etc.



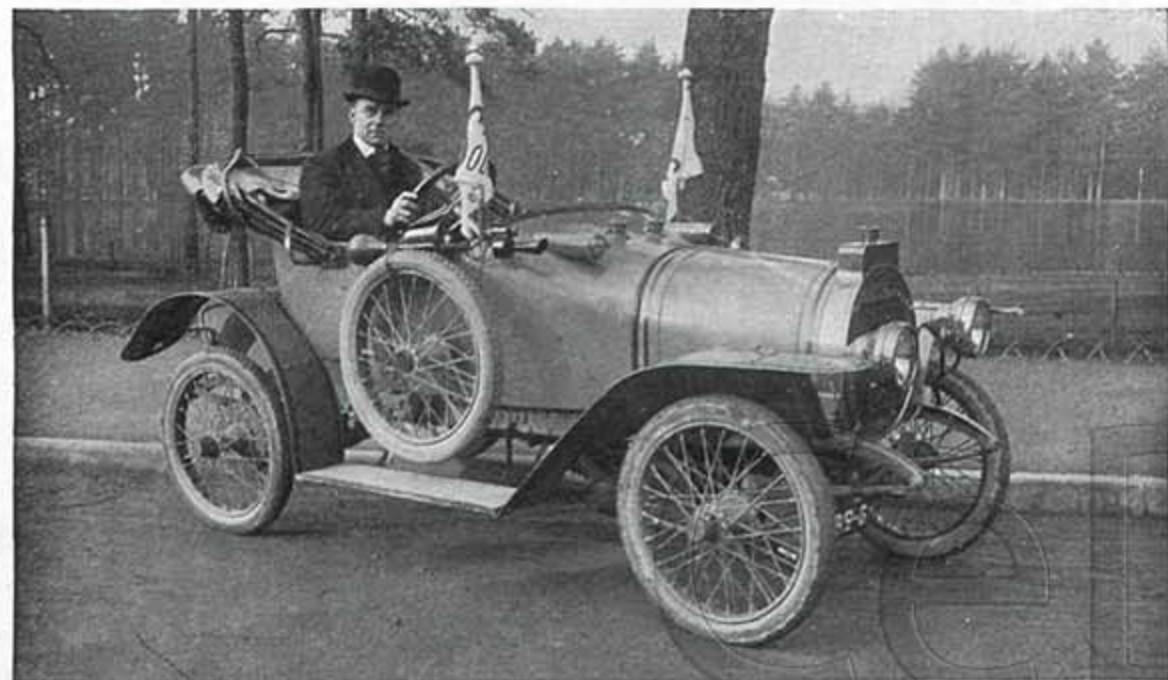
**GOURDON**  
fabricante

34, RUE ALEXANDRE DUMAS - PARIS  
ENVIO DEL CATALOGO GRATIS

# C. L. C.

## Cochecitos, Coches y Motores.

Uno y cuatro cilindros  
*Sin Válvulas*



Cochecito tipo "Populaire" 6-8 HP. mono-cilindrico sin válvulas á *cardan* 3 velocidades, marcha atrás, carrocería Torpedo 2 asientos, capota protectora. Precio : **4.300 francos.**

**Solidez - Economía - Rapidez - Silencio**

ENTREGA RAPIDA DE MOTORES PARA CANOAS,  
:: :: AGRICULTURA Y PEQUEÑA INDUSTRIA :: ::



Sociedad de Automóviles y Motores

de **COCKBORNE, LEHUCHER, da COSTA**

**PARIS - 165, Avenue d'Italie - PARIS**

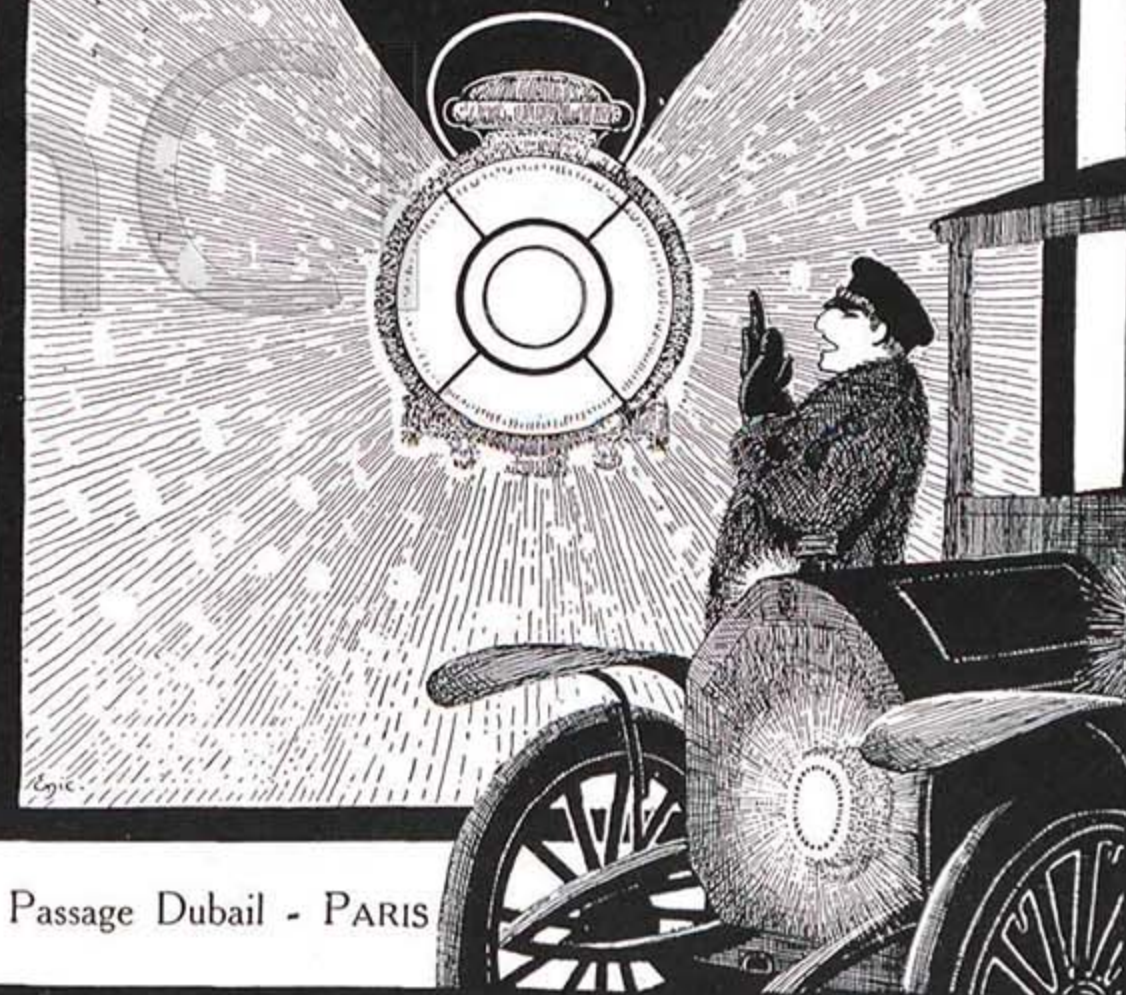
Para informes y venta dirigirse al Agente Mundial **René HOLBET** Ingeniero,  
18 bis, Rue Brunel, PARIS.

Dirección telegráfica : **CELECÉ**

**SE DESEAN AGENTES**

# — FAROS — DUCELLIER

— PARA —  
AUTOMOVILES  
— DE —  
GRAN LUJO  
Y CARRUAJES



25, Passage Dubail - PARIS

# MUNDIAL

## MAGAZINE

Dirección telegráfica:  
**SANTAGUIDO-PARIS**

Director literario:  
**RUBEN DARIO**

Secretario de la Redacción:  
**CARLOS LESCA**

**TELEFONOS**  
Dirección y Administración:  
Louvre 0-36  
Redacción y Publicidad:  
Bergère 43-34



Fotoreux.

ZAPATERIA DE LUJO **COSTA**  
277, Rue Saint-Honoré, Paris



### PERFUMERIA

EXTRA-FINA

## T. JONES

23, Boulevard  
des Capucines  
PARIS



Y EN TODAS LAS  
BUENAS CASAS

Acaba de Aparecer:

# VENI-VICI

PERFUME INCOMPARABLE

### Raqueta "DRIVA"

fabricada por

## WILLIAMS & C<sup>o</sup>

1 et 3, Rue Caumartin, PARIS



En todo el mundo conocida por la excelencia de sus primeras materias, su tensión perfecta, la perfección de su equilibrio y los brillantes resultados obtenidos con ella.

Adoptada por los mejores jugadores del mundo entero

Los hombros están especialmente reforzados de manera que, sin disminuir la elasticidad ni aumentar el peso, el marco no puede prácticamente romperse.

**CAMPEONATOS GANADOS CON LA "DRIVA"**  
Campeonato del Mundo (Dobles)  
Campeonato de Francia  
(7 años consecutivos)  
Campeonato de Inglaterra (C.C.)  
All Comers Singles, Wimbledon  
Campeonato de Alemania  
Campeonato de Bélgica, de Suecia  
y otros muchos.

ACCESORIOS Y TRAJES  
para LAWN-TENNIS, GOLF, FOOTBALL  
y todos los demás DEPORTES

Catálogo (G) franco.

### SUSCRIPCIONES

FRANCIA  
6 Meses.. .. 6 fr. 50 | Un Año.. .. 12 fr.

EXTRANJERO  
6 Meses.. .. 9 fr. 50 | Un Año.. .. 18 fr.

NUMERO SUELTO  
Francia.. .. 1 fr. | Extranjero.. 1 fr. 50

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio todos los números extraordinarios que se publiquen.

#### AGENTES DE PUBLICIDAD PARA:

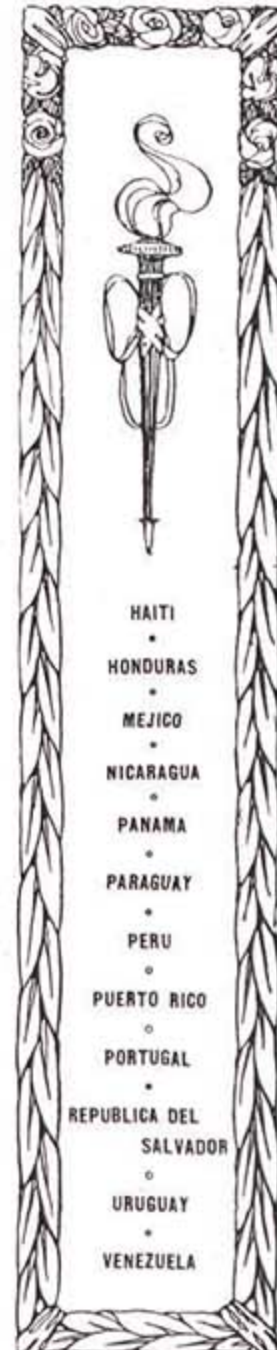
- Argentina:** Guinzú & Carranzá. - Tucumán 1335.- Buenos-Aires.
- Alemania é Italia:** Haasenstein & Vogler. - Leipzigerstrasse, 31 & 32 - Berlin.
- Brasil:** Alfredo D. de Luzuriaga, Rua do Rozende, 58 A. - Rio-de-Janeiro.
- España:** Empresa de Anuncios, Rialp. - Rambla de Cataluña, 14 - Barcelona.
- Inglaterra:** South American. - Press Agency Ltd, 1, Arundel Street. - Londres W. C.
- Suiza:** Robert Hug, Hauptpostbox 6206. - Zurich.

Venta exclusiva y suscripciones para España, América latina é Islas Filipinas: Sociedad de Ediciones Louis-Michaud, 168, Boulevard Saint-Germain, Paris.

En Paris, se encuentra de venta en todos los kioscos del Bulevar y en los Grandes Hoteles, así como en las principales librerías, igualmente que en nuestras oficinas, 6, Cité Paradis.



- ARGENTINA
- BOLIVIA
- BRASIL
- CHILE
- COLOMBIA
- COSTA RICA
- CUBA
- REPUBLICA DOMINICANA
- ECUADOR
- ESPAÑA
- FILIPINAS
- GUATEMALA



- HAITI
- HONDURAS
- MEJICO
- NICARAGUA
- PANAMA
- PARAGUAY
- PERU
- PUERTO RICO
- PORTUGAL
- REPUBLICA DEL SALVADOR
- URUGUAY
- VENEZUELA

## SUMARIO

|   |      |
|---|------|
| PICAROS Y BOHEMIOS, cuento de JOSE M. MATHEU, ilustrado por BASTE...                                | 1059 |
| LA CANCION DE LOS OSOS, poesía inédita de RUBEN DARIO, ilustrada por FALGAS...                      | 1066 |
| NENA TERUEL, escena de la comedia de este titulo, original de SERAFIN Y JOAQUIN ALVAREZ QUINTERO... | 1070 |
| TOLEDO Y SUS LEYENDAS, por P. DE PEDROSO...   | 1074 |
| EL CONCURSO LITERARIO DE MUNDIAL Y ELEGANCIAS...  | 1082 |
| DEL PARIS DE AYER AL PARIS DE HOY...  | 1083 |
| LA MISA DE GOYENECHÉ, cuento original de CARLOS LESCA, ilustrado por VAZQUEZ-DIAZ...                | 1099 |
| BOLIVIA, impresiones de viaje, por BLAY...  | 1104 |
| ESTRAZILLA, continuación de la novela de JOSE ORTEGA-MUNILLA...                                     | 1113 |
| LA LEYENDA DEL AMOR, por ANTONIO G. DE LINARES, ilustraciones de TORNE-ESQUIUS...                   | 1125 |
| UNA NOVELA POLICIAL VIVIDA, por SANTIAGO VILLANUEVA...  | 1134 |
| CRONICA DE PARIS, por V. GARCIA CALDERON...   | 1138 |
| MI BANDERA, poesía, por J. MUÑOZ SAN ROMAN...   | 1142 |
| EL TEATRO EN PARIS, por E. GOMEZ-CARRILLO, con ilustraciones inéditas de MAREVERY...                | 1143 |
| VIAJAR, poesía, por MANUEL GALVEZ...  | 1147 |
| EL CENTRO DE ESTUDIOS FRANCO-HISPANICOS EN PARIS...   | 1148 |
| UNA GRAN FUNDACION AMERICANA EN PARIS...  | 1151 |
| ELEGANCIAS MASCULINAS...  | 1153 |

(No se devuelven los originales.)

### En el próximo número :

LA EXTRAÑA MUERTE DE FRAY PEDRO, cuento inédito de RUBEN DARIO. — PALABRA Y SILENCIO, notable artículo de JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN. — ATENAS, por E. GOMEZ-CARRILLO. — Poesías inéditas de EDUARDO TALERO Y ARMANDO VASSEUR.

### Próximamente :

Versos y prosas de RICARDO LEON, LEOPOLDO LUGONES, AMADO NERVO, MAX HENRIQUEZ URENA, etc., etc.



Por José M. MATHEU.

\*\*\*

**A**CIERTA hora de la noche, en la sala de espera del antiguo teatrillo de *La Infantil*, veíase cruzar por entre los grupos una figura humana de voz catarrosa, que iba repitiendo como un fonógrafo ambulante estas sencillas palabras: « El librito de los sueños, el librito de las charadas, el librito de los chascarrillos y el premio gordo ¿quién lo quiere? ». En otros tiempos, esta figura debió ser morena, pero al presente, las recias barbas y las greñas mal peinadas, que eran negras, se confundían con lo demás del rostro, y hubiera sido difícil al observador señalar los límites que separaban la piel tursa y morena del cuero cabelludo. Vestía un amplio gabán oscuro, ó más bien pardo, que por

bastante holgado tenía apariencias de traje talar, unos pantalones de color de humo, de un matiz indefinible, llenos de costurones y remiendos, unos zapatos sin suela, un sombrero seboso que carecía de forma, y una bufanda azul, hecha girones ó poco menos, arrollada cautamente á su cuello.

Al pronto, inspiraba cierta repugnancia el aspecto de esta singular figura; pero si se estudiaba su fisonomía, es decir, lo que debía ser el hombre en el fondo, la repugnancia se trocaba en lástima y curiosidad, porque se comprendía que su pobreza era en cierto modo lógica y natural, como lo es el ramaje erizado de puas de la ortiga. Pertenecía, pues, á la numerosa familia de menesterosos y vagos, pobres bohemios en su arte ó profesión, que lo son por incuria y deficiencia de medios, de educación y de aptitudes. Cierta

que no siempre anduvo tan desastrado, pues tiempo atrás, cuando vivía con una íntima amiga, llamada *La Pelusa*, solía vestir con alguna más limpieza. En la ronda que nuestro hombre hacía entre los concurrentes de la sala para ofrecer su mercancía, casi siempre se dirigía á los obreros, á las señoras que traían toquilla y á los que vestían con suma sencillez. Comprendía por instinto que sus aspiraciones comerciales debían ser muy modestas.

Algunas de estas últimas noches de Otoño, después de una modesta venta, acostumbraba á vender por la puerta del Casino, y á ofrecer á los que salían algún décimo de la lotería, pues del librito de los sueños, aunque fuera de la propia sibila de Cumas, maldito el negocio que realizara. Y esto precisamente lo supo, por boca de uno de los chicuelos más vivaces que entraban á recoger colillas en el Saloncillo, que le ponderó la riqueza y esplendor de algunos caballeros trasnochadores. Rondaba, por lo tanto, el señor Usebio, que así le llamaban los mozos y parroquianos, la calle de punta á punta, y en ocasiones se paraba al lado de la puerta, sin dejar por eso su monótona cantineña. Bajó del casino una de aquellas noches un gentil caballero, moreno, gallardo, bien vestido, lo que se llama una buena figura, con el abrigo de verano puesto sobre los hombros; pero al salir á la calle debió sentir la frescura del ambiente algo excesiva, y de prisa, sin pararse, se puso en un momento la citada prenda. El señor Usebio que seguía en el portal y conservaba una vista de lince, vino á observar que en estas maniobras se le había caído al caballero, del gabancillo claro, una cartera de fina piel, no muy grande. Se dirigió presuroso á recogerla, y aún tuvo que correr para alcanzar al dueño que llevaba buen paso. Le detuvo, en efecto, más allá de la farola central de la calle de Sevilla, y le entregó la susodicha cartera.

Miró el caballero al vendedor con no poca extrañeza y curiosidad, y después de haber observado su vestimenta, su aire declarado de bohemio y su fisonomía de rústico beocio, abrió la carterita y tomó un fino papel impreso, que mostraba un lindo grabado, y se lo entregó al hombre, diciéndole: — Usted es un hombre honrado, y ha tenido en sus manos un capitalillo de cuarenta mil pesetas, que debo á mi buena suerte. Ahí le entrego en recompensa uno de mil. Conque, salud y buena suerte, buen hombre, y ¡ á vivir!

Quedóse el señor Usebio con el billete en la mano, contemplándolo á la luz de la farola, y pensando en que aquel simple papel representaba nada menos que mil pesetas. Acaso,

como satisfacción y recreo de la vista ante lo neto, hubiera preferido recibir veinticinco duros en plata sonante y contante. Echando, pues, cuentas y cálculos, sin perder tiempo, se encaminó á la calle del Cuervo, próxima al Rastro, donde tenía su tugurio.

Una viuda algo madurita, lavandera y madre de tres zagalotes, hubo de ceder un cuartejo á cierto vendedor de hierros y trastos viejos, el cual vendedor llevó como huésped á un paisano suyo, mozo de cuerda muy acreditado en el barrio por sus hercúleas fuerzas. A su vez, este Hércules contemporáneo respondió de la hombría de bien del señor Usebio, á quien hubo de prestarle en más de una ocasión dos reales para un *coci* y una cajetilla de á veinte. Por último, la señá Petra que regentaba majestuosamente, por haber sido en su buenos tiempos una real hembra, un puesto de frutas y legumbres en la plazuela, recomendó á cierta personilla llamada Juanillo. El tal Juanillo *corría* tabacos legítimos de la Habana y otras menudencias, entre las personas que él conocía, con lo que, dicho se está, que se ganaba *honradamente* la vida y gastaba reloj.

Así es que, aun cuando parezca inverosímil, cuatro seres humanos que por su diversa procedencia bien pudieran representar el este, oeste, norte y sud de la Península, ocupaban los cuatro ángulos del cuartejo cedido por la viuda. Un jergoncillo escualdo ó una manta doblada, según las circunstancias, servía á cada uno de ellos de cama móvil á su gusto en aquellas frescas noches de Otoño. Cuando arribó el señor Usebio á la casa, se alegró muchísimo de ser el primero que tomaba posesión del cuarto y del jergón correspondiente. Tuvo, pues, tiempo y espacio para cavilar, acerca del sitio reservado donde escondería el billete de las mil pesetas. Respecto de las prendas y ropas de uso particular, aún reinaba cierta amable confianza entre los cuatro durmientes; pero al tratarse de cuartos, esta confianza desaparecía por completo, sufría un eclipse total. Jamás se dió el caso de que una perrucha que cayese al suelo, tornara á toparla el dueño, por listo que anduviese.

En su consecuencia, el hombre se calentaba inútilmente los cascos, y no sabía donde ocultar aquel inesperado tesoro que se reducía á un simple papel. ¿Lo metería dentro del jergón, volviendo á coserlo con mucho disimulo?... no le parecía prudente. ¿Se lo guardaría en el bolsillo? Esto debía ser algo peligroso. ¿Se lo entregaría á la viuda, que era persona de fiar? tampoco esto le convenía, porque el dinero es harto pegadizo. Pensando en esto llegó Juanillo, el co-

redor de tabacos legítimos de la Habana, y encendiendo una luz pudo observar la cara del señor Usebio, todavía despierto, y que le miraba entre turbado y receloso. Ello es, que nuestro hombre notó cuando entraba cada uno de los compañeros del cuarto, y todo fué rebullirse y dar vueltas, y no pegar ojo lo menos en cuatro horas. Pero al fin, pudo más el cansancio que las cavilaciones, y á eso del amanecer dormía el señor Usebio como un leño.

Era ya de día, y muy de día, cuando le despertó el portazo que daba la viuda al marcharse, y el ronquido del Hércules gallego que era estupendo, por su tono profundo, bronco y desapacible. Los demás compañeros ya habían remontado el vuelo. La primera idea que iluminó y acarició la pobre imaginación del señor Usebio, fué la de contar con dinero, y dinero abundantísimo. ¡ Qué descanso tan grande para el cuerpo!



Salió del cuarto y mostró el billete...

¡ Y cómo se lo agradecería eso de estarse tumbado una hora más en la cama, recreándose con la idea del rico café con leche, delicadísimo desayuno, con qué pensaba desayunarse aquella feliz mañana! Levantóse, pues, archi-contento, llevándose la diestra á su velludo pecho, allí donde creía conservar muy apretado el billete de mil pesetas, y se acabó de vestir y de atusar las greñas á araño limpio, pues el señor Usebio dormía medio vestido. Hallóse luego al salir en la misma escalera á la viuda y ama del cuarto, que volvía desconsoladísima por haber echado de menos, en la ropa blanca que trajo del río, dos camisas finas de hilo, que por lo menos valían quince pesetas.

— ¿ De dónde demonios saco yo ahora quince pesetas, me quíe usted decir?... — le interrogaba al señor Usebio con verdadero desconsuelo.

— No se apure por eso, maestra, que pué que yo pueda...

— ¿ Usted?... — la viuda le miró hasta con rabia — Miusté que poder usted... tendría eso que ver .Vamos, hombre...

— Que le digo que sí, mujer — y el señor Usebio, atacado de una súbita lástima hacia la robada y de una cierta vanidad de mostrarse capitalista, le contó en pocas palabras la peripecia de la pasada noche. ¡ Qué afortunada noche y, sobre todo, qué caballero aquél tan generoso y espléndido de suyo! Sonreía tan beatíficamente nuestro vendedor, que la viuda le contemplaba con sumo gusto, como si su rostro labrado en oro puro resplandeciera con dorados reflejos, y eso que se hallaba á cien leguas de semejante milagro, como se hallara cualquier mal tizón de la cocina.

— Bueno, veamos eso, y pensaremos lo que á usted más le conviene, porque á mí ya me conoce y sabe quien soy.

Echó mano al pecho el señor Usebio y buscó por uno y otro lado, y hasta por lo más profundo, cerca ya del ombligo, sin que el dichoso billete apareciera. El hombre empezó á sudar tinta, mientras la viuda le devoraba con los ojos, y á no haber sido mujer, de seguro que le mete mano y le desnuda, y le deja como á nuestro padre Adan en menos que canta un gallo. Por lo tanto, le aconsejó con viva ansia que entrara en el cuartejo y se quitara el gabanote, el chaleco y la camisa, porque bien pudiera acontecer que hubiera cambiado de sitio el tal billete, y amaneciase por detrás conforme creía tenerlo por delante. Así lo hizo, en efecto, y lo buscó largo rato por todas partes, aunque sin dar con él. Por último, llegó hasta quitarse los calcetines con sus agujeritos en los talones, y... ¡ aún había Providencia para los pobres! allí estaba metido el billete en cuatro ó cinco dobleces. ¿ Cómo pudo descender á tan bajo sitio el que estuvo tan alto? Quizás lo habría metido el propio señor Usebio, y ya no se acordaba. Ello es que salió del cuarto en tres zancadas, y se lo mostró á la señá Lorenza, que no se hartaba de mirarlo. Luego, le dijo.

— Lo que usted podía hacer, señor Usebio, y no valga lo dicho sino la buena intención, es tomar el puesto del Pasiego, el que vende papeles, que es más viejo que la tos, y el día menos pensao estira la pata.

— Pero tié un yerno que...

— ¿ Su yerno?... un sinvergüenza, y como

tumbón no lo hay mayor en tóo el barrio. Cualquier día se arrima ese al puesto. Si fuera á la taberna... no digo que no.

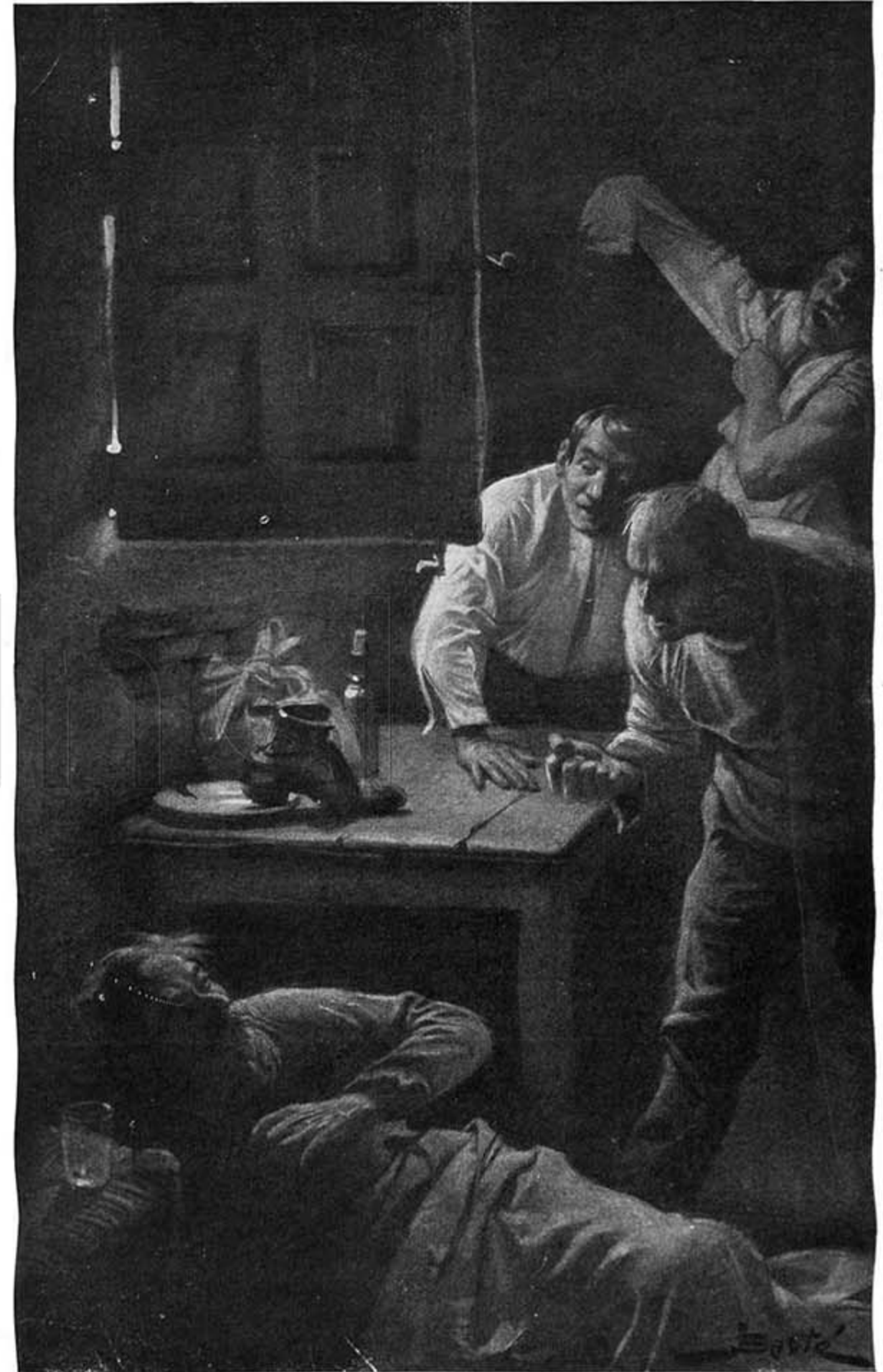
— Ya veremos, ya veremos.

Al señor Usebio no le agradaba, ni poco ni mucho, eso de estar fijo al lado de un mostrador ó de un tenderete en espera del comprador, acostumbrado como estaba á correr de aquí para allá, y á vivir en una santísima independencia. Y para pensarlo mejor echóse á la calle, con el fin de tomar un vaso de café con leche, que es lo que le pedía el cuerpo á aquella hora. Después, cerca ya de medio día, se reunió en la taberna del *Chiripa* con el Hércules gallego, á quien seguía debiendo dos pesetas, y naturalmente, tras el *coci* y las tres ó cuatro medias de lo tinto, vino la consabida confianza. El señor Usebio acabó por contar con mucha reserva, á su compañero de cuarto, lo sucedido con el caballero del Casino. ¡ Qué suerte y qué generosa esplendidez de hombre! Eso era ser caballero, y lo demás, pamplinas. Aconsejóle en seguida el Hércules gallego que pusiera una taberna chica en su propio barrio. Negocio como ese no lo había mejor, ni más seguro, en todo Madrid. ¿ Sabía él lo que producía la venta y trasiego de treinta ó cincuenta cuartillos diarios diariamente?... ¡ pues, á ver! Oyendo estos leales consejos del amigo devanábale los sesos el vendedor, y se perdía en un océano de confusiones y probabilidades. ¿ Qué haría? ¿ Qué no haría?

Mientras tanto, hallándose la señá Lorenza en el portal con el corredor de tabacos habanos, le enteró con mucho sigilo de lo ocurrido con el señor Usebio, y supuesto que sólo ella lo sabía, confiaba en que no la descubriera, ni dijese esta boca es mía. Tal confianza no debió hacerse, pero la viuda, todavía lozana, sentía cierta inclinación y simpatía por Juanillo... debilidades femeninas. Le estimaba por buena persona, á no dudar, por ser joven y no mal encarado, y dicharachero y un poquito guasón.

Y aconteció que, al llegar la noche, no acertaba el señor Usebio con la forma y manera de emplear bien su dinero. Andaban los negocios tan malamente... Y para que no le ocurriese lo que la anterior noche, vínose á su tugurio más temprano de lo acostumbrado, descosió el jergón por una punta, escondió allí el billete, metido en un papel blanco, y luego volvió á coserlo. Con esto se quedó más tranquilo, pero aún tardó dos horas en dormirse.

Al otro día, necesitaba la señá Lorenza abonar las dos camisas finas que le robaron en el lavadero, y no le restaban por junto más que unos siete reales. En su conse-



Chillaba el corredor de tabacos, bramaba el vendedor de hierros viejos, bufaba el hércules...



cuencia, ro óle al amigo huésped que se los prestase por adelantado, que ya se los iría cobrándo del hospedaje. Decidido á poner su dinero en circulación y á sacarle provecho, fuese mi hombre á su cuarto y tornó á descoser el jergón. Por segunda vez creyó tenerlo á mano, y le ocurrió lo del anterior día: no pudo encontrarlo. Salió igual que un beodo á dar parte á la viuda de aquella extraordinaria desaparición. No se dió ésta por convencida y entró al punto, algo sofocada, para mirar y revolverlo todo de arriba á abajo; pero el billete no parecía. Juraba el señor Usebio que alguno debió robarlo, y respondía la viuda que se mirase bien hasta en los faldones de la camisa, porque en su humilde choza no había más que gente honrada.

— Pues esto no ha de quedar así, no, señora — vociferó el vendedor, alzando un poco el gallo. — Aquí va á haber una escandalera, aquí no se juega limpio, aquí va á venir la justicia, sí, señora.

— ¡Anda, anda, la justicia y tóo! Oigasté, señor Usebio, antes de meter la justicia en mi casa, se lo va usted á mirar un poco, digo yo.

— Lo dicho, dicho.

Por último, después de una polémica de dos horas, se convino por una y otra parte en que la señá Lorenza, como dueña de la habitación, interrogase y sonsacara á los demás compañeros del cuarto, para venir en sospechas ó en saber la verdad neta y limpia. Como era natural, al indicarles el menor detalle, todos negaron, y alguno como Juanillo, el corredor de tabacos, se enfadó lo indecible, al sospechar que su acrisolada honradez se pusiera en tela de juicio. El Hércules de Galicia, que era el íntimo de Usebio, le advirtió ásperamente que por no seguir sus consejos le pasaba aquel horrible chasco. Por la noche, volvieron á dormir reunidos los cuatro compañeros de hospedaje; pero al levantarse, se arriesgó el señor Usebio á mentar su dinero y á quejarse de que no apareciera ni blanco ni negro, y se armó un zipizape de dos mil demonios. Chillaba el corredor de tabacos, bramaba el vendedor de hierros viejos, bufaba el Hércules, gruñía y maldecía de su suerte la víctima, y á no entrar en el cuarto la señá Lozenza, visto el mal cariz de la bronca, menuda paliza que se gana.

Cinco ó seis noches después, voceaba el señor Usebio con cansada y monótona voz á la puerta del Casino: « El librito de los sueños, el premio grande ¿quién lo quiere? »

Un caballero elegantón y buen mozo, que salía á aquella hora, se acercó al oírle, y mirán-

dole con alguna fijeza le interrogó irónicamente:

— ¿ Se ha vuelto usted derrochador, ó cultiva usted el naípe sin provecho ?

— Caballero, mire usted, es mi perra suerte. Me han robao, y eso es más fijo que el sol, créalo usted.

— ¿ Vive usted entre ladrones ?

— ¡ Quiá, si son amigos ! los de la casa.

— Huya de los amigos como de la peste. Y tome usted — dijo sacando del gabán la consabida carterita, y le entregó un billete de quinientas pesetas. — Esto significa, amigo, que estoy en vena todavía; sigue la buena racha. Con esto compre un puesto de periódicos, ó hágase vendedor de baratijas finas. Y no sea bobo, desconfíe de los amigos.

Volvió el señor Usebio ó ver el cielo abierto. ¡ Qué magnificencia de caballero, qué linda suerte la suya ! Pensando estaba en todo esto cuando se la acercó una mujer joven, no mal parecida, rubia y ojerosa, vestida con algunos colorines, como andariega damisela de noche:

— Usebio, mal hombre ¿ ya no me conoces ?

— ¡ Anda, Dios ! la Pelusa. ¿ Tú por aquí ? — exclamó el pobre bohemio, emocionado de nuevo ante la súbita aparición de su antigua coima.

— Vaya un gachó éste, que no se acuerda de las personitas que saben querer.

— Vaya si me acuerdo. ¿ Y qué es de tu vida ?

— Pues, chico, mal ó bien se vive. Y á veces la convidan á una, como tú, pongo por caso, si es que no tienes ahora algún negocio.

En este instante se oyeron voces recias hacia la esquina, y se vió á dos hombres de chaquetilla y boina azul, que disputaban bravamente sobre la posesión lícita de no se sabe qué cantidad. Ambos eran conocidos y compañeros, como vendedores ambulantes, del señor Usebio, y como también la moza les conocía, fué la primera que le invitó á poner paz:

— Mira tú, si son Manolo y el Churrero. Y la van á armar. Vamos á terciar nosotros. Corre, chico. — Y arrastrado por ella, Usebio les increpó y se metió por medio, en cuanto vió que empezaban á andar á cachetes y á trastazo limpio. A este punto, se oyó la voz de un guardia que acudía presuroso para intervenir en la lucha; pero como por arte mágico desaparecieron en un instante de la escena los contendientes, perdiéndose en las sombras de la calle de Peligros. Tampoco á la moza volvió á verla por las cercanías, ni

blanca ni negra, el señor Usebio, que acababa de levantarse del suelo, algo dolorido.

— ¿ Y por qué era la cuestión ? — le preguntó el guardia.

— Si no lo sé, si yo estaba hablando con un caballero en la puerta del Casino... — y, esto diciendo, echó mano al bolsillo, palpó y registró, y no encontró lo que buscaba: el billete de quinientas pesetas. Aunque se dejaba sentir el frío de la noche, empezó á traspasar y á temerse la gran desdicha. — ¿ Ve usted, qué perra suerte la mía ? — clamaba el hombre, mientras parecía danzar sobre la ancha acera, dando vueltas y más vueltas, hurgándose los bolsillos, husmeando por los suelos...

Sospechándose el guardia lo sucedido, y

un poco guasón por añadidura, repuso con risueña sorna:

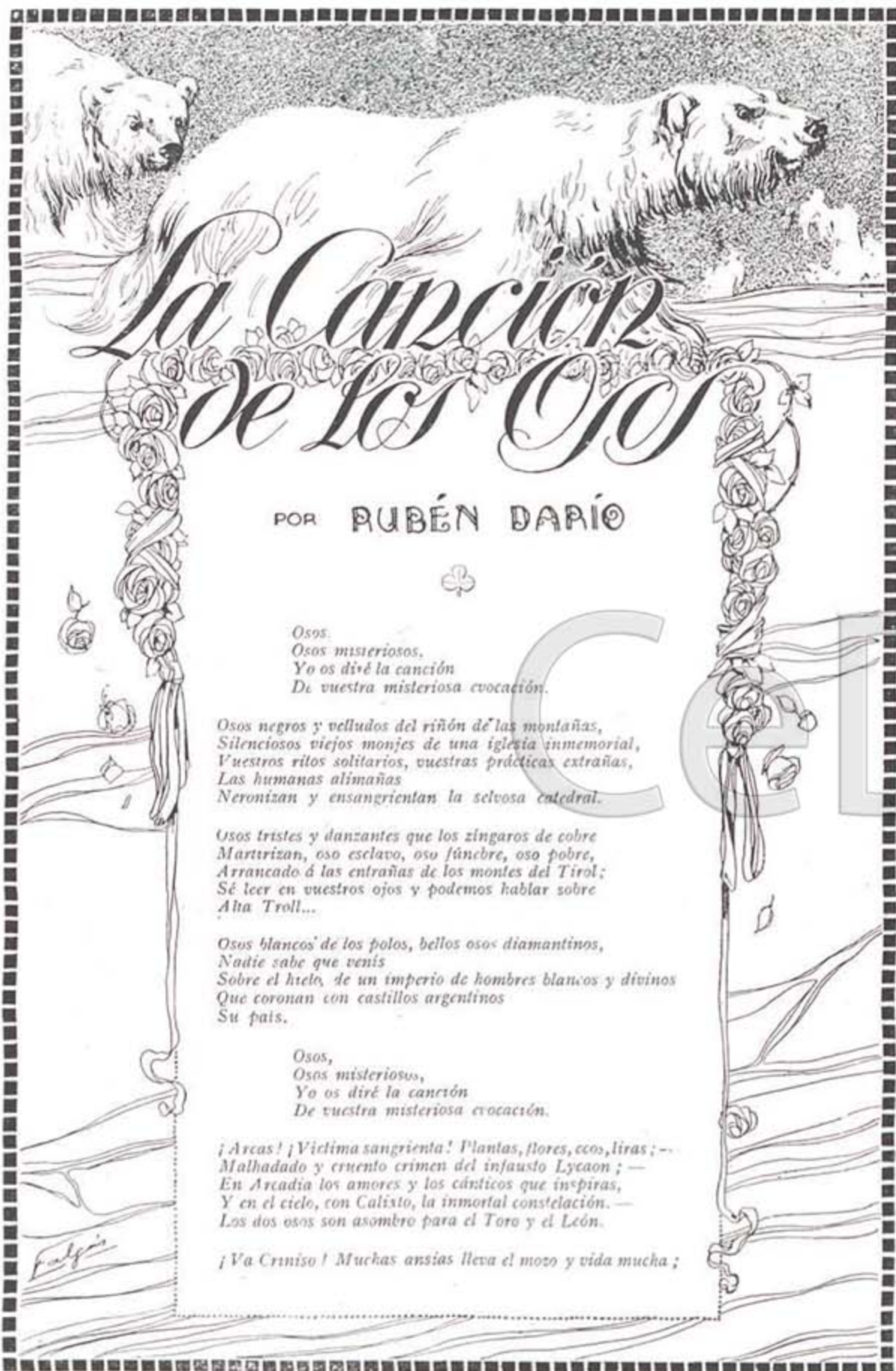
— No hay que ponerse tanto, amigo, ni que le des más vueltas... ¿ Pues no ves que eso de ir á buscarte la moza y meterte en la danza no es más que un timo ?... todo pa alojarte el bolsillo ¿ estás tú ?

Y Usebio cayó entonces en la cuenta, y tornó á clamar de nuevo: — ¡ Qué perra suerte la mía !...

¿ Pero es la suerte ó el azar, ó son los hombres los que influyen callada, artera y formidablemente en nuestro destino ? Y aunque algo de este problema se insinúe por el autor del anterior cuadro, déjalo, no obstante, íntegro y complejo, tal cual es, á la natural perspicacia de sus lectores.



(Ilustraciones de Basté.)



# La Canción de los Osos

POR RUBÉN DARÍO

Osos,  
Osos misteriosos,  
Yo os diré la canción  
De vuestra misteriosa evocación.

Osos negros y velludos del riñón de las montañas,  
Silenciosos viejos monjes de una iglesia inmemorial,  
Vuestros ritos solitarios, vuestras prácticas extrañas,  
Las humanas alimañas  
Neronizan y ensangrientan la selvosa catedral.

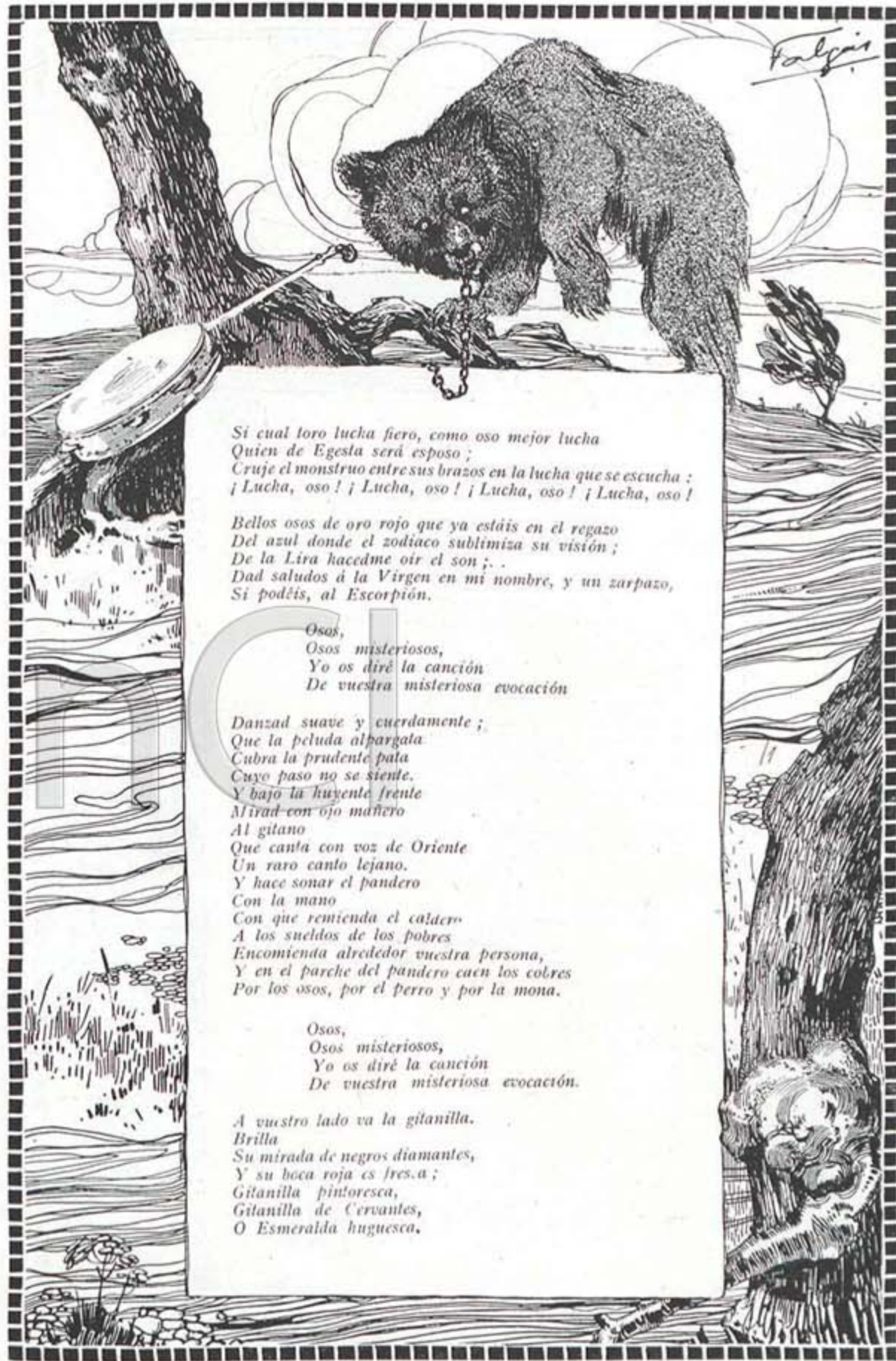
Osos tristes y danzantes que los zingaros de cobre  
Martirizan, oso esclavo, oso súnbre, oso pobre,  
Arrancado á las entrañas de los montes del Tirol;  
Sé leer en vuestros ojos y podemos hablar sobre  
Alta Troll...

Osos blancos de los polos, bellos osos diamantinos,  
Nadie sabe que venís  
Sobre el hielo, de un imperio de hombres blancos y divinos  
Que coronan con castillos argentinos  
Su país.

Osos,  
Osos misteriosos,  
Yo os diré la canción  
De vuestra misteriosa evocación.

¡Arcas! ¡Víctima sangrienta! Plantas, flores, ecos, liras; --  
Malhadado y cruento crimen del infausto Lyaon; --  
En Arcadia los amores y los cánticos que inspiras,  
Y en el cielo, con Calisto, la inmortal constelación. --  
Los dos osos son asombro para el Toro y el León.

¡Va Criniso! Muchas ansias lleva el mozo y vida mucha;



Si cual toro lucha fiero, como oso mejor lucha  
Quien de Egesta será esposo;  
Cruje el monstruo entre sus brazos en la lucha que se escucha;  
¡Lucha, oso! ¡Lucha, oso! ¡Lucha, oso! ¡Lucha, oso!

Bellos osos de oro rojo que ya estáis en el regazo  
Del azul donde el zodiaco sublimiza su visión;  
De la Lira hacéme oír el son;  
Dad saludos á la Virgen en mi nombre, y un zarpazo,  
Si podéis, al Escorpión.

Osos,  
Osos misteriosos,  
Yo os diré la canción  
De vuestra misteriosa evocación.

Danzad suave y cuerdamente;  
Que la peluda alpargata  
Cubra la prudente pala  
Cuyo paso no se siente.  
Y bajo la huyente frente  
Mirad con ojo mañero  
Al gitano  
Que canta con voz de Oriente  
Un raro canto lejano.  
Y hace sonar el pandero  
Con la mano  
Con que remienda el caldero  
A los sueldos de los pobres  
Encomienda alrededor vuestra persona,  
Y en el parche del pandero caen los cobres  
Por los osos, por el perro y por la mona.

Osos,  
Osos misteriosos,  
Yo os diré la canción  
De vuestra misteriosa evocación.

A vuestro lado va la gitanilla.  
Brilla  
Su mirada de negros diamantes,  
Y su boca roja es fresca;  
Gitanilla pintoresca,  
Gitanilla de Cervantes,  
O Esmeralda huguesca.



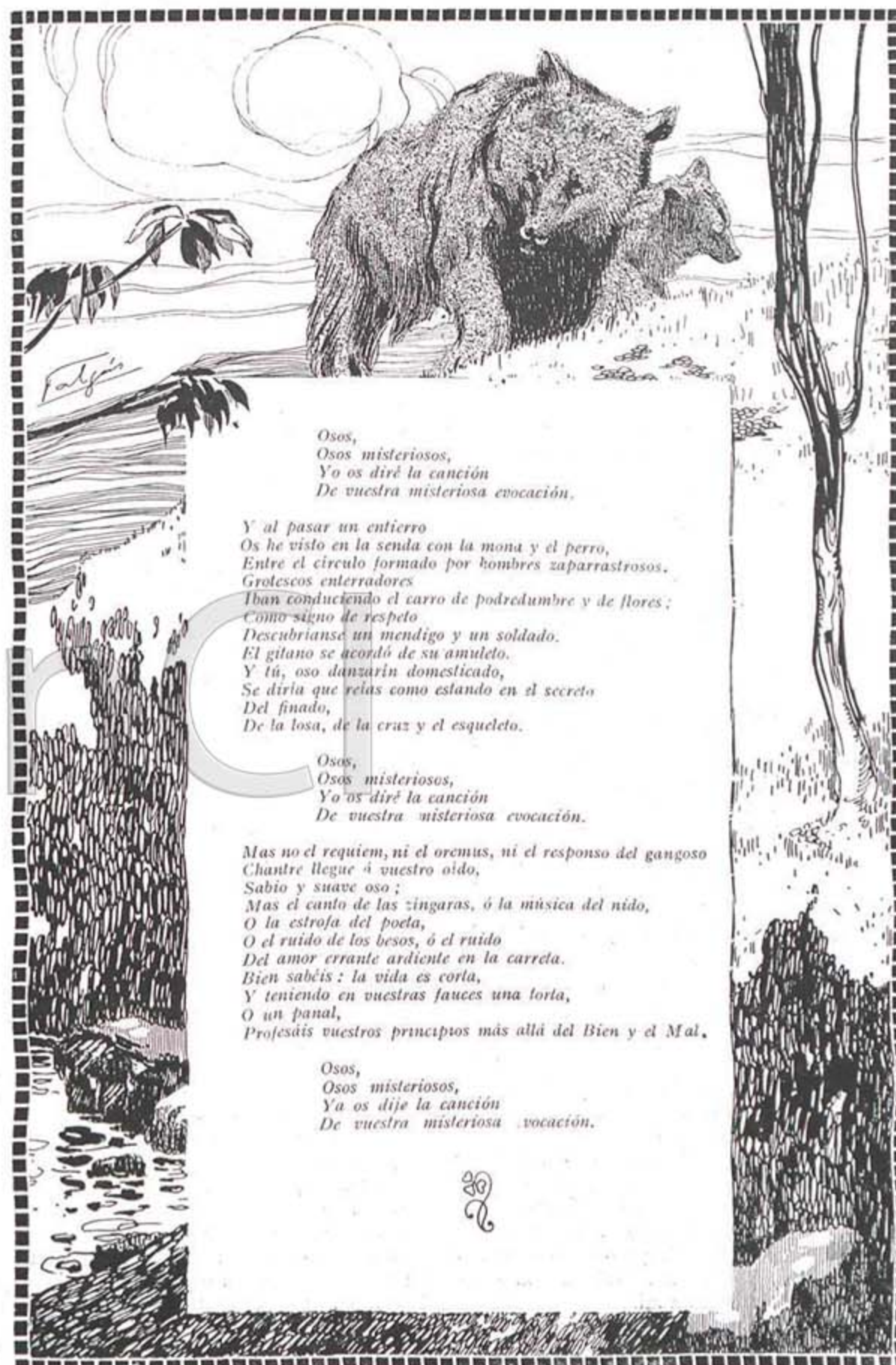
*Ya vosotros bien sabéis de quien os hablo,  
Pues cien veces junto á ella contemplasteis cola y cuernos  
Del Señor don Diablo,  
Protector de las lujurias en la tierra y los infiernos.*

*Osos,  
Osos misteriosos,  
Yo os diré la canción  
De vuestra misteriosa evocación.*

*Danzad, osos, oh cojrades, oh poetas;  
Id, chafad en las campiñas los tomillos y violetas,  
Y tornad entre las flores del sendero,  
Y danzad en el suburbio para el niño y el obrero,  
Para el hosco vagabundo de las escabrosas rutas,  
Para el pálido bandido que regó sangre y espanto,  
Y para las prostitutas  
Que mastican pan de crimen y de llanto.  
Pues vuestra filosofía  
No señala diferencia ni da halago ni reproche  
A la mística azucena que adornó el pecho del día,  
O á la lúgubre mandrágora de la entraña de la noche.*

*Osos,  
Osos misteriosos,  
Yo os diré la canción  
De vuestra misteriosa evocación.*

*Osos ermitaños  
Que ponéis pavores  
En pastores  
Y rebaños:  
El agudo cazador advierte  
Que os ponéis en cruz ante la muerte,  
O para dar el formidable abrazo  
Que ha de exprimir la vida  
Contra vuestro egazo: —  
Vais en dos paños como el adanida,  
Es así que he admirado  
Vuestro andar de canónigo, ó bien de magistrado.  
Con la argolla al hocico sacudís vuestra panza.  
¡ Osos sabios, osos fuertes y cautivos, á la danza!*



*Osos,  
Osos misteriosos,  
Yo os diré la canción  
De vuestra misteriosa evocación.*

*Y al pasar un entierro  
Os he visto en la senda con la mona y el perro,  
Entre el círculo formado por hombres zaparrastrosos.  
Grotescos enterradores  
Iban conduciendo el carro de podredumbre y de flores;  
Como signo de respeto  
Descubriábase un mendigo y un soldado.  
El gilano se acordó de su amuleto.  
Y tú, oso danzarín domesticado,  
Se diría que reías como estando en el secreto  
Del finado,  
De la losa, de la cruz y el esqueleto.*

*Osos,  
Osos misteriosos,  
Yo os diré la canción  
De vuestra misteriosa evocación.*

*Mas no el requiem, ni el oremus, ni el responso del gangoso  
Chantre llegue á vuestro oído,  
Sabio y suave oso;  
Mas el canto de las zingaras, ó la música del nido,  
O la estrofa del poeta,  
O el ruido de los besos, ó el ruido  
Del amor errante ardiente en la carreta.  
Bien sabéis: la vida es corta,  
Y teniendo en vuestras fauces una tortá,  
O un panal,  
Profesáis vuestros principios más allá del Bien y el Mal.*

*Osos,  
Osos misteriosos,  
Ya os dije la canción  
De vuestra misteriosa evocación.*



# Nena Teruel

Comedia en dos actos y un epílogo.

Atendiendo á nuestro ruego, é inaugurando su asidua colaboración en *Mundial*, Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, los ilustres comediógrafos españoles, nos envían una escena de su nueva obra, NENA TERUEL, cuya primera representación tendrá lugar, próximamente, en el Teatro Español de Madrid.

Tal vez, cuando estas líneas se impriman, NENA TERUEL haya dejado de ser para los públicos una gran esperanza, y se haya trocado para sus autores en un gran triunfo, sumado á cien victorias anteriores.

Así lo deseamos, de todo corazón, y en tanto, incluimos entre nuestras páginas la siguiente, firmada por las manos que escribieron EL GENIO ALEGRE, y que por tal motivo ha de ser para nuestros lectores un heraldo, y para nosotros un blasón de intelectual aristocracia.

ESCENA FINAL DEL ACTO PRIMERO

NENA y JOSE MANUEL

*Es la noche de la despedida del público de Nena Teruel, joven y famosa comedianta, que va á casarse y se retira de la escena.*

*La acción es en su cuarto del teatro. Cuando ya se ha acabado la representación y se han ido amigos y admiradores, llega inopinadamente José Manuel, el futuro marido.*

*Sale Nena del tocador risueña y anhelante. Se ha desprendido ya de algunas galas, pero aún conserva el traje de la comedia.*

NENA. — ¿ Qué venate es este, criatura ? ¿ Estás loco ? ¿ No me dijiste que no vendrías ?

JOSE MANUEL. — Sí ; eso te dije ; no pensaba venir. No traté de engañarte.

NENA. — Ya lo comprendo.

JOSE MANUEL. — Pero luego no pude hacer mi voluntad. Fueron las circunstancias más fuertes que yo. Y ya ves : he venido

NENA. — ¿ Y has estado en el público ?

JOSE MANUEL. — Sí. ¿ No te lo ha dicho el corazón ? Es verdad que en todo habrás pensado menos en mí.

NENA. — ¡ Qué cosas se te ocurren ! ¿ Pero en qué sitio has estado que no te he visto ?

JOSE MANUEL. — Arriba, donde nadie me conocía.

NENA. — Eso es, como un hurón. ¡ Qué rabia no saber que estabas ahí ! No te lo perdono.

JOSE MANUEL. — ¿ Y qué más te daba saberlo ó ignorarlo ?

NENA. — ¿ Eso crees ?

JOSE MANUEL. — Entiéndeme : esta noche menos que nunca eias tú mía.

NENA. — ¡ Esta noche más que nunca lo era !

JOSE MANUEL. — ¡ No !

NENA. — ¿ Que no ?

JOSE MANUEL. — Eias de tu público, de tu gloria, de tu aite. Lo he visto en los rostros de todos, en las voces que aclamaban tu nombre, en muchos ojos que lloraban, en las manos que te aplaudían frenéticamente.

NENA. — ¿ Y todo eso lo dejo por tí, y era de ellos y no eia tuya ? ¡ Ingiato !

JOSE MANUEL. — Ingrato, no ; celoso.

NENA. — ¡ Celoso de mi última noche de artista !

JOSE MANUEL. — Celoso de todo : de los menoiros movimientos, de los comentarios en voz baja, de los actores que te miraban en la escena... ¡ hasta de las flores que te arrojaban á los pies !

NENA. — Pero, José Manuel, yo no te he visto nunca de esta manera...



Félix Jobbé-Duval 18.

(Dibujo de Jobbé-Duval.)

Por primera vez en mi vida, por única vez desde que nos queremos, he sentido esta noche... no sé como decírtelo, Elena... he sentido como la pesadumbre... como el remordimiento...

JOSE MANUEL. — Es posible que no. Me salí á la calle, dispuesto á no presenciá más nada de aquello, me alejé del teatro resueltamente, y á poco me hallé con que lo rondaba. No sabía apartarme de él. Hasta mí llegaba en la calle el vivo estruendo de los aplausos. ¡ A cien leguas lo hubiera oído ! Y volví adentro.

NENA. — ¡ Qué puerilidades las tuyas, José Manuel ! ¡ Qué caro te cuestan y cómo me disgustan á mí. Tú, el hombre de hierro, te vuelves de cera algunas veces.

JOSE MANUEL. — Sí.

NENA. — Lo más insignificante y ligero te deja huella en el corazón.

JOSE MANUEL. — ¡ Sí !

NENA. — Justamente la noche de tu gran victoria, la noche en que nuestro amor, en que tu amor triunfa de todo, de mi vocación, de mi gloria, de mi vida, es la noche de tu gran tortura. ¿ Por qué eres de este modo ?

JOSE MANUEL. — De mi gran tortura, tú lo has dicho. No parece sino que el aire del teatro está lleno de invisibles espinas para mí. ¡ Ojalá no hubiera venido !

NENA. — ¿ Por qué ? ¡ Si has debido venir y estar más contento que nadie !

JOSE MANUEL. — ¡ Más contento que nadie !... ¿ Y si yo te dijera... ?

NENA. — ¿ Qué ?

JOSE MANUEL. — No, y he de decírtelo ; sí, he de decírtelo, porque no sé callarte nada.

NENA. — Ni hay razón para ello. ¿ Qué te ocurre ? Dime ya lo que tienes, hombre. Dímelo.

JOSE MANUEL. — Por primera vez en mi vida, por única vez desde que nos queremos, he sentido esta noche... no sé cómo decírtelo, Elena... he sentido como la pesadumbre... como el remordimiento...

NENA. — ¿ De qué, loco ?

JOSE MANUEL. — De esto que hago contigo ; de este sacrificio de tu gloria á que mi cariño te ha obligado.

NENA. — ¡ No sigas !

JOSE MANUEL. — Ha sido una ráfaga no más ; pero he sufrido su influjo y te lo confieso.

NENA. — ¡ Calla !

JOSE MANUEL. — Déjame hablar. Por eso estoy aquí á estas horas ; por eso he tenido que entrar á verte ; para que me repitas, para que me jures otra vez que me quieres á pesar de todo y por cima de todo. Y ha de ser ahora, ahora mismo ; cuando aún aturde tu cabeza el eco de los aplausos que ya perdiste, y cuando aún tiembla tu corazón lisonjeado por las caricias de esta gloria que dejas. ¡ Júramelo !

NENA. — Yo debería ofenderte, si no te co-

nociera. ¡ Sacrificio mío le llamas á abandonarlo todo por tí ! ¿ Es que has olvidado cómo te quiero ? ¡ Ingrato ; ingrato otra vez ; mil veces ingrato !

JOSE MANUEL. — ¡ No !

NENA. — ¡ Sí ! Dejo esta vida, y si dijera que la dejas sin pena, mentiría.

JOSE MANUEL. — ¿ Ves tú ?

NENA. — ¿ Cómo quieres que no la quiera, hombre, si ha sido mi ser hasta ahora... si en ella y por ella te conocí ?

JOSE MANUEL. — Cierto. Discúlpame.

NENA. — Ya he empezado por disculparte ; ya te he dicho que te conozco. Descansa, tranquilízate. Aquí quedaron enterrados esta noche, por la mano más poderosa del amor, laureles y flores de Nena Teruel... Un momento después que hubieras venido, ni siquiera estas galas habrías visto ya. Se acabaron las excitaciones del triunfo, las lágrimas de la injusticia, la pasión de esta vida, que es todo pasión. Cayó á tierra, cuando más firme estaba, mi trono de actriz. Lo ha derribado un soplo de amor. Y ya no deseo más triunfo que el de tu cariño, ni más trono que el de tus brazos. (Conmovida.) ¿ Es esto lo que querías oírme ?

JOSE MANUEL. — (Con vehemencia.) ¡ Esto es ; esto es ! Perdóname. Nada me duele más que ser injusto. ¡ Y serlo contigo !...

NENA. — Ya vas volviendo en tí.

JOSE MANUEL. — Bien dices.

NENA. — Pocas palabras han bastado.

JOSE MANUEL. — Pocas, porque salieron de tu corazón.

NENA. — ¡ Qué alegría !

JOSE MANUEL. — ¡ Mayor que la tuya es la que á mí me das ! ¡ Te quiero de tal suerte, que un segundo imaginando que no eres mía, me pesa como un siglo ! Dichoso yo, que te llevo á mi lado, que acerté á descubrir, á través de oropeles y resplandores capaces de cegar ú ofuscar á otros, la mina virginal de tu alma. No naciste tú para divertir á los hombres, ni aun de la más noble manera, desde el tablado de la pública escena, sino para alumbrar una casa : mi casa ; no nacieron tus ojos para mirar á todos, sino para mirarme á mí ¿ verdad ?

NENA. — ¡ Verdad !

JOSE MANUEL. — No nació tu corazón para fingir amores, sino para sentir uno solo.

NENA. — ¡ El tuyo !

JOSE MANUEL. — ¡ Ni nacieron tus mejillas de rosa para teñirse con el colorete de la farsa !

NENA. — ¡ Si vieras cómo se estremece mi orgullo al oírte decir eso !

JOSE MANUEL. — ¡ Alma mía !

NENA. — ¡ La casa !... Pocos hombres pueden

comprender — quizás tú sólo lo comprendes — qué suerte de ensueño encierra esa palabra, para muchas mujeres de las que tienen que salir á divertir á todos al tablado de la pública escena, como tú decías. Sólo tú, nada más que tú, oye esto, entre los muchos que han revoloteado en torno mío, sólo tú me has dicho : « Yo tengo mi casa para tí ».

JOSE MANUEL. — ¡ Para tí, sí ; para tí ! ¡ Mi casa, mi nombre, mi vida !

NENA. — ¡ Mi vida y mi nombre para tí !

(De repente se apaga la luz de la escena.)

JOSE MANUEL. — ¿ Qué es esto ?

NENA. — Que nos dejan á oscuras ; ya lo ves. Que son las tantas, y el electricista del teatro, ó supone que ya nos hemos ido todos, ó nos quiere indicar que debemos irnos.

JOSE MANUEL. — ¡ Ah !

NENA. — ¡ Marcelina !

MARCELINA. — (Saliendo á tientas del tocador.) Ya, ya voy.

NENA. — Llégate y dile á Baltasar que dé

luz otra vez, y que espere un instante ; que en seguida nos marcharemos.

MARCELINA. — Vamos ayá. ¡ Misté qué gracia ahora !

(Vase. La soledad y el misterio de la escena estimulan en este instante el amor de José Manuel.)

JOSE MANUEL. — Ven, nena ; ven á mí.

NENA. — ¿ Qué es eso ? ¿ Me llamas tú Nena ?

JOSE MANUEL. — ¡ Nena, por niña ; no por tu nombre del teatro ! ¡ Ven !

NENA. — ¿ Qué quieres ?

JOSE MANUEL. — Ven. Tenerte cerca.

NENA. — No...

JOSE MANUEL. — Sí... Ahora que no me detiene tu rubor, porque no lo veo, quiero pedirte un beso.

NENA. — (Con suave ironía y sentimiento.) Deja... Aún tengo en los labios el colorete de la farsa... Espera.

JOSE MANUEL. — Esperaré. (Delicadamente, le hace apoyar la cabeza en su pecho.)

*By L. A. Man... [Signature]*



# TOLEDO

## Y Sus Leyendas

Por P. DE PEDROSO

¡ Toledo ! ; Cuántas veces fué lanzado este nombre por toda la España guerrera, para venir de eco en eco á morir en los bordes escarpados del Tajo.

Orgullosa de su grandor pasado, la antigua ciudad mira siempre desdeñosa más allá de los montes que duermen al horizonte, y parece decir á los que la contemplan : « Podéis quitármelo todo, mas no la gloria de haber reinado ; esta roca es mi trono, el Tajo mi corona, sólo mi cetro se rompió ».

Y en verdad, cual en tiempo de César, recostada sobre elevada roca, Toledo ve correr á sus pies las aguas del río. En pro'undo abismo des-

cribe un arco de herradura y huye en lontananza, formando acá y acullá pequeñas cascadas que se asemejan á espumosos corceles que, impacientes, se encubren en eterna espera de una señal que jamás llegará.

Según antigua leyenda, Toledo fué fundado por Tajo, tercero de los nietos de Túbal : él

dió su nombre al río... Difícil sería averiguarlo. Y por cierto ¿ no hay mil leyendas parecidas surgidas en la noche de los tiempos, cuando, niño aún, el mundo tenía aquellos sueños que llamamos fábulas ?

Las murallas romanas medio derrumbadas; el palacio del célebre Wamba, rey de los Godos; los molinos árabes que surgen de las aguas del Tajo; los góticos campanarios que sobre el azul límpido indican el cielo, harto dicen que Romanos, Godos, Arabes, Españoles con Alfonso X, los Reyes Católicos y Carlos V, dejaron allí un reflejo de su magnificencia... y cuando se vaga más allá del Tajo,

sobre las rocas cortadas á pico que miran hacia Toledo en eterna contemplación ¿ no es soplo viviente el que se oye en el murmullo de la brisa ? ¿ no es aliento de seres invisibles que murmuran al lado nuestro ? Las almas de los héroes de la valiente España ¿ no están aún vagando sobre el glorioso suelo de su patria ?

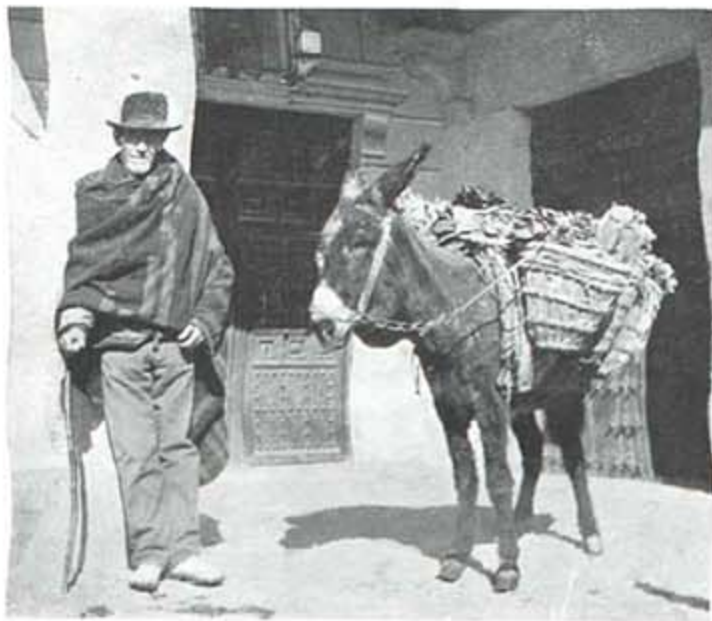


Foto Pedroso.

Tipo toledano

¿ Es el Cid que así pasa rápido, llevándose en el torbellino de su carrera las hojas del valle ? ¿ No es Isabel, oculta en la montaña, la que contesta á las campanas del Ave María ? O bien ¿ son las víctimas de la Inquisición, que aún lloran ; los Godos que claman en el abismo ; los Romanos que luchan detrás

pensamiento de los hombres ; cada lugar, cada edificio tiene su leyenda.

Las calles estrechas suben y bajan en un dédalo sin fin, escarpadas cual senderos de cabras. El joven aguador, apenas puede pasar por ellas con su burro cargado de cántaros, y la muchacha que ligera va, los puños en la cadera, roza con los codos los ennegrecidos muros.

En los días de la semana, están desiertas las calles ; sólo algunos dolientes ó mendigos sentados en el suelo, contra el muro de una iglesia, se calientan al sol ; ó bien un burro miserable sigue, con su paso lento y su mirada triste, á algún vendedor envuelto en un cobertor echado á la espalda, cual capa de caballero ; bien poco piensa en la venta, y parece seguir con los ojos del alma algún pensamiento vago.

En las calles llenas de sol, sólo los geranios en flor, las perfumadas rosas se asoman á los balcones, echando una sonrisa á la vía solitaria.

Sin embargo, hoy, á pesar de la Cuaresma, hay multitud de gente, por ser una fiesta de la Virgen. ¿Cuál ? Nunca pude averiguarlo. Todos me

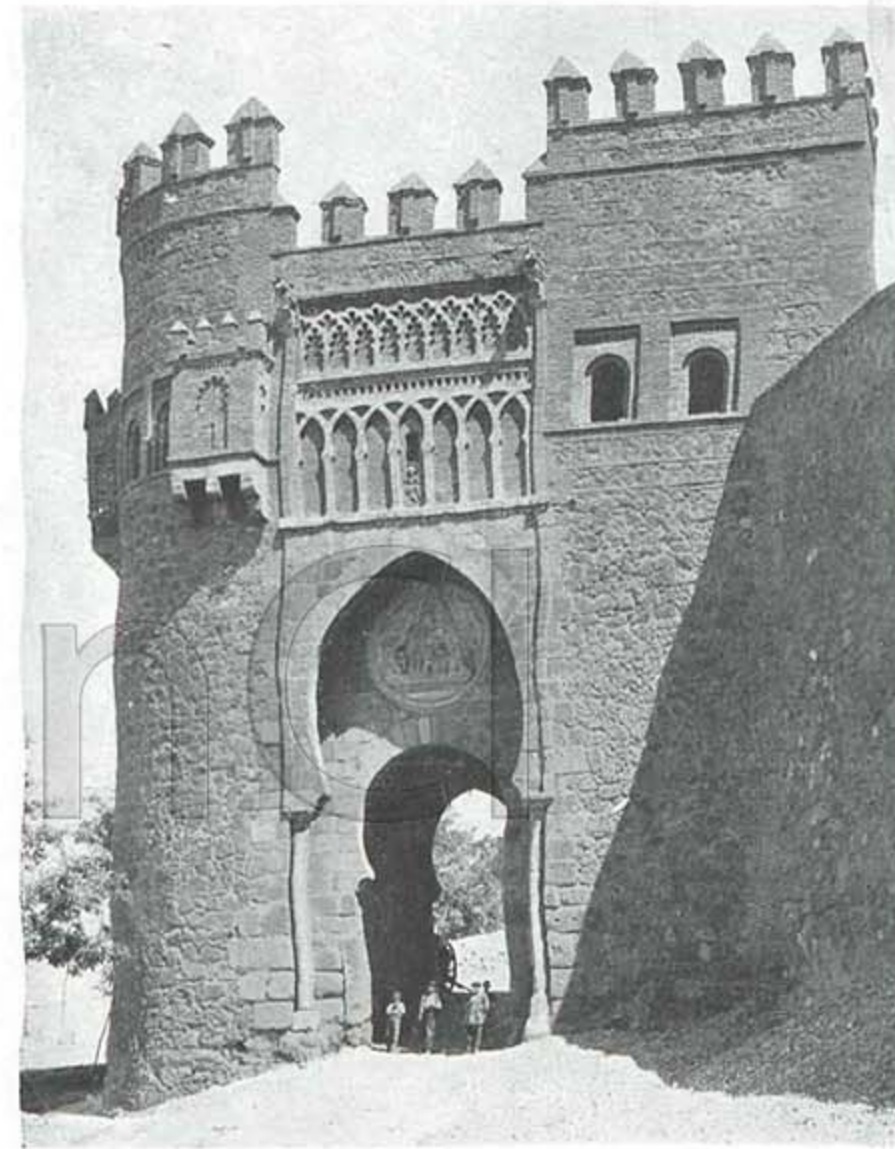


Foto Garzón.

Toledo. — Puerta del Sol, fachada Poniente.

de la roca ? Pues todos aquellos pueblos muertos hablan y se revelan en su antigua capital, en su ciudad cuya frente es de piedra.

Pero, antes de visitar los monumentos de una ciudad desconocida, me gusta ir vagando por ella, sorprenderla en lo íntimo de su vida, volver á hallar en el presente los vestigios del pasado.

En Toledo, sobre todo, es fácil seguir las huellas que dejaron el paso de los siglos y el

contestan, extrañando mucho mi pregunta : « La fiesta de la Virgen ».

Este es el motivo del vaivén tranquilo que se nota en toda la ciudad, de aquel paseo indolente en que se embriaga uno de sol.

Con sus voces estridentes, á veces melodiosas, los aguadores rompen el monótono ruido de la gente ; sentados en sus borriquillos blancos, entre cántaros porosos, venden agua fresca. Las viejas le hacen una seña y tienden sus alcarazas, donde cae cantando el

agua límpida; luego, el aguador sigue su camino mirando á su alrededor, en los labios la sonrisa, llena de orgullo la mirada y rebotando alegría el corazón.

Pero ya se ha ensanchado el horizonte estrecho de las calles: es la Plazuela del Socodóver, grande para Toledo, donde multitud de gentes parecen aguardar. ¿Qué aguardan? Nada. Es el Español, que pasa el tiempo al sol.

Socodóver tiene fisonomía árabe: todo alrededor tiendas, cafés instalados debajo de las arcadas formadas por pintorescos pilares de piedra. En medio crecen unos cuantos arbustos miserables quemados por el sol. Es el lugar de cita acostumbrado de toda la ciudad: tenderos y funcionarios, soldados y campesinos, todos vienen á charlar allí, en las horas de calor del día.

En honor de la Virgen, la Escuela Militar tiene licencia; así es que los jóvenes alumnos se pasean, y á la mezcolanza de la gente unen los tintes vivos de sus uniformes.

Las aldeanas de las cercanías que acudieron al ruido de las campanas, pasan con su gorro de tela y sus enaguas bofas y cortas, que dejan ver medias de seda de todos colores.

Los hombres, con su ancha faja encarnada, fuman tranquilamente. El humo de su cigarro flota caprichosamente, cual la vaguedad de su pensamiento, hacia el cielo azulado y los ardientes rayos.

Los jóvenes echan piropos á las muchachas que pasan sonrojadas, si bien dichosas

de ver celebrar sus grandes ojos negros ó su esbelto y ondulante talle.

Al otro extremo de la plaza, á través de inmensa arcada ó puerta morisca, se destaca la casa donde Cervantes escribió su « Ilustre Fregona ». Su antigua morada sirve ahora de posada (Posada de la Sangre), y sobre la



Toledo. — Fachada de Santa Cruz.

Foto Garzón.

puerta, su cabeza labrada mira con curiosidad, cual si extrañara no ver llegar á su famoso héroe seguido del fiel Sancho Panza.

Luego atravieso de nuevo calles de puntiagudos adoquines. Las casas son más ó menos altas, y se acercan por lo alto. Doquier, las ventanas están enrejadas, para coartar á los vecinos indiscretos el introdu-

cirse por alguna vía aérea y fácil, pasando de una casa á otra por las ventanas.

En el interior, se vuelve á encontrar en algunos barrios el estilo árabe; los patios adornados acá y acullá con arabescos y palmeras; por encima serpentea un balcón ó veranda siempre poblada de niños, de gatos, de palomas que, al ver á un extraño, echan todas á volar asustadas.

Minúscula plaza aparta de nuevo las casas. Una mujer extraña, de ojos aguileños, reconociendo en mí un curioso, me señala con el dedo un pozo abandonado y, llena de convicción, me cuenta la siguiente leyenda:

« Una joven mora amaba á un cristiano, con el corazón de fuego de su ardiente raza. El padre, musulmán fanático, rechazó tal alianza. La joven árabe quiso huir bajo el manto de las tinieblas, pero el padre vigilante estaba allí, y, en un arranque de ciego furor, arrojó la joven al pozo que cerca de su puerta se abría ».

Ninguna inscripción recuerda esta historia, pero se conserva viva en el pueblo y, sin duda, durante siglos aún, los gemidos de la brisa que de noche hacen aullar á los perros, recordarán á Toledo la que, en solitaria tumba, llora á su amado. Andaba yo siempre meditando bajo los ardientes rayos del sol, indiferente á la distancia y á la hora, cuando se detuvo mi mirada sobre un Cristo muy antiguo, aquél que los Cristianos emparedaron cuando la invasión de los Moros.

Tres siglos después, el muro grietado por las lluvias se derrumbó y descubrió la cruz, ante la cual ardía siempre la mariposa de antaño.



Toledo. — Exterior de la Catedral.

Foto Garzón.

¿ Qué manos entretuvieron así la sagrada llama en aquella inaccesible prisión ?

Nadie lo sabe; pero desde entonces se venera aquel Cristo bajo el nombre de *Cristo de la Luz*.

En la calle de Nuestra Señora de los Alfileritos hay una capillita. Por una ventana enrejada se ve sobre el altar una Virgen rodeada de flores ennegrecidas; todo ello parece remontar á varios siglos; es el Santuario de Nuestra Señora de los Alfileritos; se ven, en efecto, infinidad de dardos casi imperceptibles centelleando en la sombra.

Según la tradición, las jóvenes que echan á la Virgen un alfilerito y un cuarto, se han de casar dentro del año. El incalculable número de alfileres me ha hecho ver una vez más, cuan necesario es al corazón, en todos los países, en todos los rincones del mundo, el sueño del amor.

En aquel barrio fué donde encontré las calles más os-

curas y tortuosas. Jamás penetran en ellas los rayos del sol, por lo próximas que están unas de otras las casas; es herencia de los Arabes, que creían así sorprender con más facilidad á sus enemigos, en aquel dédalo oscuro lleno de escondites y de sorpresas, y cuya estrechura conservaba el trespasar y la sombra.

Sin embargo, Toledo es una ciudad limpia á pesar de aquellos barrios oscuros, pues el menor aguacero barre y se lleva todo el polvo de las calles. Así, lavada por la lluvia que baja á torrentes por las pendientes abruptas, y secada por el sol, se explica la blancura de sus muros y de sus adoquines.

He aquí el *Cobertizo de Santa Clara*, especie de calle cubierta, de tan lúgubre aspecto, que se vacila antes de penetrar en ella. Oculta en la sombra de la bóveda una imagen de la Virgen, ennegrecida y destrozada por el tiempo.

En época de la Inquisición, aquéllos que temían los juicios del Santo Oficio iban allí á rezar un Ave María; por lo siniestro del lugar se adivina la austera piedad, la súplica desesperada de aquéllos que, en tiempo del gran Torquemada, vinieran á él para implorar la misericordia divina. Sobre los espesos muros, aún parece que se ve destacarse alguna vaga silueta en actitud de súplica.

« De vuelta á su casa — cuenta la leyenda — cada cual colocaba en su ventana un par de tijeras, plantando en la madera una de las puntas y formando la otra levantada los brazos de una cruz; entonces, las brujas y los demonios que vagaban de noche con los murciélagos y los buhos, no se atrevían á pasar sobre la señal de la Redención para turbar las almas ».

Más allá, inundados de sol, diviso los muros del *Convento de la Magdalena*. Ancha ventana con balcones desplómase sobre la calle. Cual una jaula, está cercada de barrotes espesos y negros de lúgubre aspecto. Allí se leían al pueblo las sentencias del Santo Oficio, los nombres de los sentenciados.

Ya no lanza el sol sus rayos de fuego; ligera brisa pas<sup>a</sup> por el monte; tengo prisa

de dejar aquellas calles tortuosas, para reposar mi vista sobre un horizonte más ancho.

Las casas se escalonan menos uniformes y hermosas; horrenda vieja enseña su atezada faz en el umbral de una puerta; reprende con voz aguda á algún muchachuelo de ojos traviosos; una madre peina á sus hijos á la sombra de un muro; las gitanas del barrio se van en tropel, alta la frente, engatusadora la sonrisa en los labios, en el fondo de los ojos un relámpago.

Luego se abre el horizonte y se llega á *San Juan de los Reyes*, cuya fachada aún lleva las cadenas que antaño se quitaron á los prisioneros, que los Moros tuvieron cautivos en el Reino de Granada.

En frente, en medio de las ruinas del *Palacio de la Cava*, formadas por extraños derrumbamientos, un artista, un pintor, ha escogido como vivienda aquel sitio, del cual ha comprendido todo el salvaje grandor.

Delicioso oasis aparece en medio de la

pedra, con sus flores multicolores y sus aguas susurrantes. Lugar propio para exaltar al genio, para ser cuna de obras maestras. Mas el célebre artista tira sus pinceles hastiados ante el gran lienzo, sin concluir y viviente, donde Toledo sonríe en lontananza.

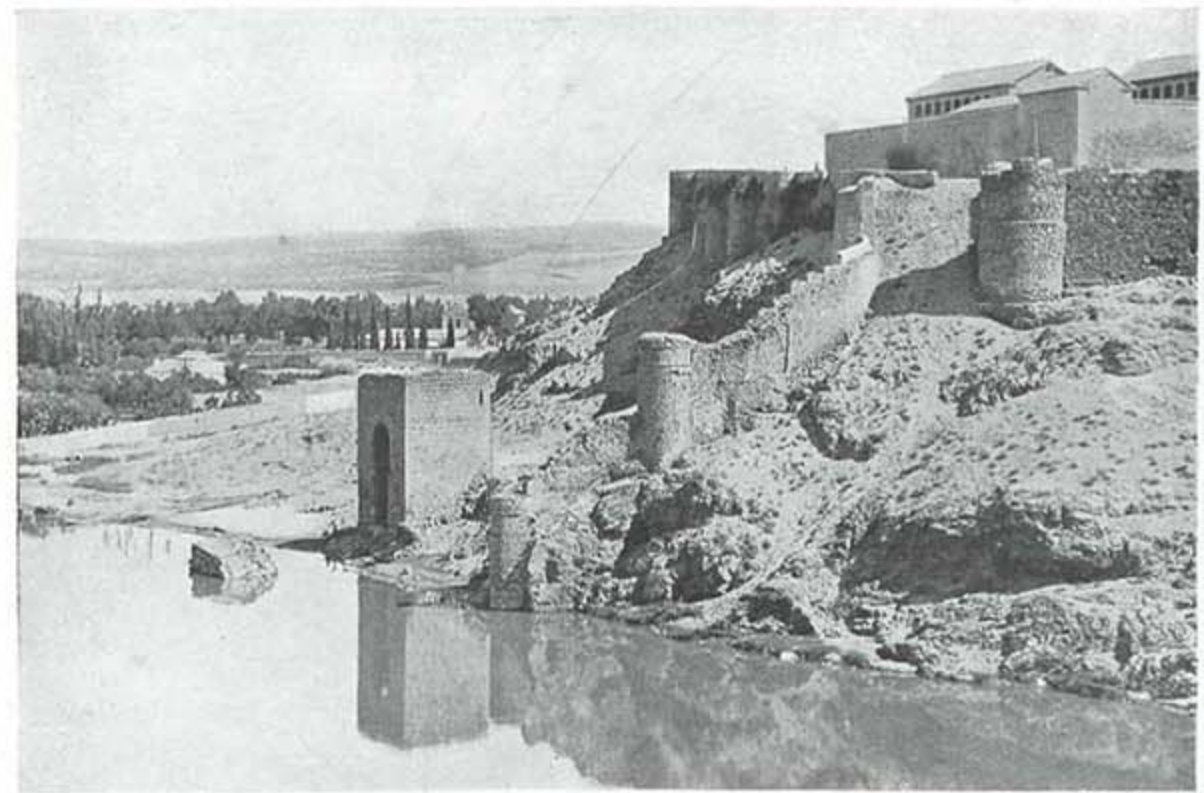
Cual España, melancólica, su corazón repite sin cesar con Alfred de Musset.

*J'ai perdu ma force et ma vie  
Et mes amis et ma gaieté;  
J'ai perdu jusqu'à la fierté  
Qui faisait croire à mon génie.*



Toledo. — El Cristo de la Vega.

Foto Garzón.



Toledo. — El Baño de la Cava.

Foto Garzón.

Más allá, las murallas asoladas levantadas por los Romanos; la *Casa del Duque de Gandía*, que fué luego San Francisco de Borja; el *Gran Paseo*, donde la sociedad selecta de Toledo viene á pasear al anochecer debajo de ligeras acacias. Sin pararme, sigo siempre el camino que baja rápido, y de donde se descubren á cada paso nuevas lontananzas sobre la llanura y la montaña. A mis pies muge el Tajo, en su ancho lecho de roca. Sobre los montes que se alzan más allá del río, ondulan hasta perderse de vista extensos olivares, mientras que á la derecha se extiende la Vega, llena aún de recuerdos de todas las edades.

Son las ruinas de un *Circo romano* que forman círculo en el fondo, cerca de la antigua Naumaquia y de las vías que trazaron los poderosos amos de Roma.

La famosa *Cueva de Hércules* está próxima. Según la tradición, Túbal fué quien la cavó... ó bien Hércules... quien daba á los hombres lecciones de magia. Cuando se apoderaron los Godos de Toledo, corrió el rumor de que, el primer rey que penetrara en la cueva de Hércules, perdería su reino y leería sobre los muros de un palacio encantado la historia de su derrota.

Don Rodrigo, arrojando aquella tradición, salvó el umbral de la famosa gruta.

Se halló enfrente de dos gigantescas estatuas de esclavos golpeando el suelo con sus mazas; los cortesanos del rey huyeron des-

pavoridos. Sólo Don Rodrigo, siguiendo su destino fatal, se adelantó á través del dedalo de los corredores subterráneos. Sobre los muros de las galerías adornadas con toda la magnificencia de los cuentos de hadas, leyó el desgraciado rey los signos de su próxima ruina y de la invasión de los Moros. Por doquier, arroyos y cascadas cantaban la caída de Don Rodrigo.

El rey, harto temerario, sufrió la larga serie de desdichas que le habían presagiado los caracteres misteriosos, las sombras cuchicheadoras y el murmullo de las aguas (batalla del Guadalete, 712).

La *Puerta de Visagra* se abre á mi derecha; es una sólida y hermosa construcción árabe; levantado aún, el rastrillo deja ver sus tres puertas de hierro, cual espada de Damocles suspendida en la bóveda.

Sobre el Tajo está el *Puente de Alcántara*, con una torre fortificada en cada ribera. En el río surgen aquellas ruinas árabes, cuyos muros de piedras cementadas tornáronse cual roca. Más allá, en la Vega, se hallan los restos de la antigua basílica de *Santa Leocadia*, donde se venera el célebre *Cristo de la Vega*.

« En la época en que la lucha sin tregua contra los Moros, apenas dejaba á los Cristianos tiempo para permanecer en el hogar doméstico — dice una leyenda casi sagrada en Toledo — vivían dos enamorados, hermosos una cual otro. Mas la llegada de los Moros





Foto Garzón.

Toledo. — Posada de la sangre, donde Cervantes escribió su "Ilustre Fregona".

destruyó su dulce propósito de alianza. Antes de dejar á su prometida para correr los azares de la guerra, el joven soldado le dió una última cita en la Vega. Y allí, ante el Cristo, juráronse eterna fé. Luego, los días, los meses huyeron, sin que la joven recibiera noticias: Tres años habían transcurrido cuando un día, á los primeros rayos del alba, Toledo vió los montes que la rodean resplandecientes bajo las armaduras guerreras! ¡era el ejército victorioso! En seguida, prendada con sus mejores ropas, radiante de gozo y esperanza, corrió la joven á las puertas de la ciudad. Cual la prometida del timbalero, buscaba á su amante entre las densas filas de los soldados... De repente, se cruzaron sus miradas... ¡El arrogante guerrero pasó frío, indiferente! Empañados, desencajados los ojos, la desamparada volvió á tomar el camino de la ciudad, animada aún de vaga esperanza; mas el infiel declaró que no la conocía. Empero, la energía de aquella indómita raza despertó el ánimo de la prometida, que se presentó ante la justicia. Según las leyes, le preguntaron el nombre de los testigos de su juramento: « El Cristo de la Vega », contestó. La justicia, guiada por la inquebrantable fé de España, se personó en el valle. El

Juez, dirigiéndose al Crucificado, díjole: « ¿ Es cierto que á tus pies se juraron estos jóvenes eterna fé? Habla Cristo ». Entonces, por todo el valle, en Toledo entero, millares de personas oyeron una voz que decía: Lo juro. Y la mano derecha del Cristo, desprendiéndose de la Cruz, bajóse lentamente ante la asamblea aterrorizada. El joven, preso de remordimientos, se arrodilló pidiendo su perdón, y la mano de aquélla á quien jurara su fé ».

Desde aquel tiempo, el Cristo de la Vega, con su mano siempre baja, parece atestiguar la verdad de la leyenda.

A la derecha del puente surgen de las aguas algunos bloques de piedra: son los *Paños de la Cava*, de la célebre Florinda cuya trágica historia pasó por mi mente.

¡Pluguiera al Cielo que jamás hubiesen alumbrado sus ojos los rayos del sol; que jamás hubiesen refrescado sus miembros las aguas del Tajo!

— Florinda: ¿ Por qué no escuchaste la voz del cielo en el murmullo de las aguas? ¿ No oyes la trompeta que resuena en el fondo de los cielos? Es una voz que viene de Africa, llama á los Moros á sus banderas. El Rey pa-

sa y te mira. ¡ Baja los ojos, Florinda; baja los ojos y huye, pues en la unión de vuestras miradas escrito está el destino de España! — Mas no, Florinda levanta los ojos y ve al Rey, le sonríe, y el Rey embriagado le abre los brazos.

— ¡ Florinda! ¡ Vuélvete! — le grita la voz misteriosa de las aguas, y la trompeta resuena más fuerte en el fondo de los cielos, y el polvo de España levantado por los corceles árabes oscurece los aires. En el torbellino, Florinda y el Rey desaparecen; pero Don Julián, el altivo Conde, está allí.

— ¿ Dónde está mi hija? — clama. — ¿ Dónde está Florinda?

Y las aguas, riendo, cabrillean sobre el margen de roca, y la brisa, huyendo, gime; ya no soplará sobre Toledo independiente.

— ¿ Dó he mi hija? — dice el Conde.

Con su espada hiere el suelo, y todos le señalan el palacio del Rey Rodrigo.

— ¿ Qué haces, Don Julián?

El Conde no escucha. ¡ Qué le importan su sangre, su raza y su fé, si todo lo ha destrozado la deshonra. Abre las pesadas puertas de la ciudad, y la nube de Arabes avanza.

— Ahora, Don Rodrigo, quédate en palacio. ¡ Tuya es Florinda, mas Toledo es de los Moros!

Tal es la leyenda de los Baños de la Cava, contada en los romanceros de España, y que el eco de los pasados siglos me envía desde la roca parda, mientras ando por el camino de la Virgen del Valle que sigue el Tajo sobre la altura.

Ningún sitio mejor para juzgar de la magnificencia y de la importancia estratégica de aquella ciudad, cercada por su muralla natural de granito; los puentes echados sobre el Tajo reflejan sus arcos en el agua cristalina, y las puertas macizas, cual vigilantes centinelas, cierran la entrada de la ciudad. Por encima de Toledo, la silueta del *Alcázar* y de la *Catedral* se destaca sobre el cielo. Más allá, en medio de rocas pardas y desnudas, se alzan dos fortalezas: la de *Galiano* y la de *San Servando*, que defendían el lado de la ciudad no rodeado por el Tajo.

Aún más allá, se alza la *Peña del Moro*, el punto más elevado que domina la ciudad de Toledo; dos inmensas rocas forman su cúspide, cual turbante de un moro, lo que le da su nombre. También se atribuye al sepulcro de un rey moro que se halla en él.

Ese Rey había jurado de reconquistar á Toledo ó morir.

A punto de ser vencido: « Soldados — dijo — lucharé hasta la muerte; cuando mi espíritu esté pronto á dejar mi cuerpo, llevadme allá arriba sobre aquella roca. Quiero morir mirando á Toledo, y dormir el sueño eterno ante aquélla que la injusticia ha robado á mis padres, y que la suerte me rehusa ».

Hízose lo que había pedido, y el Rey, dentro de su sepulcro de piedra, sueña siempre en la ciudad de sus antepasados.

Pero la sombra de la noche descende sobre el valle; en Toledo enciéndense las luces al tiempo que las estrellas del cielo, y confúndense en el horizonte.

Tengo prisa de dejar aquellas rocas que tantos recuerdos traen al animo, y que las tinieblas van á sepultar.

La hora adelanta y me alejo lentamente, oyendo en la esquina de las calles alguna frase de amor, mientras á lo lejos, cerca de los reverberos, la sombra lenta de los bailarores se mece sobre los muros.

Pero aquí está la fonda, grande y hermosa construcción moderna levantada al estilo morisco. Aquí también se baila debajo de los arcos; todos toman parte, desde la mujer del fondista hasta los mozos que sirven la mesa.

Largo rato contemplo aquellas parejas inocentes y alegres, arrastradas en aquella danza graciosa y ligera, encendida la faz, chispeantes los ojos.

Luego vuelve el silencio, desaparecen músicos y bailarores; al fin me acuerdo del reposo, y, cuando subiendo á mi cuarto me asomo á la ventana, para echar una última mirada sobre Toledo, invadido por las tinieblas, el sereno, con voz lánguida y lúgubre, canta la hora á la ciudad dormida: ¡ Ave María purísima... Las doce y sereno!



Foto Pedrosa.

Toledo. — El Alcázar.

# NUESTRO CONCURSO LITERARIO

## CONSTITUCION DEFINITIVA DEL JURADO

Nos es grato comunicar á los autores que toman parte en nuestro concurso, que el Jurado, á cuya excepcional competencia encomendamos el fallo acerca de las obras presentadas, queda constituido definitivamente del siguiente modo:

Fórmanlo, dando los ilustres nombres por riguroso orden alfabético, los siguientes señores:

D. RUBEN DARIO.

D. ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

D. RICARDO LEON. (*De la Real Academia Española*).

Mr. E. MARTINENCHE. (*Catedrático de Literatura Española en la Universidad de Paris*).

D. AMADO NERVO.

Fuera, en realidad, vano empeño el de multiplicar los elogios justísimos en torno de estos nombres, ya que la fama mundial de su labor, univ ersalmente conocida y admirada, no sólo nos dispensa de prodigar alabanzas en su honor, sino que pudiera hacer, también, que estas mismas alabanzas pecaran de inoportunas, al encaminarse en algún modo hacia la inútil misión de dar á conocer á nuestros lectores glorias literarias que han de serles espiritualmente familiares, en comunión diaria con poesías y con novelas que, leídas y releídas, han llegado á constituir un breviario del alma.

Baste, pues, y sea su mejor elogio la aureola de tales nombres, para que, no sin justo motivo, nos enorgullecamos al poder brindar tal Jurado á cuantos literatos han acudido y acudirán aún á nuestro Concurso.

Reunido en la Casa de *Mundial*, y en sesión preliminar, un comité del Jurado, designóse por unanimidad como Presidente á nuestro gran Rubén Darío.

De igual modo ha sido designado, como primer secretario, D. Carlos Lesca, quien ha de auxiliar al Jurado en la labor preliminar de clasificación, y á quien pueden dirigirse cuantas consultas deseen hacerse, en cuanto á detalles del Concurso se refiera.

El número de originales recibidos ya en la redacción de *Mundial* es considerable, y supera en mucho á todas nuestras esperanzas.

Este éxito de nuestro Concurso impone al Jurado una labor que, siendo como ha de

ser escrupulosamente concienzuda, por fuerza ha de ser lenta.

Recordamos, por último, á cuantos autores deseen aún tomar parte en nuestro Certamen, aquéllas de sus condiciones que son esenciales:

Los temas son libres, pero no será aceptado ningún trabajo en que, por el tema ó la expresión, se ofenda la moralidad de los hogares en que *Mundial* y *Elegancias* son leídas.

El autor de la mejor novela, á juicio del jurado, recibirá un premio de cuatro mil francos (frs. 4.000).

Los autores de las novelas que sigan en mérito, recibirán proposiciones de la administración, para publicarlas en *Mundial* ó *Elegancias*.

La mejor comedia recibirá un premio de mil francos (frs. 1.000).

El mejor cuento será premiado con mil francos (frs. 1.000). Los cuentos que sigan en mérito se publicarán en las condiciones más arriba expresadas.

La poesía, que ha de ser de regular extensión, tendrá un premio de 500 francos. Las otras poesías juzgadas dignas de publicación aparecerán en las revistas, para lo cual se entrará en arreglo con los autores.

A pedido de muchos autores, prolongamos el plazo para la recepción de las comedias, cuentos y poesías hasta el último de Abril, sin nueva prolongación posible. El plazo para la recepción de las novelas queda fijado al 31 de Julio de 1913.

Todos los trabajos *han de estar escritos á máquina*, é insistimos acerca de este punto, ya que nos hemos visto en la desagradable necesidad de desechar buen número de originales, escritos de modo perfectamente ininteligible.

# Del Paris de ayer al Paris de hoy



## PROLOGO



OMPRENDE esta memoria del pasado dos evocaciones históricas, y un epílogo sentimental. Son las primeras las relaciones breves y anecdóticas de los hechos ocurridos en dos monumentos, sobre cuyas piedras se gravó la historia de París, y la de Francia: el Louvre, palacio y fortaleza de los reyes, y el Hotel de Ville, casa del pueblo y cuna de las revueltas. Ciérrase este recuerdo con el broche de una visión de ensueño, contemplada en la noche mágica del sábado desde las torres de Nuestra Señora: desde el misterio de la Basílica que al través de los siglos y de los hechos elevó hacia el cielo, en estrofas cinceladas, un místico poema que es el de la combatida pero irreductible esperanza de los hombres.

## EL LOUVRE

Lutecia se defiende contra el asedio de los francos. Jamás pensaron los caudillos bárbaros encontrar semejante resistencia, y en más de una ocasión se ven trocados de sitiadores en sitiados; ello les obliga a fortificar su campo, á dotarlo de un « lower » ó reducto: y así nace la torre del Louvre.

Diez años de lucha y la conversión de los francos al cristianismo logran, al fin, abrir las puertas de París, y dentro de su recinto combaten ya juntos los enemigos de ayer contra los Normandos, dueños ahora del « lower ».

Pero ha vuelto la paz. La ciudad no cabe ya en la isla, y ha de extenderse sobre las riberas, buscando de preferencia, en la derecha, el amparo del « Lower », que ya es el « Luver », y que más tarde será el « Louvre » cuando Felipe-Augusto, aleccionado por la historia, convierta el antiguo reducto de Clodoveo en inexpugnable fortaleza, y haga de ella el símbolo y el asiento del poder real, amenazado ya por los inquietos señores feudales.

Terminado en 1202, el Louvre es castillo, y es residencia también, para el monarca; la batalla de Bouvines, ganada por Felipe-Augusto contra algunos de sus nobles desleales, unidos á los ingleses, da lugar á que Ferrán, conde de Flandes, compruebe por sí mismo, y durante un cautiverio de doce años, el poder y la firmeza de la torre del Louvre.

Pero al correr del tiempo, y durante la minoría de Carlos V, un nuevo poder se alza frente al del bastión real, y este poder, que es el del pueblo, no es tan fácil de reducir como el de los nobles rebeldes que han perdido en la torre del Louvre su libertad ó su vida.



París en el siglo XIV, excedía apenas los límites de la isla de la « Cité ».

Marcel, preboste de París, ha creado en el « Hostel de Ville » la formidable máquina de las revoluciones, y ha encerrado el Louvre en nuevo recinto de murallas, que inutilizan su fuerza y le convierten en prisionero de la ciudad. Muerto Marcel, el rey toma el desquite, y alza contra el pueblo insumiso la terrible amenaza de la Bastilla. El duelo secular ha comenzado!

Carlos V, acogido á la hospitalidad de las campiñas durante el alzamiento de Marcel, juzgó, al volver á París, que en su nueva situación el Louvre no podía considerarse ya como fortaleza; lo abandonó temporalmente, y sentó sus reales en el hotel de « Saint-Pol », en tanto que una legión de obreros transformaba el castillo en palacio. Del primitivo « lower » quedaron sólo las torres del centro y del « coin », convertidas en biblioteca la primera, y en conserjería la segunda; y de esta renovación salió ya el « Luver » con sus cuatro cuerpos de edificio agrupados en forma de rectángulo, en el mismo lugar y sobre los mismos cimientos que hoy sustentan al moderno Louvre.

Terminadas estas obras, vuelve el rey Carlos á su mansión del Louvre, y de la magnificencia de las nuevas salas, y del esplendor del nuevo mobiliario, nos hablan los cronistas de la época, según los cuales los lechos del rey y de la reina, construidos por el artífice Ricardo de Ourmes, no costaron menos de veinte francos cada uno.

La biblioteca regia, instalada en el anti-

guo torieón del « Lower », ocupaba los tres pisos del edificio, y el rey, que encontraba exagerado el precio de veinte francos pagado por su lecho y por el de la reina, llegó á pagar sin vacilación la suma de quinientas libras por una edición de la Biblia, copiada por Juan de Goulain.

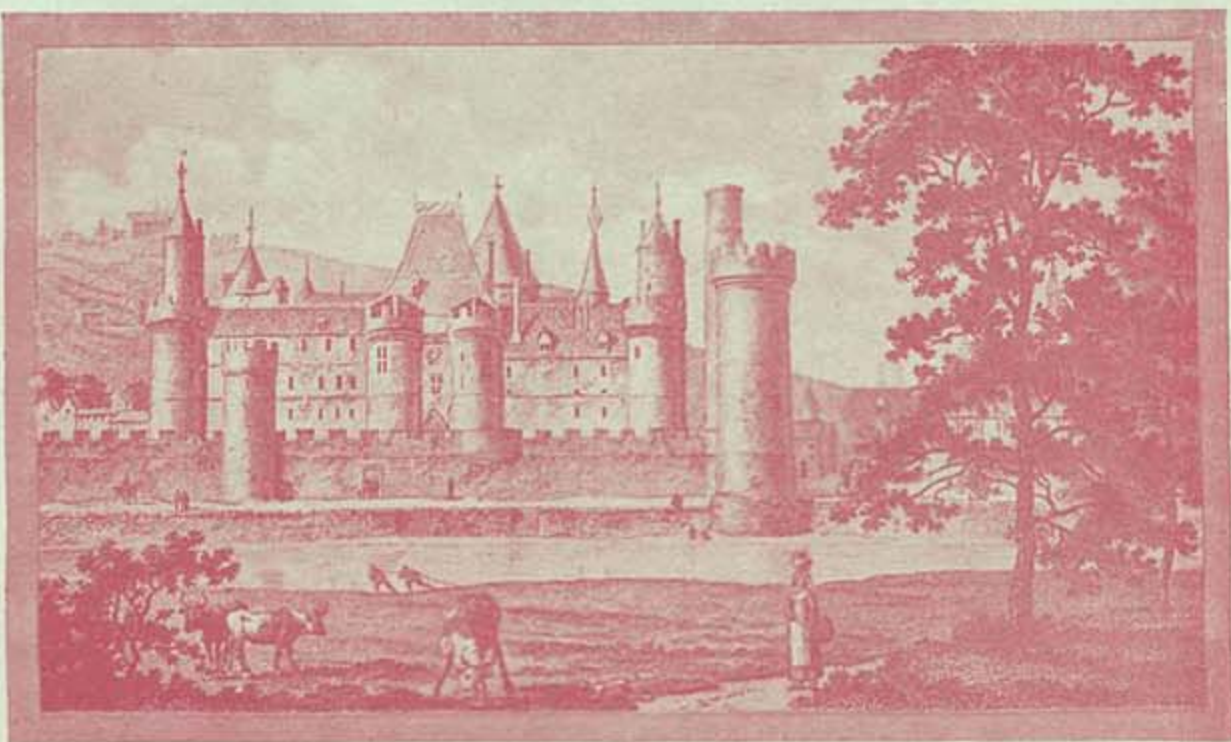
Más tarde, el Louvre no sólo es domicilio de los reyes, sino también de todos los príncipes y princesas de la casa real. Llegó á faltar sitio, y el apremio fué tan grande que algún monarca se vió precisado á dormir en los desvanes del palacio, con objeto de brindar cumplida hospitalidad á los príncipes extranjeros que eran sus huéspedes.

Esta falta de lugar obligó á los reyes á buscar domicilio más cómodo, y ya en tiempo de Luis XI se utilizaba sólo la vieja torre como prisión. Francisco I, al volver del España y del cautiverio, buscó en labor de paz compensación á su mala fortuna: en la guerra; así emprendió la reconstrucción del Louvre, comenzando por dejar libre el patio central mediante la demolición del « lower » de Felipe-Augusto. A esta obra siguió la reforma de todo el edificio que, embellecido y ensanchado, pudo acomodarse á las crecientes exigencias de la corte, y volver á ser palacio.

Del primitivo Louvre sólo quedó un trozo de muralla, y en él se labró una escalera secreta que permitía llegar á las habitaciones del rey; por esta escalera huyó Enrique III, cuando en la jornada de « las barricadas » el pueblo en rebeldía marchó contra el Louvre,



El « Lower », ó reducto de los guerreros francos, origen del « Louvre », se alzaba solitario, entre los robles seculares que cubrían la ribera del Sena.



Sobre los cimientos del ya ruinoso «Lower», Felipe Augusto cuidó de construir una fortaleza que guareciera entre sus muros el poder de los reyes de Francia.

llevado por Perrichón, como lo hiciera en otro tiempo llevado por Marcel.

A este segundo drama popular, había precedido la tragedia espantosa y fanática de la noche de San Bartolomé.

Las visiones de horror de tal jornada volvieron muchas veces al espíritu del rey que, en vano, para distraerse, hizo instalar en el Louvre una forja y una casa de fieras. «L'Hostel des lions», como llamábase á la jaula en que estaban encerradas estas últimas, subsistió hasta que, una noche, habiendo soñado Enrique III que los leones le devoraban, hizo inmediatamente arca-bucear á los pobres animales que, según los cronistas, representaban en el sueño del rey á las «bestes furieuses» que, á las órdenes de Perrichón, habían de salir de la casa del pueblo y poner en grave peligro la existencia del monarca.

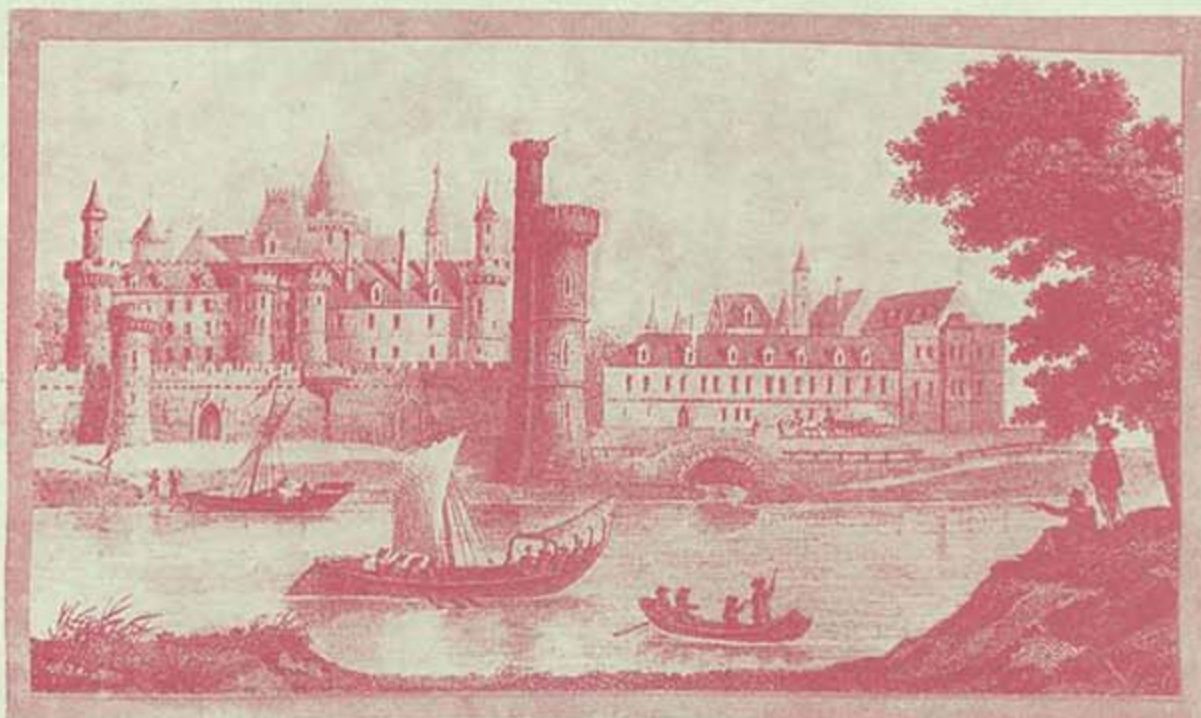
Carlos IX había comenzado la edificación de una galería que ponía en comunicación al Louvre con el nuevo palacio de las Tullerías, donde se hallaban instaladas las caballerizas reales. El destino verdadero del nuevo cuerpo de edificio era facilitar á los reyes, en caso de peligro, una salida fácil y pronta que les permitiera montar á caballo y ponerse en salvo. La aventura de Enrique III fué lección provechosa que demostró la utilidad de este proyecto, y Enrique IV, recogiendo la enseñanza, la llevó á cabo. En realidad, la galería citada se construyó por te-

mor á París, pero cuando el embajador del rey de España visitó el Louvre, Enrique de Navarra, al conducirlo hasta las Tullerías pasando bajo la bóveda del nuevo edificio, le preguntó si Felipe Segundo, en su Escorial, tenía una galería semejante con un París frente al extremo... El París que estaba frente al extremo era la casa de la villa, y era la Revolución; esto lo presentía, pero no lo confesaba el rey de Francia, quien poco después había de morir bajo el puñal de Ravaillac.

Doce días estuvo la efigie, labrada en cera, que representaba á Enrique IV, expuesta en el Louvre, y para ello se trocó en capilla ardiente la gran sala de las Cariátides. Esta sala había servido de cadalso pocos años antes, y en ella habían sido ajusticiados algunos de los directores de la última revuelta popular. Tres años después de la muerte de Enrique de Navarra, la farándula de Arlequín, llegada de Italia, solicitó de la reina viuda, María de Médicis, un lugar en el Louvre para representar la farsa. El lugar concedido fué la misma sala de las Cariátides, y en ella se dispuso un teatro sobre cuyo tinglado, más tarde, había de interpretar Molière por vez primera en París su *Docteur amoureux*, y *Nicomède* de Corneille.

Tal sucesión próxima de tan distintos acontecimientos, dictó á Malherbe esta frase dedicada á un amigo, en consuelo para una hora de dolor:

«No hace mucho que en el Louvre todo



El Louvre, durante el reinado de Carlos V, pierde su valor estratégico al quedar dentro del nuevo recinto construido por Marcel. De tal modo, el castillo comienza á trocarse en palacio.

era tristeza y duelo; hoy se hacen espléndidos preparativos para las fiestas de Corte. La vida es así, y si Dios quiere, pronto ha de cambiar vuestra suerte.»

Richelieu, que proyectó para Luis XIII el más glorioso de los reinos, intentó ofrecerle también el más bello de los palacios. Así encomendó á Le Mercier la continuación de las obras comenzadas por Francisco I, pero ni el rey ni el cardenal llegaron á verlas terminadas, y muertos ambos, y legado por Richelieu á la corona el «Palais-Cardinal», Ana de Austria, á quien angustiaba la tristeza del Louvre, trasladó su residencia y la de su hijo al que en adelante había de llamarse, por tal circunstancia, «Palais Royal». Pero en el «Hotel de Ville», la casa del pueblo, seguía germinando la semilla revolucionaria sembrada por Marcel, y, durante los motines de la Fronda, la viuda de Luis XIII comprendió que el Palacio Real estaba demasiado al alcance de la insumisa plebe, y que, triste y todo, era preferible la seguridad del Louvre.

En estos tiempos, cada rey de Francia sumaba una obra nueva á las realizadas por sus antepasados en la histórica mansión. Eran estos progresos sucesivos á modo de rúbricas puestas en el Louvre por cada monarca, y en estas rúbricas mezclábanse con frecuencia las memorias de la vida pública y de la privada, y no siempre ejemplar, de los reyes.

Enrique II, y Enrique IV, hicieron esculpir en la piedra los anagramas de sus iniciales, unidas á una D la del primero, y á una G la del segundo; eran recuerdos de dos idilios: el de Enrique II con Diana de Poitiers, y el de Enrique IV con Gabriela d'Estrées.

Por su lado, la reina María de Médicis hacía construir, sobre el foso del Louvre, un puente que daba acceso al viejo portón, ya en desuso, de la fortaleza. Esta discreta entrada permitía al mariscal de Ancre, favorito de la reina, llegar directamente á las habitaciones de su soberana, sin cruzar las antecámaras. Las malas lenguas de palacio impusieron al puentecillo del foso el mote de «puente del amor». No había de tardar en ser puente de la muerte. Luis XIII, niño aún, soportaba con impaciencia la tutela del mariscal, á cuya voluntad se sometía la reina madre, y el señor de Ancre no tenía simpatías en la Corte, y aún menos entre el pueblo. Así las cosas, Luis XIII hizo llamar al mariscal en la mañana del 24 de abril de 1617, y previamente apostó, en la sombra del portón del viejo Louvre, un grupo de soldados fieles. El rey tenía, sin embargo, poca confianza en el éxito de la empresa, y había hecho ensillar sus caballos, que le aguardaban, dispuestos á la huida, en el patio de las Tullerías. Llegó en tanto el mariscal, y franqueó el leve «puente del amor». Abrióse ante su requerimiento el portón, y simultáneamente dispararon los guardias sus arcabuces. Cayó el de Ancre

sobre el puente, y el rey, que había presenciado la tragedia desde el fondo del vestíbulo, dictó las primeras órdenes de su reinado, que fueron las de rematar al maltrecho mariscal, y la de encarcelar, en sus mismas habitaciones del Louvre, á María de Médicis.

El espectro sangriento del señor de Ancre no asustó á Mazarino, y por ese mismo « puente del amor » pasó cien veces el favorito de Ana de Austria, cuando ésta, viuda de Luís XIII, abandonó el « Palais Royal » para volver al Louvre.

Era ya época de conmociones para las monarquías, y en Inglaterra Carlos I perdía la corona antes de perder, poco después, la cabeza. La esposa del rey desventurado era una princesa de Francia, hija de Enrique IV, que llevaba el nombre de su padre. Fugitiva, la reina de Inglaterra buscó asilo en el Louvre, y Ana de Austria le cedió parte de sus habitaciones, y encomendó á Mazarino el pago de 1200 libras diarias á la destronada soberana. Pero el Favorito no era espléndido, y su avaricia y su rapacidad fueron durante mucho tiempo proverbiales. Cuando la revuelta de la Fronda obligó á la Corte de Francia á huir lejos de París, la ya viuda de Carlos I no cobraba su pensión desde hacía tres meses, y se hallaba en situación angustiosa. Era esta de tal índole, después de la precipitada marcha de la Corte, que los mercaderes rehusaban á Enriqueta de Inglaterra el menor crédito, y hubo día en el cual la princesita, última hija del rey Carlos, no

pudo salir del lecho por no tener su madre un haz de leña con qué encender fuego. El Parlamento ofreció á la desgraciada reina un auxilio, pero la mujer, cuyo marido acababa de ser decapitado por una revolución, no juzgó digno aceptar el socorro de otra revolución, y así fué como, en el palacio del Louvre, conoció el último extremo de la miseria una hija de Enrique IV, rey de Francia, que, además, había sido reina de Inglaterra.

Luís XIV, el rey Sol, había vivido en París los tristes días de su infancia, y de ella, como de la capital francesa, quedábanle recuerdos poco atractivos. Ana de Austria, dominada por Mazarino, se preocupaba lo menos posible de su hijo, y mientras la reina vivía en el « Palais Royal » los días de fiesta y las famosas *noches blancas* de los jardines lunáticos, el niño, que había de ser monarca todopoderoso, crecía en completo abandono y tan mal vigilado, aún por la servidumbre, que en uno de sus juegos cayó dentro del pilón de la fuente, y aferrado al borde pasó buen rato en peligro de ahogarse, antes de que un criado llegara en su socorro.

Tales memorias alejaron al rey de París y de sus palacios, y lleváronle al retiro de Versalles. A pesar de ello, Colbert intentó proseguir la reedificación del Louvre, é hizo comenzar á los hermanos Perrault la construcción de la Columnata, uno de los actuales trozos arquitectónicos de mayor belleza. Pero Versalles absorbía todos los recursos del

Tesoro, y la Columnata no pudo terminarse por falta de dinero.

En cambio, lejos de quedar desierto por el abandono de la Corte, el Louvre se pobló de huéspedes que hasta entonces le fueran desconocidos. Luís XIV protegía á los artistas, y uno tras otro les fué alojando gratuitamente en su inútil palacio de París. Ya, por derecho propio, tenía su domicilio en el Louvre la Academia Francesa; luego de ella, fueron también al Louvre, por condescendencia del rey, las Academias de Ciencias, la de Medallas é Inscripciones, la de Arquitectura, y la de Pintura. De la pobreza con qué se instalaron las Academias en la casa de los reyes, da idea esta curiosa anécdota: el mobiliario de la Academia Francesa, por más antigua más considerada, se reducía á una mesa, á un sillón presidencial, y á tantas y modestas sillas de paja como socios contaba la Institución. Pero el Cardenal d'Estrées, viejo, gotoso, y malhumorado, se hizo instalar un cómodo sillón, y no volvió á hacer uso de la silla menguada que por igualdad académica le correspondía. Protestaron los demás académicos contra este atentado que sufriera el reglamento: el viejo d'Estrées se aferró á su sillón, y el conflicto llegó á oídos del rey quien, para restablecer la calma en la docta sala, ofreció á la Academia un número de sillones igual al de académicos.

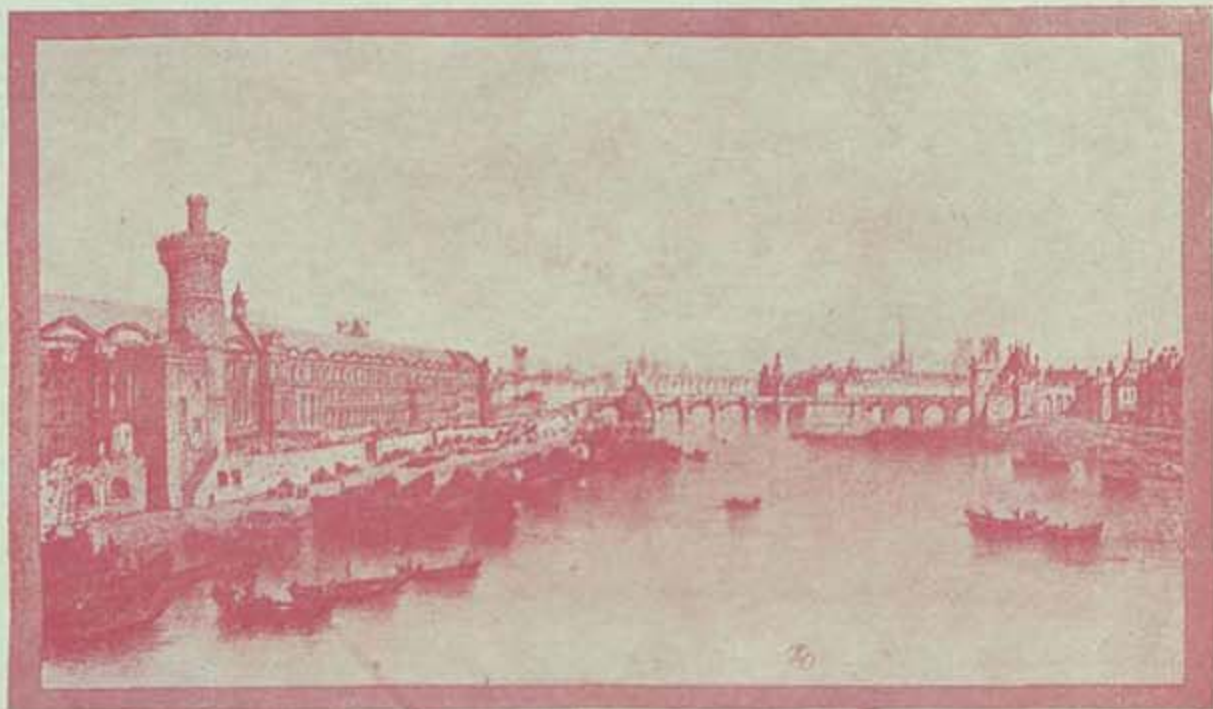
Entre tanto, por orden de Luís XIV, se consignó en el reglamento de la Academia de Pintura, la obligación en que estaban los artistas

que la constituían de exponer sus obras al público, durante un día en cada año. Este día, para mayor solemnidad, fué el de San Luís, y la primera exposición tuvo lugar al aire libre, en el patio del Louvre. Pero los pintores temían, para sus cuadros, los riesgos de semejantes exhibiciones al descubierto, y así lo hicieron comprender al monarca. Este cedió la gran galería edificada por Enrique IV, y en ella se establecieron las sucesivas exposiciones. Así nació el actual museo del Louvre.

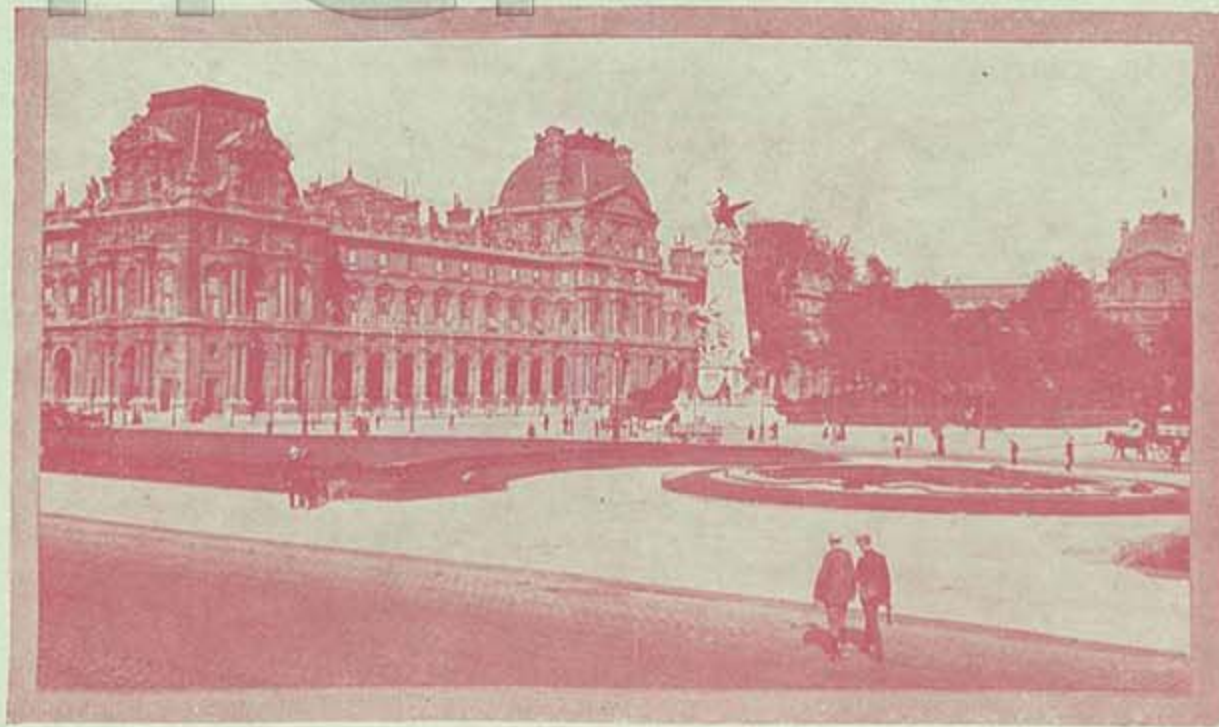
Artistas y sabios habían sustituido en el histórico palacio á príncipes y á cortesanos. Pronto la espantosa miseria que afligía á París — en tanto que Versalles ardía en fiestas — dió lugar á que el Louvre recibiera á gentes más democráticas y peor avenidas con el abolengo del regio caserón. Luís XIV, descoso de que el pueblo no muriera de hambre, hizo instalar en el Louvre varios hornos de panadería, y repartir diariamente grandes cantidades de pan. A recibir la limosna acudían los necesitados, y mezclados con ellos los bandoleros que acabaron por establecer su cuartel general en las edificaciones del Louvre.

De tal modo pudieron los cortesanos de Versalles hablar con menosprecio de la Casa de Felipe-Augusto, diciendo que había venido á ser refugio de artistas, de letrados, de hambrientos, y de ladrones.

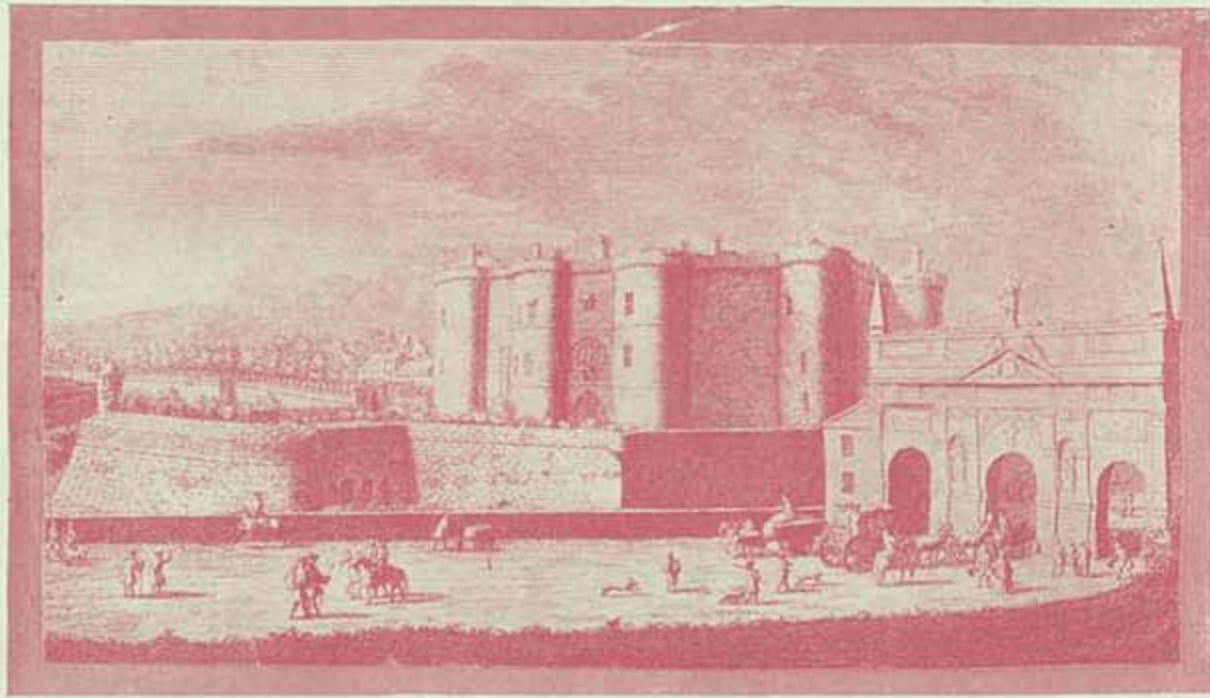
Educado en este ambiente frívolo, y hecho á escuchar tales opiniones, Luís XV com-



El « Louvre », de hoy, desprendiéndose de las viejas murallas del « Louvre » de ayer.



La plaza del Carroussel, rodeada por los pabellones del moderno Louvre. Mansión de los Reyes de Francia en el pasado, el Louvre es albergue del Arte del mundo en el presente.



La Bastilla, en los comienzos del siglo XVIII. Desde su construcción, esta fortaleza hubo de ser para el pueblo francés símbolo de todas las tiranías y opresiones.

partió su vida entre Versalles y las Tullerías. En cuanto al Louvre, el rey pensó seriamente en venderlo ó destruirlo, y hubiera llevado á cabo su proyecto si un consejero audaz no hubiese declarado, ante el monarca y ante sus ministros, que el pueblo de París cercenaría la mano que osara clavar la primera piqueta, en los muros que encerraban la historia entera de Francia.

En cambio, si el rey daba al olvido la historia de sus abuelos, su favorita y dueña, madame de Pompadour, empleó todo su ascendiente en conseguir que se prosiguiera la edificación, aún no concluida, del moderno Louvre. Gracias á la bella marquesa, la casa real adquirió todas las antiguas edificaciones que rodeaban al palacio, ensombreciéndolo, y las demoliciones llevadas á



Aislada y sombría, la torre de Santiago, filigrana de piedra y relicario de años, parece contemplar, con nostalgia de otros tiempos menos prosaicos, el monótono y uniforme cariz de la ciudad contemporánea.

cabo por el arquitecto Gabriel hicieron que el Louvre de hoy se desprendiera definitivamente de la roña del Louvre de ayer.

Reinaba Luis XVI, cuando M. de Marigny sometió á la aprobación del monarca el proyecto de creación del « Museo del Louvre ». La Revolución, si bien impidió la inmediata realización de tal proyecto, hubo de recogerlo y de llevarlo á la práctica más tarde. El Museo se abrió, en virtud de un decreto de Barrère, el 10 de Agosto de 1793, y contaba, en esta fecha de su inauguración, con quinientos cincuenta cuadros.

Las conquistas de Bonaparte enriquecieron el Louvre con innumerables tesoros artísticos, y en esta época el palacio de los reyes dejó de llamarse así para ser Palacio de las Artes, y Puente de las Artes



Perspectiva de la Bastilla.

A. Entrada.  
B. Puente levadizo.  
C. Arsenal.

D. Camino de ronda.  
E. Puerta de San Antonio.  
F. Arco de San Antonio.

G. El rastrillo.  
H. El Bastión.  
K. Boulevard de San Antonio.

se llamó al que Napoleón hizo construir, para establecer una comunicación directa entre el Louvre y la orilla opuesta del Sena.

No contento con esto, el Emperador encomendó á Percier y á Fontaine, sus arquitectos preferidos, la completa terminación del Louvre y su unión, mediante otra nueva galería, con los dos extremos del palacio de las Tullerías.

En el nuevo cuerpo de edificio instaló Napoleón la Biblioteca Imperial, y era proyecto del advenedizo soberano establecer su residencia y la de sus descendientes en la que lo fuera de Carlos V y de los suyos. Waterloo dió al traste con los sueños de porvenir, y el Louvre, bajo la Restauración, fué, además de Palacio de las Artes, Palacio de la Ley y del Derecho, según la voluntad de

Luis XVIII. Si el prosaico monarca no supo devolver al solar de sus mayores el antiguo

esplendor de antaño, en cambio, merced á su generosidad, la Belleza ocupó en el Louvre el trono que dejara vacante la monarquía, al entrarse por los umbrales de la Casa de Francia, la excelsa Venus de Milo.

Bien que el Louvre no fuera ya reducto ni aún albergue de los reyes, las revoluciones nacidas frente á él, en La Casa de la Villa, seguían haciéndole objeto de sus enconos. Rencoroso, el pueblo no olvidaba que los viejos muros habían sido cuna de las dinastías, y contra ellos iban á estrellarse las olas bravas de sus iras. La revolución de 1830 desarrolló en la Columnata del Louvre uno de sus más sangrientos episodios, y el palacio, que se había librado



En lo alto de la Columna de Julio, el Genio de la Libertad alza su tea, deteniendo el vuelo de sus alas poderosas sobre el lugar que antaño sirviera de emplazamiento á la Bastilla.

de los obuses prusianos, en 1870, estuvo á punto de perecer durante las jornadas espantosas de la Comuna, en 1871. Los revolucionarios habían acumulado en las cuevas del Museo buena cantidad de pólvora y de petróleo. Por milagro, y á costa de heroicos esfuerzos, los soldados del general Douay lograron evitar que el fuego dueño ya del ala derecha del nuevo Louvre, se extendiera á la izquierda. El Museo y sus tesoros de Arte se salvaron, en tanto que el incendio reducía á cenizas la Biblioteca Imperial, y la Historia de París escribía en sus páginas esta paradoja: en plena Edad Media, el pueblo sublevado respetó la biblioteca de Carlos V, al hacerse dueño del Louvre; en iguales circunstancias, el pueblo de la Edad Contemporánea quemó la biblioteca de Napoleón.

Mansión de los reyes de Francia en el pasado, y albergue del Arte del mundo en el presente; qué inmensa poesía de añoranzas y qué infinita devoción de bellezas no encierran los melancólicos, los oscuros sillares del Louvre?



Las quimeras de la Basílica de Nuestra Señora vieron cruzar muchos siglos...

### EL HOTEL DE VILLE

Desde la época romana estuvo la Villa de París sometida á un régimen municipal, y encomendada á sus administradores. Elegíanse éstos en la corporación de los Nautas, ó « comerciantes del río », quienes en razón de la creciente prosperidad que adquirían continuamente sus negocios constituían una agrupación cada vez más poderosa. La casa-colegio de los Nautas fué, por tanto, en aquella época, el primer Municipio de París.

La primera residencia de los bateleros fué, en la isla, el Hotel de los Ursinos, desaparecido ya. De la isla, trasladáronse los Nautas á las dependencias del Châtelet, en la orilla derecha del río, y por fin, de modo definitivo, á la célebre « Casa de los Pilares », primera edificada en la plaza de Grève, sin historia entonces, y de tan espantosas memorias en el porvenir.

De esta suerte, frente á la fortaleza del Louvre, que los monarcas habían alzado, fuese el pueblo á sentar sus reales; de aquí en adelante, ambos poderes miden sus

fuerzas antes de llegar á la primera jornada de contienda.

La « Casa de los Pilares » crece en prestigio durante este período expectante, y á sus prerrogativas de administración suma el fuero de justicia que le trae, al reunirse con ella y constituir una sola entidad, el ya temido tribunal « de los burgueses ». Con la fusión de ambas instituciones comienza la sangrienta historia de la Plaza de Grève, que ha de ser lugar obligado de tormentos, suplicios, y ejecuciones, ofrecidos al público más como bárbaro espectáculo que como ejemplo curador.

Pero á pesar de toda esta autoridad, la « Casa de los Pilares » era aún propiedad del rey, y se inclinaba ante su poder. Etienne Marcel, gran preboste de los mercaderes y primer magistrado de París, aprovechó la ausencia del rey Juan, prisionero de los ingleses, para recabar del Delfín la venta de la « Casa de los Pilares » que, mediante el pago de dos mil libras parisís, pasó del patrimonio de la Corona á la absoluta soberanía del pueblo, y perdió su primitivo nom-



... ante el inmóvil y sorprendido mirar de sus ojos de piedra

bre para ostentar el de « Hostel de Ville », contrapuesto como un reto al de « Hostel des Roys », con qué se designaba al Louvre.

A este paso de Marcel, siguió pronto un hecho de mayor trascendencia: la toma del Louvre.

Amenazado ya por el preboste, á quien el pueblo entero secundaba, Carlos V había huido, refugiándose entre los soldados de su padre, que aún hacían frente á los ingleses en el campo. Dueño de París, Marcel se apoderó de la torre del Louvre sin gran dificultad, y trasladó á la Casa del Pueblo la rudimentaria pero ya temible artillería de

la fortaleza real.

Pero una mala inspiración aconsejó al tribuno victorioso un pacto de traición con los ingleses, y prevenido á tiempo, y olvidando ante el peligro de la patria su propio empeño, el pueblo de París se revolvió contra el que había sido su dueño y su ídolo, y dando airada muerte á Marcel rechazó á los ingleses, y ofreció al rey Carlos su afecto y su lealtad.

Sin embargo, Marcel había engendrado la



La isla de la Cité, matriz de París y de Francia, tal como la vieron los hombres de hace quinientos años.



La misma isla, tal como nos aparece hoy. A pesar de esta prodigiosa transformación, los hombres del siglo XXV sonreirán al contemplar, entre viejas fotografías polvorientas é imperfectas, esta silueta del viejo París.



En los días anteriores á la Restauración, los vendedores ambulantes establecían sus puestos en el lugar que hoy ocupa la iglesia de la Magdalena.

Revolución, y habiéndole dado por albergue el « Hostel de Ville »; los paréntesis de cordialidad y de paz entre la casa de los reyes y la del pueblo, no son ya sino compases de espera, ó circunstancias impuestas por el interés superior de la nación.

Al alzamiento de Marcel, bajo Carlos V, siguió pronto, bajo Carlos VI, el de los « maillots » que, á semejanza del anterior, se preparó en la Casa de la Villa. En vano se esfuerza el monarca en suprimir al preboste de los mercaderes, y en remplazarle por un preboste del rey; París restablece su magistrado, y más hábil y prudente que sus antecesores, Luis XI pacta con la Villa, y busca en ella el más sólido apoyo contra la nobleza hostil.

Así pudo el ladino monarca llegar á este resultado: hacer ajusticiar en la plaza de Grève al condestable de Saint-Pol, y con pretexto de castigar una felonía llevar á cabo un escarmiento.

Esta buena armonía entre el Louvre y el « Hotel de Ville » continúa durante los reinados de Carlos VIII, de Luis VII y de Francisco I, cuyo rescate pagó el Concejo luego del desastre de Pavía.

El rey caballero, en muestra de gratitud, dirigió personalmente, y costeó con su

tesoro particular, la edificación de una nueva y espléndida residencia que ofreció al pueblo, y que se alzó sobre los cimientos de la antigua y ya ruinosa « Casa de los Pilares ». Sobre el dintel del recién construido « Hotel de Ville », Francisco I hizo grabar esta leyenda:

*Senatus, Populo, equitibusque Parisien.*  
Y aquí acaba la tregua.

Comienza de nuevo, y más enconada que nunca, la lucha entre el pueblo y la monarquía durante el reinado de Enrique III, que en poco estuvo no encontrara sangriento fin en la « Jornada de las Barricadas », digna de los tiempos y de las energías de Marcel. Enrique IV no obtiene la paz sino al precio de nuevas concesiones hechas al « Hotel de Ville », y fué menester la mano de hierro de Richelieu para imponer al Concejo la entrega al rey Luis XIII de las rentas municipales. Protestaron airados los burgueses, y el Cardenal encerró á los más turbulentos en la Bastilla; la contienda entra en un momento decisivo, y tras de los motines de la Fronda, en tiempos de Luis XIV, llega, en los de Luis XVI, el gran drama de la Revolución.

En la puerta del Hotel de Ville murió, herido por cien manos, el desdichado go-

bernador de la Bastilla, después de la toma de la fortaleza. En el mismo lugar fué sacrificado el preboste de París, acusado de inteligencia con los reyes. En el Hotel de Ville se armó el pueblo para ir á Versalles, y traer á Luis XVI y á María Antonieta prisioneros en una carroza, á cuyas portezuelas asomaban, sangrientas, las cabezas de los guardias de corps, hincadas en las puntas de las bayonetas. Frente al Hotel de Ville funcionó por vez primera la Guillotina, y en él se constituyó, luego del triunfo de Marat y de Robespierre, la Comuna que había de llevar á los reyes al cadalso.

Bajo el primer Imperio, en el Hotel de Ville se tramó la conspiración del general Mallet y, posteriormente, en él tuvo origen la revolución de julio de 1830.

En fin, en el mismo Hotel de Ville se constituyó el gobierno de la Defensa Nacional que, á raíz de la catástrofe de Sedán, acabó con el segundo Imperio, y se organizó la segunda Comuna del 71, que había de sucumbir entre las ruinas de su propia casa. Cercados por el ejército de Versalles, los revolucionarios se hicieron fuertes en el Hotel de Ville, y cuando las tropas lograron franquear la línea de barricadas que la envolvía,

la casa del pueblo no era ya sino un montón de escombros y de cenizas.

Los tiempos han cambiado, por fortuna. A las revoluciones han sucedido con ventaja las evoluciones, y todo hace presumir, que á la nueva « Casa de la Villa » no ha de llegar la inquietante herencia de tradición legada por su fundador, el gran preboste Marcel.

#### EPILOGO

##### LA NOCHE DEL SABADO EN LA BASILICA DE NUESTRA SEÑORA.

Es la noche del sábado... París arde como ascua viva en el brasero inmenso de sus luces y de sus fuegos... En la gran ciudad todo es fiebre y todo es lucha... Venid, empero, si amáis sobre todas las cosas la paz y el descanso del recuerdo...

Hay, en medio del Sena, un islote que, en la inmensa mancha de luz, es un punto de sombra, y es, en el desierto de las multitudes, un oasis de soledad... Ya estamos en el recinto angosto que, en distancia de siglos, fué emplazamiento sobrado para Lutecia... Aquí soñó Victor Hugo, aquí bailó Esmeralda, y las torres de la Basílica yerguen ante nosotros la altivez de una epopeya, en tanto que



La Magdalena, en nuestros días, yergue su clasicismo helénico en el « rendez-vous » de todas las elegancias: y en verdad que es bella paradoja la de este templo pagano que alberga el culto del Salvador.



las viejas campanas claman su pregón de vísperas.

Es la noche del sábado... Las voces de bronce, solemnes, dicen el canto del pasado, y ved como, arrastrados por sus vibraciones, los fantasmas de la ciudad de ayer tienden un vuelo de ingravidas transparencias sobre la ciudad de hoy. Pronto los veréis tornar, y en tanto llegan, escuchadme su lejana historia.

Son aquellos los Galos y los Romanos que en este mismo lugar, adoraron á Júpiter olímpico y á Cernunnos céltico, cuando las quimeras de la Catedral no habían abierto aún el inmóvil y sorprendido mirar de sus ojos de piedra.

Son estos otros los Nautas convertidos, que escucharon la buena nueva traída de Galilea, y murieron en martirio por la fé. Pero ved ya, postrado ante San Germán, al gran rey Childeberto: él alza los muros de la iglesia de Cristo sobre las ruinas del templo de Júpiter, y da comienzo á la historia de la « Ecclesia Parisiaca », de la Basílica que, al través de los siglos y de las generaciones, ha de ser durante mucho tiempo el alma verdadera de París.

Carlomagno pasa, en una aureola de gloria. Ved ahora las trágicas sombras de los Normandos que llegan del Septentrión, y remontando el cauce del río ponen estrecho

cercos al baluarte que encierra entre sus muros el germen fecundo del porvenir. La visión es de espanto y de muerte. Aquel obispo que alza la cruz con una mano, esgrime la espada con la otra, y mata al par que reza por los muertos; aquel héroe paradójico, es Gozlin...

El héroe sucumbe, la plaza se libra, y la iglesia de Childeberto, que acogió á los primeros Merovingios, ve de hinojos también á los primeros Capetos...

Es para la Basílica la hora de más alto poder y de más claro esplendor. En ella se hace todo el bien de que son capaces los hombres: se libertan los esclavos, se reconcilian los enemigos, se consagran los pactos... Un condenado á muerte que logra traspasar el umbral del pórtico salva su vida, y ningún poder humano le arranca á la clemencia de Dios. Tribunal y escuela, refugio y asilo, la Catedral lo es todo, y ella iguala á un rey con un mendigo.

Corren ya los días del siglo XII. Aquel artífice, á quien rodea un enjambre laborioso de hombres, es Mauricio de Sully. La vieja Basílica de Childeberto, conmovida por los asaltos de los Normandos, amenaza ruina. Sully traza para ella nuevos planos, la catedral renace más sólida y más bella, y los sillares del pasado se asoman de nuevo á la historia del presente. ¡ Cuántas glorias, cuánto dolor van dejando sobre ellos un in-



En esta mañana de un sol de hace muchos años, el aspecto de esta gran arteria de París evoca la paz y la serenidad de un apartado villorrio provinciano.



Y en cambio ¡ cuánta fiebre y cuánta intranquilidad no hay en el ajetreo incesante de una arteria del París de hoy!

deble recuerdo! Es la fe guerrera de San Luís, que aspira á libertar la Tierra Santa... Es la gratitud de Carlos Séptimo, que debe reino y trono á la virgen de Orleáns... Es la extraña piedad, hecha de supersticiones y remordimientos, que postraba al sombrío Luís Onceno... Es el poético sentimentalismo de Francisco Primero que, libre del cautiverio de Los Lujanes, torna á los pies de la imagen venerada, sin más trofeo que el honor, único bien salvado del desastre... Es la incertidumbre de Carlos Quinto, el de España, que acogido á la hospitalidad y á la hidalguía de su prisionero de ayer, teme pagar cara la aventura, en tanto que el rey caballero sonrís...

Es la filosófica y aparente devoción del rey de Navarra, caudillo de hugonotes, á quien París abre sus puertas al precio de una misa, y esa misa la escucha el rey Enrique ante el altar de la Basílica: ante el altar en el cual, más tarde, ha de oficiarse Richelieu, ha de celebrar sus bodas Luís XIV, y ha de recibir el agua bautismal Luís XVII, poco antes de que ruede, bajo el filo de la guillotina, la cabeza de su padre.

Place al destino trocar la suerte de los hombres y de las cosas, y el huracán revolucionario pasa tronchando lirios y quebrando imágenes. Puede la Asamblea Nacional, con Bailly á la cabeza, oír una misa en acción de gracias por la toma de la Basílica,

pero el terror convierte la Catedral en templo de la Filosofía, y el altar de la Virgen en altar de la Razón.

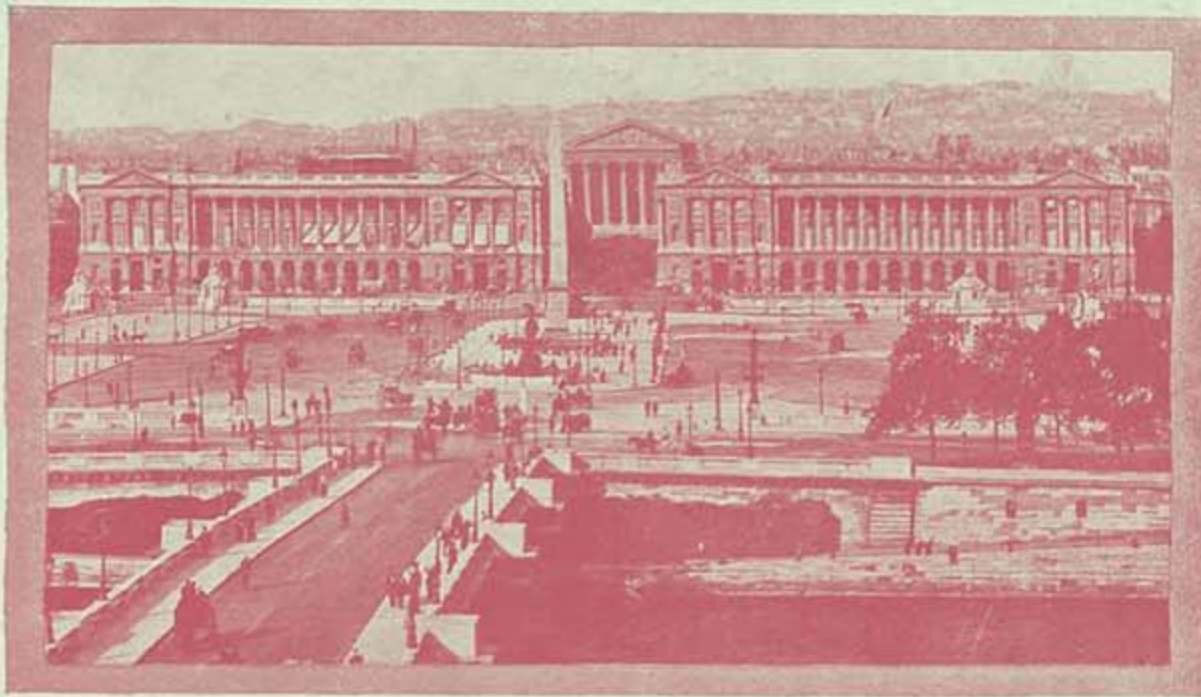
Vuelve, sin embargo, el pasado, empujado por la gran corriente de las tradiciones, y el culto que se apagó celebrando la victoria del pueblo, enciéndese de nuevo para festejar las glorias de Bonaparte.

Ha entrado la vida en el ciclo de la paradoja. Es el día en que Napoleón ciñe la corona del Imperio, y el fasto de la jornada no tuvo ni ha de tener igual.

« ¡ Montjoie Saint Denys! » ¿ Qué monarca redivivo lanza el pregón de gloria, y osa desafiar á las sangrientas legiones de la Revolución?...

« ¡ Montjoie Saint Denys! »... Las cenizas de los reyes de Francia, profanadas en el reposo de sus tumbas y arrojadas á la piedad de la tierra maternal, han de escuchar en indiferencia el viejo grito de sus heraldos. El hombre á quien un Pontífice corona en la Basílica de París, es un soldado que nació á la fortuna en las jornadas revolucionarias, y los advenedizos que le rodean escribieron con su audacia toda la historia de un linaje; la historia es breve, como trazada en un día, sobre un campo de batalla, y con la punta de una espada.

« ¡ Viva el emperador! »... El pueblo regicida se inclina ante su nuevo dueño, y los tribunos de ayer son cortesanos de hoy...



La plaza de la Concordia era, en el siglo XIV, un campo baldío situado fuera del recinto de París.

En verdad, que no valía la pena de haber decapitado, tan sólo porque era noble, á la bella y buena princesa de Lamballe!...

Plácele al destino trocar la suerte de los hombres y con ella la de las cosas, pero si las piedras de la Basílica hubieron de albergar en asombro el culto de la Filosofía, no ha de ser menor su extrañeza ante este cortejo imperial de Napoleón. Y así, en adelante, más de una diabólica y traviesa figura de capitel ha de sentar cátedra de irónico escepticismo, y prometiendo la eterna irredención de los hombres ha de afligir al Cristo doliente y esperanzado, que desde el suplicio bárbaro de su cruz pide para sus verdugos un imposible perdón.

Peregrinos de los tiempos, hemos llegado á los días cuya memoria, demasiado cercana, pertenece al futuro.

Las torres de Nuestra Señora, que envueltas en la bruma del

Scna contemplaron el desfile de ocho siglos, comienzan apenas su historia. Ella ha de escribirse en jornadas durante las cuales nuestra vida, que hoy evoca lejanos recuerdos, ha de ser en el recuerdo lejana evocación.

Y en tanto, vuelven al silencio las campanas de la Basílica. Los fantasmas que alzando el vuelo de su ingravida transparencia sobre París se han desleído en el ascua viva de la Villa-Luz, tornan presurosos y espantados á su refugio de paz y de misterio, bajo las naves de la Catedral...

Aguardando el día, ignoto, pero cierto, en que hemos de formar nosotros también en la legión espectral, y hemos de asomarnos á la realidad desde el enigma, en esta noche cabalística del sábado, volvamos lentamente hacia París, hacia el París de la fiebre y de la lucha, y entremos en la vida por el umbral angosto de la trivialidad.

MAX.



Las gentiles siluetas parisienses que sonríen sobre las páginas de nuestro colega "Elegancias", murmurarian si entre ellas aparecieran estas damas, y á buen seguro tacharíanlas de no vestir según la moda. Y, sin embargo, estos atavíos resumieron, en un tiempo, el tiránico "dernier cri".



El domingo: un cálido y luminoso domingo estival.

Sobre la costa vasca, la luz de los cielos es maravilla y es la tierra una orgía del color.

Del azul turquí del horizonte al azul zafiro del mar, no hay casi transición, é infantiles, las olas del océano en calma deslien la plata líquida de sus espumas sobre el oro en fusión de las arenas abrasadas.

Allá lejos, envueltas en cendales de bruma, las montañas se tiñen de violeta, y hacia ellas va, ondulando sobre la esmeralda de los campos y de las praderas, la gigantesca serpiente inmóvil y blanca del camino real.

Deslumbran con albor de cal viva las casas aldeanas; entórnanse, como párpados fatigados, las persianas de los ventanales y de las solanas; y, retostados por el sol y mecidos por la brisa, los rosarios de pimientos secos, dispuestos para la cuelga, van y vienen sobre los muros como errantes lenguas de fuego que trazaran, con enigmáticos caracteres, una leyenda infernal.

En tal día, bajo el sol de justicia que abrasa la piel y ciega las pupilas, es menester beber y

descansar: « Bidegaina » os ofrece alivio para el cansancio y para la sed, y os ofrece, además, placentera distracción.

« Bidegaina », que en vasco significa *al borde del camino*, es nombre de la hostería favorita en la región. No hay carretero que al ir en demanda de la frontera española, ó al tornar nuevamente hacia Bayona, no detenga el lento caminar de sus bueyes ante el portón de « Bidegaina », que es alto forzoso de todo viandante, y estación obligada de todo peregrino.

Pero en este domingo veraniego, los huéspedes de la hostería vasca ni son trajinantes ni son viajeros: mozos son de lugares próximos, labriegos ó pescadores, y distraen el ocio de la festividad hacinándose en torno de las mesas.

Juegan unos al *mus*; confían otros en la suerte de los dados; y otros, en fin, menos ambiciosos ó más lunáticos, ejercen su talento y su fantasía en el difícil y arriesgado juego del amor, y en consecuencia dirigen las saetas de su ingenio contra la hija de Martín, el hostelero. La moza, escuchando los requiebros, sonríe, y más atenta al negocio que á las finezas de sus galanteadores, prosigue, tranquila, el servicio de las mesas.

Un nuevo personaje aparece en el umbral de « Bidegaina », y este personaje realiza con su sola presencia un milagro: distrae del juego á los jugadores, y del amor á los rústicos galanes.

Es Goyeneche...

Quien no conoce á Juan Bautista Goyeneche, lo ignora todo en la Gosta de Plata. Es la figura más popular que campea entre Biarritz y San Juan de Luz, y es también, pese á sus años, que son más de sesenta, el más regocijado y divertido de los hombres.

Indispensable en toda fiesta, Goyeneche no teme al baile ni á las mozas: piernas le conserva Dios para rendir, danzando, á la pareja de más fama, y sóbranle humor y labia para no dejar sin respuesta cumplida, y réplica galana, cualquier donaire gentil ó malicioso de una bella.

Dado á faldas lo hubo de ser siempre, pero, maestro en filosofía práctica y en lógica disquisición, dedujo que no era bien comprometerse con una mujer teniendo afición á todas las demás. Huyó pues del casorio y de sus complicaciones, y fuese por la vida en soledad de albedrío siempre libre y siempre alegre, y sin vivir más horas de tristeza que aquéllas en que, bebiendo más de la cuenta y teniendo el vino melancólico, perdía momentáneamente el uso cabal de la razón.

De lo que fué su existencia pretérita y aventurera, sábase poco. Navegó en exóticos mares, ahorró algunos escudos, y tornó, al cabo de los años, traído por la querencia del terruño: eso es todo.

No volvió, ciertamente, tan joven como partiera; empero, trájose honradas economías, fresca salud, y buen talante... ¿ Para qué más?... Compró una trainera, la más acabada del astillero, y alistó doce hombres, los más fuertes y valientes remeros. Así comenzó su vida de patrón.

Duro es el oficio en los días de tormenta, pero hay en cambio jornadas de mar bella, y á impulso de sus doce remos, la trainera vuela en pos de los delfines, guías de la sardina, y copa en sus redes bancos enteros de pescado, que entra á bordo como un torrente de plata viva y trémula; plata viva que ha de trocarse en plata de buen cuño; pan de los hijos para unos, y para otros, vidiores como Goyeneche, precio á que se adquiere la universal estimación en continuos alardes de generosa y pródiga liberalidad.

Así, gastando cuanto gana en convidar á los amigos y en socorrer á los menesterosos, se ha granjeado Goyeneche el cariño de todos, y así es como en este domingo veraniego, al aparecer en el umbral de « Bidegaina », la silueta del viejo patrón, hácese

el milagro de que los jugadores olviden su juego, y los enamorados su amor.

Entrando en la hostería, Goyeneche increpa á los concurrentes:

— ¡ Qué juventud! — exclama, y añade con un gran ademán tribunicio:

— ¿ No os avergüenza el arrinconaros como viejos, en vez de cantar y bailar como es razón?...

Luego, viendo sobre las mesas jarros llenos de ponche de cerveza y limonada, clama en el paroxismo de su fingida indignación:

— ¿ Y esta sucia mezcla que bebéis!... ¿ Qué sería de Goyeneche á estas horas, si en su juventud se hubiera aficionado á tal brevaje!...

La catilinaria del viejo acaba, como era de esperar, en general convite.

— ¡ Ea! — concluye — yo convidó, y no á drogas de botica sino á buen vino añejo... ¡ venga lo mejor de la cueva, Martín!...

Los mozos aplauden y ríen. Con Goyeneche llega la algazara, y se acabaron el silencio, el juego, y el discreto cortejo... Martín arranca notas destempladas al viejo acordeón, y la hija del hostelero comienza el baile dando frente á Goyeneche.

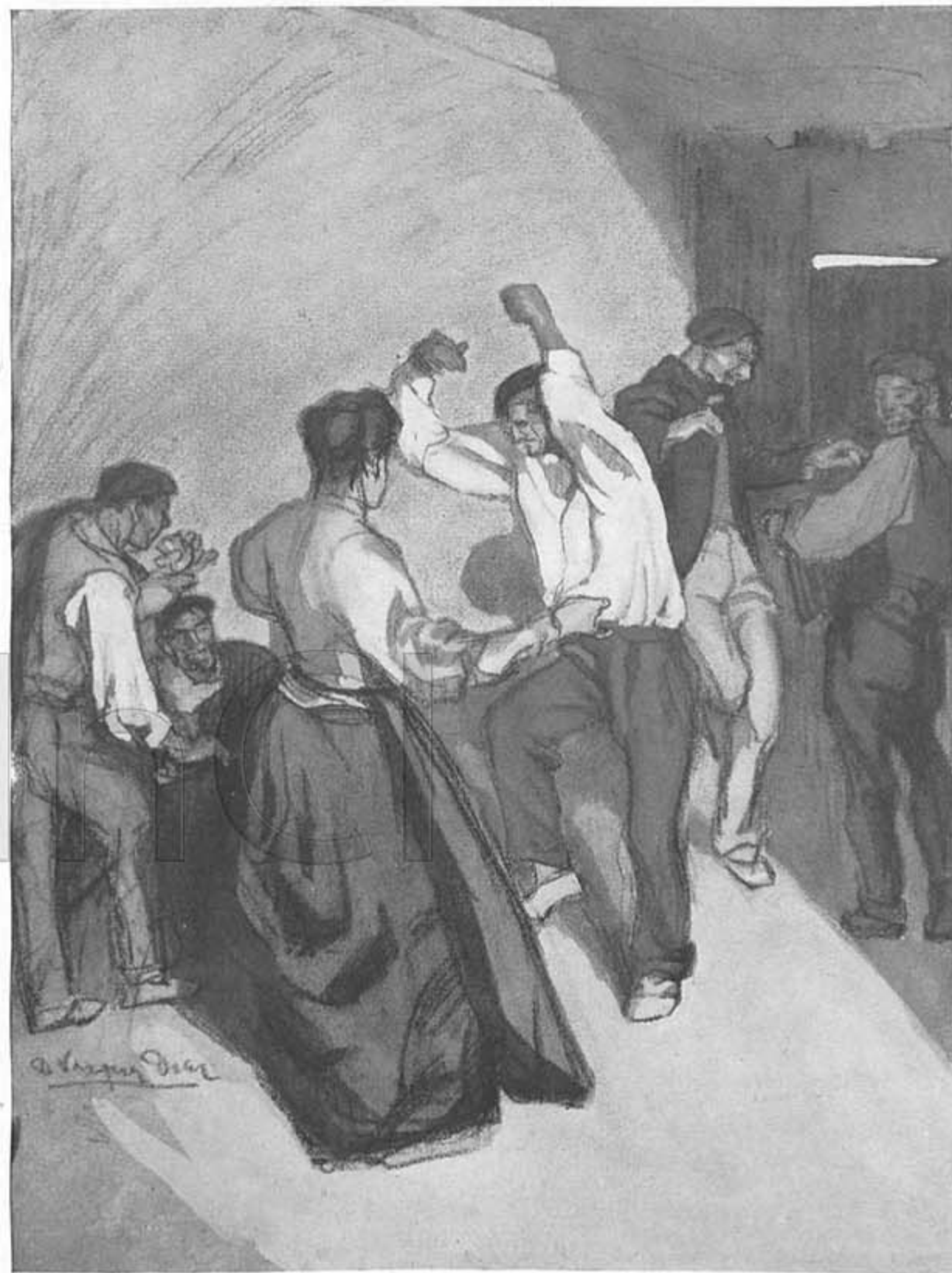
Bailar, para un vasco, es celebrar un rito: en él pone Goyeneche toda la seriedad de que es capaz. Altas las manos, cuyos dedos triscan, y acelerando progresivamente la cadencia de las piernas baila el rudo anciano, hasta que el último paso del clásico *arín-arín* deja á la moza sin movimiento, y déjale á él sin resuello. Entonces Goyeneche descansa, y al par que descansa bebe. Las botellas vacías son ya legión ante él. Y de este modo se llega al resultado fatal, pero previsto, de que el mayor esplendor de la fiesta coincide con la borrachera melancólica de Goyeneche.

El viejo se lamenta, como siempre en ocasiones semejantes, y como siempre también reprocha á sus amigos la felonía de haberle obligado á beber de más; pero, súbitamente, Goyeneche exclama en inesperado y sollozante arrebató de misticismo:

— ¡ Razón tenía el señor Cura, cuando me dijo que mi alma de perro había de arder en fuego del infierno!... ¡ Razón tenía!... ¡ Pero he de hacer penitencia, y no he de volver á emborracharme jamás, jamás!...

Esta orientación religiosa de la báquica tristeza de Goyeneche, es novedad que produce asombros. El viejo es un tradicional descreído, y todos los esfuerzos del párroco no han logrado, del irredento, el menor síntoma de enmienda...

Sin embargo, Goyeneche se ha puesto en



Bailar, para un vasco, es celebrar un rito...

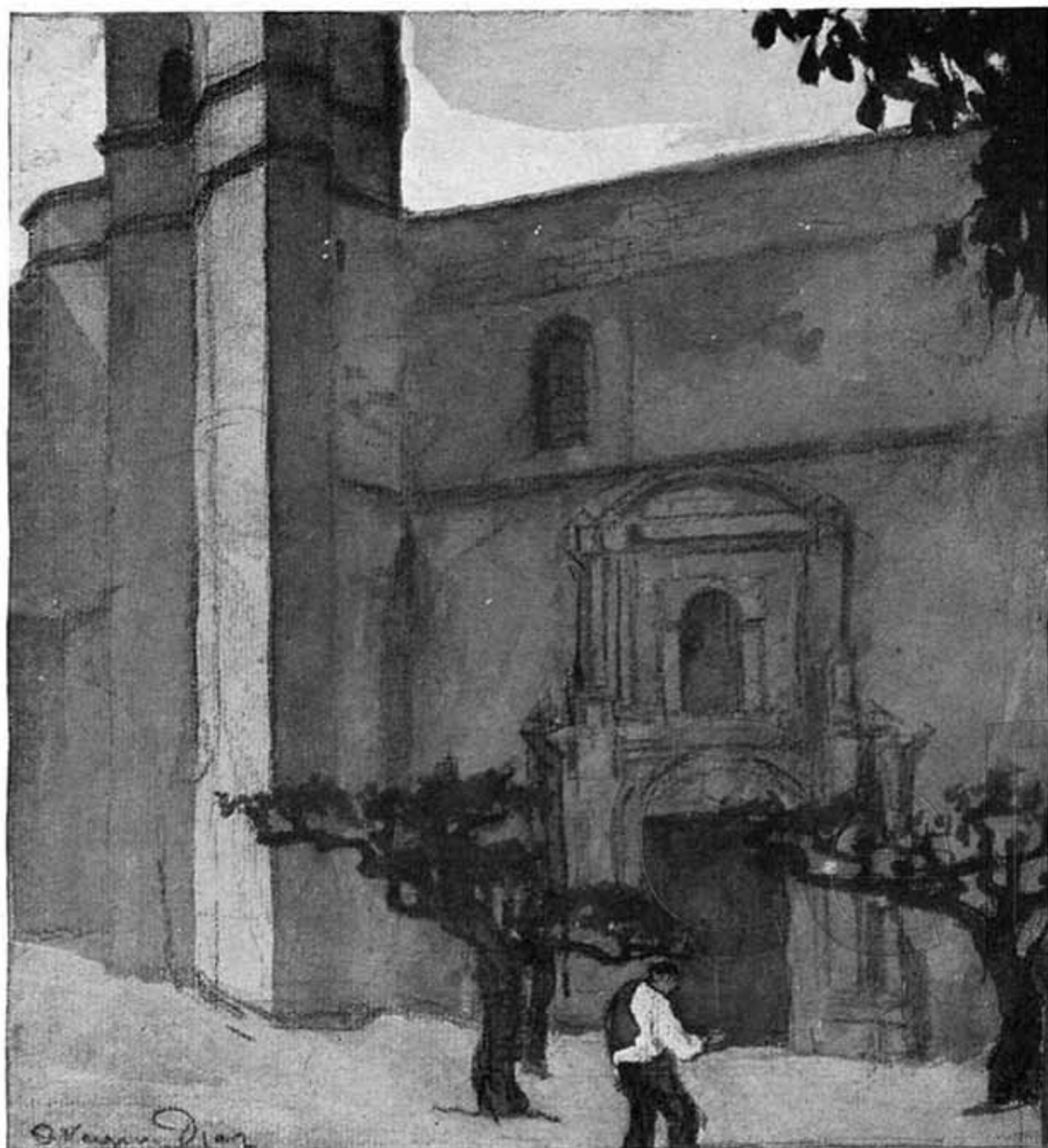
pie, vacilante, y anuncia con firmísima decisión:

— ¡ Voy á confesarme ahora mismo!

Y sale de la hostería describiendo, en caprichoso andar, líneas complejas. Ya cruza el camino, en la claridad del atardecer; una

ráfaga le envuelve en nubes de polvo, y un automóvil, en plena marcha, pasa rozándole: ¡ acechanza es del demonio, que no alcanza á detenerle en su camino de redención...!

Goyeneche llama á la puerta del presbite-



*Acchanza es del demonio, que no alcanza á detenerle en su camino de redención.*

rio, y el cura, en persona, le recibe. No es pequeña la sorpresa del sacerdote. Por primera vez el viejo pisa la iglesia, y esto es augurio de una sincera conversión. Pero las frases balbucientes del catecúmeno revelan pronto su desconcierto espiritual. Entie severo y clemente, el cura le ataja :

— ¿ Estás borracho, Juan Bautista ?  
¡ Todo sea por Dios !...

— ¡ Es la última vez, señor cura, y como es la última, me quiero confesar !...

— ¡ Déjate de confesiones a ora, Juan Bautista, y ve á dormir ! Mañana, cuando estés en tu juicio, vuelve si quieres...

Goyeneche medita, y es la suya una gran

perplejidad. Comprende que su estado no es el más propicio á un examen de conciencia, pero á todo trance quiere hacer algo inmediato, en pro de su enmienda. Al fin, da en esto :

— ¡ Si no me quiere confesar, padre, diga una misa por mis difuntos !... ¡ Dios me tendrá en cuenta la buena voluntad !

Y completando la magnanimidad de la frase con la del gesto, arroja sobre la mesa un escudo.

El sacerdote intenta disuadirle :

— ¡ Guarda tu dinero, Bautista, y mañana veremos lo que has de hacer !... ¡ Ahora, vete á dormir !...

Pero el viejo solloza :

— ¡ Señor cura, que estoy en pecado mortal !...

No hay medio de vencer la obstinación del borracho. El presbítero cede :

— ¡ Conforme, Bautista !... Te diré la misa, pero como supongo que te contentarás con una misa rezada, te sobra dinero; toma la vuelta...

— ¡ Guárdelo todo, señor cura !...

— ¿ Todo ?... ¿ Entonces quieres una misa cantada ?...

— ¿ Cantada ? ..

Goyeneche duda, en completa ignorancia de todo ritual, pero al fin concluye, benévolo :

— ¡ Si es que le retoza la alegría, cante todo lo que quiera, señor cura !

Queda el sacerdote persignándose, y va Goyeneche á campo traviesa, en la claridad postera de la tarde... Próximo el crepúsculo, brilla el sol al horizonte como inmenso disco de oro, pero la luz del astro rey no es á buen seguro tan clara como lo está ya, en esta hora, la conciencia tranquila y plácida del viejo Goyeneche.



*Va Goyeneche á campo traviesa, en la claridad postrera de la tarde...*

# EN JORNADAS DE VIAJE BOLIVIA

*El camino en el desierto. — A través del altiplano. — La Paz. — Vida y ambiente. — El ejército. — Los cholos. — Los indios. — La colonia europea. — El país de hoy y el de mañana. — Tiahuanaco. — El lago. — La partida.*

I



RODAMOS lentamente, en la noche.

Antofagasta quedó allá abajo, reclinada sobre el mar. Polvorienta, astrosa y rica, dejó en nuestra memoria la imagen de un labriego avariento que atesoró un caudal, y ni lava su cuerpo ni trueca por ropas sus harapos.

Rodamos en la noche. Subimos hacia las cumbres. En ellas, mensajero de nuestra fantasía, está ya nuestro ensueño, que en reverencia se inclina ante la historia milenaria de los Incas, y ante la epopeya inmortal de los conquistadores.

El viaje, en este convoy que nos lleva al través del desierto boliviano, como en el que nos condujo al través de la pampa argentina, tiene algo de navegación. En un tren semejante, como á bordo de un buque, los viajeros constituyen un pequeño mundo, unidos como están por la comunidad de la suerte y por el albedrío del destino.

Y así, es la misma intimidad forzosa y rápida la que se establece entre compañe-

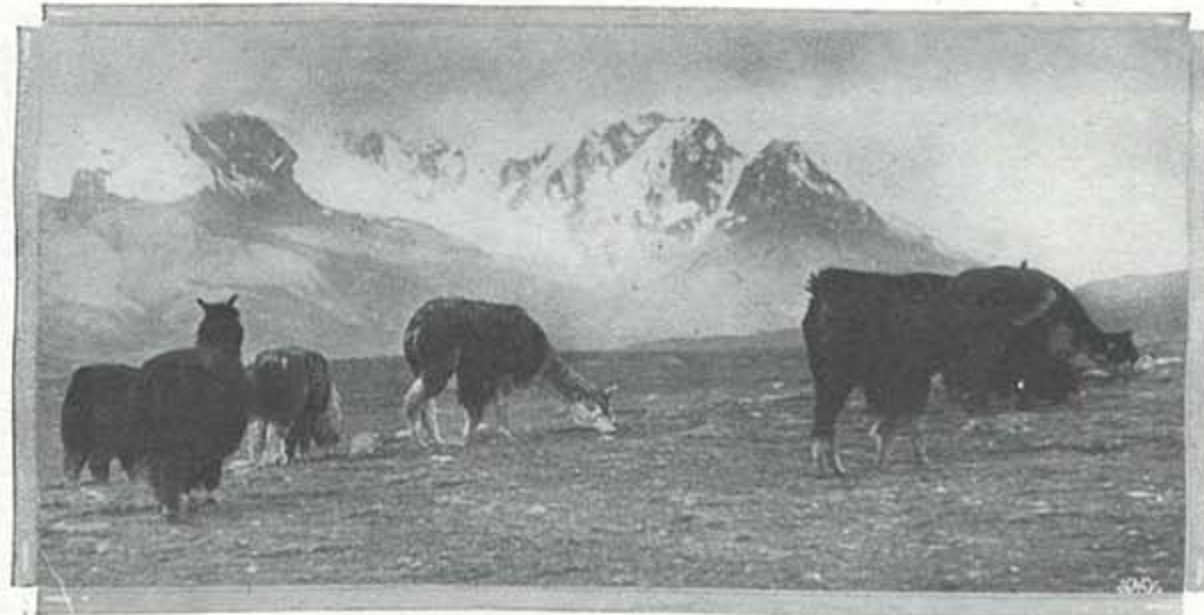
ros de camarote; la misma curiosidad mutua ante las mesas del comedor; las mismas relaciones improvisadas en el salón; el mismo y súbito aflorar de las vidas á los labios, en la misma confraternidad humana que nos hace olvidar prejuicios y fronteras, ya que al separarnos, en breve, lo sea tal vez para no volver á vernos jamás.

Comparte mi cabina un francés, que desde hace muchos años trabaja en las minas de Potosí. Me habla de aquello, y de la obras colosales que aún se mantienen firmes, legadas por la dominación española. Hoy, las minas están en manos de ingleses, y los ingleses, aquí, como en Africa, como en la India, son jefes rudos y amos inexorables. En Potosí, la suerte de los indios no es envidiable, y esta página sombría de la historia contemporánea de Bolivia está escrita por la Gran Bretaña, cuyos capataces, técnicos, é ingenieros, son aquí legión, y cuyas libras esterlinas invaden y monopolizan cuantos negocios lucrativos ofrece este país, inverosímilmente rico.

Es hora de la cena. Dos sorpresas me aguardan en el comedor. Sentada ante la primera mesa encuentro á la rubia miss que viajó conmigo á bordo del « Palena », sobre el Pacífico, y que fué durante ocho días mi compañera de todas las horas, sin llegar á cruzar conmigo



Indio Boliviano.



Paisaje del altiplano.

ni un saludo. Los ojos azules é indecisos se alzan, y en un instante se detienen sobre los míos. Mi alma latina en parte, y en parte agarena, impulsiva y abúlica, asoma á una sonrisa de mis labios. La virgen sajona ha tornado, hacia las flores que adornan su mesa, el indiferente mirar de sus pupilas frías.

E iríamos así hasta el fin del mundo, en todos los expresos y sobre todos los buques, y seríamos siempre lo que somos: dos desconocidos y dos incompatibles.

Sigo adelante, pero una voz me detiene amistosa:

— ¿ Quiere acompañarnos?...

Exclamo en júbilo:

— ¡ Oh, la gentil vienesita!...

Me responden en burla:

— ¡ Oh, el andariego español!

¡ Decididamente, como escribe Abel Hermant en sus « Transatlánticos », el mundo es pequeño!...

La señorita Zupán, una colegiala de Viena, fué mi mejor amiga durante la travesía del Atlántico. En Montevideo nos separamos. Ella siguió á Chile con destino á un colegio de Santiago. Yo me quedé en el Uruguay. Pero el azar vuelve á reunirnos sobre este camino de Bolivia.

Mi amable compañera me presenta á su padre: un austriaco que desde hace muchos años trabaja en el altiplano, y que ahora construye un nuevo ramal de vía entre Oruro y La Paz.

Reanudo la conversación con la niña vienesa, é inquiero:

— Entonces ¿ se acabó el colegio?

— ¡ Se acabó, por fortuna!...

— ¿ Y ahora?

— Ahora, vida nueva: la del campamento, junto á mi padre. Pasaré el día á caballo. Iré mucho á La Paz.

— ¿ Y Viena?

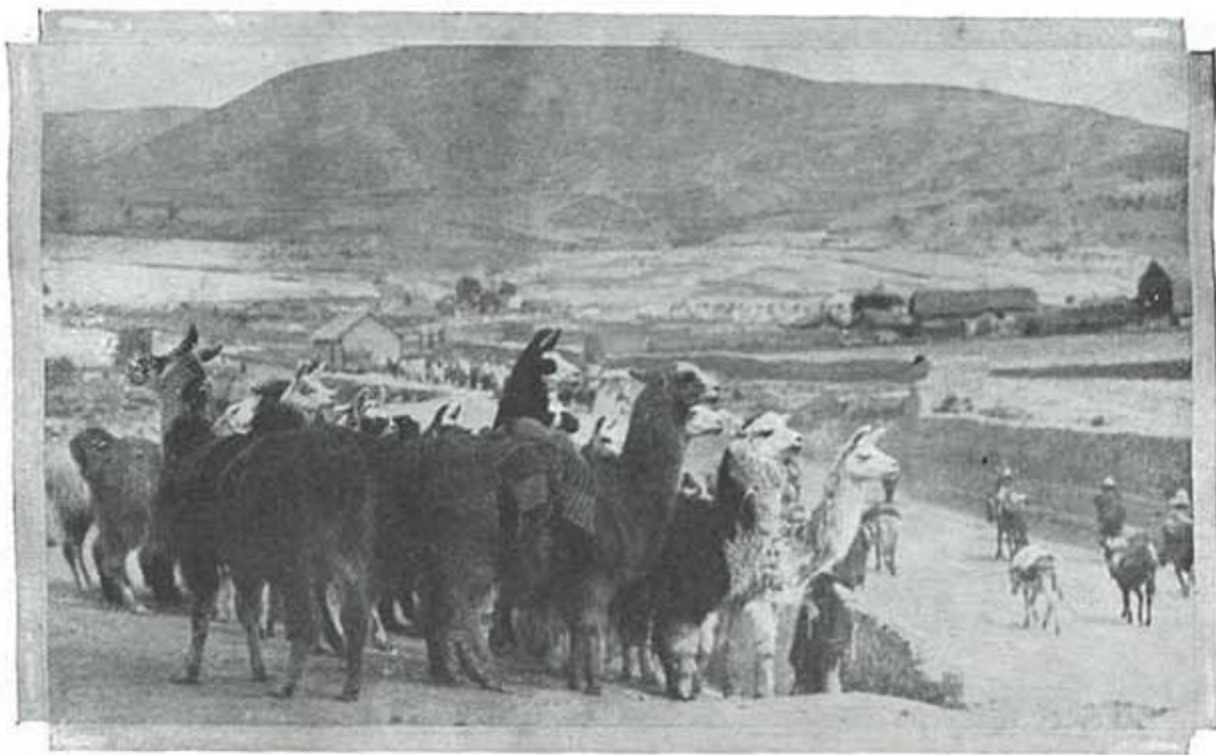
— Como el colegio, acabó también. Nací en La Paz, soy boliviana y quiero vivir en mi patria.

El señor Zupán sonríe tras de sus gafas ahumadas, y su patriotismo austriaco no se rebela contra este patriotismo boliviano de su hija: piensa en que hace algunos años era pobre de toda pobreza, en Austria, y que en Bolivia, libra tras libra, ganó la fortuna que hoy tiene, y que le ha permitido educar á su hija en el mejor colegio de Viena... Tal vez el señor Zupán, sonriendo así tras de sus gafas negras, piense bien al colegir que aquella tierra hospitalaria en donde hallamos el bienestar y la dicha, es en el mundo la verdadera patria.

Hemos dormido poco y mal en nuestras literas estrechas, sacudidos en espantosos vaivenes semejantes á los de un barco en tiempo de borrasca.

Que hemos subido mucho, cordillera arriba, nos lo dice el agua congelada en las botellas y en los jarros, y el intenso frío que nos atenaza al dar principio á nuestras abluciones matinales.

Vestido de prisa, corro al salón cuyos amplios ventanales brindan la inmensidad solemne y muda del desierto. Parece como si, adormecidos sobre la tierra, hubiéramos despertado en la desolación de muerte de un paisaje lunar. Corre el tren salvando abismos, rodeando fantásticos picachos que se pierden



Rebaño de llamas en el alto de La Paz.

en el cielo sin brumas, como puñales hundidos en lo profundo del azul; corre el tren sobre puentes inverosímiles, por trincheras que parecen abiertas con el hacha de un titán, bajo túneles que no concluyen nunca, y á veces, pese á mi serenidad cántabra y á mi fatalismo árabe, siento que, en el vértigo insensato de este viaje, se mece el fantasma de la muerte sobre nosotros, los hombres, pigmeos entre tanta y tan trágica grandeza...

A mi espalda, unos dedos ágiles desgranaban sobre el clave las notas sollozantes de la « danza macabra » de Saint-Saens... Jamás canto alguno pudo vibrar más al unísono ni en más perfecta armonía con el alma del paisaje.

Escucho en recogimiento y en abstracción, inmóvil, perdidos la mirada y el espíritu allende los ventanales que brindan la inmensidad solemne del desierto... La última nota se apaga... El encanto se rompe... Una voz reidora exclama:

— ¿ Soñamos, ó vivimos ?...

Doy la solución, y concluyo:

— ¡ Vivimos soñando, señorita Zupán; su país de usted no parece de este mundo !

Al correr de las horas, sigue ante nuestros ojos, en desfile de quimeras, la visión de asombros. Ahora se tienden á nuestros pies las albas lagunas de las borateras que semejan mares de nieve. De ellas sacan los ingleses — ¡ siempre los ingleses ! — todo el borax necesario para el consumo del mundo.

Más allá, el cráter de un volcán se cubre de un leve penacho de humo, y un río de lava, brotado en erupción reciente, serpentea en el llano y nos envuelve, al atravesarle, salvando una trinchera.

A la hora del almuerzo contamos por los asientos vacíos las víctimas del *soroche*, como á bordo contábamos las del mareo. El *soroche* es el mal de la altura, y en este rápido ascender á más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, no es fácil evitarlo. Los « supervivientes » afectamos indiferencia, pero en el fondo nos preguntamos cuando hemos de sucumbir.

En la tarde dominamos la cordillera, y rodamos ya sobre el altiplano. Truécase el paisaje, y á la tristeza bárbara y épica de las montañas sucede, en este segundo aspecto del desierto, la melancolía monótona del llano que se esfuma al horizonte, y no en vegetación de malezas como la Pampa, ni en ondulaciones de arena como el Sahara, sino en la dureza estéril de la tierra cubierta de salitre, unida y lisa, sin una hierba y sin una sombra, sin una fuente ni un asilo.

El espíritu de aquellos españoles que, marchando hacia lo desconocido, fuéronse á pie sobre esta senda y ni vacilaron ni retrocedieron, debió estar templado en heroísmo sin precedentes ó en tal amargura, que más que hombres resueltos á buscar la vida parecieran suicidas en querencia de la muerte.

Ha llegado la noche, segunda de nuestro viaje. Del *soroche* he conocido un intenso

dolor en las sienes y una extraña angustia en el corazón. Me refugio en mi litera. En la hora de la cena mi puesto queda en abandono, y esto hace sonreír á la señorita Zupán y á los demás « supervivientes ».

En la mañana, Oruro; la vida comienza.

Los vagones de segunda se llenan de indios campesinos que hacen viaje á La Paz. Los trajes pintorescos; los tipos, evocadores de razas orientales; el idioma, preciso y musical; todo el cuadro de una vida ignota nos rodea y nos sorprende. Por vez primera, en América, sentimos la evidencia de no estar en Europa, y entre estos descendientes de los Incas y nosotros resurgen, llenos de poesía y de encanto, la distancia ancestral y el milenarismo apartamiento que osaron los conquistadores interrumpir.

El altiplano no es ya en nuestro camino la llanura desierta. Sembradas en lejanía, las chozas de la indiada

se agrupan tímidas. Los rebaños de llamas galopan fugitivos. Aquí y allá un pastor medita inmóvil — aislado en la tétrica llanura gris como un naufrago en la inclemencia del mar — ínfimo y ultra-extático...

Nos detenemos en Viacha, hoy campamento y mañana centro comercial de Bolivia. Aquí se quedan, mi amiga la gentil austriaca, y la rubia « miss » de las británicas indiferencias. Seguimos adelante, en nuevo convoy. Pronto llegamos al término de este largo peregrinar. Me dicen:

— ¡ Ahí está La Paz !

Yo no veo sino las cumbres de un in-

menso circo de montañas. Me explican: — ¡ La Paz está en el fondo !

Y el tranvía que nos lleva, luego de abandonar el tren, va describiendo círculos de espiral sobre el gigantesco cono invertido, en cuyo vértice profundo percibim...

va los tejados de La Paz y los surcos de sus calles, á vista de pájaro, como si á bordo de un aeroplano fuésemos en lento aterrizar sobre la capital de Bolivia. Las luces de la ciudad comienzan á brillar en la sombra, y en tanto, hacia Poniente, los últimos reflejos del día visiten con magias de oro y púrpura la cumbre nevada del Illimani, del coloso que, alto sobre toda altura en esta agonía de la tarde, parece decir al espacio una oración de eternidad.

## II

El cielo de La Paz es siempre, ó casi siempre, azul, de un azul intenso, luminoso y transparente.

Si á hora temprana vais por las calles empinadas y difíciles, halláis pocos pacesos distinguidos en vuestro camino. Es hora de labor para los hombres; lo es de descanso ó de tocado para las mujeres. Os codeáis por tanto con la plebe.

Dije la plebe: pude decir los parias.

En Bolivia, la población se divide en tres clases, que son tres razas: aristocracia, netamente boliviana, de origen español más ó menos remoto; mesocracia resultante de la fusión de la raza dominadora con la dominada, y cuyo producto es el mestizo « cholo »; y, por último, los indios sometidos á



Indio boliviano "aimará".

una servidumbre no distante de la esclavitud.

A hora temprana hallaréis en las calles de La Paz indios que trabajan resignados, y llamas que van hacia el alto. Más tarde, y próxima la hora meridiana, el aspecto de la ciudad cambia: el pueblo descansa retirado en los suburbios, é interrumpido por dos horas el ajetreo administrativo, financiero, y comercial; los hidalgos se dejan ver, y la vida de sociedad paceña da principio. Esta vida prosigue, en la calle, durante las tardes, en los conciertos del Prado y de la Plaza Murillo, en los paseos, y en las confiterías de moda. De noche continúa en los salones, en los cinematógrafos, y en el teatro. La gente acomodada de La Paz hace todo lo posible por no aburrirse.

El ambiente, en la capital boliviana, no

es extremadamente propicio al arte; la vieja sentencia de *tiempo es oro* rige aquellas vidas, y la literatura, la música, ó la pintura, no son oro en La Paz, sino todo lo contrario, y constituyen un lujo costoso que muy pocos entusiastas se permiten. Tanto mayor es por eso el mérito de los contadísimos artistas paceños, que luchan con el peor enemigo de toda iniciativa intelectual: la inercia del medio.

### III

Hoy celebra Bolivia el aniversario de su vida, como pueblo.

Los cuerpos de ejército desfilan ante las tribunas del Prado, y para figurar en esta parada, algunos batallones vienen desde muy lejos, á pie, y en jornadas fatigosas.

El ejército boliviano está en plena reorganización, y ésta se ha encomendado á los instructores ale-

manes, pero su disciplina matemática, que priva al hombre de toda iniciativa para convertirle en máquina, no me parece la más adecuada para estos soldaditos inteligentes y ágiles, hermanos de aquellos guerrilleros castellanos que desconcertaron á los mariscales de Napoleón y á los granaderos de Austerlitz.

Lejos estoy de ser técnico en cuestiones militares, pero sospecho que la táctica de un ejército ha de estar de acuerdo con su temperamento, y entre el de un oficial del kaiser y el de un soldado de Bolivia, hay una distancia

moral mucho más grande, que la material que separa á La Paz de Berlín.

Por ello admiro la precisión y la ciencia con que estos batallones evolucionan, pero creo que si los oficiales bolivianos, luego de estudiar á fondo sus hombres, escogieran y aplicaran aquellos elementos de los ejércitos europeos que estuvieren más en armonía con el espíritu de su país, ellos, los propios jefes bolivianos, serían instructores mucho más acertados que estos alemanes, que yerguen, tras de los reglamentarios monóculos, la vanidosa altivez de su prosopopeya.

Cada pueblo tiene su carácter. ¿ Por qué



« Chola » paceña vestida de fiesta.

el pueblo boliviano no ha de conservar el suyo?...

### IV

Para el turista, una de las notas típicas de La Paz está constituida por los « cholos ».

El « cholo » paceño me recuerda al « chulo » madrileño, y ambos me producen la misma é invencible repugnancia.

Hay quien, al ver desaparecer de nuestros barrios bajos la clásica chula de Lavapiés, imagina que España se descolora y pierde algo de su vida. Las « cholos », en La Paz, gozan de igual prestigio que nuestras comadres del Rastro y de Maravillas, pero, como ellas, pasarán á la historia sin que en nada merme lo pintoresco ni lo característico del país.

Con sus faldas cortas y huecas, sostenidas por un verdadero mirriñaque de telas almidonadas; con sus botas altas, de agudísimos tacones; con sus chaques barrocos, sus trenzas pesadas y sus indispensables y hombrunos sombreros de paja, las « cholos » pasean lentas, convencidas de su importancia, y pendientes de sus galas, que las cohiben y les dan aspecto de reses en campo de feria.

El rostro de la « chola » sería bello, sin la absoluta ausencia de expresión que le apaga y embrutece; es una máscara, y aquellas pupilas indecisas y aquellas frentes tersas

y fugitivas, no dejan traslucir la menor luz de idea, ni el menor asomo de voluntad.

« Cholos » y « cholos » son en Bolivia una masa inerte llamada á desaparecer en provecho del país, y en un futuro quizá no lejano, en el cual la corriente ya iniciada entre los intelectuales paceños ponga en contacto y en comunión á las dos razas extremas y vitales, con vida activa la una, y con vida latente la otra. La patricia, capaz de una labor redentora, y la esclava, dispuesta á una pronta y sorprendente resurrección.

### V

El indio boliviano, Quichua ó Aymará, tiene asombrosa semejanza con el japonés.

Semejanza física, actual, bien patente; y semejanza moral con los japoneses de hace un siglo, anteriores al súbito despertar del pueblo nipón.

Ved al indio aplicado á su labor: pone en

ella tal paciencia, tal exactitud, y tal constancia, que triunfará de todo obstáculo. Vedle obedecer á una orden recibida, cuyo cumplimiento es en su conciencia un deber: ni las privaciones, ni las contrariedades, ni la muerte misma, podrán apartarle de su camino ó de su puesto. Fuerte y bello, vestido apenas, desafía todas las inclemencias del tiempo y todas las rudezas del trabajo, y si compadecidos creéis verle llorar ó maldecir, quedáis en sorpresa porque, estoico, son-



Un recuerdo de los conquistadores.

rie siempre. En las calles de La Paz es diario un espectáculo allí habitual, pero lastimoso para el extranjero. Aparte las llamas que se utilizan en el campo, para grandes distancias, las bestias de carga faltan por completo en la ciudad. La altura excepcional del país, y la disposición de sus calles divididas por cuevas inverosímiles, son circunstancias que imposibilitan el transporte, ya que los carros no ruedan y que los caballos y los mulos sucumben á la asfixia. Y así, en las cercanías de los edificios en construcción, veis rebaños de mujeres indias que arrastran, colgadas de la espalda, grandes sacos de cal, de cemento ó de ladrillo. Entre ellas hay niñas que se deforman bajo pesos excesivos; muchachas prematuramente envejecidas por un esfuerzo agotador; mujeres que dan el pecho á criaturas, y que se inclinan bajo una doble carga; pobres an-



En las ruinas de Tiahuanaco.

cianos que tiemblan y vacilan á cada paso... ¡ Un espanto ! ¡ Es el desfile del dolor, y acaudillando esta cohorte de esclavas, veis á un « cholo » que, sonriente, empuña y maneja un látigo !

Pregunto qué ganan con su trabajo estas infelices, y averiguo que los capataces *las alquilan* por temporadas, mediante el pago de cincuenta centavos diarios... El « alquilador » se convierte por tal convenio en « amo », y este amo delega en el látigo del « cholo » su absoluta y bárbara autoridad.

El indio, con sus cualidades de tesón, de

inteligencia, y de menosprecio de la vida, era para los colonizadores españoles un peligro constante. Exterminarle era difícil, y era además contraproducente, ya que constituía un elemento de trabajo único é indispensable. Someterle por la violencia parecía imposible: de civilizarle y de educarle no eran capaces hombres como aquéllos de la conquista, cuyo único argumento era la fuerza, y que en la indiada no querían tener compañeros, sino siervos.

Buscóse pues un medio de anular en los indigenas el espíritu de iniciativa y el instinto de rebelión, matando moralmente al indio y conservándole, físicamente, como bestia sometida y laboriosa. Este medio fué el alcohol, profusamente distribuido por los dominadores, y así, en lento y progresivo embrutecimiento, se acabó pacífica, segura, é indignamente con el albedrío

de una raza, á quien ni el hierro ni el fuego lograran someter.

Baldón para España es esta historia triste, pero cierta, que ensombreciera la gloria de la conquista, si esta gloria no hubiere sido en el futuro maternidad de pueblos. Por fortuna, hoy se lucha en La Paz por la redención de los indios; distinguidos oficiales del ejército boliviano me hablan, con entusiasmo, de los resultados pasmosos obtenidos en las filas con los soldados « aimarás »; hombres públicos, como el diputado Muñoz-Reyes, alzan en el Congreso y en la Prensa sus voces tribuni-

cias en pro de los descendientes de los Incas; y, en fin, es un hecho indudable esta nueva aurora de una raza preterida, de una raza digna de mejor suerte y capaz de ser poderoso elemento nacional, luego de un despertar análogo al del pueblo japonés, con quien tiene tan extrañas afinidades y tan sorprendentes semejanzas. Este despertar de redención será la página más bella de la historia de Bolivia, ya que si conquistar la propia libertad es vivir, conquistar la libertad ajena es perpetuar la vida.

VI

En La Paz hay muchos europeos; todos ocupan puestos envidiables ó gozan de situaciones prósperas. Los ingleses son en su mayoría mineros ó explotadores de líneas férreas; los alemanes, banqueros ó instructores; los franceses, industriales; los españoles, comerciantes.

Excepción hecha de los españoles, casi todos los europeos llegaron á Bolivia para desempeñar cargos previamente concedidos y espléndidamente pagados.

El caso ya referido del austriaco Zupán, venido al azar de la suerte y enriquecido por ella, es frecuente en cambio entre los españoles, á quienes el espíritu de aventura, la comunidad de idioma y la hermandad de razas atrajeron hacia Bolivia en época más remota, y por tanto más difícil que la actual.

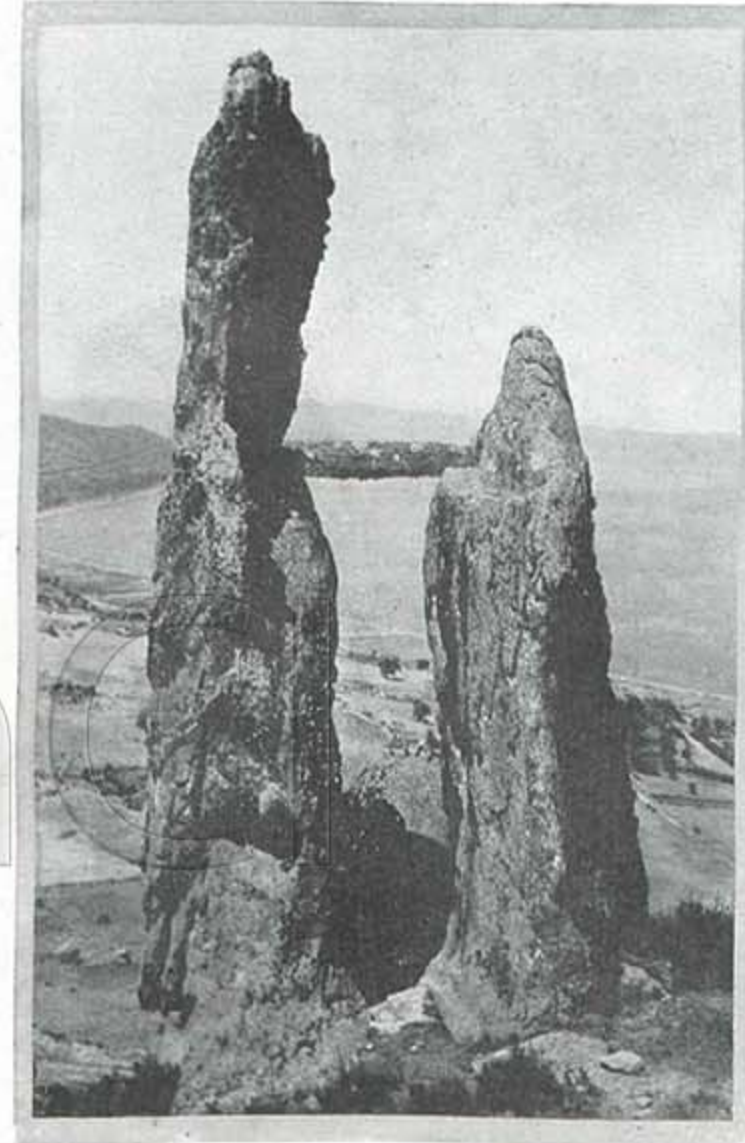
En la calle del Comercio se cuentan por docenas los establecimientos españoles: hay

españoles libreros, sastres, zapateros, mueblistas, peleteros... hay tiendas de españoles que son verdaderos bazares donde se encuentra de todo.

Esta prosperidad de los españoles en Bolivia despierta mi interés, y puestos los ojos en

el futuro, solicito del ministro de Gobierno una conversación acerca de los horizontes que á los emigrantes de España puede ofrecer el país. Los datos que obtengo, merced á la bondad del señor Capriles, no pueden ser de mayor interés.

Bolivia es el país ideal para la emigración europea, y muy especialmente para la española, dadas la comunidad de idioma, de carácter, y de raza. El suelo boliviano es el más rico del mundo y el menos explotado. En el altiplano y en la cordillera, el noventa por ciento de los yacimientos auríferos y de



El lago Titicaca.

las minas de plata y de estaño está por descubrir; en la vertiente del Atlántico, los bosques de gomales están, puede decirse, vírgenes de explotación. Hasta hace poco tiempo, la falta de comunicaciones y de medios de transporte hacía poco menos que imposible todo proyecto de colonización. Hoy, gracias á los esfuerzos del gobierno, el problema está resuelto en parte, y en vísperas de una solución satisfactoria.

Las líneas férreas de Antofagasta á La Paz, y de La Paz á Guaqui, están en plena actividad, y á la hora que escribo estará





Indios navegando en canoas sobre el lago.

inaugurada la línea de Potosí, próxima á terminarse durante mi estancia en Bolivia; con ello queda establecida una red de ferrocarriles sobre la vertiente del Pacífico, y servidas las regiones mineras del altiplano y de la cordillera. En lo que hace á la vertiente del Atlántico, la obra gigantesca dió ya principio. Dos grandes vías, cruzando la región de los bosques, conectarán con un servicio de buques sobre los afluentes navegables del Amazonas, estableciendo así la comunicación directa de Bolivia con el Océano y con Europa.

Del Brasil llegará pronto, además, una nueva arteria, obra de titanes, que arrancando de la costa oriental brasileña, cruzará de oriente á occidente el Matto-Grosso, entrará en Bolivia siguiendo el paralelo, y enlazará en La Paz con los ferrocarriles bolivianos, muriendo con ellos á la orilla del Pacífico, en Antofagasta.

Asombran la inmensidad y la riqueza del campo que estas realidades presentes y futuras abren á la actividad humana; legiones de fortunas duermen en las planicies y en los bosques de Bolivia, y aguardan las voluntades que han de despertadas. El país del oro, de la plata, del estaño, de las pieles, de la goma: el país del porvenir necesita brazos y energías; en este país se encuentra vida segura y fortuna probable, es hospitalario y es hidalgo... ¿ Lo ignoran aquellos españoles que á millares van á morir, sin provecho, en las selvas trágicas del Brasil ?

VII  
En la mañana desabrida y triste salgo de La Paz. Nevó anoche, y en la ascensión de espirales, sobre las vertientes, la ciudad queda en lo profundo de su alvéolo, cubierta por la albuja immaculada de un sudario.

Vuela el tren sobre la sábana de nieve que cubre el altiplano. En la tarde, paso ante las ruinas augustas de Tiahuanaco, la ciudad milenaria de los Incas.

¿ Quién sabe si en un futuro próximo, Quichuas y Aymarás no han de acudir, en el esplendor de una era nueva, hacia este relicario de su historia, hoy tumba de sus lares, y quizás mañana cuna de sus grandezas !...

Al declinar la tarde, embarcamos en Guaqui. Navegar sobre un buque grande á tres mil metros sobre el nivel del mar, no es aventura trivial. En la noche fría y constelada hacemos rumbo hacia el Perú. Junto á mí, la voz del capitán dicta una orden; el acento es montañés puro; pregunto:

— ¿ Somos paisanos, capitán ?

Nuestras manos se estrechan; luego, de labios de este piloto cántabro, escucho el relato complejo de audacias que le trajeron desde el golfo de Gascuña, hasta las riberas del Titicaca, y en tanto, mis ojos ensoñados ven esfumarse, en lejanía de sombras, la silueta de la última tierra de Bolivia.

BLAY.



## RESUMEN DE LOS CAPITULOS PRECEDENTES (1)

CAPITULO I. — Estrazilla, Meñique y Gil Blas son tres niños abandonados. Aquella mañana de la primavera de 1866, les despierta á latigazos un guarda, al pie del monumento de Daoiz y Velarde, donde habian pasado la noche. Para los tres vagabundos empieza un nuevo día que van á pasar como los demás, vendiendo periódicos y descargando carretas para ganar algunos cobres.

CAPITULO II. — La Reina Isabel va á dar gracias á la Virgen de la Paloma por haber salido bien del parto. En un rincón de la iglesia se encuentra Estrazilla muy conmovido por la ceremonia. Se acuerda de su vida pasada, cuando aún no tenía mote y se llamaba Cayetano, y por abreviatura Tanito: Vivía feliz entre su padre, el honrado peón de albañil Sebastián Valdemoro, y su madre, Aurora. Un día entró la desgracia en la casa. Aurora no era fiel á Sebastián, y una vez la sorprendió éste con su amante. Los dos hombres rodaron por el suelo en un abrazo de odio. El padre de Estrazilla fué muerto. Aurora huyó y no volvió más. Estrazilla quedó solo.

CAPITULO III. — La Señá Salvadora, una buena mujer que era la vecina de los Valdemoro, recogió al chico después de la tragedia. Estrazilla iba con ella, por las calles, vendiendo frutas, dulces y azucarillos. En las horas de descanso, la Señá Salvadora se esforzaba en que el niño aprendiera á leer, y en todo momento trataba de suplir, con su afecto, la falta de cariño maternal que afligía al huérfano.

CAPITULO IV. — Así vivieron, la Señá Salvadora y su prolegido, hasta que, llegado el invierno, la buena anciana hubo de caer enferma, cargada de años y de achaques. Estrazilla se vió en la necesidad de atender al sustento de su bienhechora, y al suyo propio, y para ello se hizo cargo del modestísimo comercio ambulante de frutas y hortalizas, que la pobre mujer había logrado acreditar entre sus vecinos de la calle. Pero la muerte de la Señá Salvadora fué para Estrazilla el fin de todo, y el comienzo de su vida de absoluto abandono.

CAPITULO V. — Estrazilla conoce la inclemencia de las jornadas sin pan y sin hogar, y una mañana en que está á punto de sucumbir, exhausto, traba conocimiento y amistad con el señor Pepe, apodado Traga Mirlos, tipo clásico del pajaritero, ó vendedor de pájaros, que de igual modo comercia en perros, gatos, galápagos, grillos, herizos, y toda clase de bichos de la más heterogénea condición.

El típico Traga Mirlos consiente en procurar al desvalido niño alguna labor y algunos cuartos.

CAPITULO VI. — El señor Pepe Traga Mirlos mantiene amistosas relaciones comerciales con una banda de pilluelos, acampada de ordinario en la pradera del Canal, y á cuya hueste infantil recurre el pajaritero, para proveerse de cuantos animalillos constituyen la variada existencia de su comercio. La Veterana, tal es el pomposo nombre con el que Traga Mirlos designa á la falange de avispados mozuolos, que son sus mejores auxiliares, y en la que acaban de ingresar Estrazilla y sus amigos Gil Blas y Meñique, quienes se ocupan en la tarea productiva de cazar grillos y de capturar pájaros, á cambio de los cuales Traga Mirlos les da algunos ochavos con que, al menos, aliviar el hambre.

CAPITULO VII. — Nos encontramos en el caserón destartado que sirve de taller á don Ulpiano Covarrubias, fabricante de carretas y figurones de Carnaval, así como de bustos de personajes célebres, modelados en escayola.

Don Ulpiano es, como Traga Mirlos, hombre bondadoso y protector de La Veterana. En el día en que le conocemos, don Ulpiano, terminada la labor de la mañana, conversa con un amigo suyo acerca de los trascendentales problemas políticos que por aquel entonces pesaban sobre España.

— Ahora vamos á almorzar, que ya veo venir por la carretera á Doña Rodríguez con su cesta al brazo. Ya que V. me favorece acompañándome á hacer penitencia, quisiera que fuese de su gusto el condumio, y que la buena dueña no nos condenara á azotes y galeras.

— No tenía V. por mí. Seguramente, hoy como siempre, será el almuerzo suculentísimo, y más para un pobre maestro de escuela. Es V. tan amable, mi señor Don Ulpiano, que me ha invitado otra vez, teniendo en cuenta que hoy es jueves y que estoy libre de escuela por la tarde. Mucho se lo agradezco, porque la compañía y la conversación de V. me encantan... además, algo he de de-

(1) Véanse los números de Febrero y Marzo 1913

circle que me interesa. Quisiera consultarle...

— Pues comience V.

— No, ahora no, de sobremesa — contestó con turbación el maestrillo, revelando que le iba á costar trabajo formular la consulta.

— Sea como V. quiera. Pero... « almorcemos Ines, si te parece, primero ».

Había llegado sudando y fatigada del peso de la cesta, la mujer á quien Covarrubias llamaba casi siempre Doña Rodríguez, aunque ella protestaba del mote, y repetía entre enojada y sonriente que su nombre era Basilisa Turegano. Era alta y membruda, vestía de negro, con limpieza exquisita. Dejó la cesta en el suelo, se quitó el pañuelo de la cabeza y le dejó caer sobre los hombros.

— Si almuerzan Vds. pronto, no será preciso recalentarlo.

— Ahora mismo — contestó el señor Ulpiano.

— Ponga V. la mesa.

Sobre un tablero que á un lado de la puerta se veía, tendió Basilisa un mantel tan viejo como limpio, y colocó en su sitio platos, vasos y cubiertos. De un armarito cercano sacó dos botellas de vino, y llenando un cubo del agua de una fuente inmediata, las zambulló para que se refrescaran. Luego extrajo del fondo de la cesta tres cacerolas, y comenzó el ágape. La nariz de Don Anacleto se estremeció al recibir el vaho del primer plato que fué servido, y que no era sino un sabrosísimo guisado madrileño, con su tomate, su pimiento y sus ajos, todo confundido, resumido y deshecho en la salsa, tras lento hervir, cabe el fogón y bajo la vigilancia celosa de la cocinera; plato nacional que hace compatibles la frugalidad y el sibaritismo de los glotonos sin haberes. El señor Ulpiano tenía buen diente, y su comensal no le iba á la zaga. Aquel joven tan triste, tan pacífico y tan humilde, se sentía una fiera ante los platos bien condimentados, y toda la energía que otros hombres gastan en las luchas de la vida, en sus ambiciones y competencias, empleábala él en devorar silenciosamente, con deleitoso encarnizamiento, las magras gustosas, las pocas veces que se las deparaba su corta fortuna de maestro famélico. Contemplando á Don Anacleto se pensaba, que no se ha abusado tanto, como se dice, de los fáciles chistes que inspira el hambre calagurritana de los encargados de doctrinar á los párvulos, en este país que rinde culto á la sacrosanta barbarie, sacrificando al dómene en el altar de la miseria. Sus poderosas facultades digestivas, faltas de la primera materia necesaria á su trabajo, iban consumiéndose interiormente al pobre

joven, que sin cesar disminuía de peso y se marchitaba. Sólo crecían en él, maravillosamente, las descomedidas y transparentes orejas y la prodigiosa nariz.

Don Anacleto de la Redonda era hijo de un médico de aldea que mudó muchas veces de titular, y desempeñó su benéfica profesión en Chapinería, Campisavalos, Guadalix, El Congosto, el Casar de Talamanca y en La Puebla de la Mujer Muerta. En todas partes dejó fama de honrado y de ignorante. Falleció, al trasladarse de este último pueblo á otro á que le habían enviado, sin duda para nivelar las cifras de la mortalidad. La escasez de sus recursos y tanta mudanza de domicilio, le impidieron dar á su hijo otros estudios que los del Magisterio elemental, y no fué poca la fortuna del joven la Redonda, cuando obtuvo la plaza de maestro suplente de la Escuela incompleta (ésta era la categoría oficial, donosamente ingenua ó maliciosamente burlona) del barrio del Depósito de Aguas, que entonces se componía de un centenar de vecinos, y cuya dotación no pasaba de 800 reales de vellón el año. Una viejecita de las inmediaciones le arreglaba el lecho y le preparaba la exigua pitanza, y como no bastaban los ingresos del cargo para atender al reducido presupuesto, procurábase algunos cuartos más, copiando pliegos en una Notaría.

A Ulpiano Covarrubias, hombre corrido y burlón, le hacían gracia la inocencia angélica y la timidez monjil del maestro incompleto, y le conmovían á veces sus rasgos de simplísima bondad; porque el padre de los gigantes tenía el alma generosa, henchida de un romanticismo tan propenso á la ironía como á la ternura, mezcla que los frívolos juzgarán absurda, y de que se dará la fórmula más exacta diciendo, que al leer el *Quijote* — ocupación constante de sus ocios — reía llorando ó lloraba riendo, lo cual será acaso la mejor manera de entender y penetrar el Libro Unico.

No será posible pasar adelante, sin que aquí se copien los antecedentes que el cronista nos da sobre el pasado y el presente de Covarrubias, del cual refiere, que su padre fué uno de los más esforzados y valerosos cabecillas carlistas del Alto Aragón, uno de los que primeramente se alzaron en armas para defender la causa del Altar y del Trono, en lo que consumió heroicamente la vida y la hacienda. En los días de feroz represalia, anteriores al tratado de Elliot, una turba de cristinos apresó á la mujer de Hermenegildo Covarrubias (así se llamaba el cabecilla) y la fusiló sobre las tapias del cementerio de Pina. El horror de aquel bárbaro sacrificio, que con

otros semejantes perpetrados en nombre de la legitimidad y en nombre de la Reina Constitucional, bastan para afrentar á toda una generación de españoles, acabó con el honrado carlista que adoraba á su esposa.

Al conocer su desgracia, rompió en un sollozo que le duró muchas horas y se ahogó sollozando, singular muerte de la que un cura de Tudela, que le acompañó en la agonía, dijo en carta dirigida al huérfano: « Tu buen padre ha muerto, ahogado por la sangre inocente y santa que han derramado sus crueles enemigos ».

Cierto prelado carlista, que admiraba la abnegación y la intrepidez de Hermenegildo Covarrubias, recogió á Ulpiano, el cual tenía entonces quince años, y se lo llevó á Roma á donde le había llamado el Sumo Pontífice, imponiéndole para complacer á exigencias del Gobierno de Madrid un destierro de su diócesis, dulcificado por inagotable protección.

Ulpiano Covarrubias mostraba felices disposiciones para las artes, y bajo el amparo del Obispo y de sus valedores vaticanos, comenzó á iniciarse en el dibujo en el colegio Juliano bajo la dirección del sabio maestro Fray Bembo Rossaccio; pero el genio inquieto del muchacho no se avenía con la disciplina ni con los hábitos monacales de aquella academia. Más que de pasarse las horas encerrado gustaba de corretear por los Museos, visitar las gloriosas ruinas, voltear por la urbe, entrar y salir en los estudios de los artistas, conversar con los jóvenes que se adiestraban en el manejo del cincel y de los pinceles. Verdad es que un par de días de aplicación le procuraban el perdón de las escapatorias, porque el maestro Rossaccio, que había sido cocinero antes que fraile y en quien podía más el amor de lo bello que los rigores de la Orden de San Benito, que había profesado, admiraba la genialidad aún confusa pero vibrante y poderosa del indómito baturro, y confiaba en que tras la tempestad de las pasiones luciría el sol espléndido de la creación artística; y aún pensaba el fraile pintor que, sin la suprema misericordia que perdona todos sus extravíos á los hombres, les sería muy difícil á éstos hacer compatibles la gloria divina y la gloria casi divina del arte. Con todo eso, las calaveradas de Covarrubias iban siendo intolerables, el bondadoso maestro se cansó de aguantarlas, y el rector del colegio despidió al desordenado alumno. No contribuyó poco á la despedida, el que se



Don Ulpiano Covarrubias.

supo que Covarrubias acudía á las reuniones de los círculos masónicos y republicanos, que preparaban la revolución y la obra de la unidad de Italia. Esto ocurría en los últimos meses del año 1848, cuando el Cardenal Ministro Ferretti intentaba imponer el principio de autoridad con las cargas de los dragones y los fusiles de los « carabinieri ». El pueblo romano no cantaba ya el Himno de Pío IX, sino la Marsellesa Italiana.

*Scuoti, oh Roma, la polvere indagna.*

El afligido Pontífice contestaba á la comisión popular, que le pedía que sus Ministros no fueran clérigos: *Non posso, non debbo, non voglio*, á pesar de lo cual, pocos días después se formaba el Gabinete de transición presidido por Antonelli, y del que formaban parte tres revolucionarios á las órdenes de Mazzini. El movimiento de odio contra los austriacos agitaba á la ciudad eterna, y al grito de *Fuor i barbari!* se conmovían los muros del Coliseo. Covarrubias despertaba á la vida pública en aquella atmósfera electrificada, y el hijo del cabecilla carlista vociferaba contra el Pontificado, ignorando lo que hacía, y por dar expansión á sus frenesíes juveniles y á la fiera energía de su brava condición.

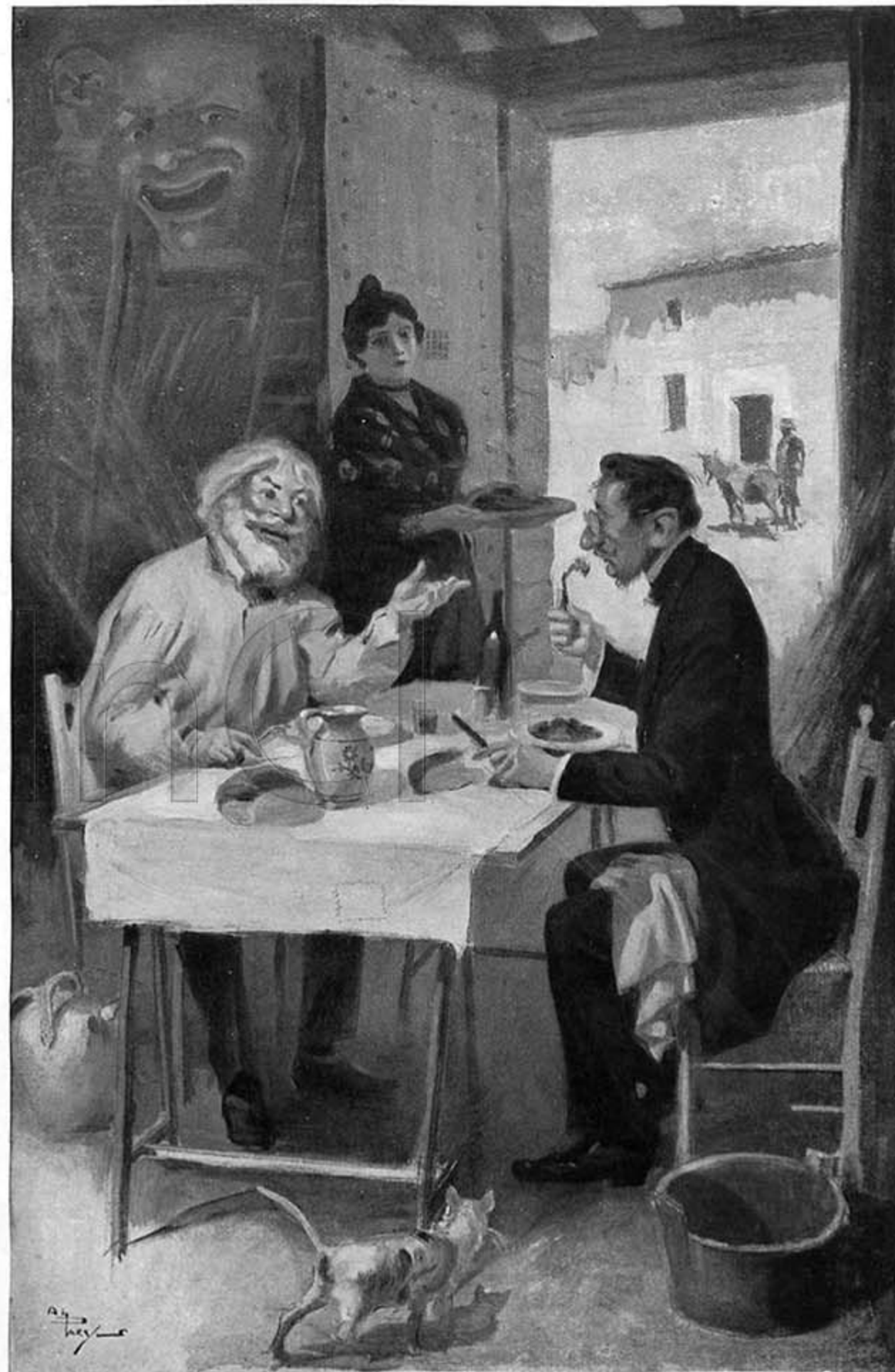
Por entonces había regresado á España el Obispo protector, y se encontró Covarrubias en el santísimo arroyo, sin más amparo que el de sus propias fuerzas. Pero eran grandes sus arrestos, poderosa su simpatía y no pequeña su bravura, prendas que bastan á asegurar el buen término de quien las posee.

Habíale caído en gracia á un pintor español de mucho nombre, el gran Somosnacho, que vivía en Roma ganando el oro á espuestas con sus cuadros maravillosos, y le recibió en su casa como paje y discípulo, como secretario y confidente. De la extraña mezcla de todos estos oficios y condiciones resultó, que Ulpiano Covarrubias no pasó de aprendiz de los secretos del arte pictórico, pero en cambio adquirió una general cultura que no solían tener los mozos de su edad, ni aún aquéllos que pisan baldosas de academias y lustran bancos universitarios. Placía á Somosnacho que, mientras él pintaba, le leyese Covarrubias los libros de su predilección, que eran los mejores que se han escrito en castellano, y así aprendió el mancebo aragonés lo que más importa saber á un español: lo que es honor y esencia del pensamiento de la raza; y como estaba dotado de bonísima memoria, se le quedaron en ella, no ya frases, sino hasta párrafos y capítulos enteros de Quevedo, de ambos Luises, el de León y el de Granada, de Santa Teresa, de Moncada y de Malon de Chaide, y largas ti-

radas de versos de las comedias de Calderón, Lope y Tirso. Pero lo que más frecuentemente leía y lo que recibió más amoroso albergue en su entendimiento, fué el *Quijote*, con lo que acreditó la exquisitez de su gusto, confirmándose la sentencia del maestro que dice que es el de Cervantes libro de selección, que clasifica el entendimiento de los que leen sus páginas, y sólo merecen entrar en la excelsa corporación de la intelectual aristocracia, los que entienden, gozan y saborean todas sus bellezas. Trabajaba entonces Somosnacho en la preparación de un cuadro que le llevó á las más altas cumbres de la fama, el que representa á *Don Quijote sobre Rocinante*, en una floresta de las afueras del Toboso, cuando fué á ver á Dulcinea. Sancho se dirige al pueblo, para hacer como que busca el alcázar en que ha de residir la señora de los pensamientos de su amo, mientras éste permanece á caballo, descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones. Así, la lectura del *Quijote*, que entonces la hacía diaria y constante, como la continua contemplación del lienzo en el que el artista iba materializando con líneas y colores la sublime escena, llenaron el alma del muchacho de admiración frenética para la fábula genial que, desde entonces y para siempre, le inspiró un á modo de amor intenso y efusivo, como el que á los místicos inspira la contemplación espiritual de Dios.

También leía Covarrubias, para entretener al pintor, historia de griegos y romanos, y de unas y otras enseñanzas se nutrieron su cerebro y su corazón, ensanchándose y fortaleciéndose con aquel alimento de Dioses.

Pero no sólo de lecturas y de impresiones de arte se componía la existencia de Ulpiano. Enamoróse de una garrida *ciociara* — « alta como una lanza y fresca como una mañana de Abril » — según él decía, citando la frase quijotesca que servía de modelo á Somosnacho y á otros pintores. Rápida y totalmente correspondido en sus ansias gozó el mancebo las delicias del idilio, hasta que una deslealtad de la joven tiberina, que era tan bella como liviana, le llevó á reñir con el rival afortunado, recibiendo de éste un balazo en una rodilla, á cambio de una cuchillada. Por huir de la curiosidad de la *Questura* escapó Covarrubias, mal curado de su herida, comenzando una serie de viajes y desdichas que merecieran ser narrados, pero de los que nada dicen nuestros apuntes. Sólo consta en ellos que anduvo por Italia y Francia, ejercitándose en varios oficios, sin que ninguno de ellos le sacara de la desnudez y del hambre, y que vino á parar á España con unos



Ello es que Don Ulpiano y Don Anacleto, mientras comían y bebían, hablaron del modo que se verá.

pintores adornistas genoveses, que habían contratado la decoración de un teatro en Barcelona. De nuevo se pierde el hilo de la vida de Covarrubias, del que sólo se habla después, para presentárnosle en el día y forma en que aparece al comienzo del presente capítulo. En las andanzas franco-italianas en que consumió la juventud, había perdido la fé heredada de sus padres; y una indomable tendencia de su alma, contraria á toda idea de autoridad, le había hecho aceptar las doctrinas revolucionarias y admirar á los que con la palabra, la pluma ó la espada, procuraban establecerlas en el gobierno de los pueblos. En Marsella ingresó en la Masonería, pero pronto se apartó de los Hijos de la Viuda, que á él le parecían soberanamente ridículos, con sus ritos grotescos y su disciplina humillante para el albedrío del afiliado. Acudía en Madrid á los cafés donde acostumbraban á congregarse progresistas y republicanos, unidos ya entonces en el odio á la dinastía Borbónica, y simpatizaba con sus propagandas y aspiraciones, aunque le parecían asaz modestas. La revolución con que él soñaba, había de ser mucho más honda y destructora que la que se preparaba entonces, sin que acertara á precisar categóricamente los términos de su deseo. No había hecho aún el catálogo de las cosas que debían ser destruidas.

Por de pronto, Don Ulpiano Covarrubias, alegre y decididor, saboreaba con su amigo Don Anacleto el humilde almuerzo que les servía la señora Basilisa, y cuando hubieron hecho los honores al guisado dieron en un plato de escabeche con tomate, y pasaron luego á unos filetes de ternera, todo ello refrescado con abundantes libaciones de lo tinto. Un par de racimos de albilla, dos lonjas de queso de Criptana y sendas tazas de café, con sus copas de aguardiente, completaron la franquachela, que lo era, y aún con categoría de banquete sardanapalesco, para el mísero maestrillo de escuela. En cuanto á Covarrubias, lo que más le agradaba era el coloquio de sobremesa, ó mejor aún el monólogo, porque era charlatán sempiterno, gracioso unas veces, machacón y soporífero otras, con su afán desmedido de contar anécdotas, citar frases célebres y traer á cuento, aunque no siempre á cuento vinieran, los recuerdos de sus lecturas cervantinas y de su erudición de bajo vuelo, lo cual se unía á las divagaciones paradójicas, amenas cuando Dios quería, en que disparaba con cualquier pretexto. No lo hacía por darse tono de sabio, sino por impulso de su fantasía y por el hábito contraído viviendo en la bohemia de las artes y las letras, donde de esta suerte, las

energías de la creación y del trabajo se malgastan y prodigan tontamente.

Ello es que Don Ulpiano y Don Anacleto, mientras comían y bebían, hablaron del modo que se verá en el capítulo inmediato.

## VIII

## DIALOGO DE SOBREMESA.

— Me ha anunciado V. Señor Anacleto — dijo Covarrubias — que tenía V. que hablarme de algo que le interesaba. ¿ Qué es ello ?

Púsose rojo como un ascua el maestro al oír estas palabras, y se arrepintió de haber anunciado la confidencia. Como permaneciera silencioso, añadió Don Ulpiano :

— Es V. poco franco y excesivamente tímido, malas cualidades ambas. Pero de nada me serviría ser viejo y haber andado las siete partidas, si no fuese un tanto adivino. Además, á V. le calo yo el pensamiento sin más que mirarle. A un hombre como V. sólo tres cosas pueden costarle vergüenza, á saber: pedir dinero, confesar que ha escrito versos amenazando con leerlos, ó revelar que está enamorado... Pues bien, para las tres cosas tengo pecho; para prestarle unas cuantas pesetas si las necesita, para aguantarle una poesía y para escucharle su confesión de amante. Conque, no demore V. las explicaciones.

Sudando la gota gorda y tembándole la nariz, que era en él la señal evidente de la emoción suprema, dijo Don Anacleto :

— Nunca me atrevería á pedirle á V. dinero. Versos, nunca he sabido ni intentado hacerlos...

— De amor se trata, pues. Es el peor de los tres casos imaginados. ¿ Y quién es ella ?

— Verá V. — siguió diciendo el maestro. — De eso quería hablarle á V. y pedirle consejo. — Supongo que no se tratará de ninguna aventura pecaminosa — exclamó entre carcajadas Don Ulpiano — porque V. es el espejo de la honestidad.

— ¡ Dios me libre! Es un amor puro y bien intencionado.

— ¿ Dónde ha conocido V. á su novia ?

— No es novia aún. No he osado decirle lo que siento... Va á la escuela todos los días á traer y llevar á su hermanito, que es discípulo mío.

— De modo que ella, como Aldonza, no se ha dado cata del amor de V. ¿ Sabe V. si le mira con buenos ojos ? Porque eso se adivina.

— Creo que sí, pero no estoy seguro de ello.

— ¿ Y cómo se llama ? ¿ Quién es ?

— Se llama Ernestina. Su padre es un empleado del ayuntamiento: Don Celedonio Vereá. Es viudo y tiene dos hijos: mi... vamos, Ernestina y el niño que asiste á la escuela, y que se llama Celedonio, como su padre.

— ¿ Y cómo ha sido eso ?

— Le diré á V. Ella iba á traer y llevar á su hermano. Me saludaba diciendo: « ¡ Buenos días, señor maestro! ¡ Buenas tardes, señor maestro!... » con una vocecita dulce, dulce... — y Anacleto, al pretender imitar el sonido de la voz de Ernestina, atiplaba la suya de un modo infinitamente cómico. — A mí me agradaba verla, pero no podía creer que me inspirase amor... Un día dejó de ir á la escuela. Fué á buscar al chico una mujer de la vecindad de Don Celedonio, y esto se repitió durante más de una semana. Entonces fué cuando yo comprendí que Ernestina me... vamos, que... en fin, que me entristecía no verla.

— Sí, sí, dígame V. de una vez. Se había enamorado V. como una bestia.

— Así es verdad, señor Don Ulpiano. Me había enamorado... como V. dice. No me atrevía á interrogar al muchacho sobre la causa de que ya no fuera Ernestina á recogerle, temiendo que mi pregunta descubriese la verdad de mis sentimientos. Por fin, una tarde me resolví á preguntar, y supe que la pobrecita estaba enferma, muy grave. Tenía el tifus. Había en el barrio una epidemia de esa maldita enfermedad... Mire V., me dió un vuelco el corazón. Como yo estoy tan solo y no tengo amparo ninguno, había pensado que tal vez andando el tiempo, si ella y Don Celedonio quisieran, podría encontrar lo que tanta falta me hace: cariño, una familia, vamos, que aquella esperanza me alegraba... Conque, al saber que Ernestina estaba en peligro de muerte, me entró una gran tristeza ¡ Tengo tan mala suerte!

— Por fortuna, Ernestina sanó, ¿ no es así ? — interrumpió Covarrubias, queriendo llegar pronto al final de la confidencia.

— ¡ Gracias sean dadas á Dios!... Un mes duró la gravedad y otro mes la convalecencia. Yo adquiría noticias diariamente. Supe que ya había salido una mañana, para ir con su padre y su hermano á oír misa en la Iglesia de San Ildefonso. Poco después volvió á acompañar á Celedonio. Hablé con ella, me dió gracias por haberme interesado por su salud. Yo no sé lo que la dije. Me turbé tanto, que ni contesté cuando se despidió de mí... Traía Ernestina la cabeza cubierta con un pañuelo de seda, porque con el ardor de la fiebre se le había caído el pelo.

— Pero su amor de V. la encontraría tan guapa como antes.

— Más aún. Diré á V., yo comprendo que no es guapa. Pero tiene un no sé qué en los ojos, y un no sé qué en la boca, y un no sé qué cuando sonríe...

— Pero ese no sé qué, demuestra que está V. perdido, irremisiblemente perdido, porque está V. locamente enamorado.

— ¿ Perdido ? ¿ Don Ulpiano ? — exclamó con temor el maestro.

— ¡ Perdido!... porque va V. á casarse, y como ella es pobre, según colijo, y V. es pobre igualmente, van á contraer matrimonio el hambre y la necesidad, que es la mayor de las perdiciones imaginables. Poco importaría que fuera más ó menos bonita, ni que haya perdido la cabellera, porque la belleza es ave de paso y el pelo nacerá de nuevo. Si V. ha leído la historia de Roma sabrá que el Emperador Maximino puso sitio á Aquilea, y que los habitantes de la ciudad se defendieron con furor. Las mujeres se cortaron los cabellos para tejer con ellos cuerdas que faltaban en las máquinas de guerra. En memoria de este sacrificio, fué allí elevado un templo á Venus la Calva. Vea V. si las hembras pelonas tienen gloriosos antecedentes... Pero ¿ qué consulta es la que me quiere V. hacer ?

— Pues quería que V. me dijera si debo revelar á Ernestina lo que siento, ó si debo hablar antes á Don Celedonio. ¿ Qué debo hacer ? Porque yo comprendo que un hombre tan menesteroso como yo no debí casarse, pero como no espero mejorar nunca de fortuna, me entristece pensar en que siempre he de vivir solo... ¡ sin ella!

— Tiene V. razón — contestó Covarrubias después de un silencio, en el que parecía reflexionar. — Juan de Mena dijo que: « la pobreza es una dádiva santa desagradecida ». Si es verdad que es Dios quien nos la da, la recibimos como si nos la impusiera el mismo demonio... Perdóneme V. mis bromas. No siempre reflejan mis palabras mi pensamiento, sino que á veces son alegrías del alma con que me solazo y procuro divertir á mi interlocutor. Pobre es V. y lo será siempre, y no ha de añadir á esta desgracia la de destrozarse el corazón... Lo que importa ahora es que Ernestina sepa que V. la ama, aunque seguramente lo habrá adivinado ya, si no es negada del todo.

— No lo es, ni mucho menos — dijo con viveza Anacleto — sino muy discreta.

— Pues, entonces, puede V. estar seguro de que ella sabe todo lo que V. no le ha dicho; pero, aun así, es costumbre, amigo Don Anacleto, que los hombres requieran de amor á la

mujer de su preferencia. Urge, pues, que formule V. la pregunta.

— ¿Y cree V. que debe ser de palabra ó por escrito?

— ¡De palab a! ¿Quién lo duda? Callen cartas y hablen barbas.

— ¿Y cuándo? ¿cómo?

— ¡Hombre! Eso no se pregunta. La ocasión se busca si no viene por sí misma, y las palabras surgen de los labios cuando el alma está llena de ellas.

— Eso es lo que yo temo... ¡Como soy tan encogido!... Pero dispéñeme V. la pesadez. Ya sé lo bastante. Veremos si acierto á salir del atolladero... Perdóneme V. que le haya molestado.

Comprendiendo el maestro que á su amigo le enojaba ya aquella conversación, quiso cambiar de tema. Don Ulpiano había encendido su pipa y, apurando la copa de aguardiente, dijo:

— Sí, amigo mío. Cásese V. pronto para que la revolución le coja con su mujercita.

— ¿Cree V. que la revolución avanza?

— Sí, la ola de la revolución, como dice *La Iberia*, avanza deprisa. El trono se tambalea. No le quedan ya defensores capaces de sostenerlo. Los revolucionarios pueden decir como los cristianos decían por boca de Tertuliano: «Somos de ayer y llenamos vuestras ciudades, vuestras colonias, el ejército, el Senado y el Foro... no os dejamos sino vuestros templos... *Sola relinquimus templum...*» Que para el caso es como si se dijera, que á los Borbones sólo les queda el palacio de Oriente.

— Sin embargo — se atrevió á objetar el maestro — hasta ahora todas las intenciones revolucionarias han fracasado.

— Porque no es tan fácil como parece hinchar un perro. Además, la Reina Isabel es muy simpaticona y el pueblo la quiere. ¡Si no fuera por eso! Después de todo, lo que nos pasa con la Reina no es sino la consecuencia de un error de nacimiento. Ella debía haber nacido hombre en Constantinopla, y Sultán... con su harem y todo... Pero la revolución triunfará; mas no crea V. que nos vamos á mejorar por eso. Llevamos dentro dos gusanos que nos consumen: la superstición y la envidia.

— ¿Y no podremos curarnos? — preguntó Don Anacleto, de manera que parecía hablar de una enfermedad de las que se sanan con específicos.

— La medicina es cara y el tratamiento largo. Ni V., ni yo, ni los hijos de V. y de Ernestina, hemos de ver al enfermo con cabal salud... La superstición es nuestra vida. Si por ensalmo nos quitaran la superstición del alma, nos moriríamos espiritualmente. Porque no nos quedaría dentro nada con qué sustituirla. En fin, puede que los siglos hagan su obra, y llegue una era en que el español no crea en lo maravilloso. Contra lo maravilloso peleó Cervantes, y aún



Don Anacleto de la Redonda.

andan por la ancha tierra española los Caballeros del Milagro, paseando de pueblo en pueblo al endriago, atado con cadena, y cobrando buenos bodigos al pueblo que se estremece y paga, agradecido á los que han apresado al enemigo.

No entendía muy bien el maestro aquella jerigonza simbólica, pero le parecía mal no decir algo que demostrase su conformidad.

— La superstición es un gran pecado — exclamó.

— Y una gran renta, la más pingüe y sañeada que inventó la codicia de los hombres. Así la defienden los explotadores de ella, con todo género de armas y toda especie de argucias.

— ¿Pero hay quién defiende la superstición? — dijo con candidez suprema el infeliz pazguato.

— ¡Ya lo creo! Ejércitos, jueces, cámaras parlamentarias... no se ocupan de otra cosa.

— Todos aquellos á quienes oiga V. decir que el discernimiento del ser humano es limitadísimo, son defensores de la superstición. Síntesis de su doctrina: puesto que mis ojos ven poco, voy á cerrarlos... aunque en efecto, pensando en la cortedad mental de muchos de esos farsantes, hay que reconocer que tienen razón. Es como si Robinsón, después de haber dado una vuelta á su isla, afirmara: «¡Qué pequeño es el mundo!»

— ¡Magnífico! ¡magnífico! — gritó Don Anacleto, que al fin había comprendido algo del desvarío de Covarrubias.

— Pero ¿para qué vamos á empeñarnos en conseguir lo imposible? No haga V. caso de nada de lo que digo. Siga V. su humilde vida de trabajo. Continúe V. enseñando á los chicos de su escuela que España es la más rica de las naciones, y los españoles los mejores de los hombres. Aunque no sea verdad, no importa. Si es mentira, servirá de aliento á los alumnos, y cuando se enteren de que les ha engañado V., no le irán á pedir daños y perjuicios.

Escanciada y bebida otra copa de peñas-caró, siguió diciendo el señor Ulpiano:

— Aquí me tiene V. haciendo muñecos de cartón, cuando debía estar en Roma haciendo estatuas de mármol, ó pintando cuadros de historia. Mis desventuras lo han querido así, y más que mis desventuras mi pereza, si no es mi convencimiento de que lo mismo da hacer grande que hacer chico, y crear seres de arte en la dura piedra que caricaturas deformes en blanda pasta.

Don Anacleto quiso aventurar un elogio, no sólo para expresar con él la satisfacción del estómago agradecido, sino porque admira-

raba sinceramente á aquel hombre que, en su baja condición y en su pobre taller, hablaba como un gran señor del ingenio, y despilfarraba el talento y la sabiduría. Así lo pensaba, á lo menos, el maestro.

— Es que lo que V. hace tiene mucho mérito — dijo.

— Calle V. por Dios. Todo ello es una basura, un modo de ganar los garbanzos tan despreciable como los otros. ¿Quién iba á decirme á mí, cuando el Coliseo romano me parecía pequeño para mis ansias de gloria, que iba á encerrarme en esta cuadra y á ocupar mis días en fabricar muñecos?... No crea V.; he tenido mis arrebatos y locuras, queriendo dignificar el cartón. Ocurrióseme, nada menos, hacer con esta deleznable materia toda la comparsa de gigantes y sujetos fabulosos y memorables que andan por las páginas de mi libro... Ya sabe V. que mi libro es el *Quijote*... Me propuse modelar á Caraculiambro, señor de la insula Malindrania, á Morgante, á Alquife, al sabio Frisón, á Briarco, á Fierabrás, rey de Alejandría y conquistador de Roma y de Jerusalén. Quise también crear en cartón piedra á los gallardos paladines de la caballería andante, á Amadis de Gaula, á Don Belianis de Grecia, al caballero de Febo, á Palmerín de Inglaterra, á Esplandian, el hijo pecaminoso de Amadis, á Palmerín de Oliva, á Tirante el Blanco, sin olvidar á Don Quirieleisón de Montalbán, ni al rey Artus que se convirtió en cuervo. En mi museo de sublimes aventureros iban á entrar: Urganda la desconocida, la Maga hechicera, la señora Oriana, amor de Amadis, la infanta Sevilla, la reina Pintiquiniestra y la famosa Morgana que aún perturba la fantasía de los poetas galaicos. Un empresario de espectáculos de Barcelona, á quien comuniqué mi pensamiento, los aceptó regocijado, pensando que iba á ganar con ello mucho dinero, pero mi amor á la holganza lo echó todo á rodar. Sin duda, toda esta generación gigante-ca y fabulosa está guardada para mayores entendimientos que el mío, como las armas de Roldán: «*Nessun la nuova que star non possa con Roldan a prova.*»

— Hubiera sido interesante en ese museo una edición en cartón piedra de *Don Quijote de la Mancha*.

— Muy bien dicho, señor Don Anacleto. Veo que prospera V. en el arte de decir cosas discretas y atinadas.

— De V. lo aprendo — contestó el maestro envaneado por el elogio.

En esto entró en el taller la señora Basilisa, y dijo á Don Ulpiano:

— Ahí están aguardando esos muchachos,

que preguntan si tiene V. algo que mandarles. ▶

— Que entren en seguida — contestó Covarrubias. — Comida hecha, compañía deshecha. Ahora á trabajar, á hacer adefesios, y V. á pasearse, á echar una ojeada á la señora de sus pensamientos.

Levantóse de la silla en que estaba sentado, y dijo con voz recia :

— Vengan acá *Estrazilla*, *Gil Blas* y *Meñique*, pálidas memorias de Rincón y de Cortado. Por de pronto, que la buena Basilisa os dé algo de lo que ha sobrado de nuestro agasajo, y cuando hayáis matado el hambre comencemos la faena, que hoy va á ser larga.

Salió después de reverente despedida Don Anacleto de la Redonda, y se encaminó á su escuela, pensando en cómo le diría á la gentil Ernestina que se estaba muriendo por sus pedazos.

## IX

## EN EL TALLER.

Como las modestas ganancias de Covarrubias no le permitían tener dependientes ni aprendices con sueldos fijos, ayudábase, cuando le era necesario, de algunos chicuelos mendicantes que le servían á merced. Ocupábales en trabajos que no exigían previa enseñanza, como era machacar la pasta de cartón que hacía con papel de estraza, barita de sosa, yeso, aceite secante y cola, moler colores, lavar los moldes, encender el fuego de un hornillo y cuidar de que hirviese un gran perol, en el que derretía diversos ingredientes. Bien es verdad que los servidores adventicios solían cobrarse por sí mismos, y al menor descuido se ausentaban llevándose lo que hallaban á mano, pero en cambio, no obligaban al maestro á los pagos periódicos, ni al orden de labores, propio de un taller organizado. El espíritu bohemio y holgazán de Don Ulpiano, incapaz de obra seria y continuada, aveníase á maravilla con la chusma infantil y picaresca, á la que no debía consideración alguna. Cuando reunía unos cuantos duros ó cuando le acometía un ataque de pereza, cerraba el taller y no parecía por sus puertas en largos días. Entonces dormitaba ó leía sus libracos en el sotabanco de la calle de la Parada, donde vivía con la señora Basilisa, y al oscurecer empezaba el recorrido de los cafés donde tenían tertulia sus amigos. En el del Iris conversaba con empleados, militares y periodistas; en el de Levante, con maestros de obras y rentistas de poca monta; en el Imperial, con toreros y desbravadores de ca-

ballos; en el del Vapor, con gente del Matadero y de los Mercados; y en el de San Joaquín, con pintorcillos y estudiantes. Cuatro ó seis horas empleaba Covarrubias en la revista de los mentideros, donde se emborrachaba de conversación, escuchando cuantos disparates y especiotas circulaba la fantasía del vulgo, acerca de lo que ocurría en el Congreso, de lo que pasaba en Palacio, de los artículos de la *Iberia* y *La Discusión*, de los propósitos de Prim, de las amenazas del gobierno moderado, de lo que se sabía ó se inventaba de los liberales emigrados en París, del pronunciamiento que se preparaba, de la revolución que iba á estallar, sin que le cansara nunca el charloteo gárrulo y estéril con que un pueblo envilecido por la dictadura entretenía su tedio. De madrugada se retiraba á su casita para descansar de la ardua tarea, leer los periódicos y dormir.

Cuando le encuentra la presente historia, un encargo inaplazable le obligaba á trabajo diario. Había de entregar dos docenas de maniquies á un sastre de la calle de los Estudios, y un centenar de cascos y corazas para una pantomima que se ensayaba en el Circo de Price.

De todos los muchachos que acudían á servirle, el que la hacía más gracia era *Meñique*, y *Estrazilla* el que más simpatía le inspiraba. Aceptaba la cooperación de *Gil Blas*, porque éste iba siempre con los otros dos, pero le causaba repugnancia y sabía que, al menor descuido, era capaz de llevarse cuanto viera al alcance de la garra. Cayetano y *Meñique* eran muy despiertos, y habían aprendido rápidamente las manipulaciones del taller.

— Con esta parejita de sinvergüenzas — les decía bromeando — soy yo capaz de hacer en media hora el Monasterio de El Escorial, de cartón, con su Felipe II y todo.

— Oye tu, *Estrazilla*. A ver si viertes la olla — dijo una vez á Cayetano. — Deja que hierva, y meneas poco á poco.

— ¡Huy, *Estrazilla*! ¡Vaya un mote gracioso que te ha puesto! — gritó *Meñique* riendo.

— *Estrazilla* se llama en el oficio — añadió Covarrubias — la pasta de que se hacen caretas y cartones delgados, y como tú te das buen arte para prepararla y nunca me acuerdo del santo de tu nombre, se me ha ocurrido llamarte así. Además, eres el único de la tribu que no tiene mote, de modo que ya estás bautizado.

Y desde entonces, así llamaron todos al hijo de Sebastián Valdemoro, quien recibió sin enojo y aceptó el apodo como la cosa más natural del mundo, y hasta hubo de agrade-



Las palabras surgen de los labios cuando el alma está llena de ellas.

cerlo por la bondad con que el Señor Ulpiano le trataba siempre.

Para los encargos más difíciles, para llevar la obra concluida á los parroquianos, valíase ordinariamente Covarrubias de *Estrazilla*, no sólo porque éste sabía algo de leer, sino por su formalidad y su prudencia. Además, había observado que los otros chicos le tenían miedo, aunque no era amigo de pendencias, pero sí bravo y decidido cuando le molestaban ú ofendían, y el viejo bohemio era admirador de toda intrepidez y bizarria.

— Pero hombre — le preguntó cierta vez á Cayetano. — ¿En qué consiste que todos tus

colegas te ayunan y no quieren cuestiones contigo, cuando pareces tan pacífico y manso?

— Señor Ulpiano — contestó *Meñique*, que era locuaz y pronto en la respuesta. — Es que no ha visto V. á este niño cuando le pica la mosca. ¡Tiene un modo de mirar que hiela la sangre!

— ¡Hombre! No tanto — exclamó Cayetano sonriendo. — No haga V. caso, Señor.

— Vives entre lobos, y más te conviene inspirar miedo que lástima — repuso Covarrubias. — ¿Y quién te ha enseñado á leer?

— ¡Lo poco que sé, me lo ha enseñado mi abuela!

— ¿Vives con ella?

— Se ha muerto.

— ¿ No tienes familia.

— No, señor.

Entonces, *Gil Blas* intervino.

— A su padre lo mataron. Y su madre no se sabe donde está.

Cayetano dejó de mover la pasta que sobre las ardientes astillas calentaba, y fijando sus ojos negros con fiereza en el indiscreto, dijo en voz baja y vibrante:

— ¿ Quieres callarte?... ¿ Te tengo mandado que no hables de mis cosas!... ¿ Lo sabes?

El tono en que pronunció estas palabras y el rayo de ira que partió de sus pupilas, no pasaron inadvertidos para Covarrubias, que contempló al muchacho con interés y curiosidad.

— ¡ Haya paz! — dijo — cada uno á su trabajo y pocas palabras.

Le había sorprendido que el mozuelo tuviese, en su triste y baja condición de hijo del arroyo, los sentimientos de dignidad revelados en su airada respuesta y en su iracunda mirada, y hubiera querido interrogarle sobre lo dicho por *Gil Blas* y la causa de su enojo; pero prefirió esperar ocasión propicia. Diríase que había adivinado en la actitud de *Estrazilla*, en su rostro serio y melancólico, algo que merecía de su parte consideración y respeto, sentimientos que, al mismo tiempo que surgían en su alma, parecíanle inaplicables al andrajoso arrapiezo.

Como no podía trabajar con sus manos sin que su lengua trabajase también, siguió diciendo:

— Sólo porque sabes leer lo poco que sabes, vales tú solo más que todos tus compadres y amigos. El hombre que no sabe leer, es como si fuera sordo y ciego, le faltan dos sentidos, los más útiles de todos. Hay quien niega las excelencias y prodigios de ese arte, que consiste en penetrar en el pensamiento ajeno á través de las páginas de un libro, pero es porque, la estupidez humana, es lo único que da en el mundo idea de lo infinito. El género humano se clasifica en dos subgéneros: los que saben leer y el rebaño bípedo. Aquí hay aún quien opina de otro modo. Hay quien cree que el pueblo debe ser ignorante para ser obediente, y que la ignorancia es la dicha de los pobres. ¡ Cómo si Dios hubiera hecho el paraíso para los asnos! El domine de mi pueblo que era un santo y un sabio — ¡ ya se ha muerto, el pobre! — nos refería á los muchachos de su escuela que un hortelano de Gallur, tan virtuoso como rudo, murió y fué al Cielo, y que el Padre Eterno, al verle llegar, le preguntó de que nación venía. El hortelano le contestó:

— « ¡ De Gallur, Señor Dios! » — « Ese es tu pueblo. Te pregunto la nación! » — Y no supo que responder el zafio. Entonces, el Padre Eterno llamó á San José de Calasanz, y le dijo: « Mira José, este baturro no sabe ni la nación en que ha nacido. Enséñale la cartilla, desásnale, y cuando lo hayas conseguido, que se me presente. Aquí sólo pueden estar los perfectos, y la ignorancia es una imperfección... — Pero ¡ váyales V. con estas cosas, á los que piensan que una raza es más fuerte cuanto menos civilizada! Se desprecia el saber. En tiempo de mis abuelos, á los maestros de escuela se les llamaba los Pedantes. Ahora no se les aplica este nombre burlesco, pero se les conserva en el desdén y en la befa, como si su función social fuera risible.

Aquella manía parlera, aquel afán discursivo de Covarrubias, lo mismo se manifestaba entre gentes capaces de entenderle, que entre los pilluelos semisalvajes que entonces le rodeaban. Hubiera perorado de igual suerte estando solo con los gigantes y los maniqués.

A todo esto, el tiempo pasaba, la luz se iba, y la obra iba avanzando. Los cascotes que había de lucir la comparsa del Circo estaban ya secos y recubiertos de papel de estaño, tan bien trazados y relucientes, que habían merecido brillar al sol de Farsalia.

— Baste por hoy. Mañana á las diez tenéis que estar aquí... Cuidado con faltarme.

Así dijo Covarrubias, y entregando á cada uno de los artistas dos reales en cuartos, les dió permiso para que se marcharan. Ya salían los tres mocitos del taller, cuando el señor Ulpiano, como si adoptara una súbita resolución, exclamó:

— Oye *Estrazilla*, espérate. Que se vayan esos. Quédate tú, que tengo que hablar contigo.

X

#### INTERROGATORIO.

Cargó la pipa de tabaco, encendió, chupó ruidosamente, y sentándose en la única silla cabal dijo á *Estrazilla*, el Señor Ulpiano, mientras una nube de humo blanco le envolvía:

— He pensado buscar un dependiente que se ocupe de barrer y limpiar el taller, que ordene al retirarme yo los mil trastos, botes, brochas y herramientas que aquí hay, y los deje preparados para la faena del día siguiente, que llene de agua el cántaro, que corte astillas y encienda el fuego, de modo que, á mi llegada, todo se encuentre listo.

(Se continuará en el número próximo.)



## LA LEYENDA DEL AMOR

I

La princesa Dora no había llorado nunca; reía siempre, y era su risa una corriente de alegría, y era su risa una cascada de cristal.

De su madrina — la más bella y poderosa de las hadas buenas, de las hadas rubias que visten cendales de niebla — recibió la princesa tal don: el de nunca llorar...

Y en torno de ella se esfumaban las pesadumbres y disipábanse las tristezas... Olvidaba la reina el tedio mortal de la etiqueta palaciega; olvidaba el rey los graves cuidados de su cargo supremo; olvidaban los viejos guerreros sus achaques y sus derrotas; olvidaban los jóvenes cortesanos sus ambiciones y sus intrigas; olvidaban las damiselas sus amores, y los troveros sus rimas: y así, junto á la princesa Dora, se borraban los adustos ceños, los cansados gestos, las aduladoras muecas; caían las trágicas ó las jocosas carátulas de la comedia humana, y reyes ó paladines, y damas ó poetas, y cortesanos ó lacayos, todos, al igual los encumbrados y los humildes, los adustos y los mundanos, los ambiciosos y los visionarios, los necios y los talentados, todos sonreían por vez primera, con no fingida sonrisa, en tanto que la princesa Dora, que jamás había llorado, reía siempre, siempre, y era su risa una corriente de alegría, y era su risa una cascada de cristal...

— ¡ No lloréis!... — decían los súbditos de aquel gran reino á sus hijos... — ¡ No lloréis!... ¡ Haced como la princesita Dora, que reí siempre!... — Y los hijos de nobles señores ó ricos burgueses, cuyos lamentos eran sólo de hastío, ya que vieran satisfechos sus más difíciles antojos, estos niños

callaban ocultando su impaciencia, y preguntándose, para sus adentros, cual era el sortilegio en virtud del que jamás lloraba la princesa Dora.

No así los hijos de siervos, de pobres artesanos, de humildes labriegos, que medraban sin placeres, á veces sin pan, sufriendo de frío, y de hambre, y de malos tratos que en horas de amargura les prodigaban sus padres; estos pequeños desventurados, para quienes era cruel la vida, hallaban fácil explicación á la imperturbable alegría de la princesa Dora...

Dábala cumplida, tal explicación, un rapazuelo harapiento que en el pórtico de la antigua catedral peroraba con discretas razones; y numerosa asamblea de niños, no menos miserables, atendía á la plática del avisado decidor...

— La princesa reí siempre porque es hija de reyes, y posee juguetes que son maravilla de orientales artífices, y bufones inventores de las más donosas burlas, y pájaros exóticos que gorjean extrañas modulaciones, y troveros que cuentan asombrosas historias de lejanas tierras... Si la princesita fuere pobre, y sus padres miseros vasallos como son los vuestros y fueron los míos; si andrajos fueren sus ropas, y su yantar mezquino; si en lugar de presentes recibiere ásperos tratos: entonces, la princesa Dora reiría menos, y en más de una ocasión, y con harta frecuencia, lloraría...

Así habló — ignorante de que la alegría de la princesa era don de las hadas — Gil, el triste rapazuelo avisado que, bajo el pórtico de la antigua catedral, peroraba con discretas razones, hablando recio, mientras sus oyentes apretaban el corro, ya que las campanas aho-

gaban toda voz con sus clamores, en aquel día venturoso en el cual la princesa Dora cumplía diez años.

## II

Gil, « el triste », no había reído nunca ; lloró siempre, y lloró tanto que, agotado el caudal de sus lágrimas y desleída en ellas su alegría, ni lloraba ya jamás, ni jamás reía... No lloraba cuando los soldados, al pasar, le golpeaban con las astas de sus lanzas, ó cuando los escuderos, á guisa de solaz, hacíanle caer bajo los cascos de sus caballos... Y no reía, no sonreía siquiera, en las contadas ocasiones en que alguien, movido á piedad, le ofrecía una escudilla de sopa y un albergue, para engaño de hambre y alivio de frío, en la interminable noche melancólica y glacial.

Era pequeño, y estaba solo en el inmenso mundo poblado de indiferentes y extraños... Su padre combatió en lejanas tierras, y halló muerte buscando fortuna... Su madre sucumbió á las privaciones de la miseria, tanto como á las penas de la vida, y de aquel día en que dejando de ser acabó de sufrir, guardaba Gil una vaga remembranza de misterio y de muerte ; pasando ésta, quedó el huérfano sin amparo, sin fuego, y sin pan.

Huyó de la choza ensombrecida, con el alma llena de terrores, y desde entonces, en las calles de la gran ciudad, fué mendigo y vagabundo, y á veces, entre sus compañeros de indigencia, maestro en escuetas filosofías y en amargas disquisiciones...

Sorprendió á las gentes la inmutable gravedad de aquel semblante, y al breve nombre de Gil sumaron este apodo de *triste*, nunca mejor puesto ni llevado con más consecuencia.

La princesa Dora y Gil *el triste* no lloraban nunca, pero en tanto que la princesa reía siempre, el último de sus vasallos no reía jamás.

## III

Clamaban las campanas, las gruesas campanas de roncas voces y las leves de agudo son, y todas al par, mezclando sin orden ni concierto sus notas disonantes, acallaban el continuo mosconeó de colmena, susurro de la muchedumbre apiñada en dos líneas sinuosas y paralelas sobre los arroyos de la estrecha calle, desde el pórtico de la iglesia hasta el puente levadizo del castillo.

Bajo palio, y entre nubes de incienso, salieron los reyes. Era, la de la mañana, una luz de maravilla. Volaban las golondrinas

en torno de sus nidos, bajo el alero de los tejados vestidos de yedra. De la balconada, en las casas hidalgas, pendían tapices y llovían flores.

Precedidos por heraldos, porta-estandartes, y hombres de armas, y seguidos de la corte, pasaron los reyes. Desde el templo iban al palacio, y no caballeros en briosos corceles, según era su costumbre, sino á pie, lentamente, cruzando la abigarrada multitud del pueblo, al que descaban mostrar su futura soberana, la princesa Dora, que acababa de cumplir su décimo año.

Bajo una lluvia y sobre una alfombra de rosas caminaba la gentil princesa, y viéndose aclamada por cien mil manos y bendecida por cien mil bocas, reía, poniendo así el consuelo de una sonrisa en los más torvos ó más cuitados semblantes : viejos y jóvenes, buenos y perversos, nobles y plebeyos, ahitos y hambrientos, todos sonreían, viendo pasar bajo una lluvia y sobre una alfombra de flores á la gentil princesa, mensajera de alegría.

Sólo Gil no hubo de tomar parte en el general contento, y cruzando frente á él, y viendo su afligido continente, puso la princesa sus luminosas pupilas azules en las grises y melancólicas del penado ; luego, sorprendida, volvióse hacia la reina, y señalando al misero :

— Madre — dijo la niña — ¿ por qué está tan triste ?

Atendiendo á la sorpresa de su hija detuviéronse los reyes. Los heraldos, los porta-estandartes, los hombres de armas, hicieron alto, desbaratando el lento ritmo de su marcha. Las damas y los caballeros de la corte cuchicheaban su inquietud y su extrañeza, agolpándose tras de los soberanos para ver qué inusitado acontecimiento cautivaba la regia atención.

Impávido, Gil seguía posando el melancólico mirar de sus pupilas grises en las alegres pupilas color cielo de la princesa Dora... Y la princesa tornó á inquirir :

— Madre... ¿ por qué está tan triste ?

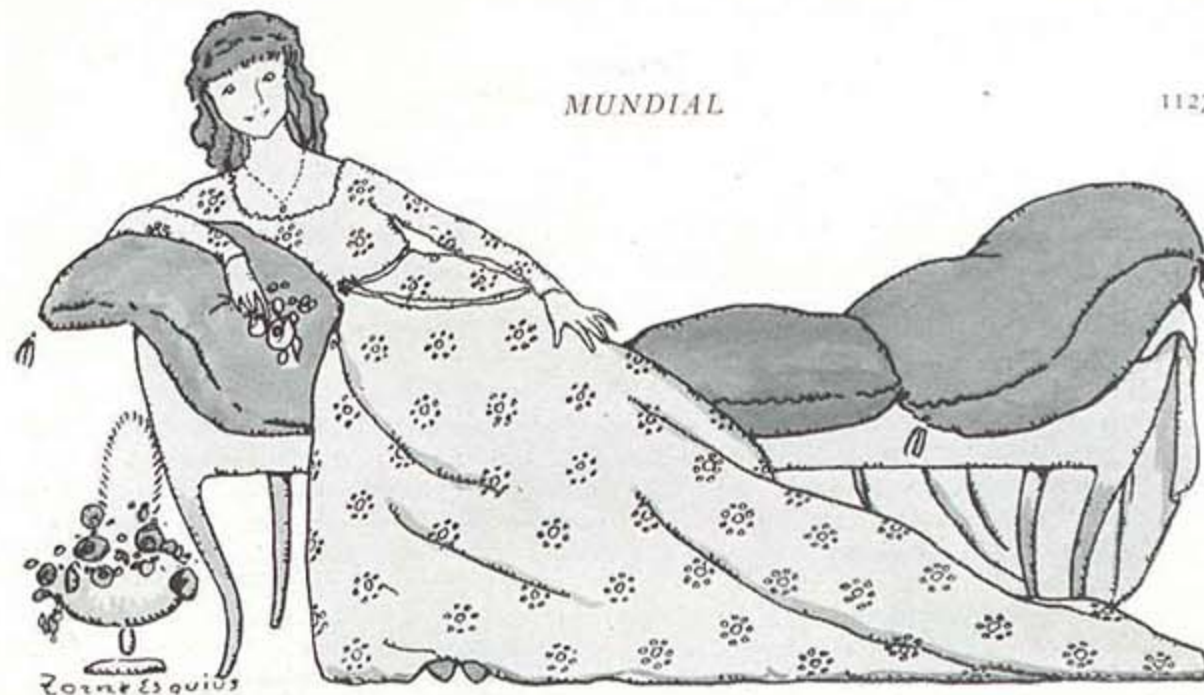
No halló respuesta la dama... Un palaciego castigó á Gil, teniendo por irreverente la actitud del niño villano y soberbio.

Gil, bajo la afrenta de los golpes y la injusticia del castigo, guardó inalterada su serena tristeza.

La reina, que era bondadosa, reprendió al cortesano, y acogió al misero deseando prodigarle consuelo :

— ¿ No llores !... — murmuró acariciando la frente del harapiento ; mas viendo secos de llanto sus ojos :

— ¿ No lloras ?... — hubo de preguntar...



La princesa Dora no había llorado nunca ; reía siempre, y era su risa una corriente de alegría, y era su risa una cascada de cristal.

— ¿ No puedo llorar !... respondió Gil.

Asombrado de que tal sinventura gozara de igual privilegio que una hija de reyes, dijo el rey al mendigo :

— ¿ Nunca lloras ?...

Y el mendigo, humildemente, replicó :

— Lloré tanto, señor, que di fin á mis lágrimas.

La reina, compadeciendo á Gil *el triste*, hizole llevar á palacio, y la princesa, encantada, quiso guardarle á su servicio...

Así, trocado en el más donoso de los pajes, vistió Gil desde aquel día veludillos y brocados ; sirvióle para el yantar manjares exquisitos ; aspiró quintaesenciados aromas ; y á los pies de la más bella y alegre de las princesas, vió correr, fáciles y breves, los días de opulencia.

Y riendo, riendo siempre de la perpetua gravedad de su avisado paje, gritábale la niña, poniendo en su voz sonoras modulaciones de cristal :

— ¿ Ríe, mi paje, ríe !...

Pero Gil no reía nunca.

## IV

Fué tal y tan grande apego el que la princesa cobró á su paje, que desde entonces, á no ser Gil, no consintió que paje alguno la sirviera ; y celebraban los palaciegos este contraste de una damita que reía siempre, acompañada por siervo tan adusto que no reía jamás.

A hora temprana cruzaba la niña el patio de armas, y alzando la enojosa cola de su falda iba Gil en pos de ella. Ante la prin-

cesita, inclinaban los señores feudales la altivez de sus frentes y la recia trabazón de sus armaduras...

E ibanse, la hija de reyes y el hijo de plebeyos, ibanse por entre los boscajes misteriosos, caminando sobre alfombras de césped, ó por senderos cubiertos, bajo doseles de madrevelas y espinos en flor. Poco á poco, las austeras torres del castillo se perdían, ocultas tras la enramada, y entonces la princesa recogía su larga falda con una de sus manos, y brindaba la otra á Gil que allí, solos los dos, era su mejor amigo y el buen compañero de sus juegos.

Hallaba Gil un gran consuelo en la amorosa amistad de su princesa ; eran una suavidad y una tibieza infinitas que se le entraban por el alma, y le causaban vehemente anhelo de llorar y reír al par, movido á risa y llanto por la clemencia de su nueva y blanda suerte. Mas era deseo nunca satisfecho, ya que agotado el caudal de sus lágrimas y desleída en ellas su alegría, ni brotaba el llanto de sus ojos, ni á sus labios acudía la sonrisa.

Por ello, en tanto que en brazos de su princesa contemplaba Gil los menudos dientes albos y los finos labios sangrientos — que desgranaban un perpetuo alborozo en alegres trinos musicales — la niña, en un beso, murmurábale con apremios de orden y suplicantes ternuras :

— ¿ Ríe, mi paje querido, ríe !

Gil, con tristeza de saudades, respondía :

— ¿ No sé reír, mi princesa ! ; Nunca lo supe !

— ¿ Yo haré que aprendas la bella ciencia



de alegría, mi paje!... ¡ Yo haré que tú la aprendas!...

Y erguida, y vuelta hacia el Oriente que por un claro de la floresta brindaba su lontananza, la princesa Dora clamó con la vibrante fragilidad de su vocecita trémula:

¡ Madrina!... ¡ Madrina!...

De las brumas orientales se desprendió un girón de niebla, y sobre él llegó ante la princesa Dora la más bella de las hadas rubias, dispensadoras de ventura...

— ¡ Madrina: la magia de tu poder ha de sanar á este paje mío, á quien yo amo, y que, pese á mi cariño, desconoce la alegría!...

Con su cetro, creador de maravillas, tocó el hada la frente de Gil, luego sus ojos, después sus labios... Ceñuda continuó la frente, ensombrecidos los ojos, inmutables los labios... La reina de las hadas buenas inclinó su bello rostro en doliente ademán; empero, aún llevó el sortilegio de su varita encantada hacia el pecho del mozo... ¡ No se alteró el lento palpar del corazón!

— ¡ Princesita, mi ahijada, no me es dado complacerte! ¡ Sufre tu paje el maleficio de un hada perversa!...

— ¡ Madrina!... ¡ Mi madrina!... ¿ Quién podría deshacer tal embrujamiento?...

— En la más alta cueva de la más alta cumbre — dijo el hada indicando la más elevada de las próximas cimas — hay un sabio milenar que conoce los secretos de la vida y de la muerte... Mejor que yo, él podrá darte consejo.

La hija de reyes y el hijo de plebeyos volviéronse hacia el castillo; iban enlazados y amorosos; luego, cuando las almenas de la fortaleza tornaron á surgir de la enramada, la princesa abandonó, sonriendo, la cola de su larga falda, y Gil se inclinó para recogerla... Así volvieron, la niña alegre y en pos de ella el triste paje, y salvado el puente levadizo cruzaron el patio de armas, en tanto que, doblegando la altivez de sus frentes y la recia trabazón de sus armaduras, rendían homenaje los belicosos señores feudales.

## V

Aquella mañana, la princesa mandó ensillar su yegua blanca, y eligió Gil, en las caballerizas reales, el más brioso corcel.

Partieron, á campo traviesa. En verdad, no era sólo cabalgar lo que la princesa deseaba, quería pedir consejo al sabio milenar, conocedor de los secretos de la vida y de la muerte.

Llegaron al pic de la más alta cumbre; allí se hizo lento el paso de los caballos, tre-

pando riscos y salvando abismos. Las nubes bajas, arrastradas por el viento, cubríanlo todo de grises cenadales. Más allá, cercana la altura, quedaron las nieblas en la hondonada, cerniéndose sobre los valles, y brilló el sol en un cielo de inmaculado y profundísimo azul.

Bajo inmenso pórtico de rocas, desmontaron la princesa y su paje; fuéronse luego peñas adentro, y como se hiciera cada vez más tenue el reflejo del día, y tornárase resbaladizo el suelo cubierto de húmedo salitre, dió la princesa en reír, en tanto que su risa, en sonoros é infinitos ecos, rodaba por los ámbitos misteriosos de la caverna, turbando el gran reposo de los siglos... Se apagó la última resonancia en enigmáticas lejanías de tinieblas, y volvieron éstas al pavoroso silencio de su eternidad. Hiciéronse las sombras más intensas, en remanso de quietudes, y solas midieron el paso de los tiempos las gotas de agua calcárea, filtradas desde remotos cauces hasta los vértices invertidos de las estalactitas, para desde allí caer, siguiendo la inmutable línea de su gravedad, y expandirse sobre los vértices rectos de las opuestas estalagmitas, luego de dejar, en unos y otros vértices, nuevos átomos de cal...

Y así, año tras año, siglo tras siglo, hasta un instante en el cual, ascendiendo un vértice y descendiendo el otro, halláranse tan próximos que una gota cuajara sus sales, prendida entre los dos: era el himeneo de lo inmenso y de lo ínfimo, y en él enmudecía el ritmo medidor de eternidades.

Murió la luz en agónicos suspiros de claridades fantásticas... Medrosa, hubo la princesita de ampararse en brazos de su paje. Fuéronse caminando por el quieto y mudo albergue de sombras eternas. Más allá, fulguró la llama rojiza de una tea...

Bajo la antorcha, tendíase la ribera de un lago. En el espejo de aquel lago no se miraba el cielo, ni alzaba rizos el viento. Eran aguas tersas, negras, silenciosas... Sobre ellas, pintaba la llama una recta línea de fuego... Junto á la orilla, sin olas ni murmullos, flotaba inmóvil un esquife.

Embarcaron, y Gil empuñó los remos. Al batir con ellos las quietas aguas, prodújose un estruendo de catarata. Las gotas de espuma, cayendo al emerger las palas bajo el resplandor bermejo de la tea, eran chorros de sangre, que brotaban de inmensas heridas abiertas en implacable apuñalamiento de las sombras.

Navegantes del misterio, cruzaron el lago, siguiendo más tarde las imbricadas curvas de estrecho canal... En los ángulos del túnel, ardían nuevas antorchas. Doblando la última revuelta, tocó el esquife la ribera... Gil y su princesa llevaron las manos á sus ojos, deslumbrados por la gran luz del día.

Alzabase, en majestad, inmensa estancia subterránea; de lo alto de la bóveda, arrancaba como enorme claraboya una sima que ascendía vertical, horadando el duro seno de la montaña, para abrir su insondable profundidad allá en la cumbre remota.

Era la hora meridiana; los rayos solares entraban, pozo abajo, cayendo desde prodigiosa altura como rectas barras luminosas, y á la postre estampaban una mancha fulgurante, sobre el albo tapiz salitroso que cubría el suelo.

Recibiendo la bendición del sol en la plata hilada de sus cabellos, el sabio milenar reclinaba en mullido sitial la pesadumbre de los siglos, y estudiaba, en melancólico análisis de un eterno y humano desengaño, los secretos de la vida y de la muerte.

A sus pies yacían viejos pergaminos inostánicos, prendidos con hilos de oro; antiguos papiros egipcios, cubiertos de jero-

glíficos; vetustos ladrillos asirios, guardadores de extrañas inscripciones cuneiformes... Toda la ciencia de los astrólogos, de los adivinos, y de los filósofos.

Ni el chasquido de los remos ni los pasos de los visitantes turbaron su abstracción. Viéndole así, la princesa Dora lanzó á rebato el alegre campanil de su risa loca.

Jamás, desde la creación del mundo, habían acogido tamaña y tan donosa irreverencia los solemnes é imperturbados ecos de la cripta.

En brusco pasmo, y en inefable sorpresa, se alzaron los turbios ojos del sabio, y parpadearon, un poco indecisos, al volver de la contemplación de lo infinito para fijarse en la gentil mozuela que allí, en el austero templo de las edades, era osada de reír tan plácenteramente.

Dijo la niña audaz su cuita.

El sabio, luego de escucharla, contempló á Gil; después, fuéronse hacia la princesa Dora sus pupilas anubladas por brumas de eternidad.

— ¿ Amas á tu paje, princesa?

Cruzaron, sobre el rostro de la gentilísima, un rubor y una indecisión.



E ibanse, la hija de reyes y el hijo de plebeyos; ibanse por entre los boscajes misteriosos, caminando sobre alfombras de césped...

— De amor — contestó — no entiendo ; mas si amor es el afecto que me hace grata su presencia, el anhelo que me sujeta á su lado, el deleite que me causan sus palabras, y el embeleso que me producen sus ojos, si amor es eso, amo á mi paje, aunque nada sé de amor...

Gil escuchaba á su princesa, extático... El sabio milenarío concluyó lentamente :

— ¡ Id en paz !... — Y añadió : — Princesita, aguarda sin impaciencia la primera sonrisa de tu paje, que sobre ella, por misterioso antojo del destino, ha de correr tu primera lágrima.

Luego, tornó á decir, en ademán de infinita lejanía :

— ¡ Id en paz !...

Nuevamente absorto, volvió el anciano á sus pergaminos indostánicos, á sus ladrillos asirios, á sus papiros egipcios...

Era pasada la hora meridiana ; los rayos del sol, oblicuos ya, no cayeron pozo abajo, quebradas sus luminosas barras ingravidas sobre el duro seno de la tierra. El silencio y la penumbra reinaron en la cripta. Ante el sabio investigador de la vida y de la muerte prosiguieron su eterno desfile, en homenaje mudo, las horas, los días, los años, los siglos...

## VI

Por el portón del regio castillo — morada antaño de venturas — habíase entrado la desgracia.

Ardieron guerras en los confines lejanos del reino, y fué contraria la suerte á sus ejércitos. Murieron combatiendo los más bravos caudillos y los más fieles soldados.

Y de tal manera retrocedían en campo abierto, y se abatían en ciudades y reductos, las enseñas azul y oro del rey, en tanto que avanzaban victoriosos los negros estandartes de las huestes invasoras.

Y un día llegó en el cual, muerto el último paladín de su causa, hubo de marchar el rey á sustentarla.

Aquella jornada lo fué de dolor en el alcázar, morada un tiempo de venturas. Sollozaba la reina, y sollozaban las damas de corte, cuyos hijos y cuyos esposos, al mando de su rey, iban á luchar... ¡ quién sabe si á morir !

En el gran patio de armas reunióse la bélica legión ; se erguían altivas las cimbras ; brillaban deslumbrantes las argénteas armaduras ; ondeaban al viento las enseñas ; vibraban los clarines ; pafaban los corceles. Cayó el puente levadizo entre gemidos de

cadenas, y conmovióse la falange en seguimiento de su rey, que iba ya muros afuera.

La reina y las damas de corte agitaban todavía sus pañuelos entre las almenas... En la lontananza de la campiña tranquila y silenciosa, y en la paz de un crepúsculo otoñal, era el postrer ejército del rey, trasponiendo la última colina, al horizonte, una tenue nubecilla de polvo que se esfumaba y se perdía, ínfima, lejana, sola...

Cerca de su madre, no reía ya la princesa Dora, más tampoco lloraba ; y era su dolor intolerable angustia de imposibles sollozos que henchían el débil corazón, próximo á desgarrarse y á morir.

## VII

Fuéronse en querencia de la gloria ó de la muerte...

Hallaron la muerte.

Sólo, al cabo, peleó el rey sobre los alanceados cuerpos de sus guerreros, que así prestaronle, luego de fenecidos, el postrer baluarte de su imperio.

Sólo combatió á la postre el rey, y empuñando con ambos manos su gran espada de dos filos, hizo girar zumbando... Ante el volar del acero rodaban cabezas de adversarios, cual si fueran espigas de trigo... Iba y venía la grande espada de dos filos ; iba y venía, rajando cráneos y segando cuellos.

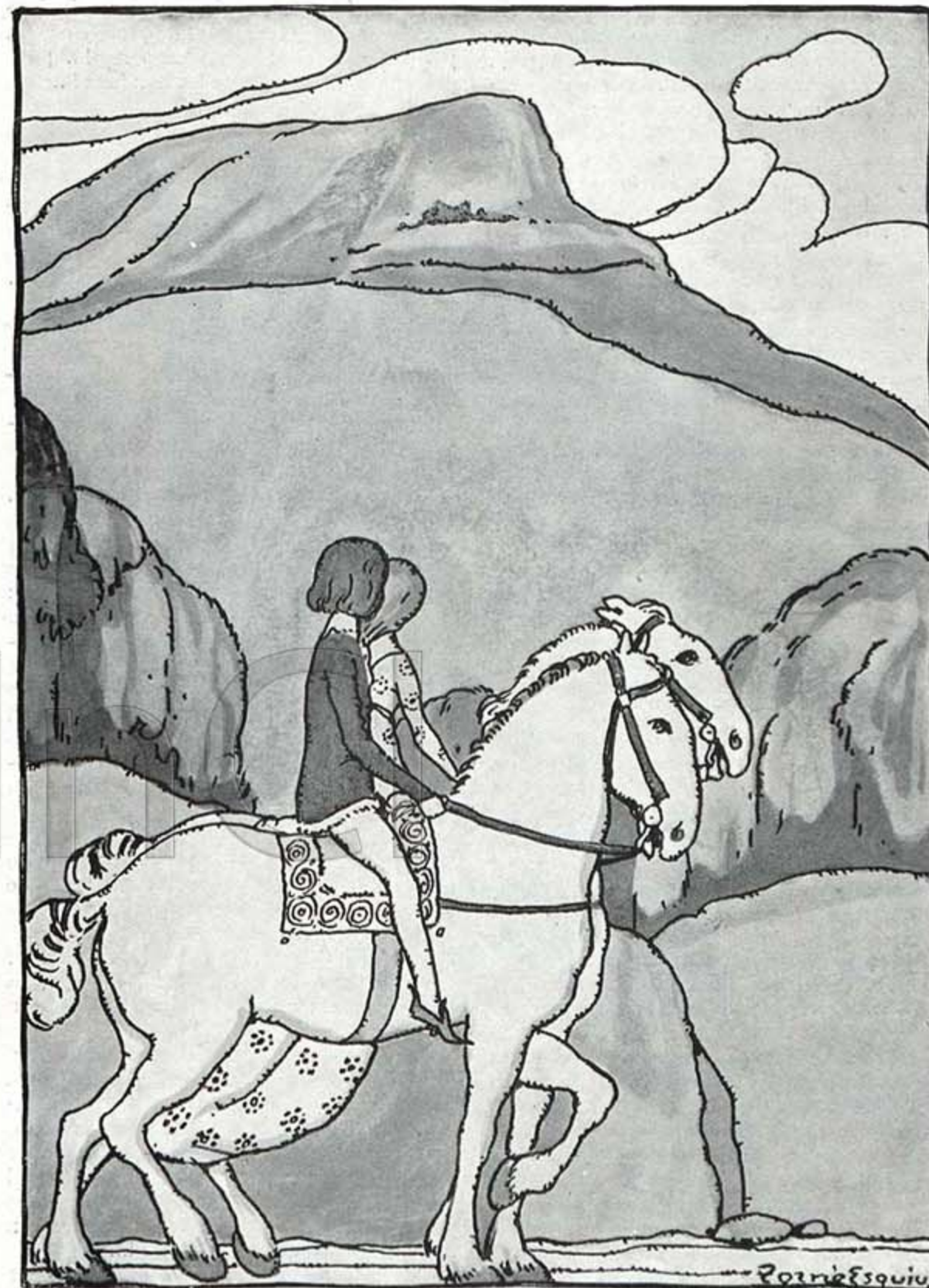
Iba y venía la grande espada de dos filos, y sobre sus canales, como sobre hendidas arterias, corría en apretados y calientes borbotones la sangre.

Poco á poco, hizo el trágico guadañar más lento. Las flechas y las lanzas enemigas horadaban la armadura regia, y sembraban de purpúreas floraciones el cincelado acero... Mil veces herido, continuó el rey luchando... Al fin cayó bajo un dardo más certero, y rindió á la muerte su duro albedrío, y á la tierra la pesadumbre de sus armas y de su fortaleza.

Murió, invicto, sobre los alanceados cuerpos de sus guerreros y sobre los malparados de sus enemigos ; unos y otros le prestaron el último baluarte de su deshecho imperio.

## VIII

Rendida sin esfuerzo la ciudad, entraron en ella los invasores, y codiciando los tesoros del fenecido rey, pusieron estrecho cerco al castillo, bien guarnecido un tiempo, mas fiado ya, tan sólo, á sus fuertes muros y á los endeble brazos de mozuelos y de ancianos.



Llegaron al pie de la más alta cumbre ; allí se hizo lento el paso de los caballos, trepando riscos y salvando abismos.

Motía la reina en tanto, y matábanla el duelo de lo pasado y el terror de lo presente. Murió la reina y, recogidas en la más apartada estancia del palacio, sus damas la llora-

ron, y lloraron al par la inclemencia de la suerte que á todos aguardaba.

La princesa Dora contempló el correr de tantas lágrimas con los ojos secos, como cria-

es de amargura, y tal fué su tormento que, á sucumbir bajo él, despacio, prefirió más corto y piadoso fin; buscólo junto á su paje, entre el fragor de la suprema lucha que conmovía las murallas. En vano se esforzó Gil en apartarla de allí. Cierta, al cabo, de así poderla defender en tanto que le quedara vida, peleó el mozo guareciendo con su pecho esforzado y duro el blando y amoroso de su reina.

Rotas las puertas, allanado todo obstáculo y vencida toda resistencia, penetraron los sitiadores en la ganada fortaleza. Ebrios de sangre y de violencia, iban de sala en sala, de alcoba en alcoba, altas las espadas, siniestras las pupilas, isueñas y feroces las bocas.

Iban como lobos hambrientos, sordos á toda piedad, ciegos á toda clemencia, inexorables, rugidores, espantosos.

A cuchillo pasaron jóvenes y viejos... Lleváronse cautivas á las mujeres; saquearon los tesoros; asolaron las estancias. Luego, en la gran sala del trono, celebraron la orgía trágica de la victoria, y sobre el mármol del suelo corrieron mezclados vino y sangre, y bajo las techumbres artesonadas vibraron unidos los lamentos de las víctimas y los gritos delirantes de los verdugos.

Sosteniendo con el brazo izquierdo á su princesa desmayada, alta la diestra, firme la daga, Gil peleaba todavía. Malherido cayó el tercero de sus adversarios. Comenzó el cuarto duelo. El nuevo rival, un coloso vestido de hierro á quien el valor y el coraje de Gil hacían sonreír, tomó á juego tan desigual contienda. Hecho añicos su acero, quedó inerme el paje, y entonces el gigante volvió al cinto su espada, y tendió á Gil la mano.

— ¡Eres valiente, y de los valientes soy amigo! En gracia á tu desnudo te hago merced de tu vida y de la de esa niña, á quien tan bellamente supiste defender... Di, á quien dude del temple de tu alma, que saliste con bien y con honor de un encuentro conmigo: yo soy Oscar, el invencible conquistador de imperios, y de éste, ganado al que fué tu rey, te ofrezco el señorío. Me place trocar así la suerte de los hombres, cuando los hombres merecen suerte más alta que aquélla concedida por el destino. Vasallo naciste; yo te hago rey, y sólo á mí, tu emperador, has de rendir pleito homenaje... Ruinas son tus ciudades; cenizas tus bosques y tus mieses; lodazales de sangre y cieno tus ríos; mas si aciertas á gobernar entre tanto desgobierno, si es tu cordura en la paz como tu arrojo en la guerra, pronto alzarás palacios sobre las ruinas, y

boscages sobre las cenizas, y correrán limpias y puras las aguas de tus cauces... ¡Vasallo naciste; yo te hago rey!... ¡Me place trocar la suerte de los hombres!...

## IX

Terminó la guerra.

Llorados que fueron los muertos, prosiguieron los vivos su caminar por sendas de trabajo y esperanza.

El tiempo, gran sanador y gran filósofo, cubrió de sementeras los campos yermos, y extendió piadosos cendales de olvido sobre los cuitados corazones.

Las bodas de la princesa y de Gil eran próximas, y bendecíalas el pueblo, por ser ella hija de sus reyes, y él paladín de su libertad, al par que el más justo y bondadoso de sus gobernantes.

Empero, la princesa Dora jamás reía. Sola, entre tantos que lloraron, no pudo ella llorar á sus eternos ausentes. En su pecho se agitaba un inmenso caudal de lágrimas, que no encontraba rumbo para llegar á sus ojos; y sus ojos, eriales de dolor, se agostaban sin un sollozo en la fiebre de espantosas remembranzas.

Gil, estrechando á su princesa, juzgábase infinitamente venturoso; era la suya una dicha sin sonrisas, una dicha guardada en lo profundo del corazón, como en estrecho cautiverio de latentes é inexplicadas tristezas perdurables.

Como antaño, la hija de reyes y el hijo de plebeyos iban caminando sobre alfombras de césped, ó por senderos cubiertos, bajo dosces de madeselvas y espinos en flor.

Amoroso, Gil enlazaba á su princesa, y, enamorada, la princesa reclinaba su gracia señorial sobre la fortaleza del siervo trocado en dueño...

— ¡Mi princesa, mi princesa: media vida diera yo, por sonreír!... ¡Media vida diera yo, porque la gloria que en el alma llevo floreciera en mis labios!...

— ¡Mi amador y mi amado: luengos años diera yo porque ninguna pena turbara mi ventura!... ¡Luengos años diera yo, porque las nieblas de mi tristeza se disiparan con lluvia de lágrimas, en mis ojos!...

— Mi princesa: el sabio de la montaña nos aconsejó aguardar sin impaciencia el término de nuestro maleficio...

— ¡Tal dijo, en verdad, mi amado! ¡Tal dijo, pero es tarda en cumplirse su profecía!...

Hablando así cruzaban la linde del bosque, lentamente... Cerca de ellos, una vieja

escuchaba su plática; la vieja dió en reír...

— ¡Tarda es, hija mía, y tanto, que nunca la veréis llegar!... El sabio milenarío pudo hacer os promesa de felicidad, porque en viejos pergaminos y en viejas memorias aprendió, que sólo el amor libre de egoísmos puede hacer reír á quien jamás reír supo, y llorar al que nunca lloró. ¡Necio y simple es el sabio que estudia la vida en los libros, y no acierta á conocerla!...

¡Más ciencia de ella tengo yo, que la estudio en los hombres!... ¡Ved de amaros sin que en el vuestro amor haya egoísmo, sabiendo cada cual que en ese desinterés hallará su provecho!

Tornó á su risa de escarnio la maldita hechicera... Fuéronse Gil y su princesa camino del castillo, lentamente, tristemente, coligiendo que la profecía del sabio de la montaña no podría llegar á ser jamás.



Era el aniversario de sus bodas, y era mañana de sol...

## X

Era primer aniversario de sus bodas, y era mañana de sol...

Inclinados sobre la cuna de su primogénita, mirábase los esposos en las claras pupilas inquiridoras y sorprendidas.

En aquella mañana, más que nunca, sintió Gil que su espíritu se esforzaba en tender vuelo hacia un azul de inmarcesibles dichas, y más que nunca se rindieron entumecidas las alas de su esperanza.

Como oleaje de borrasca, los impulsos de su contento se estrellaban sobre el cantil de una eterna, imborrable tristeza...

La reina Dora creyó morir. En el inmenso y santo goce de su maternidad, ahogábanla,

sin llegar á brotar de su garganta, todos los sollozos de sus pretéritas cuitas, unidos á los de sus presentes alegrías... La reina Dora creyó morir.

Era el aniversario de sus bodas, y era mañana de sol; una blanca mariposa entró por el abierto ventanal gótico, y fué á posar su ingrátido aleteo sobre el embozo de la cuna. Inciertas y afanosas, las manecitas de la

niña trataron de aprisionarla, y en aquel juego pusieron su primera fiesta. ¡Mágico instante de ternuras! De los párpados de la reina Dora brotó, inagotable y placentero, el llanto, y sintió Gil quebrarse en su espíritu la dura cadena de un maleficio.

Habían unido sus labios en silenciosa y mutua gratitud. Sonreía Gil, y sobre aquella sonrisa corrió, abrasada en divinas abnegaciones, la primera lágrima de su princesa, de su esposa, y de su reina.

No en vano, descifrando papiros egipcios, pergaminos indostánicos y ladrillos asirios, estudió el sabio milenarío todas las sentencias de los astrólogos, de los adivinos, y de los filósofos. Constábase, pues, que existe un amor, *allende los amores*, y que de dos pasiones fatalmente egoístas, nace, al calor de la paternidad, ese excelso amor libre de miserias que sólo es capaz de quebrantar los maleficios, y de hacer reír ó llorar á quien vivió ajeno á la risa ó al llanto.

Y de tal modo, según cuenta la leyenda, fué cumplida la profecía del sabio; del sabio que, lejos de la vida, aprendió la difícil ciencia de las almas...

(Dibujos de Torné-Esquius.)

# Una novela policial vivida



## LOS BANDIDOS TRÁGICOS...



El correr del mes de Febrero se desarrolló ante la audiencia del Sena un proceso monstruo; el de los bandidos trágicos. Así hemos dado en llamar á la cuadrilla de terribles malhechores que, durante seis meses, tuvieron en jaque á Francia entera, sembrando por doquier la desolación y la muerte.

Constituían una asociación formidable; habíanse organizado bajo el régimen de una perfecta solidaridad y, en fin, disponían de cuantos medios auxiliares hubo de poner á su alcance la ciencia: teléfono, automóvil, armas perfeccionadas, etc.

Así dispuestos, lejos de confiar el buen éxito de sus empresas á la suerte, preparaban y estudiaban cuidadosamente sus planes, y al ponerlos en práctica hacían gala de una habilidad, de



Callemín (a) Raymond la Science.

una ferocidad y de una presencia de ánimo, sólo comparables con su sin igual audacia.

Se comprende, pues, el desconcierto de la policía, ante crímenes llevados á cabo con semejante método y con ciencia tal.

Ningún autor de dramas policiales ha llegado á imaginar nunca una intriga tan compleja, como lo es la de este proceso que nos presenta la realidad, superando, en su novela vivida, á las más audaces creaciones de la imaginación. El primer acto de la tragedia sangrienta se desarrolló en París, el 21 de diciembre de 1911.

A las 9, de la mañana, en pleno barrio Montmartre, y en plena hora de circulación por la calle Ordener, el cobrador de la «Sociedad General» que llevaba el numerario destinado á las operaciones del día, en la sucursal del barrio, fué asaltado y recibió, disparadas á boca de jarro, tres balas de revólver. Los autores del crimen,

luego de apoderarse de 320.000 francos en títulos, y de 5.500 en metálico, huyeron, refugiándose en un soberbio automóvil que les aguardaba, y que partió á todo escape, en tanto que sus ocupantes mantenían á distancia las contadísimas personas que trataron de perseguirles, disparando contra ellas los cargadores de sus «brownings».

En vano se trató de dar alcance al misterioso automóvil gris, y en vano se trató de cerrar todas las puertas de París con objeto de impedir su salida: nada se consiguió, y lo único que la policía logró, en sus pesquisas, fué el establecer una relación indudable entre el atentado de la calle Ordener, el robo efectuado poco antes en una armería de la calle de La Fayette, y la desaparición de un automóvil ocurrida casi al mismo tiempo. Todo hacía suponer que se trataba de una cuadrilla organizada perfectamente, y que, en los robos efectuados antes del primer golpe de mano, no había hecho sino preparar ulteriores y más importantes proezas.

Apenas comenzaba á serenarse la emoción causada por este crimen, cuando otro, aún más incomprensible y audaz, sembró el espanto y la intranquilidad en París. Era el 27 de Febrero de 1912, á las ocho de la noche, en el momento en que la circulación es más intensa en las calles. Un automóvil llegó á la plaza del Havre, y su marcha exagerada y el no tomar la derecha conforme á los reglamentos de policía, fueron circunstancias que obligaron á un agente á detenerlo. Pero así que el guardia puso pie sobre el estribo del coche, dos brazos armados de pistolas asomaron á la portezuela, y simultáneamente se oyeron tres disparos. El policía cayó muerto, y el automóvil desapareció á todo correr. Un *chauffeur*, de otro automóvil hizo cuanto pudo por dar alcance á los fugitivos, pero tuvo la mala ventura de atropellar á una muchacha, y el público, indignado por la marca del



Souly.

coche y por el atropello, le obligó á detenerse. Cuando el *chauffeur* logró explicar lo ocurrido en la plaza del Havre y el motivo de su carrera desenfrenada, ya era tarde, y los bandidos estaban lejos.

Pero no habían de tardar en hacer hablar de ellos nuevamente. En la misma noche, el ya célebre automóvil gris se detuvo en Pontoise, ante el domicilio de un notario. Del coche descendieron varios hombres, que se esforzaron en violentar la cerradura de la puerta; el notario, alarmado por el ruido, despertó, y asomándose á la ventana trató de averiguar el motivo de la algarada. Por toda respuesta, los bandidos le acogieron con una descarga cerrada. El agredido, lejos de amilanarse, empuñó su revólver y contestó á tiros. Los asaltantes, temiendo que el vecindario acudiera en auxilio del notario, volvieron á montar en el coche y desaparecieron de nuevo.

El 25 de marzo del mismo año habían de escribir los audaces forajidos una nueva y dramática página de su historia. Fué á 25 kilómetros de París, cerca de Montgerón. Un gran coche automóvil de Dion Boutón pasaba, conducido por un *chauffeur*, á quien acompañaba un viajero. El automóvil, recién construido, iba á ser entregado á su dueño, quien se proponía utilizarlo para un viaje á la Costa Azul. De pronto, dos hombres se interpusieron en el camino, y uno de ellos agitó un pañuelo. El conductor se detuvo, é inmediatamente surgieron de sus refugios nuevos desconocidos que aguardaban, ocultos, el paso del coche. Sonaron varios dispa-

ros, cayendo mortalmente herido el conductor, al mismo tiempo que el viajero que le acompañaba recibía varios balazos; y arrojando al camino los cuerpos maltrechos de los infelices, los bandidos se instalaron en el coche y partieron á toda marcha, en dirección de Chantilly. Llegaron á este punto, después de



Kibaltchiche.

una carrera loca, y se detuvieron ante un establecimiento bancario. Los empleados se encontraban trabajando, cada cual en su puesto, cuando el banco fué invadido por los asaltadores, quienes, sin decir palabra, descargaron sus pistolas sobre los empleados, recogieron cuanto dinero pudieron encontrar, y volvieron á refugiarse en el coche ante el cual, uno de ellos, armado de una carabina de repetición, disparaba contra la muchedumbre que, alarmada por las descargas, comenzaba á acudir. Terminado el asalto, los bandidos siguieron disparando, desde el interior del automóvil, contra todo el que les salía al encuentro, y de este modo se pusieron en salvo, sin gran prisa. Se telefonó; se telegrafió; se puso en movimiento la policía toda de París: ello fué inútil, y lo único que se consiguió, fué dar con el automóvil, abandonado á las puertas de París.

Las investigaciones de la policía tuvieron como único resultado práctico, el llegar á la identificación de los jefes de la cuadrilla: Bonnot y Garnier. Los periódicos multiplicaban sus ediciones especiales, dedicadas á las tristes hazañas y á las supuestas y siempre mentidas detenciones de ambos forajidos, cuyos retratos circulaban de mano en mano, repartidos por la policía; por su parte, la Sociedad General, víctima de los audaces atentados, ponía precio de cien mil francos á las personas de los cabecillas, y buen número de policías espontáneos, movidos por la ambición de tan importante premio, se dedicaban á buscar por todas partes á los misteriosos é inalcanzables bandoleros.

Para quien conozca el carácter impresionable y novelero de los parisienses, será fácil imaginar la tensión nerviosa en que se hallaba la ciudad, y el perpetuo circular de versiones y de alarmas, á cual más disparatadas y fantásticas, á que daban motivo las inauditas audacias de los bandidos. Todo el mundo se descubrió vocación de detective.

El jefe de la Policía recibía constantemente las visitas de gentes convencidas de poseer la verdadera pista de los anarquistas. Los cocheros y los camareros de cafés y de restaurantes acudían presurosos á buscar gran refuerzo de agentes, por haber reconocido á Bonnot ó á Garnier en alguno de sus clientes ó consumidores. Llegaban los policías armados hasta los dientes; detenían al sospechoso; el público amotinado intentaba lincharle; y al cabo resultaba tratarse de un inofensivo burgués, que se había visto, en mal hora, en la precisión de alquilar un taxi, ó que había cedido al deseo de tomar un refresco. En tales tiempos, viajar en automóvil gris por las carreteras de Francia, era exponerse á un disgusto serio y á varios días de cárcel, hasta tanto que se lograba establecer su propia y honrosa identidad. No uno, sino muchos, fueron los turistas que

sufrieron toda clase de vejaciones por disponer de un coche gris.

Y si las alarmas serias no fueran suficientes para intranquilizar la vida, los bromistas comenzaron á hacer de las suyas, y como la Policía no quería desperdiciar ninguna ocasión de dar con los anarquistas, tomaba en serio cuantas indicaciones recibía, y era un perpetuo y loco ir y venir.

Mientras tanto, la tienda de armería que había sido robada por los bandidos, realizaba un negocio envidiable. Las « brownings » de la casa habían sufrido pruebas incontestables en manos de los Bonnot y de los Garnier, y todos los pacíficos ciudadanos, temerosos de los bandidos, se proveían de armas de la misma procedencia que las que tan ciertamente funcionaban en poder de los anarquistas.

Y al terror que en general inspiraban los audacísimos cuadrilleros, sumaron pronto la popularidad y, en determinados casos, una relativa admiración por sus rasgos de salvaje energía.

Lo que no pudo lograrse con los esfuer-



Crozat de Fleury.



Carouy.

zos de la policía oficial, ni con los entusiasmos de la policía privada, se consiguió por medio del soborno y de la delación. Las mismas personas que, al tanto del paradero de los bandidos, se habían cuidado bien de revelarlo á las autoridades, alegando el pretexto de temor á futuras represalias, perdieron todo cuidado así que la Sociedad General anunció sus premios á las denuncias, y que se trató de cobrarlos.

Merced á una delación fué detenido Carouy, no sin un extraordinario lujo de precauciones, y poco después se averiguaba por igual conducto el refugio de Bonnot. La Policía cercó la casa de un mercero de Ivry, llamado Gauzy, sospechado de hospedar á Bonnot. En efecto, en el dormitorio de Gauzy estaba oculto el bandido, quien, no dispuesto á dejarse prender, se defendió á la desesperada, matando á un inspector, hiriendo á otro, y consiguiendo escapar por la ventana de la habitación y por los tejados vecinos.

Este fracaso de la policía exasperó por completo á la opinión, y los jefes de Seguridad dieron á los agentes la orden de no esforzarse en detener á los bandidos, sino, sencillamente, matarlos.

Una nueva delación dió á conocer por segunda vez la pista de Bonnot, y se averiguó que se refugiaba en un garaje, propiedad de uno de sus amigos, en Choisy-le-Roi. Se organizó una expedición en regla, dirigida por el propio jefe de la Seguridad. Bonnot y su amigo, prevenidos de que los agentes cercaban el garaje, se encerraron, y desde las ventanas comenzaron un tiroteo que inmediatamente causó varias víctimas. El cerco del garaje duró todo el día, hasta que, convencido el jefe de Seguridad de que era imposible hacerse dueño de los bandidos sin sacrificar nuevas vidas, se decidió el empleo de la dinamita. Al amparo de un carro lleno de paja, un agente pudo acercarse al garaje y colocar un par de cartuchos. Poco después, el edificio caía reducido á escombros, y entre ellos se encontraron el cadáver del amigo de Bonnot y el cuerpo aún vivo de éste. Los agentes le remataron á tiros, y en sus bolsillos se encontró el cua-



Gauzy.

dero de sus memorias, cuyas últimas líneas habían sido redactadas pocos instantes antes de morir.

Al sitio del garaje donde se refugiara Bonnot, sucedió pronto el del hotelito que servía de asilo á Garnier y á Vallet, en Nogent. Para realizarlo, fué menester movilizar todas las fuerzas disponibles de la policía de París y un batallón de zuavos. Se procedió á la construcción de escudos invulnerables por las balas, y con ellos se protegieron los agentes. Se fabricaron bombas de gases asfixiantes, para lanzarlas contra el reducto de los cabecillas. Todas las precauciones, en suma, parecieron pocas. La experiencia demostró también que no eran inútiles, ya que Garnier y Vallet habían convertido su refugio en un verdadero fortín, y que, á pesar de todo, un inspector cayó muerto bajo las certeras balas de los anarquistas, al cruzarse los primeros disparos entre sitiadores y sitiados.

Duró el combate largas horas, y al cabo, después de una resistencia tenaz y desesperada, y cuando ya el reducto caía en ruinas, los bandidos dejaron de disparar. Algún tiempo después, la policía penetró en el fortín, y en él sólo halló los cadáveres de los bandidos, cubiertos de heridas innumerables.

Así acabó el segundo acto de la tragedia, y París, liberada de una larga y espantosa pesadilla, respiró al fin.

SANTIAGO VILLANUEVA.



Dieudonné.

# CRÓNICA DE PARIS

por V. García Calderón

AL juzgar la complicidad de uno de estos bandoleros letrados que tanto inquietaron á París, un periódico insinuaba la circunstancia atenuante de que amó mucho á su perro. Amando á los animales, no era posible que fuera cruel con los hombres.

Era una sociología rudimentaria de periodista, que acaba de desmentir el señor Mirbeau en su esperada novela *Dingo*. Según él, amar mucho á los animales significa detestar á los hombres. Cuando éstos nos han hecho padecer, buscamos, como las solteras, la caricia de los « hermanos inferiores » que no consuelan; pero pueden servir con su atención oscura y su discreto amor de « confidentes á dolores solitarios ».

Mirbeau es una vieja solterona de la literatura. De ellas tiene las manías, las acritudes y el perro. *Dingo*, si hemos de creer á su propietario, es el más singular de los animales. Es socialista, practica una filosofía un poco cínica, y su independencia de carácter contras-

ta con la lamida cortesanía de sus hermanos serviles.

Pero si vamos á entrevistar á los otros literatos sobre sus favoritos, todos dirán la misma ó parecida cosa. Porque cada escultor, cada artista, tiene sus preferencias. Y estas preferencias recorren la fauna entera, desde el gato cantado por Baudelaire hasta el pato y el asno, « misterios desdeñados » que la Berenice de Barrés besaba en horas de languidez sentimental. ¿ No escribió uno de los laureados del Prix Goncourt una novela en favor de las tortugas? Otros son más alambicados. Si ibais al bosque antaño, al « sendero de la virtud » — llamado así por ironía — veíais llegar seguramente, á las once en punto á un escultor ruso en compañía de su lobo con bozal. Y Cecile Sorel decía hasta hace poco á sus cortesanos, señalando á dos cachorros de león sobre la alfombra:

— Son mis mejores amigos.

Pero estos amigos recordaron los hábitos natales y un día, sin respeto por el Arte ni la



Sarah Bernhardt con su perro, en su morada estival de Belle-Ile.

Comedia Francesa, dejaron un blasón de cinco garras en aquella carne blanca.

Naturalmente, los parisienses prefieren en general á más serenos huéspedes: los gatos, las aves franciscanas, ó aquel cervatillo de pastorela que, encintado de rosa como una oveja de madrigal, vi caminar por la playa de Trouville, tras de una gentilísima, con una docilidad de cuento de hadas.

Pero éstas son excepciones. El preferido es siempre el perro; sin duda porque devuelve el cariño aparatadamente. Mignon, Kiki, Ribaudé ó Nadine aparecen á cada rato en las ilustraciones, al lado de sus dueños literatos: Colette Willy, Lavedan ó Paul Adam

Como llamaron al siglo XIX el siglo de los niños, éste puede llamarse el de los perros. Nunca estuvieron mejor, porque jamás se les había supuesto un alma. El filósofo del siglo XVII los consideraba como aparatos de cuerda y seres desprovistos de sensibilidad. El dulce Malebranche nos cuenta Taine — pegaba á su perro alegando que no sentía, y que « sus gritos sólo eran viento exhalado en un vibrante canuto ».

Cuando los conquistadores de América consultaban seriamente á los Pontífices si los indios tenían alma, era difícil que se la atribuyeran á los animales. Apenas San Francisco, como un loco manso, había apostrofado á sus hermanas las aves, y La Fontaine siguiera un día, enternecido, el entierro de una hormiga. Pero el siglo XIX descubrió que padecían como nosotros. Y las viejas solteras que leían *Graziella* adoptaron á los perros para siempre. Entonces aparecieron sastres que les cortaban paletós de terciopelo, y les envolvían las extremidades en lindos estuches de muñeca. Junto al rumor del río les erigieron un cementerio con piedras tumulares, y una fotografía que se destiñe, y versos, versos llorosos de epitafio, lamartinianos, desolados, en donde se

compara al extinto con los mejores hombres. « Sólo le faltaba hablar », dice uno de ellos. Y en los faroles de la ciudad han logrado hacer inscribir el undécimo mandamiento, un mandamiento municipal y anglicano:

« Sed buenos para con los animales ».

Sólo que les es perjudicial la amistad de los hombres. Adquieren nuestras neurastenias y nuestras melancolias. Fué preciso crear sanatorios especiales. Los hay ahora cerca de París, en soledad agreste y reparadora. Todo es menudito como en un hospital de niños. Allí están los cuartos colchados, con caloríferos; allí está la sala de operaciones desinfectada y charolada, con el brillo de tijeras y bisturís; allí está el parque un poco alto, para que los pensionados tengan su « cura de aire »; allí, en fin, os reciben los « médicos de pequeños animales », como he leído en sus tarjetas. No les llaméis veterinarios: se ofenderían: ¿ Conviene este título, que evoca al doctor Sangredo y su jeringa, á los elegantes manipuladores de perrillos que valen tres mil francos?

Un hombre no vale tanto. Si se vendiera como antaño « un esclavo joven y musculoso », no darían ese precio por él. Y algunos comienzan á murmurar lo que sabíamos antes de Mirbeau: que ese amor está formado de mucho desamor á la humanidad. La buena *miss* que en una calle de Londres se precipita á levantar al caballo rodado, aliviará pocas veces con un penique á los hombres hirsutos é inquietantes que, en el

crepúsculo violeta, se os acercan para decir con voz ardiente, rechinando los dientes, con rabia y con frío, que no han comido. Tal vez sería oportuno colocar junto á las placas de París otras más grandes, con este rótulo: « Sed buenos para con los hombres »...

No os engañe, sin embargo, esta bondad. No va muy lejos, ni se extiende más allá de



En los faroles de la ciudad han logrado hacer inscribir el undécimo mandamiento, un mandamiento municipal y anglicano.

un platonismo sentimental é inerte. Ninguna parisiense se arrojará á levantar al caballo de coche que desfalleció sobre la nieve. No encontraréis santas mujeres ocultando bajo el vestido gris un saco de avena, para reanimar á los jamelgos cuando penosamente ascienden por calles en declive. Estas de París continúan saboreando el *foie-gras*, aunque les digan que, para engrosar al ganso, le arrancaron los ojos como á un simple guerrero turco. Y no esperéis que encuentre partidarias la sociedad alemana para no usar *argelles* ni plumas de ave del paraíso, porque despojan al animal cuando está vivo.

Entre la moda y la piedad, ellas se incli-



Fué preciso crear sanatorios especiales para perros. Los hay ahora, cerca de París, en soledad agreste y reparadora.

bra: « artistas » como un ciego, sin que hallaran el término adecuado. En cambio, desde este mes, tendremos que decirles á los más elegantes pintores, con emoción:

— ¡ Es Ud un sorprendente costurero !

Porque bajo la presidencia de La Gándara, que á tantas mujeres ha vestido de tela, acaba de fundarse una asociación de pintores de la

nan por la moda. Y luego, si vieran en realidad aquí cerca, en su París, las extracciones con dolor; pero esto ocurre vagamente en cualquier África lejana.

Y luego, la moda es tan tiránica. Precisamente ahora, se agregan al costurero nuevos déspotas. Hasta hoy les decíamos á los artistas del trajo esta pala-

mujer». El título indicaría que quieren pintar mujeres. Pero la mujer es el vestido, como decía con profunda concisión un filósofo de París; y los desnudos no están de moda en este siglo de várices. La Gándara y Willette y veinte otros, tal vez celosos de la primacía del costurero, de su hegemonía en el corazón de sus clientas, quieren probarnos que también saben cortar faldas y blusas.

La idea no es enteramente nueva. Ya Sarah Bernhardt, cuando tenía cuarenta años — ¿ ha tenido cuarenta años alguna vez Sarah Bernhardt? — se hacía pintar vestidos por Mucha. Eran rosas moribundas y desfallecientes camelias. Pero sólo en la pintura ó en las tablas pudo llevar esos vestidos bizantinos, de santa española ó de ícono, esos vestidos « art nouveau », crispantes, agresivos, que exhiben todavía, envejecidos por los inviernos y las casas de préstamo, las chicas rusas de mi barriolatino.

Muchos años después fundó una casa de modas, Poiret, un antiguo estudiante de Bellas Artes, un frecuentador del baile de *Qual' z' arts* y, naturalmente, un autor de modas superlativamente audaces. Fué el Salón de Otoño de la costura, pero un Salón decorado con miniaturas persas. Como las modas influyen en el mundo — ¡ dime cómo te vistes y te diré qué piensas ! — se dieron pronto bailes persas, con Scherezadas y Zuleimas, al mismo tiempo que, disfrazados de vizires y de emires, en el *Qual' z' arts*, bailamos la más alocada zarabanda que ha visto derviche alucinado. Del mundo pasó á la literatura, y tradujeron á Saadí y á Omar Kayyam, y se cantó á Chiraz, ciudad de rosas.

Era la boga. Los demás costureros se alarmaron. Uno de ellos, el más famoso, adoptó al dibujante Paul Iribe, el más genial de París, un dibujante de orientales languideces y Dinazardas esbeltas « como cipreses », suaves « como laúdes », en la canción de Djami. Desde entonces, vimos finos trazos que eran anuncios, y al detenernos ante un escorzo admirable, no podíamos saber si era

sencillamente el prospecto de un costurero. Desterrados fueron para siempre — ó relegados á periódicos burgueses — los grabados de antaño, que un ignorado artesano hacía por docenas en un rincón de la casa de modas, junto á la obrera de blusa y la « faldera ». Es un artista ahora. El costurero le consulta si el color violeta del cinturón puede rimar con el negro de la chaqueta rusa; y él habla de « ambiente » ó de « valores », citando á Rossetti y á los impresionistas.

Puesto que guían la moda

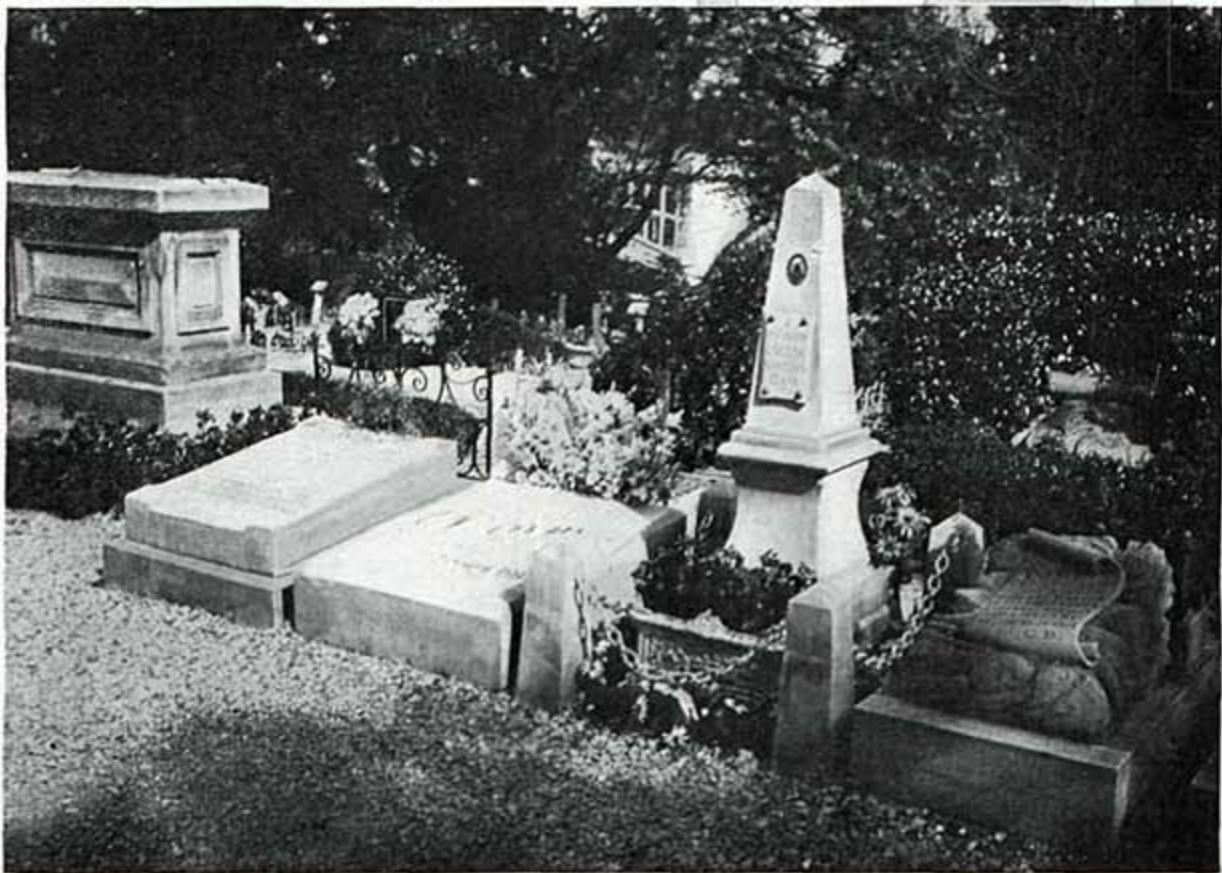
¿ por qué no dictarla directamente ? Ya los pintores elegantes, La Gándara ó Boldini ó Aman-Jean, les habían impuesto á las mujeres una flacura estética, á donde ellas llegaban con fatiga, bebiendo té y suprimiendo los pasteles de la merienda. Para ser elegante era preciso, además del collar de perlas, un vestido cortado por X y un retrato firmado por Boldini.

Todo se reduce ahora á un mismo dulce dueño. El cuadro puede servir de « patrón », y un solo precio — supongo — un precio reducido comprenderá la pintura al óleo y la copia del retrato en tela y blonda. Sin duda, debajo de los cuadros se incibirá la dirección del modisto; y á la mención: « comprado por



EL VESTIDO "FLEUR DE LYS"

Dibujo original de Willette, comunicado por la casa Bulloz.



Junto al rumor del río les erigieron un cementerio con piedras tumulares...

el Estado», sucederá: «mandado hacer veinte veces». Hasta el estudio de la pintura se facilita. No tendremos que clasificar escuelas. Habrá sencillamente pintores de la falda, pintores de la blusa y pintores del vestido de baile. Y el mejor elogio á un *cher maître*, será decirle que tiene manos de modista.

Sólo que... el ensayo no es feliz. Willete, pintor de Colombinas poco vestidas, quiere vestirlas decentemente y nos propone una invertida flor de lis. Pero Colombina es de

Montmartre y, por supuesto, tiene los gustos de ese barrio. Es poco probable que se sometan á la moda propuesta, las elegantes clientas de la rue de la Paix.

Y es menos probable todavía, que tengan éxito en su empresa artístico-financiera los «queridos maestros». Porque, tal vez, un buen pintor puede ser un pésimo costurero, y quizás, para vestir á las mujeres, es más útil haber manejado un año las tijeras que toda la vida los pinceles...

Ventura Góicó Calderón

## Mi bandera

*Mi bandera es blanca con estrellas de oro...  
La cogí en la guerra á un poeta moro,  
Por la fé sincera de su amor, cristiano,  
Y por su sencilla condición, mi hermano.  
Blanca y con estrellas de oro es mi bandera,  
Como una paloma en la Primavera  
Besando en la fuente los rayos de luna...  
Su historia, es la historia del alma moruna  
Que es gracia de Venus y fuego de Sol,  
Hermana del alma del genio español.  
La cogí en la guerra á un poeta moro...  
Nadie tuvo prenda de mayor tesoro  
Ni soñara nadie con riqueza tanta.  
Yo posé en la tierra árabe mi planta  
Con la audaz fortuna de los visionarios,  
Y en los amuletos de unos relicarios  
Puesta la esperanza de futura gloria,  
Al poeta moro gané la victoria.  
Desde entonces mía fué toda la tierra,  
Y me hui del rudo campo de la guerra,  
Con bandera blanca matizada de oro...  
¡Nadie tuvo prenda de mayor tesoro!*

J. MUÑOZ SAN ROMAN.



# EL TEATRO EN PARIS

Por E. GOMEZ CARRILLO



## SERVIR

de Henri LAVEDAN.

## LA DEMOISELLE DE MAGASIN

de FONSON y WICHELER.

## LES ECLAIREUSES

de Maurice DONNAY.



N vez del teatro blanco que los moralistas reclaman con insistencia para las familias, los dramaturgos franceses parecen decididos á no darnos sino un teatro tricolor. Después de *Cœur de Française* en el Ambigú, y de *Alsace* en el Rejane, he aquí *Servir* en el Sarah-Bernhardt. El género, en realidad, no es nuevo. Para hacer cantar la marselesa en la escena y para representar á los alemanes como seres inferiores, siempre ha habido en los barrios populares autores más ó menos anónimos. Pero, ahora, el patriotismo belicoso ha invadido el centro y ha conquistado á los más ilustres autores. ¿Quién nos hubiera dicho, en efecto, hace apenas dos años, que un Gastón Leroux abandonaría sus misterios alucinantes para hacer caricaturas militares? ¿Quién hubiera pensado que Bernede dejaría en el olvido á sus personajes pintoescos y truculentos, para llevarnos á las fortalezas de ultra Rhin? ¿Quién, en fin, que Lavedan cambiaría su chistera de vividor elegante por un morrión bélico? Y lo lamentable no es que la veta nacionalista esté en auge. Sacaran de ella brillantes escudos para deslumbrarnos, y nada diríamos á los nuevos mineros del arte. Pero la verdad es que, hasta hoy, no hemos visto sino sainetes ó melodramas. El tipo del sainete es la *Alsace*, de que ya os he hablado. El del melodrama es *Servir*.

El conflicto de *Servir* se desarrolla en el seno de una familia, entre un coronel retirado que representa al militar apasionado, y su hijo Pedro que es teniente y que tiene ideas humanitarias.

— La guerra — dice en substancia el padre — es siempre sagrada. No tenemos que pensar en que sea justa ó injusta. Es la gue-

rra y eso basta. Cuando suenan los clarines que nos llaman á servir á la patria, nuestra alma debe llenarse de júbilo. Ni la familia, ni la humanidad, ni la moral, ni la religión, ni nada, nada, nada, pueden impedirnos tomar el fusil.

Y el hijo contesta:

— Yo creo que la guerra es un mal terrible. ¿No ves que deja millares de hijos huérfanos, millares de mujeres viudas? Exponer mi vida por hacer algo que sea útil al mundo, sería para mí un goce infinito. Pero ir á matar sin saber por qué, eso no.

— Eres indigno de mí — exclama el coronel.

— Me basta con ser digno de mi conciencia — murmura el teniente.

A todo esto, las relaciones entre Francia y Alemania se agravan. En Marruecos, no transcurre un día sin que las jarcas rebeldes ataquen á las columnas francesas con armas alemanas. El conflicto parece inevitable. Y el viejo militar, que llora por no estar aún al frente de su regimiento, conságrase, en su delirio patriótico, á servir á su patria como espía. Su alma noble siente de un modo confuso lo que hay en eso de infame. Sólo que ante todo está su deber de soldado, y su deber le ordena que sirva, que sirva de cualquier modo, que sirva exponiendo su existencia, que sirva á pesar de sus antiguos jefes. Y sirve. Y en sus pesquisas llega á descubrir que su hijo Pedro ha inventado un explosivo tan terrible, que con él podría asegurarse la destrucción de un ejército enemigo.

Pedro, en efecto, haciendo experimentos en su casita de Vincennes, ha hallado la fórmula de una pólvora mucho más espantosa que la melinita. «Unas cuantas onzas de este producto — dice — bastarían para reducir á escombros una ciudad entera». Pero por lo mismo, su inflexible conciencia le prohíbe que ponga semejante «fleau» en manos de los hombres. ¡Ah! ¡si la humanidad fuera capaz de comprender la grandeza ver-



dadera de las conquistas de la ciencia! ¡ Si quisiera, cuando encuentra una de esas palancas sobrenaturales, servirse de ellas para levantar las rocas, para destruir las islas inútiles, para agujerear las tierras estériles! Pero no. La dinamita, como la melinita, como todos los explosivos, sólo tienen prestigio porque son armas de destrucción criminal. El nuevo invento servirá, si los hombres se apoderan de él, para matar á los hombres. Los anarquistas lo emplearían en sus bombas, y los gobiernos constituidos en sus granadas. Más vale, pues, destruirlo. Y, generosamente, noblemente, desinteresadamente, Pedro se propone ir aquella misma noche á su casita lejana, y hacer desaparecer lo que para él podría ser un tesoro.

Al mismo tiempo, su padre entera al ministro de la guerra del descubrimiento que ha hecho en casa de su hijo. Y como la guerra está á punto de estallar, el representante de la defensa nacional no vacila en apropiarse un invento, que no pertenece al Estado.

— Esta noche — dice el coronel — os entregaré la nueva pólvora en Vincennes.

Y en el momento indicado, el ministro y el militar patriota se encuentran en la casita misteriosa del joven teniente. La guerra ha estallado ya. Un telegrama de Marruecos ha decidido al gobierno de la República á ordenar la movilización.

— Este explosivo será nuestra victoria — exclama el coronel.

En ese mismo instante, el inventor penetra en su laboratorio. La escena es angustiosa.

— Has venido para robarme, después de haberme espiado — exclama.

— Sí — contéstale su padre — es para la patria.

Y después de un diálogo terrible, en el cual



M. Capellani y M. L. Guitry, en "Servir".

las frases se entrecrocaban como aceros, el joven oficial, inclinándose ante la idea eterna de patria, corre hacia la frontera para bañarse como todos sus camaradas.

¿ Os acordáis de *Mademoiselle Beulemans*? Era una niña de Bruselas, hija de cierto poderoso cervecero que quería unir la con el heredero de otro no menos poderoso cervecero, y que después de muchas aventuras logró casarse con un buen muchacho pobre. Esta « mademoiselle », que tuvo en París un éxito inmenso durante

años y años, nos había dejado á todos el deseo de conocer á alguna de sus amigas. Y he aquí que sus creadores nos traen de la fecunda Bélgica algo mejor: una hermana de nuestra gentil cervecera. La nueva heroína brucelesa ya no es hija de padres ricos. Pero eso no importa. Por la sonrisa y por el alma se ve, desde luego, que pertenece á la misma familia de la *petite Beulemans*. Sus señores padres, arruinados en el comercio de cualquier cosa,

la dicen que es necesario trabajar. ¿ Trabajar? Está bien. Pero ¿ en qué? Después de largas cavilaciones, la pobre niña se decide á buscar un empleo de vendedora. Unos tapiceros, que están á punto de quebrar, la toman como empleada, como *demoiselle de magasin*. Al fin y al cabo — piensan — para lo que ha de suceder, lo mismo da tener una dependienta. Pero apenas Clara pone los pies en la tapicería, todo cambia como por encanto. El escaparate se alegra. La gente entra á ver las cosas, tal vez sin deseo de comprar, y una vez que se encuentra ante la linda vendedora, compra, compra, compra. Nadie regatea. Nadie discute. La sonrisa de la niña es un talismán mágico. Y en vez de quebrar, los esposos Deridder se enriquecen. Uno de



M. Jacque y Mlle. Delmar, en "La demoiselle de Magasin".

los clientes que pasan un día por la tienda, y que es millonario, se enamora de la *demoiselle de magasin*, y confía al amo de su ídolo la gerencia de algunos negocios pingües. El señor Deridder se da un tono enorme. La señora Deridder hace lo mismo. Y ni uno ni otro parecen notar que la fortuna les viene de la pobre muchacha, que sigue vendiendo alfombras y cortinas en su tienda. Así, cuando el cliente milagroso, el « amigo » Amelin, como ellos le llaman, declara que quiere casarse con Clara, los tapiceros se irritan:

— Es una mujer indigna de un gran señor como V. — exclaman.

La « demoiselle », que adora en secreto á Amelin, hace como que todo aquello no le interesa, y para demostrar que no tiene ambiciones, dice que está dispuesta á casarse con un empleadillo tan humilde como ella, que se llama Antonio. Amelin sufre. Pero su alma es sublime, y lejos de irritarse, ofrece á Clara su apoyo para cuando esté casada. Naturalmente, todo se arregla, y Amelin y Clara se unen ante Dios y ante los hombres.

La comedia de Fonson y Wicheler, así

contada, no tiene ni una gran belleza ni una gran novedad. Hace cincuenta años, todos los autores parisienses inventaban intrigas análogas. Pero yo no sé si es porque ahora una anécdota así, tan sencilla, tan ingenua, tan fresca y tan pura es una cosa muy rara en el bulevar, ó si es porque, realmente, hay en el fondo del idilio burgués de la *Demoiselle de magasin* algo de poesía profunda é íntima, lo cierto es que la impresión que deja en nuestras almas es deliciosa.

El más grande « succès » de esta temporada no ha sido, á pesar de lo que digan algunos periódicos, ni el de Lavedan, ni el de Gastón, Lerroux, ni el de Fonson y Wicheler. No. El más grande « succès » ha sido y sigue siendo el de Maurice Donnay, cuyas *Eclaircuses* hacen pensar en aquella divina « Dolorosa » que fué, hace veinte años, una revelación para el mundo. Viendo esta nueva comedia tan fina y tan intensa, la gente se pregunta:

— ¿ Por qué Donnay no había cultivado, durante estos últimos tres lustros, un género que es tan suyo y que es tan bello?...

¿ Por qué trataba de parecer trascendental y solemne?... ¿ Por qué convertía el error de un día en sistema?...

Lo interesante, en todo caso, es que el gran poeta haya al fin reconocido su error y que, abandonando las durezas del *Retour de Jerusalem*, vuelva á su manera juvenil, que es, en él, la buena manera, sin tesis, sin teorías, sin alardes de moral social. Porque creer, como los Brisson y los Hermant, que en la nueva comedia de Marigny hay una tesis, es exagerar las intenciones del autor. ¿ Qué se desprende, en efecto, de las *Eclaircuses*? ¿ Que una mujer, antes que apóstol, es mujer? ¿ Que el feminismo no es sino un refugio momentáneo para las almas sensibles? ¿ Que el amor es más fuerte que las teorías filosóficas? ¿ Que la libertad sentimental es una palabra vana? Todo esto, que yo no percibo sino vagamente en la obra, puede ser una lección que la vida misma da. Pero no es una tesis. Lo que Donnay nos hace ver, es el corazón de una mujer y no su cerebro.

Juana Dureille está casada sin amor con un hombre, que es, como la mayor parte de los

hombres, autoritario. Poco á poco, la pobre mujer nota que su existencia es triste. Y creyendo que de lo que carece es de libertad, se divorcia de su marido para lanzarse en la gran corriente del feminismo militante. Con su fortuna funda escuelas para niñas pobres, y ayuda á publicar periódicos de propaganda sufragista. A su alrededor, un círculo de oradoras de mitín se mueven con sus trajes casi masculinos y sus teorías exaltadas. Unas quieren ser senadoras, otras ser concejales, otras ser ministras, otras ser banqueras. Sólo Juana no tiene más desco que el de ser feliz, y el de no vivir tiranizada por la voluntad de un hombre. Al separarse de su marido, le dijo:

— Te juro que no volveré á casarme.

Pero ya se sabe que los juramentos de esta clase no tienen ninguna especie de importancia. Apenas Jacques Lehelloy aparece, en efecto, las ideas de la gran independiente comienzan á cambiar. Primero, siente la dulzura de la amistad franca, del cariño puro. Luego, el amor la vence. Mas en su alma leal, el juramento se alza para decirle:

— Es imposible.



Mlle. Spinelly, M. Signoret y Mlle. Dorziat, en "Les Eclaircuses".

Durante meses y meses lucha contra su propio instinto. Huye del que la ama. Se consagra al trabajo de propaganda con ardor. Se hace grandes discursos sobre la necesidad de vivir sola para vivir libre. Y un día, después de confesar á Jacques que le ama, pero que no se casará nunca con él, le dice:

— Márchate; olvidame.

El enamorado obedece. Triste y sin esperanzas, refúgiase en uno de sus lejanos castillos. La existencia comienza á resbalar mo-

nótona y desolada para él. — « No será nunca mía » — piensa.

Mas he ahí que una mañana ve venir por la alameda de su parque á una mujer joven, ligera, vaporosa. ¿ Es una aparición?... ¿ Es una ninfa del bosque?... No. Es Juana. Es Juana que se acerca y le dice:

— Aquí me tienes... no puedo vivir sin ti... Te adoro...

Y como en los cuentos de hadas, el cura de la aldea bendice al día siguiente su unión.

(Dibujos inéditos de Ives Marevéry.)

## VIAJAR...



Viajar es renovarse, renovarse es vivir...  
 Que el viajero tal como partió volver no espere:  
 En el que hace un gran viaje hay un hombre que muere;  
 Por eso, aunque muy dulce, siempre es triste partir.  
 Mas partir para aquél que huye de sí mismo,  
 Para el que quiere ser mejor y no lo alcanza,  
 Y para el que se busca, es salvar un abismo,  
 Unificar su "yo" disperso en la esperanza.  
 Los que se aman su amor aciecen en los viajes.  
 Nacen sus almas nuevas de comunes anhelos,  
 De soñar al unísono, de ver los mismos cielos,  
 De emociones iguales, de idénticos paisajes.  
 Para dos que se aman, viajar es pues llegar  
 En la unión de las almas al más perfecto grado,  
 Es tocar su canción en un mismo teclado  
 Y hacer más vasta y múltiple la dulzura de amar.

MANUEL GALVEZ.



# Alianza Intelectual Franco-Hispánica

✻ ✻ ✻

EL CENTRO DE ESTUDIOS FRANCO-HISPANICOS EN LA UNIVERSIDAD DE PARIS.

La creación de un Centro de Estudios Franco-Hispánicos en la Universidad de París, puede considerarse como uno de los hechos de mayor trascendencia para la historia de la intelectualidad, no sólo en España, sino también en los países del idioma castellano.

Altamira lo ha dicho en la conferencia que ulteriormente reproducimos:

*¡Al hablar desde las tribunas de la Sorbona, el mundo entero nos escucha!*

Y es cierto... La cátedra de París es la escuela del Universo, y ya era hora de que en esa cátedra se hicieran escuchar los hombres que en España tienen algo que decir.

El centro de Estudios Franco-Hispánicos, fundado bajo el alto patronato de la Universidad de París, y agregado á la Facultad de Letras, tiene por objeto: establecer un intercambio entre los intelectuales de ambos países; facilitar á los españoles el estudio de la cultura francesa, y á los franceses el conocimiento de la vida española; extender los estudios hispánicos en Francia; y, en fin, ayudar á los pensionados españoles, facilitándoles datos, consejos y apoyo.

El Comité Consultivo del Centro, presidido por el Rector de la Universidad y por el Embajador de España en París, está formado por ilustres personalidades, entre las que figuran: MM. Croiset, Decano de la Fa-

cultad de Letras; Apell, Decano de la de Ciencias; los señores Don Rafael Altamira, Marqués de Casa-Riera, Marqués del Muni, Condesa de Pardo Bazán, y Don Eduardo Dato; MM. Hanotaux, Lavisse, Vidal La Blache; y los señores Palacio Valdés, Menéndez Pidal, Gimeno, y Picón.

El Presidente del Consejo de Dirección es Mr. Martinenche, catedrático de literatura castellana en la Sorbona; y el secretario general, el Sr. Ibáñez de Ibero.

ACTO INAUGURAL DEL CENTRO DE ESTUDIOS FRANCO-HISPANICO.

Nace á la vida activa este importantísimo Centro, en la conferencia inaugural dada en la Sorbona por el ilustre Altamira.

Presidieron este acto el Rector de la Universidad de París, Mr. Liard, y el Embajador de España,

Mr. Martinenche hizo uso de la palabra, en primer término, dirigiendo un saludo á la intelectualidad franco-hispánica, y evocando, con elocuencia atractiva y sabia erudición, la

confraternidad existente entre las tierras de allende y de aquende el Pirineo — en cuanto á los dominios de la inteligencia y del corazón se refiere — confraternidad que no es de hoy, sino de antaño. Mr. Martinenche terminó su brillantísimo decir, con esta gentil frase:

— ¡Laboremos en favor de una comunión intelectual franco-hispánica, cada día mayor, y seamos, los trabajadores de España y los de Francia, hermanos en nuestro señor Don Quijote!



DON RAFAEL ALTAMIRA  
Ilustre historiador y pedagogo español, cuya conferencia, en la Sorbona, inauguró la serie organizada por el "Centro de Estudios Franco-Hispánicos".

Después de breves frases del Embajador de España, púsose en pie el Rector de la Universidad de París, cuyo verbo, fácil y emotivo, presta un extraordinario encanto á su discurso.

Dirigiéndose al señor Altamira, dice el ilustre catedrático:

— Os saludo en nombre de la Universidad de París, y de mis labios recibid la bienvenida de la Sorbona. Esta casa, no ha de seros desconocida, ya que en sus aulas habéis trabajado hace veinte años... Me asegurabais que os ha parecido enorme su transformación: no en balde pasa el tiempo, señor Altamira!... Pero si la Sorbona os es familiar, de igual modo sois para ella un antiguo amigo, y si al cabo de los veinte años que median entre aquella visita vuestra, la primera, y esta segunda de hoy, halláis grandes transformaciones en esta docta casa, no son, en ese mismo espacio de tiempo, menos considerables los progresos vuestros. Poseéis uno de los

espíritus más fecundos y más dúctiles de la España contemporánea. Sois literato, sois crítico y, en fin, sobre todo, sois historiador... Pusisteis empeño en alzar un monumento imperecedero en honor de vuestra patria, y no sólo habéis conseguido vuestro anhelo, sino que vuestra labor es un documento precioso para la historia de la civilización. He hablado de las diversas manifestaciones de vuestra inteligencia: fáltame hablar de los prodigios de vuestra voluntad. Habéis sido siempre, y seguís siendo, un hombre de energía y de acción. Lo fuisteis en Oviedo al organizar vuestros cursos para obreros, que llevaron un soplo de espíritu liberal hasta el apartado y viejo solar de Asturias; lo fuisteis, igualmente, á través

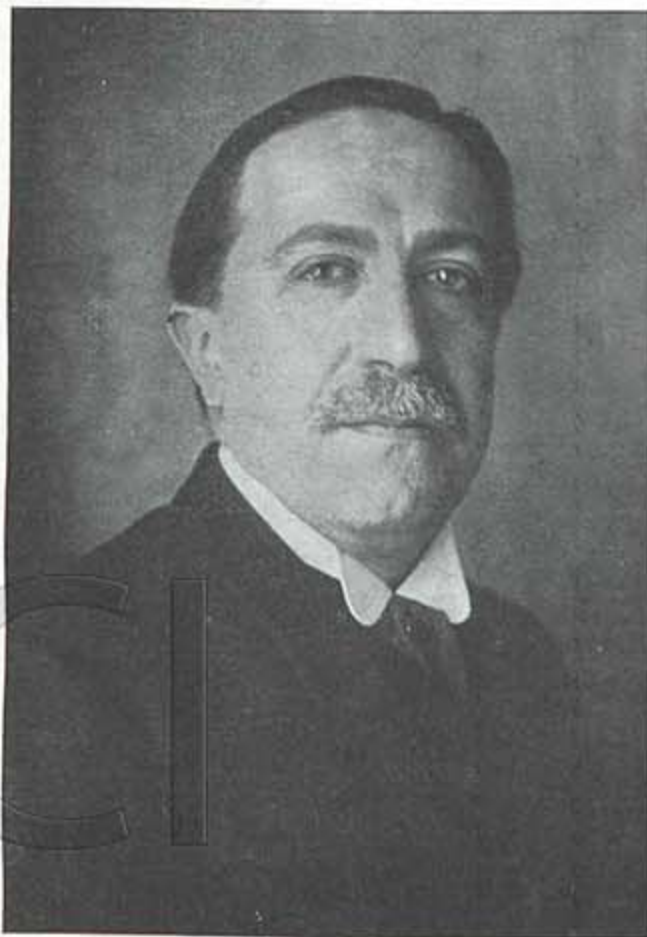
de las jornadas triunfales de vuestro viaje por América, y en ellas aparecisteis como un conquistador, llevando por arma la palabra, y por ideal el de la unión latina... Y seguís siendo hombre de acción al acometer la reforma de la enseñanza española, desde vuestro puesto de la Dirección General.

Dicho esto, el Rector de la Universidad de París ofreció al señor Altamira, en testimonio de admiración y de afecto, la medalla de dicha Universidad, entre los aplausos unánimes de la concurrencia.

LA CONFERENCIA DEL SEÑOR ALTAMIRA.

El señor Altamira comenzó por excusarse de su atrevimiento al dirigirse en francés, idioma que sólo posee imperfectamente, á un auditorio de intelectuales franceses. Sin embargo, y pese á su modestia, el conferenciante se expresa sin dificultad alguna, y con absoluta corrección, en el habla de Molière.

— Hay — dice, hablando de España — quien nos juzga al nivel de África, ó poco menos. Este completo desconocimiento de nuestra vida y de nuestros progresos no es extraño, y en el mismo caso que nosotros se encuentran, con relación á las grandes naciones europeas, cuantos pueblos no intervienen de modo directo y con influencia actual y propia en la marcha de los asuntos internacionales. Esta falta de interés hacia nuestro desenvolvimiento contemporáneo no nos produce queja, pero sí nos causa una gran tristeza, y ello no es ciertamente por sentimiento de amor propio herido, sino porque esta circunstancia nos elimina de la obra de colaboración que deseáramos en el progreso mundial. Razones son éstas



M. MARTINENCHE  
Catedrático de Literatura Castellana en la Sorbona, y Presidente del Consejo de Dirección del "Centro de Estudios Franco-Hispánicos".

que nos, han de hacer tanto más grata la fundación de este Centro de Estudios Hispánicos en la Sorbona, ya que, merced á él, al hablar desde esta cátedra de Francia, nos escucha el mundo entero.

Prosigue el señor Altamira su disertación y declara que, al tener el honor de ser llamado á París para inaugurar con su conferencia la serie de estudios hispano-americanos de la Sorbona, pensó en que ningún tema podía prestarse á ello mejor que el de las últimas reformas llevadas á cabo en la enseñanza, en España.

— Y no he de hacerlo — añade el señor Altamira — con la pretensión de mostrar un ejemplo que nuestros medios no nos permiten realizar; sólo deseamos dar fé de nuestro esfuerzo, y no á la manera de un potentado que hace gala de sus riquezas, sino al modo de un trabajador que enseña, sincera y humildemente, su trabajo.

A continuación, el conferenciante habla de la falta de confianza que en su propia labor tienen los intelectuales españoles, en quienes domina el sentimiento de una modestia exagerada, y la idea, frecuentemente injusta, de que España marcha por el camino del progreso más lentamente que los demás pueblos.

— En España — asegura el señor Altamira — existe una tendencia señalada contra las universidades, y sin embargo — añade — cuantos hombres de valía tenemos, han salido de esos mismos centros. Ciertamente es que éstos sufren una evolución muy lenta, y que aún conservan una estructura añeja, basada en el sistema de preparación de exámenes y de sujeción á un programa, pero se ha iniciado la reforma, comenzándola con la adopción de los cursos monográficos en que se desarrolla concienzudamente un solo tema, como ocurre en el doctorado de la Facultad de Madrid. Además, en otros cursos, los discípulos dejan ya de representar un papel pasivo, para asociarse activamente á los

trabajos de los profesores, poniéndose de tal modo en condiciones de llevar á cabo investigaciones propias.

Refiere el señor Altamira, detalladamente, los trabajos realizados por la *Junta para el perfeccionamiento de los estudios é investigaciones científicas*. El personal de esta Junta, que es casi todo universitario, ha logrado regularizar los viajes de los pensionados al extranjero, poniendo á estos alumnos en condiciones de obtener la mayor ventaja posible en sus trabajos. Igualmente, la referida Junta se ha ocupado de la constitución de grupos escolares, con objeto de subsanar la deficiencia de los medios de labor y de investigación; y extendiendo su interés no sólo á los estudiantes pensionados fuera de España, sino también á los que en España trabajan, ha creado bolsas de estudios y de cooperación.

Entre las más útiles fundaciones de la Junta figura la Residencia de los estudiantes, en Madrid, que está llamada á un desenvolvimiento y á una importancia extraordinarios.

Pasa luego el conferenciante al estudio de la enseñanza primaria en España, y hace la relación del nuevo giro y de las provechosas orientaciones marcadas por la «Dirección General», de reciente fundación — merced á la cual se ha conseguido desligar en absoluto la enseñanza primaria española de toda influencia política — y termina haciendo votos para que esta corriente de confraternidad intelectual, establecida entre los países del habla castellana y la nación francesa, se acentúe con el correr del tiempo en bien de nuestra cultura y de nuestro porvenir.

El señor Altamira fué aplaudidísimo, y calurosamente felicitado por su interesante disertación.



DON CARLOS IBANEZ DE IBERO  
Secretario General del "Centro de Estudios Franco-Hispánicos", en la Universidad de París.



## Una gran Fundación Americana

\*\*\*

EL INSTITUTO AMERICANO DE DERECHO INTERNACIONAL

\*\*\*

EXISTE en Europa una asociación de jurisconsultos, que no depende de ningún gobierno, y que no tiene afiliación ni con la Conferencia de la Haya ni con el Tribunal de arbitraje, designada con el nombre de Instituto de De-

recho Internacional. Trátase de una institución puramente científica, cuyos miembros se reúnen voluntariamente, para estudiar los principios en que se basan las relaciones entre las naciones. Su importancia es considerable y su prestigio inmenso, pues los 60 miembros activos y los 60 miembros honorarios que la componen, son los más eminentes jurisconsultos del mundo.

Paralelamente á esta institución, de cuna europea, he aquí que se acaba de organizar y fundar un Instituto Americano de Derecho Internacional, que no viene en modo alguno á hacer la competencia al del viejo mundo, no estando

tampoco establecido sobre bases idénticas. Este Instituto es más popular y federativo. Se compone de 105 miembros activos, ó sea 5 miembros por cada país americano. Además, cada miembro de la sociedad local organizada en cada país, es miembro asociado del Instituto Americano; así dependerá de esas sociedades la inspiración y la fuerza de la organización superior. Esa sociedad nacional de Derecho Internacional es una de las características de esa gran institución; cada República americana posee una, que tendrá facultad para nombrar

los cinco miembros que la deben representar, en el Instituto Americano de Derecho Internacional.

La creación de esta organización se imponía; su objeto es realizar una aspiración que ha dominado siempre la vida política de

los estados del Nuevo Mundo; esto es, encontrar el medio de asegurar la paz, y de estrechar los lazos de solidaridad que la naturaleza y la historia han creado entre esos estados. Obra grandiosa y difícil que facilitarán, sin duda, el progreso y la evolución de los países americanos en la vida internacional.

La complejidad de los problemas que presiden la vida de las naciones, da desde ahora nuevas orientaciones al derecho de gentes. Las relaciones entre los estados no tienen ya, como en otro tiempo, un carácter individualista y metafísico. Se va á la determinación uniforme de reglas, hoy aún imprecisas

y divergentes. Esta determinación se hace según los datos de las relaciones existentes, pero teniendo en cuenta los progresos y las mejoras que la civilización aporta á la vida social é internacional.

Esos caracteres del derecho de gentes aparecen con gran evidencia en los trabajos de las conferencias internacionales de la paz, que se han reunido en la Haya en 1899 y en 1907, esta última formada por representantes de casi todos los países del mundo. Después de establecer que « se quería extender el imperio del derecho y fortificar el



M. Elihu Root.

sentimiento de la justicia internacional », la conferencia de 1907 reconoció que, á falta de reglas jurídicas, es necesario recurrir á los principios del derecho de gentes, y en su defecto á los principios generales de justicia y de equidad.

Es un hecho incontestable, que la situación geográfica, la historia y la vida política de los Estados del Nuevo Mundo, han planteado problemas especiales y expuesto situaciones particulares. Para resolver estos problemas y examinar estas situaciones es necesario ampliar, en lo posible, los principios generales universalmente aceptados. Pero en defecto de esta aplicación convendrá ensanchar y desarrollar estos principios, según la noción de justicia y los deseos expresos ó tácitos de los Estados americanos. Este aspecto del derecho internacional, que el eminente jurista Sr. Alejandro Alvarez ha expuesto, llamándolo Americano, no implica en absoluto, para el Instituto, el deseo de crear un derecho especial, para su continente, diferente del derecho internacional universal. Como no lo han hecho las Conferencias pan-americanas, el Instituto no hará obra particularista al reglamentar los problemas y las situaciones que interesan al nuevo continente; los estados americanos quieren, en efecto, conservar al derecho internacional su verdadera fisonomía y su carácter universal; pero tienen también el deber de resolver juntos problemas internacionales de carácter netamente americano, hasta ahora no resueltos. Como lo ha dicho muy bien M. A. de Lapradelle, profesor de la Facultad de Derecho de París, el Instituto americano de Derecho Internacional será un instrumento de estudio, un órgano de encuestas puesto á la disposición de las Conferencias pan-americanas, para resolver los problemas americanos

de derecho internacional, y precisar la concepción americana de problemas comunes. Tal obra exige riguroso método, pues sólo el método documental puede hacer progresar el Derecho internacional.

De mucho servirá á la nueva fundación americana, la experiencia del Instituto de Derecho

Internacional que funciona en Europa desde hace más de cuarenta años. La nueva organización seguirá el camino que le trazara la vieja, cooperando en los trabajos de ésta en cuanto le sea posible. Los iniciadores y promotores del Instituto Americano de Derecho

Internacional son: el doctor Don Alejandro Alvarez, Consejero del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, miembro de la Corte permanente de arbitraje de la Haya, autor de la tesis ya célebre de la existencia de un Derecho Internacional Americano, y de diferentes obras jurídicas; y Mr. James Brown Scott, ex-jurista del departamento de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, ex-profesor de Derecho Internacional de la Universidad « Columbia » de Nueva-York, redactor en jefe de « The American Journal of International Law », y miembro del Instituto — europeo — de Derecho Internacional.

Constituido el Instituto, ha sido elegido presidente honorario del mismo el eminente jurista Mr. Elihu Root, ex-ministro de Estado de Estados Unidos en la presidencia Roosevelt, quien, tanto como hombre de estado como por sus trabajos de publicista, se ha esforzado para establecer lazos de concordia y de armonía entre todos los Estados de América.

Reunidos los miembros fundadores y aprobados los estatutos, el directorio de esa gran institución está así constituido: Presidente de honor, Mr. Elihu Root; Presidente, Mr. James Brown Scott; Secretario general, señor Alejandro Alvarez; Tesorero, señor Luis Anderson.

*Mundial* se complace en honrar sus páginas con los retratos del Presidente de honor y de los dos ilustres iniciadores del Instituto Americano de Derecho Internacional, saludando á la nueva fundación que tanto provecho aportará á toda la América, á la que sirve ya desde ahora con el más alto y patriótico desinterés.



Don Alejandro Alvarez.

A. M.



Mr. James Brown Scott.

## ELEGANCIAS MASCULINAS



*Elegancias*, nuestra revista femenina, reúne cuantas informaciones pueden ser útiles ó necesarias para que las damas sigan, paso á paso, el desenvolvimiento de la moda, tanto en sus evoluciones trascendentales como en sus caprichos pasajeros.

*Mundial*, á pesar de su carácter puramente literario é intelectual, cree atender á una necesidad, ó cuando menos á un deseo de sus lectores, ofreciéndoles en cada uno de sus números una página cuyo título, que es el que encabeza estas líneas, resume clara y concisamente un programa de información.

Para realizar cumplidamente nuestro deseo, nos hemos dirigido á Mr. Kriegck.

El famoso « habilleur » de la rue Royale ha tenido la bondad de ofrecernos cuantos datos puedan, en lo sucesivo, ser interesantes para nuestro público, y en consecuencia, damos principio á nuestra tarea informativa con esta breve charla.



De 1800 á 1852, es decir, durante el transcurso de medio siglo, los árbitros de la moda fueron los innovadores. En las estampas de la época encontramos preciosos documentos, que atestiguan de los esfuerzos llevados á cabo por los Umann, Léger, Stopp, y Chevreuil, quienes ponían todo empeño en confeccionar trajes de modo tan original y exclusivo, que constituyera, para sus

clientes, una verdadera nota característica.

Eran los tiempos, aquéllos, en que bastaba ver de lejos á un elegante, para saber cual de los sastres célebres le había vestido.

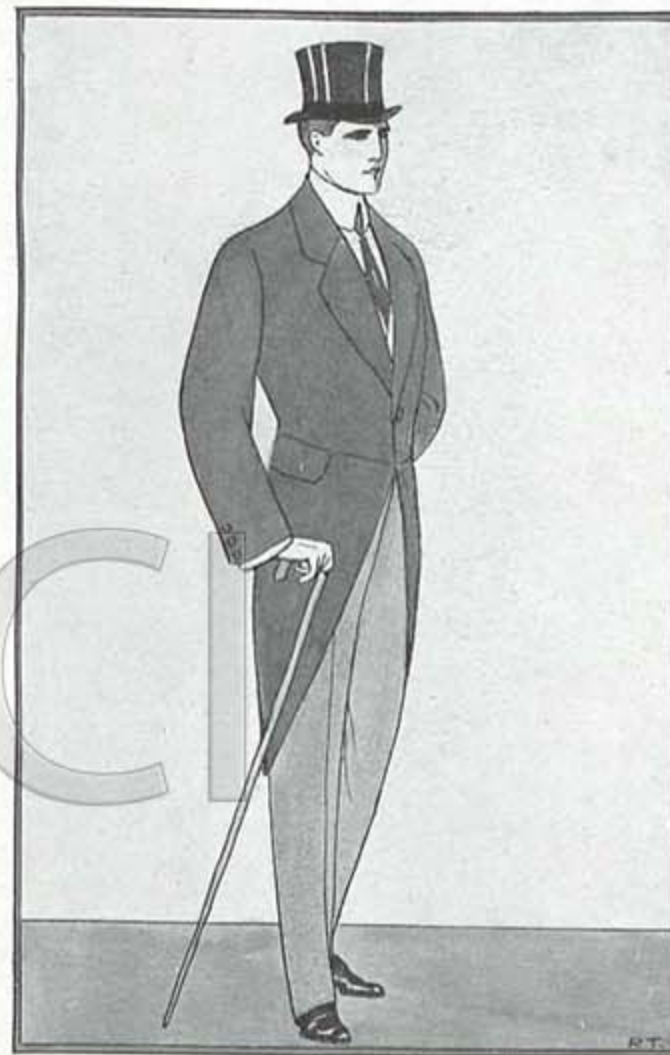
Hoy, la moda masculina no está sujeta á semejantes caprichos, ni tolera, por parte de los « habilleurs », tales iniciativas.

Por tanto, ha de tener doble interés la empresa acometida por algunos maestros parisenses de la moda, especialmente por Mr. Kriegck, cuyo objetivo principal es el de someter la moda masculina á una lenta pero incesante evolución, tornando, en algún modo, hacia las elegancias artísticas, variadas y originales de nuestros bisabuelos. De seguir la moda el camino que sus orientadores le señalan, dejarían de privar el gusto inglés y el practicismo yankee, para renacer, en todo su esplendor, la vieja y tradicional

elegancia francesa, que antaño dictaba la ley á la moda masculina del mundo.

Por lo pronto, he aquí la « jaquette » d'Orsay, cuya silueta indica nuestro adjunto dibujo, y que fué llevada por el conde de Orsay, ya que el origen de esta prenda sea netamente bretón, y que los habitantes de la Bretaña francesa fueron los primeros en vestir lo que hoy llamamos « jaquette », y que ellos designaban con más propiedad, mediante el nombre de *justaucorps*.

A. R.



El último figurín tiende á la resurrección de la « jaquette » que vistió el conde de Orsay. Modelo de la Casa KRIEGCK, de París, rue Royale, 23.



Tapado de piel de topo, adornos zorro.

Foto Félix.

Creado por LEROY & SCHMID.

Pieles MAX, Place de la Bourse, Paris.



CIGARRILLOS

DE 20, 30 Y 40 CTS.

PRIMERA MARCA ARGENTINA  
JAMÁS SERÁ DEL TRUST

EN 1912 SU VENTA FUÉ DE 112.437.790 PAQUETES, SUPERAN-  
DO EN UN 20% A LAS DEMÁS MARCAS REUNIDAS.

Piccardo y Cia DEFENSA 1278 B. A. ARES.



## LIBROS RECIBIDOS

Bajo la dirección del Doctor Lucien Graux y de M. Georges Veillat, diputado, gobernador honorario de las colonias francesas, va a crearse un nuevo órgano colonial: *La plus grande France*, consagrado al estudio de las cuestiones políticas y económicas en el extranjero y en las colonias de Francia.

*El Uruguay Internacional*, por Luis Alberto de Herrera. Bernard Grasset, editor. París, 1912.

En este libro estudia el autor todos los problemas internacionales que interesan a la República Oriental del Uruguay. Dedicamos una gran parte de la obra a las vinculaciones del Uruguay con sus dos grandes vecinos, el Brasil y la República Argentina; luego estudia la cuestión de las aguas y esta otra cuestión, verdadera piedra angular de la vida del país: la concordia.

*Hipnotismo práctico*, por R. Frangin. Librería de la Viuda de Ch. Bouret. París y Méjico.

¿Cuál es el medio de ser feliz? Hay dos sistemas: el de la lucha y el de la indiferencia. Entre esos dos sistemas hay un término medio, que es el único medio para pasar de la clase de los oprimidos a la de los fuertes, y obtener así la felicidad: es el de unir a la lucha, la indiferencia a las heridas de esa lucha. Pero ¿cómo adquirir la fuerza, la voluntad necesaria para luchar; cómo, asimismo, conseguir acorazar nuestro ánimo, para pasar tranquilos y sonrientes entre los padecimientos de la vida? El secreto está en el hipnotismo.

Este es el tema del interesante y curioso libro de R. Frangin.

*Marruecos*, por el Comandante Haillot, con un prólogo de Juan Aicard, de la Academia

francesa. Traducción de Juan Huertas. Casa editorial Hispano-Americana. París, Buenos-Aires.

Este libro nos lleva a Marruecos, pero no pretende hacernos hacer en ese país un viaje de estudio, sino un viaje de recreo, un viaje pintoresco. Habiéndolo leído, hemos visto los paisajes encantadores de esa parte de Africa, los misterios de las ciudades cerradas, casi, a los extranjeros, y conocemos las costumbres tan características de esas poblaciones fanáticas. La versión castellana, escrita por Juan Huertas, es perfecta.

En momentos en que Marruecos está a la orden del día, tiene especial interés el libro del Comandante Haillot.

*Phineés*, por E. Cuervo Márquez. Librería P. Ollendorff. París.

Este libro del autor Colombiano es una novela bíblica. La acción transcurre bajo el cielo sereno y azul de Jerusalén, que no es más limpio que el estilo de E. Cuervo Márquez.

*Menéndez Pelayo y su obra*, por Armando Donoso. Imprenta Universitaria. Santiago de Chile.

« Hemos querido hacer de este libro, dice el autor, una corona de oliva, en homenaje del maestro insigne y del varón fuerte que nos dió el placer de vivir fecundas horas de soledad espiritual, en el campo abierto de sus libros. »

El libro de Armando Donoso no es tan sólo un tributo de homenaje a la memoria del gran historiador de la literatura, sino también uno de los estudios más serios que se hayan publicado acerca de la obra de Menéndez Pelayo.



## LAS PERFUMERIAS DE GABILLA

EL SUEÑO DE GABILLA • LA ROSA DE GABILLA  
LA PASION LOCA • TODA LA PRIMAVERA  
LOS JUEGOS Y LAS RISAS • LA VIRGEN LOCA  
EL RAMO DE GABILLA

EXTRACTOS • POLVOS • ARROZ • LOCIONES

23, B' POISSONNIERE - PARIS

DETALLE EN TODAS LAS MEJORES CASAS DE NOVEDADES

## HOTEL GRAN COLÓN

(PLAZA DE CATALUÑA) BARCELONA



EL MEJOR HOTEL DE LA CIUDAD

CASA de COMPRAS en PARIS y LONDRES

Sombrerería y Camisería

**Humbert & Cia**

Artículos de Viaje

Novedades para hombres

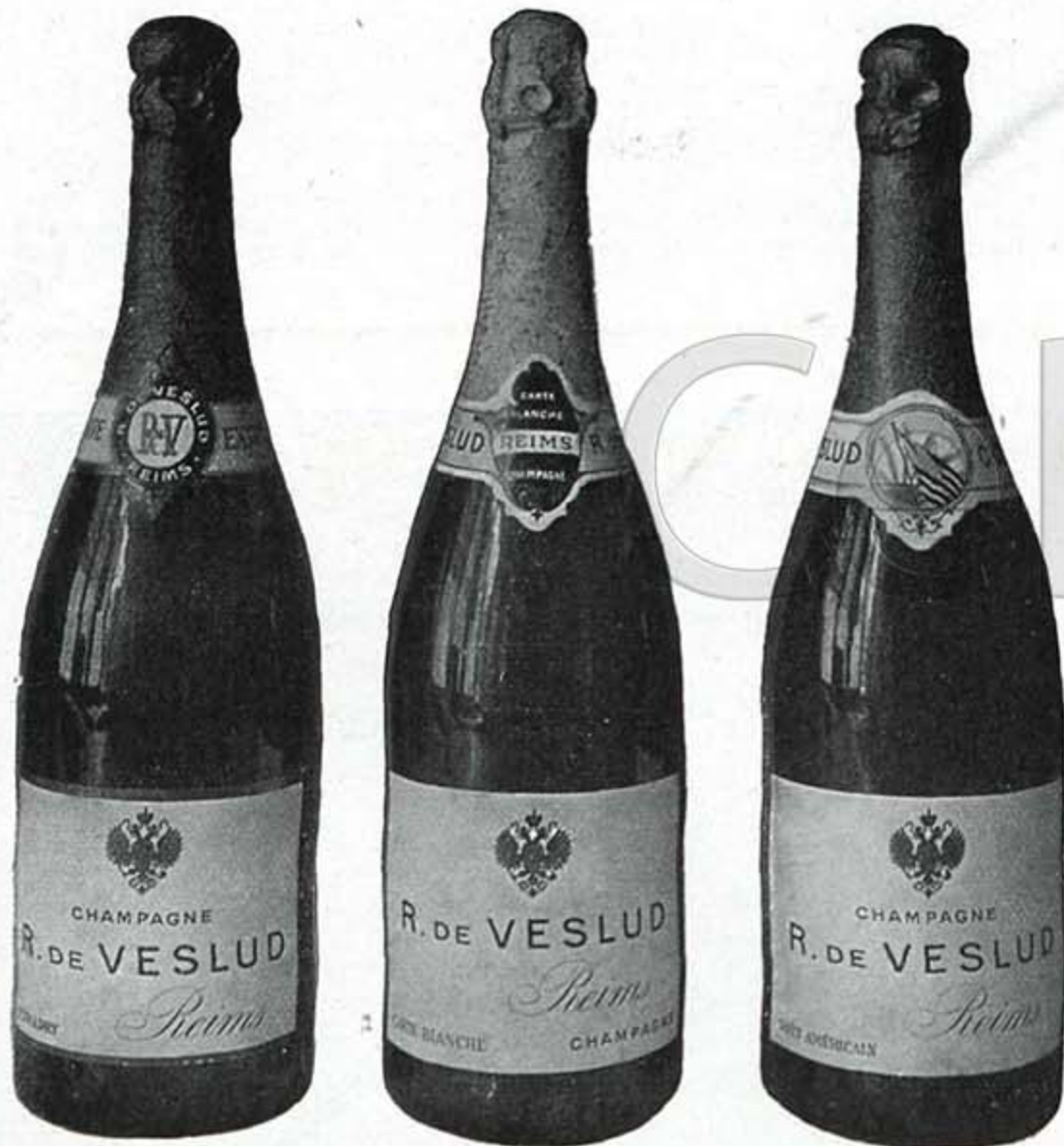
AVENIDA 18 DE JULIO Y ARAPEY MONTEVIDEO

GRANDES VINOS DE CHAMPAGNE

R. DE VESLUD

Reims

P. CHEVRIER SUCESOR

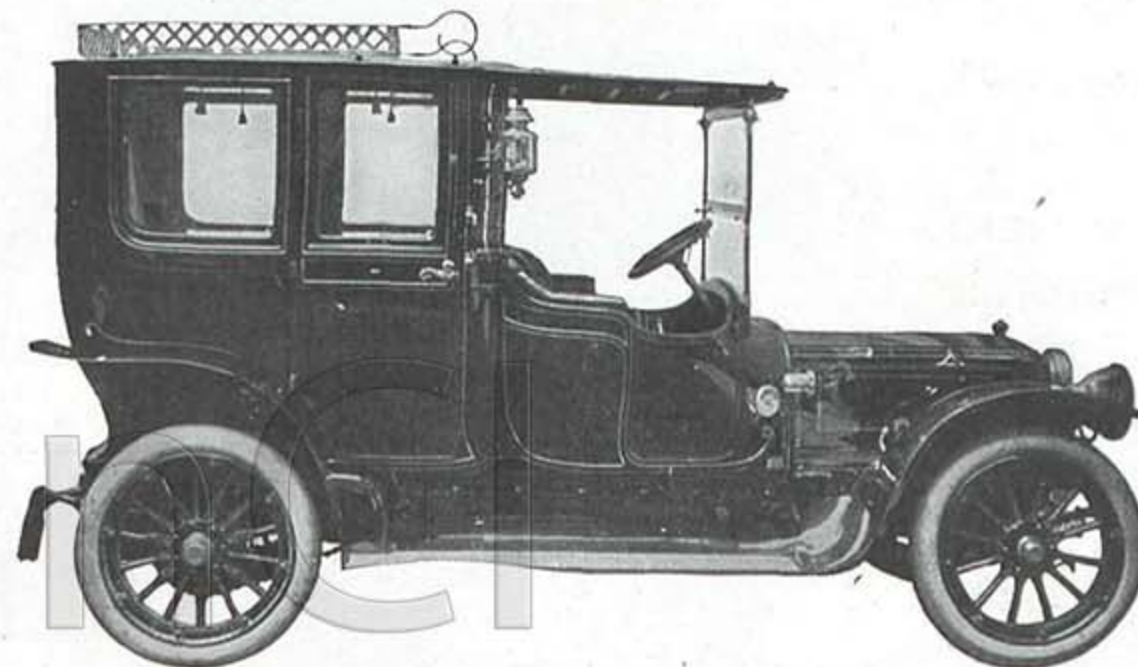


AGENTE GENERAL PARA LA EXPORTACION  
 M. DUBLANCHET - 24, Rue Traversière - Paris



LAS CARROCERIAS

DRIGUET



SALON DE EXPOSICION

66, BOULEVARD DE L'HOPITAL 8<sup>o</sup> 8<sup>o</sup> PARIS

Premiadas en el Concurso de  
 Elegancias de MONTE-CARLO





Fábrica de Coches

FUNDADA EN 1853

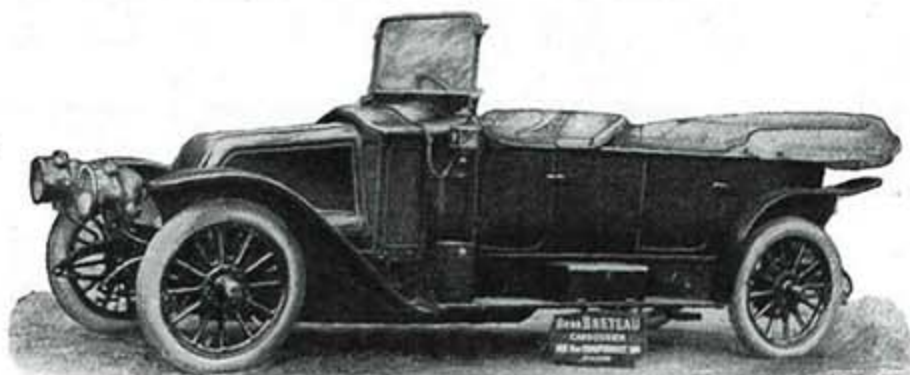
**RENÉ BRETEAU**CARROCERIAS PARA AUTOMOVILES : TURISMO, CIUDAD, OMNIBUS,  
AMBULANCIAS, CARROS ALPINOS, FURGONES.

FUERA DE CONCURSO

Paris, 1900

GRAN PREMIO

BRUSELAS, 1910



Torpedo sobre cháss 35 HP Renault.

PARIS — 162, 164, Rue Championnet — PARIS

Dir. Telefónica : CARBRETO-PARIS. — Cod. A. Z.

M<sup>on</sup> ROBERT SYME**J. MOLLER, S**uccesseur  
TAILOR & HABIT MAKER

Medalla de oro, Exposición Internacional Paris, 1912

14, rue Halevy  
(OPERA)

:: PARIS ::



Teléfono 324-19

**LOCION VEGETAL  
TOKALON***La preferida por la verdadera parisiense.*

Agua de tocador exquisita y deliciosa, perfumada con esencias de flores naturales, poseyendo un perfume raro.

Existe en seis aromas diferentes: Bouquet de Venus, Violeta, Lila, Heliotropo, Heno nuevo y Rosa.

Establecida en un precio para todas las fortunas.

*De venta por toda la América del Sur***PEDID:**  
**LA LOCION VEGETAL  
TOKALON***Los perfumes :*Bouquet de Venus, Violette, Lilas,  
Héliotrope, Foin nouveau, Rose,

creados por

**TOKALON**

Químicos Perfumistas Especialistas

**7, rue Auber, 7, Paris***Depositarios en Montevideo : PODESTA, MORENO Y C<sup>ia</sup>*

Calle Mercedes, esquina Florida.



**Théodore CHAMPION**  
13, RUE DROUOT  
PARIS  
**SELLOS DE CORREO**  
PRECIOS  
CORRIENTES  
GRATIS Y FRANCO

**“Elegancias”**

es la mejor revista de modas

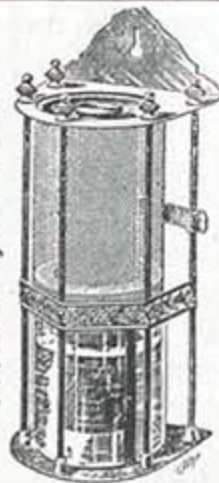
**HOTEL-PENSION SAN RAFAEL**  
5, rue des Pyramides, 5  
PARIS

Ascensor - Electricidad - Cuartos de baños  
Calefacción central - Cocina excelente

Para AVOIR de BELLES et BONNES DENTS  
SERVEZ-VOUS TOUS LES JOURS DU

**SAVON DENTIFRICE VIGIER**

Le Meilleur Antiseptique, 31, Faubourg, 12, B<sup>e</sup> Bonne-Nouvelle, Paris.



Precio: 5 y 8 francos

HIGIENE y SALUD

CONTRA LOS MOSQUITOS

**EL OZOSENTEUR** POR EL EMPLEO DEL  
**OZOPINTIME**

Aparato regenerador del aire viciado.  
Desodorador, desinfectante automático.

Desinfectante desodorador sobreoxigenado.

El OZOPINTIME, por sus virtudes balsámicas y antisépticas, es indispensable en los dormitorios y donde hay enfermos. Adoptado por los sanatorios, los asilos y las grandes administraciones bien entretenidas.

El bidón de 1 litro, 8 frs. — Medio litro, 4 frs.

SAL OZOHONE desinfectante cristalizado contra los insectos. El kilo, 1 fr. 80; los 500 gramos, 1 fr

Teléfono: 203-18 18, rue Duphot, Paris-1<sup>er</sup> Cerca de la Magdalena

AL POR MENOR y AL DETALLE y EXPORTACION

Para **CATÁLOGOS**  
**ANUNCIOS**  
**TARJETAS ARTISTICAS**

Dirigirse  
a  
**KOSSUTH & C<sup>o</sup>**  
74  
Rue de l'Acqueduc  
PARIS



TELÉFONO  
418-37

TODO LO CONCERNIENTE  
Á PUBLICIDAD.

**“EROS-CREMA-ROBERT”**



El Secreto de la Belleza

Suprime, sin que reaparezcan, las arrugas, puntos negros, mejillas caídas y todos los defectos de la cara.

“La EROS-CREMA” no es un maquillaje ó pintura de la tez, pues su aplicación se saca después muy fácilmente por un simple lavado. Sólo subsiste un rostro deslumbrador.

Productos de Belleza:

**MOUSSE-NEIGE**

**POLVOS**

**“LA MERVEILLE”**

**FANOCHÉ PERPUME**

Perfumería **EROS-ROBERT**

4, RUE DE SÈZE — PARIS

**MANUFACTURA**  
**DE LAMPARAS**  
Para GAS y ELECTRICIDAD

**Charles BLANC**

Galerías y Salones de Exposición

42, Boul<sup>d</sup> Richard-Lenoir  
PARIS

ENVIO FRANCO DE LOS CATALOGOS  
GAS N<sup>o</sup> 74 y ELECTRICIDAD N<sup>o</sup> 75

Grandes premios en las Exposiciones de  
BRUSELAS, TURIN y ROUBAIX

Los Almacenes de lámparas más vastos de Paris

**THE SELF SEALING RUBBER C<sup>o</sup> L<sup>td</sup>**



PNEUMATICOS Y  
ARTICULOS DE  
CAOUTCHOUC  
HERMETIC.

71 RUE LA CONDAMINE. PARIS 17<sup>e</sup>

EL  
HOMBRE  
ELEGANTE

NO LLEVA MAS  
QUE TACONES GIRATORIOS

**ZIG-ZAG**

y  
**SOLEIL**

ECONÓMICOS POR  
EXCELENCIA

BARATOS  
DE VENTA

EN TODAS PARTES

ABASTECEDORES DE LOS  
GOBIERNOS DE SUECIA Y GRAN BRETAÑA



**Parfumeria A. EUZIERE**

PARIS  
89 RUE D'HAUTEVILLE

USINE A GRASSE  
(AUX MARITIMES)



## Especialidades para Reclamos



TARJETAS  
POSTALES  
Y  
TARJETAS  
ARTISTICAS  
EN HELIOGRABADO

Cremos á recortar  
Muñecas - Construcciones

**Calendarios para bolsillo**

Textos en  
FRANCES, INGLES, ESPAÑOL Y PORTUGUES

**Ch. DUFFIT**

62, Boulevard de Strashourg, PARIS

TELEFONO 451-97

Artículos para Reclamo.

**Casa MAES Aîné**

Medalla de oro 1900

**DAMON & C<sup>ie</sup>**

SUCESORES

Manufactura de lámparas de  
todas clases, para alumbrado.

**17, Rue Saint-Gilles**

**PARIS**

# A. & L. BEAUDET Frères

Cosecheros de Vinos de todas clases

BEAUNE, COTE-D'OR (Francia)



Château de la Tour au Clos de Vougeot

**IMPORTANTES PROPIEDADES en la COTE-D'OR y en BEAUJOLAIS**

AGENTE GENERAL PARA LA EXPORTACION  
M. DUBLANCHET — 24, rue Traversière — PARIS

**HOTELES DE FRANCIA**

**VILLA DE LAS FLORES** 11, Rue Vineuse (Trocadéro), Paris  
HOTEL PARTICULAR - PENSION DE FAMILIA  
Confort moderno. Gran Jardín. Cocina exquisita y de régimen. Reunión de Hispano-Americanos.

**HOTELES DE INGLATERRA**

**ST. JAMES PALACE HOTEL**

AND RESTAURANT, Bury street. St James, London S. W.

Recientemente construido, con los adelantos más modernos, en el barrio más selecto. Cocina y Servicio sin igual. Tarifa módica. Dirección Telegráfica: "Suppings London". Teléfono: 5500 y 5501. Mayfair T. R. - Sartori, Gerente.

**HOTELES DE ITALIA**

CAPRI — Marina grande.

**Hotel Continental**

CASA DE PRIMER ORDEN : Gran terraza con un magnífico panorama dominando el golfo de Nápoles y el Vesubio. Cocina y bodegas renombradas. Precios moderados.

C. FADDA, propietario

GENOVA

**GRAND HOTEL DE GENES**  
RESTAURANT FRANCES

GENOVA

**EDEN PALACE HOTEL**  
En un magnífico jardín.

GENOVA

**HOTEL EXCELSIOR**  
Via Carlo Felice, 4. — Posición central.

STA. MARGHERITA LIG.

**HOTEL MIRAMARE**  
MUY RECOMENDABLE - CUARTOS CON BAÑOS

SAN REMO

**ROYAL-HOTEL** BERTOLINI  
- Propietario -  
De primer orden. - Magnífico jardín. - Garage.

**NAPOLIS BERTOLINI'S PALACE HOTEL**  
De primer orden. — Abierto todo el año. — Parque y jardines. — El mejor panorama del mundo. — Arreglos para temporadas. — Dir. Tel. BERTOLINI-NAPOLIS.

**HOTELES DE SUIZA**

LUGANO

**EL GRAND HOTEL y LUGANO-PALACE**  
Confort moderno. - Prop. : BUCHER-DURRER - A orillas del lago

CLARENS - MONTREUX

**GRAND HOTEL DE CLARENS**  
Casa de familia de primer orden.

MONTREUX

**GRAND HOTEL EXCELSIOR**  
Casa de familia de primer orden. - Cuartos con baños.

ZÜRICH

**HOTEL BAUR AU LAC**  
Confort moderno — A orillas del lago

ZURICH

**SAVOY HOTEL**  
— Confort moderno —

ZURICH

**GRAND HOTEL VICTORIA**  
Frente a la estación central

CAUX (Cerca de Montreux)

**PALACE-HOTEL**

CONFORT MODERNO

**THE London and River Plate Bank Ltd**

Fundado en 1862

PRINCES STREET, LONDON, E. C.

Fundado en 1862

Capital suscrito...£3.000.000 | Capital realizado.£1.800.000 | Fondo de reserva.£2.000.000

**CONSEJO DE ADMINISTRACION**

Presidente : M. E. Ross Duffield — Administrador-delegado : M. R. A. Thurburn

JOHN G. GRIFFITHS :: DAVID SIMSON :: KENNETH MATHIESON ::  
Hon HUGO BARING :: HERMAN B. SIM :: WILLIAM THOMAS BRAND.

**SUCURSALES**

|   |   |  |  |
|---|---|--|--|
| Paris<br>Anvers<br>Buenos-Aires<br>Barracas al Norte<br>Boca del Riachuelo<br>Once de Setiembre | Calle Santa Fé<br>Calle B. de Irigoyen<br>Mendoza<br>Rosario<br>Bahía Blanca<br>Concordia | Córdoba<br>Tucuman<br>Paraná<br>Montevideo<br>Rio-de-Janeiro<br>Pernambuco | Pará<br>Santos<br>Curityba<br>Victoria<br>Sao Paulo<br>Bahía<br>Valparaíso |
|---|---|--|--|

AGENCIAS : Paysandú, Salto (Uruguay), New-York, Manaos (Brasil).

Emisión de cartas de crédito, letras, transferencias telegráficas, adelantos, cobranzas y compra de letras de cambio. Cobro de valores y cupones de la República Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, etc. — Depositos a plazo fijo.

**SUCURSAL DE PARIS : 16, RUE HALÉVY**

Dirección telegráfica : PAMPAS, PARIS

**BANCO ITALIANO del URUGUAY**

MONTEVIDEO (Uruguay)

207, Calle Cerrito, 207

SUCURSALES EN PAYSANDU Y MERCEDES

**DIRECTORIO**

Presidente : J. A. CRISPO BRANDIS — Vice-Presidente : DON BUENAVENTURA CAVIGLIA — Secretario : LUIS GAMINARA  
Director-Gerente : DON ALJANDRO TALICE — Vocales : DON ANGEL PASTORI, HECTOR TRABUCATI, DON VICENTE COSTA

|  |                 |
|--|-----------------|
| Capital autorizado .. . . . . .        | \$ 5.000.000 00 |
| Capital suscrito y realizado.. . . . . | \$ 3.000.000 00 |
| Fondo de reserva. . . . .              | \$ 821.716 25   |
| Fondo de previsión .. . . . .          | \$ 150.000 00   |
|  | \$ 971.716 25   |

Corresponsal especial de la Banca d'Italia y Banco di Napoli.

Para remesas y Giros Postales sobre todas las ciudades y pueblos de Italia.

El Banco emite : Cartas de Crédito, transferencias telegráficas, letras de cambio, a la vista y a plazo sobre los principales Bancos y banqueros de Italia, Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, Bélgica, España, Portugal, Estados Unidos de América, República Argentina y Brasil, etc., y da giros postales sobre todos los pueblos de Italia, España, Francia y sus respectivas colonias.

Se ocupa en general de todas las demás operaciones de Banco.

Para comodidad de los trabajadores, el Banco está abierto todos los domingos de 10 a 11 a. m., para el servicio de Caja de Ahorros y giros sobre Italia y exterior.

**TASA DE INTERESES**

|   |             |
|---|-------------|
| Hasta nuevo aviso :                       |             |
| Paga. — Por depósitos en cuenta corriente |             |
| á la vista .. . . . . .                   | 1 % al año  |
| A retirar 30 días de aviso .. . . . .     | 1 1/2 " " " |
| A plazo fijo de 3 meses .. . . . .        | 3 " " "     |
| Id id de 6 meses .. . . . .               | 4 " " "     |

**CAJA DE AHORROS**

Recibe cualquier cantidad y paga los intereses siguientes :

|   |   |              |
|---|---|--------------|
| Sobre depósitos a la vista, después de 30 días    |   |              |
| cumplidos .. . . . .                              | 1 | % al año     |
| Sobre depósitos a 3 meses .. . . . .              | 3 | " " "        |
| Id id de 6 meses .. . . . .                       | 4 | " " "        |
| Cobro. — Anticipos en cuenta corriente .. . . . . |   | Convencional |

**ADMINISTRACION DE PROPIEDADES**

El Banco, desde hace tiempo, se ocupa de la Administración de Propiedades, mediante una módica comisión, teniendo instalada una oficina especial, la que se encarga además del cobro de alquileres y remesa de fondos a cualquier punto de la República y el Extranjero, a indicación de los interesados.

**DEUDA ITALIANA**

El Banco compra y vende por cuenta de terceros dichos títulos, y hace el servicio de intereses en el Río de la Plata, de acuerdo con la Banca d'Italia del Reino Italiano.

**CAJA DE SEGURIDAD**

El Banco alquila al público, a precios módicos, cajas de seguridad de varios tamaños, instaladas en el subsuelo de su propio local, de absoluta seguridad, contra incendio, robo, etc.

## COMPTOIR NATIONAL d'ESCOMPTE DE PARIS

CAPITAL : 200 MILLONES DE FRANCOS

CASA CENTRAL : Rue Bergère, 14  
SUCURSAL : 2, place de l'Opéra, Paris

Presidente del Consejo de Administración :  
M. Alexis ROSTANG, C. \*  
Vice-Presidente Director : M. E. ULLMANN, O. \*  
Administrador Director : M. P. BOYER, \*

### OPERACIONES DEL COMPTOIR

Bonos á plazo fijo. Descuento y cobros negociación de cheques. Compra y venta de monedas extranjeras. Cartas de crédito, Ordenes de bolsa. Préstamos sobre Títulos, Cheques, Letras. Envios de fondos á Provincias y Extranjero. Suscripciones. Custodia de títulos. Préstamos marítimos hipotecarios. Garantía contra los riesgos de reembolso á la par. Pago de cupones, etc.

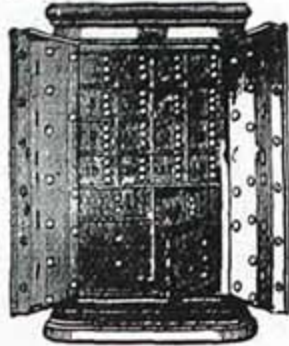
### AGENCIAS

41 Agencias en Paris.  
16 id. en los alrededores.  
180 id. en provincias.  
11 Agencias en las colonias y países de protectorado.  
12 Agencias en el extranjero.

### ALQUILER DE CAJAS PARA CAUDALES

El Comptoir tiene un servicio de cajas para caudales á la disposición del público, 14, rue Bergère; 2, place de l'Opéra; 147, boulevard St-Germain; 49, avenue des Champs-Élysées, y en las principales agencias.

GARANTIA Y SEGURIDAD  
ABSOLUTAS



COMPARTIMIENTOS DESDE  
5 FCOS AL MES

### BONOS A PLAZO FIJO

Intereses pagados sobre las sumas depositadas  
De 6 á 11 meses. 1 1/2 0/0 | De 1 á 2 años..... 2 0/0  
De 2 á 4 años..... 3 0/0

### ESTACIONES BALNEARIAS

El COMPTOIR NACIONAL tiene agencias en las principales estaciones balnearias; estas agencias tratan todas las operaciones como la casa central y las demás agencias, de manera que los extranjeros, los turistas y los bañistas, pueden continuar ocupándose de negocios durante sus viajes.

### CARTAS DE CREDITO PARA VIAJES

El COMPTOIR NATIONAL d'ESCOMPTE, expende Cartas de Crédito circulares pagaderas en el mundo entero por sus agencias y corresponsales; estas cartas de crédito van acompañadas de un cuaderno de identidad y de indicaciones, ofreciendo á los viajeros las mayores comodidades, al propio tiempo que una seguridad incontestable.

Salones (Administración central, 14, rue Bergère, para los acreditados) Sucursal, 2, place de l'Opéra.

Las operaciones que trata el Comptoir con el Extranjero están centralizadas en un Departamento especial, que hace la correspondencia en los principales idiomas del mundo.

## SIMIENES

de hortalizas y de flores

Especialidad de Céspedes

:: Simientes de forraje ::

:: Cebollas floridas ::

## L. BOUVET &

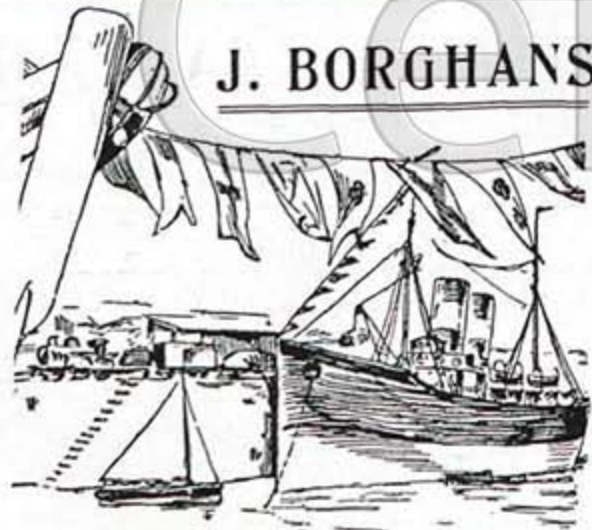
84, Rue du Faubourg-St-Denis

PARIS (10°)



ENVIO FRANCO DEL CATALOGO

## J. BORGHANS



PARIS 32, rue d'Hauteville, 32 PARIS  
AGENCIA GENERAL MARITIMA

Tránsito, Seguros, Transportes á destajo

Dirección teleg. general : "BORGHANS"

CASAS EN AGENTES EN  
LE HAVRE, 51, quai d'Orléans. BURDEOS, DUNKERQUE,  
AMBERES, 2, rue Jan Van Lier. MARSELLA, LIVERPOOL,  
HAMBURGO, Duveniof. LA PALLICE, GENOVA

SERVICIO ESPECIAL PARA LA AMÉRICA DEL SUR  
Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, etc.

Recepción á domicilio de las mercaderías, agrupamiento, embalaje, reexpedición, seguro y despacho de aduana, con facultad de pago á la llegada de las mismas

Acaba de publicarse :

COLECCION DE AUTORES  
HISPANO-AMERICANOS

E. GOMEZ CARRILLO

# FLORES DE PENITENCIA

Un vol. de 304 páginas con cubierta  
:: :: :: en colores :: :: ::

PRECIO : en rústica .. 3 fr. 50

En pasta flexible .. .. 4 fr. 25

E. GOMEZ CARRILLO.

Entre las obras de Gómez Carrillo, ninguna presenta tan gran interés como la que ahora publica con el título de *Flores de Penitencia*. Todo el encanto de los paisajes lejanos que se admiran en "Jerusalén y la Tierra Santa", toda la gracia evocadora de otras obras suyas, toda la fuerza de sus mejores páginas históricas, palpita en este último tomo. Pero hay además en él algo que hasta hoy no habíamos encontrado en sus anteriores trabajos, y es la grandeza trágica y novelesca. Basta con leer "Nuestra señora de los ojos verdes", que un ilustre escritor ha calificado de obra maestra, para declarar que "Flores de Penitencia" es lo mejor de Gómez Carrillo. Y como ese capítulo, hay otros varios en esta colección de cuadros místicos, que serán pronto populares en todas partes.

### EN LA MISMA COLECCION

JERUSALEN Y LA TIERRA SANTA.

por E. GOMEZ CARRILLO.

DEL PRESENTE, DEL PASADO Y DEL FUTURO,

por POMPEYO GENER.

DIAMANTES SUD-AMERICANOS,

por JOAQUIN DE LEMOINE.

MUJERES VENCIDAS.

por BENIGNO VARELA.

LOS ESPAÑOLES EN PARIS,

por LUIS BONAFoux.

DE PASO POR LA VIDA,

por LUIS RODRIGUEZ-EMBIL.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS Y EN LA SOCIEDAD DE EDICIONES

LOUIS-MICHAUD 168, Boul<sup>d</sup> Saint-Germain, PARIS

2065, Calle Estados-Unidos, BUENOS AIRES

## FOTOGRAFOS AFICIONADOS

No comprad aparatos sin haber visto el

# VERASCOPE

25, rue Melingue  
PARIS

# RICHARD



Ningún aparato, ni aun los de mayor tamaño, iguala su pulcritud, especialmente en la FOTOGRAFIA EN COLORES

El Verascope es  
el más ROBUSTO . . .  
el más PRECISO . . .  
el más PERFECTO . . .  
el más ELEGANTE . . .  
y da  
la FORMA correcta . . .  
el TAMAÑO exacto . . .  
la PERSPECTIVA  
justa . . . . .  
el COLOR verdadero.



Ultima caza del Presidente Fallières en Marly.

EL VERASCOPE es el compañero indispensable del colonial, del explorador ó del simple turista que no quiere exponerse á decepciones. EL VERASCOPE es un aparato absolutamente rígido y de una solidez á toda prueba; á menudo se le hace dar la vuelta al mundo, y las reparaciones son insignificantes . . .

PARA LOS PRINCIPANTES, EL **GLYPHOSCOPE** TIENE LAS CUALIDADES FUNDAMENTALES DEL VERASCOPE

Modelo en ivorine pulimentado con 6 châssis metálicos 45 x 107.. **35 frs.**



Para pasar agradablemente las veladas de invierno, mirad y proyectad los diapositivos tomados al Verascope ó al Glyphoscope, con el

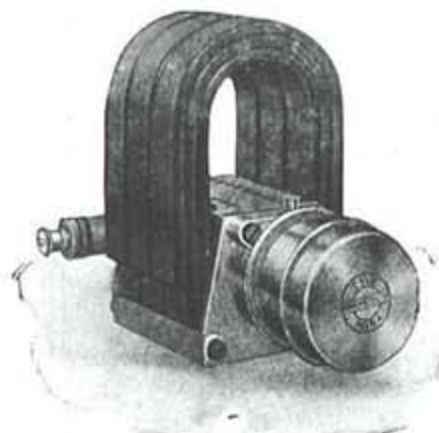
**TAXIPHOTE** ESTEREO CLASIFICADOR DISTRIBUIDOR AUTOMÁTICO sirviendo para la proyección sin ninguna transformación.



Venta al detalle en París : 10, Rue Halévy (Opéra)

En venta por todas partes, pero EXIGID la MARCA AUTENTICA garantida sobre factura.

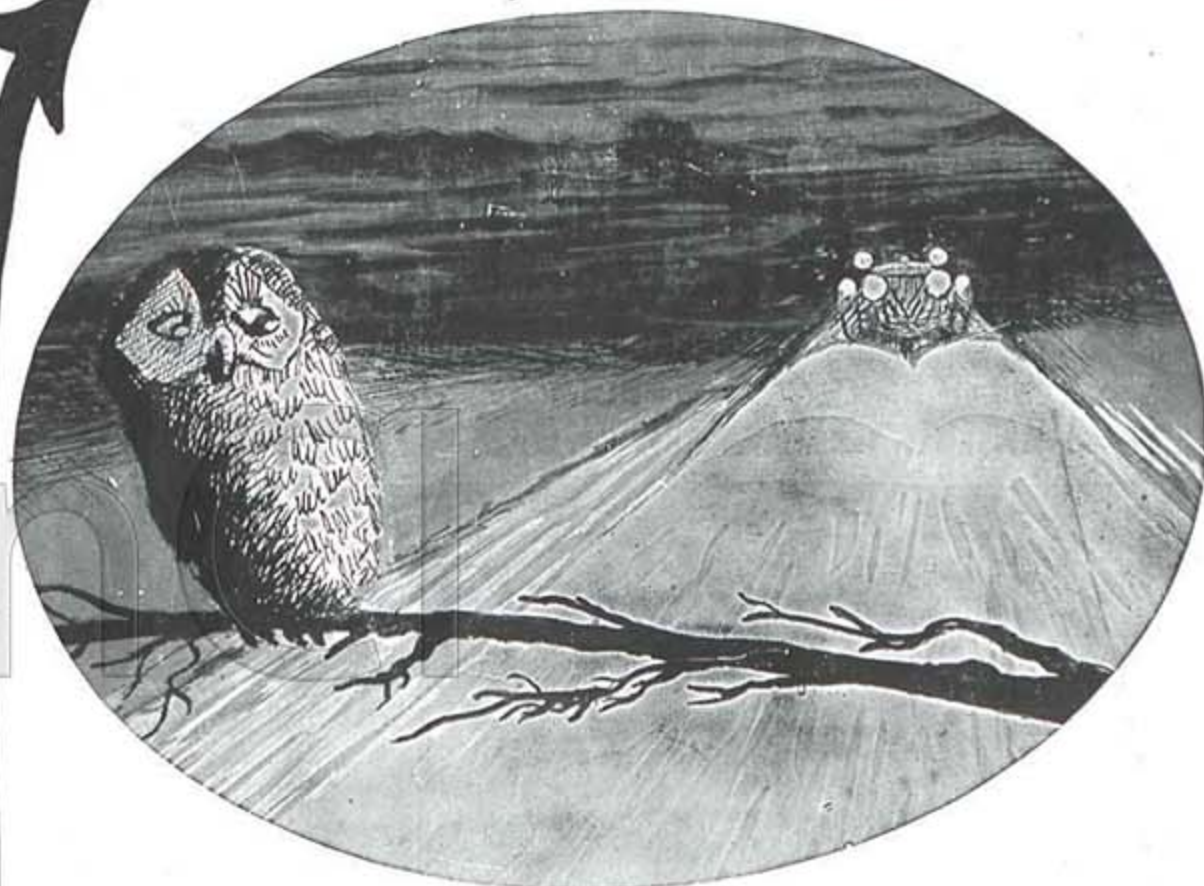
AGENTE EN BUENOS-AIRES : I. UTZ Y SCHULZ, FLORIDA, 240.



DINAMO MIRA-MESTRE 12 volts.

## ALUMBRADO ELECTRICO

COMPLETO para CARRUAJES  
y CANOAS AUTOMOVILES



!!! Cómo !!! ; Tan pronto de día!

POR EL

## DINAMO "MIRA-MESTRE"

DINAMO 12 volts, cuadro de Distribución, Batería de acumuladores, proyectores, linternas, alambres y accesorios para montaje. Precio 950 frs.

PRECIOS Y PRESUPUESTOS DE INSTALACION SOBRE PEDIDO

Pidanse informes á

## MESTRE & BLATGÉ

46, Avenue de la Grande-Armée, PARIS — 5, 7, 18, rue Brunel.

La casa más importante del mundo para accesorios de automóviles.

- LOS AUTOMOVILES DE GRAN LUJO -

**CLÉMENT**

SANS PEUR ET

**BAYARD**

SANS REPROCHE.



CATALOGO DE LUJO ENVIADO FRANCO - USINES LEVALLOIS - PARIS (FRANCIA)

AGENTES EXCLUSIVOS Y DEPOSITARIOS:

|   |                          |
|---|--------------------------|
| Para la Argentina                               | Para el Uruguay          |
| <b>Andrés TRAVERSO y Cia.</b>                   | <b>José AVALO y Hno.</b> |
| Calle Perú 162 # BUENOS AIRES                   | Cerrito 286 # MONTEVIDEO |
| Para Barcelona - <b>ALVAREZ</b> - Provenza, 260 |                          |